
3 1761 09546493 9



MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.

BIBLIOTECA MORAL DE LAS FAMILIAS.

LAS OBRAS
DE
MISERICORDIA

NOVELA DE COSTUMBRES

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

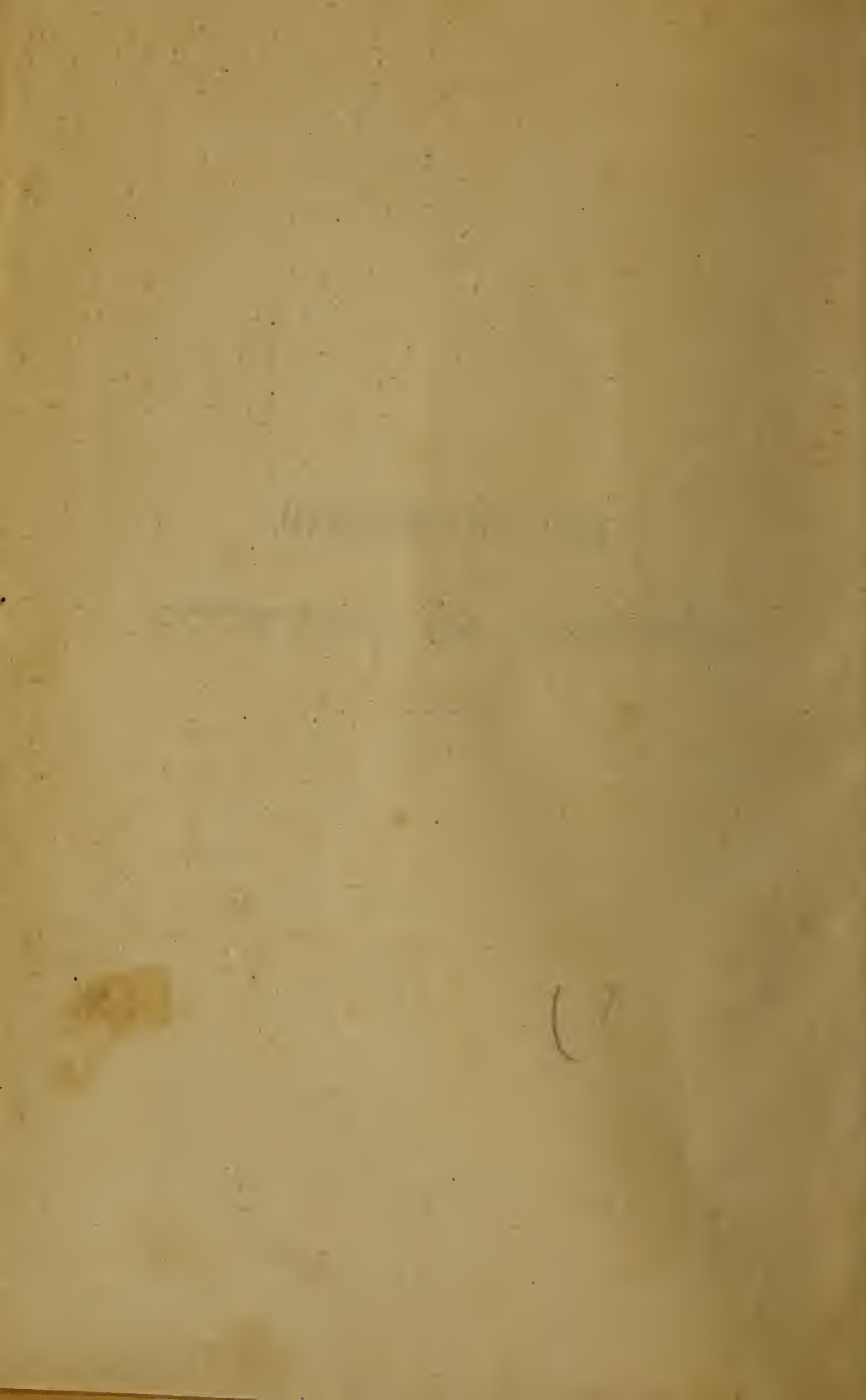
TOMO III Y ULTIMO.

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
calle de Preciados, núm. 5.

1865.

LIBRO DECIMOSESTO.

REDIMIR AL CAUTIVO.



CAPITULO I.

Un dia felíz.

—¡Aleluya! ¡aleluya! gritaba el estudiante Antonio, entrando desaforadamente por la angosta puerta del cuarto de don Aquilino. Hoy es el gran dia, señor Rodajas: por fin el sol de la verdad resplandeció sobre la cabeza del inocente; por fin la cadena caerá rota á los piés del pobre preso, y las puertas de la cárcel se abrirán para dejar el paso franco al que gemia soñando en la libertad. ¡Oh! ahora sí que podremos cantar el himno de Riego; ahora sí que terminaron las malas caras, los disgustos. ¡Viva la alegría, viva el buen humor! ¡Hossanna en la cárcel! ¡Hossanna! ¡Hossanna!

Y Antonio tiró el sombrero por el aire, dando un abrazo apretado á su futuro suegro, que habia escuchado toda aquella retahila de palabras con la boca abierta, y todos los síntomas del mas completo asombro.

—¿Pero qué diablos tienes? ¿Estás loco? ¿Qué te pasa? ¿A qué viene ese entusiasmo, esa alegría tan perjudicial para tu sombrero? dijo por fin el ex-alcalde.

—¡Pues ahí es nada lo del ojo! ¿le parece á usted que no hay motivo?

—A mí no me parece nada, como no te espliques antes.

—¡Qué esplicacion, ni qué ocho cuartos! Está usted libre.

—¡Libre! ¿Será verdad?

—Tan verdad como el sol que nos alumbra.

—¡Oh, Dios mio! ¿Con que por fin podré salir de esta maldita cárcel, respirar el aire de la calle, de los campos; ver el cielo tanto como pueda abarcar la vista?

—Sí señor; lo podrá usted ver todo, tocar todo, y respirar todo el aire que le quepa en los pulmones.

—¿Pero quién te ha dicho que estoy libre?

—¡Toma! la señora condesa de Potes; ese ángel de la tierra, que se goza en hacer todo el bien que puede, y que nada le gusta tanto como dar buenas noticias.

Don Aquilino se dejó caer en una silla, y pasándose la mano por los ojos, dijo:

—Creo que se me va la vista.

—¿Qué es eso, se pone usted malo?

Y Antonio se apoderó del brazo de Rodajas, y le pulsó.

—No es nada, un vahido... tu noticia me ha hecho el efecto de un trabucazo.

—¡Eh! la alegría no mata.

—Bien, bien, pero cuéntame lo que ha sucedido.

—Pues señor, es el caso que esta mañana fuí, como todos los dias, á casa del conde, pero el señor conde no se hallaba

en su casa; y la condesa me hizo entrar en su gabinete, y me dijo:

—Antonio, ¿irá usted á ver á don Aquilino?

—Todos los dias, señora, le contesté.

—Entonces, como no me gusta retardar las buenas noticias, dígale usted que hoy, sin falta, le notificarán el auto de libertad, é iré yo en persona por él. Esta noticia me puso loco de contento, y desde casa del señor conde de Potes hasta aquí, he venido atropellando la gente. Con que, querido suegro, venga un abrazo.

Y Rodajas y Antonio tornaron á abrazarse.

Apenas habia trascurrido media hora, cuando otra escena, parecida á la que acabamos de bosquejar, se repitió en la modesta habitacion del preso.

Agueda y Serapia entraron en el cuarto, locas de contento.

Como Antonio, habian estado en casa de la condesa, y esta les participó la grata nueva.

Corrieron á la cárcel, y los abrazos y las lágrimas no cesaron.

Desde entonces, la familia esperó á la condesa, ángel de la redencion para el pobre cautivo.

El ruido de un coche les sobresaltaba; las ligeras pisadas de algun transeunte les hacia asomar la cabeza al corredor.

Imposible seria describir el gran contento de aquellos cuatro séres.

Todos los ojos se hallaban enrojecidos por las lágrimas, todos los rostros pálidos por la emocion.

A las once y media, doña María y el conde, su esposo, se presentaron en la cárcel.

Entonces, todos los presos del corredor pudieron presenciar un cuatro tierno, doloroso.

Rodajas, Agueda, Serapia y Antonio se arrodillaron á los piés de aquella señora tan buena, tan caritativa, que venia á traerle la libertad.

La condesa no pudo contener las lágrimas, viendo el verdadero agradecimiento de que era objeto.

—Roberto, dijo mirando á su esposo, que se hallaba tambien conmovido: hé aquí el modo de vencer á los enemigos; á buen seguro que Rodajas no ha de esgrimir sus armas contra nosotros.

—Mi vida es de la condesa de Potes, porque á ella debo la vindicacion de mi honra, la libertad deseada.

—Y la mia tambien, dijo á su vez Antonio.

—Y la nuestra, repitieron Agueda y Serapia.

—Gracias, amigos mios, gracias; no dudo un instante de que esos ofrecimientos son verdaderos, pero salgamos de esta casa. Mi coche nos espera, y aún no está terminada la mision que me he impuesto: ¿no es verdad, querido Roberto?

—¿Puedo yo contrariarte en nada? Cúmplase tu deseo.

—El corazon me dice, Roberto mio, que cuando las canas cubran tu cabeza enfriando las pasiones de la juventud, agradecerás á tu esposa lo que ahora hace, causándote tal vez algun disgusto.

—En el cajon de mi mesa-despacho, repuso el conde, encontrarás el nombramiento y las cartas; cúmplase por fin tu deseo.

María dirigió una mirada al conde llena de agradecimiento, y dijo:

—Ahora, vamos, señores, vamos; déme usted el brazo, señor de Rodajas.

Y la condesa se apoyó familiarmente en el único brazo que le quedaba sano al pobre inválido de la guerra civil.

Rodajas, orgulloso con servir de escudero á tan noble y caritativa señora, lleno el corazon de alegría, pues iba á disfrutar de la libertad apetecida, cruzó los corredores de la cárcel, donde tan amargas horas habian trascurrido para él.

El conde, Agueda, Serapia y Antonio caminaban detrás de ellos.

Los presos se apartaban para dejarles paso, dándole al mismo tiempo la enhorabuena.

El alcaide, que habia recibido las órdenes competentes, descorrió con precipitacion el robusto cerrojo, haciendo reverencias á la madrina del preso.

Cuando llegaron á la puerta de la calle, la carretela de los condes de Potes les estaba esperando.

—Yo os dejo, dijo el conde.

—Entonces, hasta luego, contestó María.

Y dirigiendo la palabra á sus protegidos, volvió á decir:

—Subamos, amigos mios.

—Señora, nosotros iremos á pié adonde usted nos mande, dijo Agueda.

—¡A pié! En mi carretela cabemos los cinco: un poco incómodos... pero el viaje es corto.

—Sí, pero...

—¡Eh! Subamos, subamos.

Y la condesa, cogiendo por el brazo á Agueda, la obligó á subir al coche.

Cuando todos estuvieron sentados en sus respectivos puestos, la condesa dijo lacónicamente al lacayo:

—A casa.

Los caballos partieron al galope.

En aquel momento, el rostro de Antonio se hallaba radiante de satisfaccion. Iba en el coche de una condesa, y esta idea cruzó por su mente:

—Hé aquí una señora aristócrata que tiene un escudo de armas sobre los umbrales de su puerta, rancios pergaminos en los archivos de su casa, y un gorro frigio en el corazon.



CAPITULO II.

Felicidad completa.

Cuando la condesa llegó á su casa, acompañada de sus protegidos, les condujo á una de las habitaciones y les dijo:

—Ustedes vivirán aquí hasta el dia que abandonen la córte para trasladarse al valle de Potes.

—¿Al valle de Potes? preguntó don Aquilino.

—Sí; tengo entendido que recuerdan ustedes con placer la tierra natal.

—Efectivamente, señora; pero en tiempo de la guerra vendimos todo cuanto poseíamos.

—Ya sé que son ustedes pobres; pero como mi esposo no hace las cosas á medias, ha buscado un destino de diez mil reales y casa para el señor de Rodajas.

Aquilino miró á la condesa, luego á su mujer, y por último, á su hija.

—Digo, repuso doña María, si es que usted quiere aceptarlo.

—¿Que si quiero? ¡Pues no faltaba mas! ¡Podia echarla de escrupuloso cuando no tengo sobre que caerme muerto, y además me hallo inútil para tcdo!

—Pues bien; entonces queda usted nombrado administrador de las tierras y la quinta que poseemos en el valle.

—¡Ah, señora! Yo no encuentro palabras con que demostrar á usted mi agradecimiento... Quisiera verla en medio de una hoguera, solo por el placer de sacarla de entre las llamas aun á costa de mi vida.

La condesa se sonrió, comprendiendo lo que queria decirle don Aquilino con aquel *deseo*, que, por otra parte, no era muy agradable para ella.

—No tiene usted que agradecerme nada, dijo: cumplo con un deber de gratitud, y nada mas.

María se dirigió á una mesa, y sacando de uno de sus cajones un pliego, se lo entregó á don Aquilino, diciendo:

—Aquí tiene usted el nombramiento. Desde ahora es usted nuestro administrador del valle de Potes.

Aquilino no pudo resistir al deseo de besar aquella mano que tanto bien le hacia.

Agueda, por su parte, demostraba su agradecimiento con lágrimas en los ojos.

María, temiendo que aquella escena la entristeciera demasiado, se retiró despues de decirles que el viaje lo emprenderian cuando lo tuvieran por conveniente.

La familia del ex-alcalde quedó sola.

Su alegría era inmensa: contaban con un porvenir; podian terminar sus dias bajo el mismo sol que les vió nacer.

Era mas de lo que podian desear, mas de lo qne sus mejores sueños les pedian.

Los elogios, las bendiciones tributadas á la condesa seria prolijo enumerarlas.

Antonio estuvo sublime. Bien es verdad que para él, el mejor hombre de Madrid era don Roberto de Alcaraz, y la mejor mujer doña María.

Nada es tan reproductivo como sembrar el bien.

La caridad tiene algo del grano de mostaza del Evangelio.

¡Dichosos los que así lo comprenden y tienen medios para practicarlo!

Pero dejemos echando cuentas para lo porvenir á don Aquilino y á su familia, y vamos á trasladarnos á otro sitio, donde nos esperan nuevos acontecimientos.

. . . .

El general Conrado de Altamira se hallaba escribiendo unas cartas, cuando oyó que llamaban suavemente á la puerta de su despacho.

—¡Adelante quien sea! dijo sin levantar la cabeza.

La puerta se abrió, y Adela presentóse en la habitacion.

Vestia una bata de seda de color de tórtola, sujeta á la cintura por una cinta de charol negra.

Nada tan sencillo, nada tan elegante como aquella modesta jóven que venia á interrumpir al general.

Sus hermosos bucles de color castaño caian sobre sus hombros, y una sonrisa, pura como el primer destello del crepúsculo matinal, partia de sus lindos y rojos labios.

—¡Ah! ¿eres tú, hija mia?... le dijo el general. Acércate: ¿qué es lo que quieres?

—Ante todo, padre mio, preguntar si estorbo, porque en ese caso, dejaré para otro rato mas oportuno mi comision.

—¡Estorbarme tú!... ¡Nunca, ángel mio! Puedes estarte á mi lado y decirme todo lo que quieras.

—Sí; pero como usted está escribiendo...

—Es una carta de poca importancia, para un amigo, un hermano á quien creo que conoces: para Pedro.

—¡Ah! ¿para el padre de Rosita?

—Justamente.

—¡Qué ganas tengo de ver á Rosa!

—Pues nada mas fácil.

—¿De veras?

—¿Puedo yo negarte nada?

—Entonces, aprovecho la ocasion para pedir algo.

—Y harás divinamente. Hace quince dias que te estreché por vez primera contra mi corazon, es decir, quince dias que soy tu padre, y aún no me has pedido nada. Eso me prueba que todavía no te inspiro bastante confianza.

—No, no es eso, padre mio. No pido, porque nada me hace falta. Ha sido tan grande mi fortuna, que apenas me queda tiempo para pensar en otra cosa que en mi felicidad. Don Máximo, mi buen viejo, mi querido protector, tiene celos, y esa es la única nube que empaña de vez en cuando mi alegría. Pero verdaderamente es injusto cuando me dice: «Tú no me amas, tú te olvidarás de mí.» ¡Como si yo pudiera borrar de la memoria lo mucho que le debo y lo mucho que me quiere!

El general escuchaba á su hija con verdadera complacencia.

Las frases de Adelaida eran todas hijas de su virtuoso y

puro corazon, mientras que en las de Herminia se notaba el arte del engaño.

Bien es verdad que Conrado no se habia apercibido de esta diferencia hasta que la venda que cubria sus ojos cayó á sus piés para mostrarle la verdad.

Muchas veces en el trascurso de estos quince dias se habia dicho:

—Era preciso estar ciego para no conocer que Herminia era una aventurera.

Adela sentóse al lado de su padre, y este, cogiendo una de las pequeñas manos de su hija, le dijo:

—Vamos á ver: ¿qué quieres pedirme?

—Lo primero de todo, enseñar á usted dos cartas que he recibido.

—¡Hola! ¿Tienes correspondencia?

—Doy poco que hacer á los carteros; pero hoy he recibido esta del valle de Potes, y esta otra de Madrid.

—¿Y quieres que las lea?

—Sí; no tengo secretos para usted.

—Comenzaremos, pues, por la de Madrid.

El general desdobló la carta y buscó la firma.

Era de Consuelo de Alcaraz.

—Veamos lo que te escribe esta loquilla encantadora.

El general leyó lo siguiente:

«Mi querida Adela: ¿Por qué no viniste ayer? Eso es una »traicion; pero te perdono por la primera vez: no puedo tener»te rencor, ya lo sabes, y tú eres una pícara que te aprovechas »del cariño que te profeso.

»Vamos á otra cosa.

»En mi casa nos estamos preparando para emprender un »viaje al valle de Potes.

»Nilo y Julio nos acompañan.

»El poeta dice que escribirá en nuestra hermosa quinta una »comedia, sometiéndola á nuestra censura.

»¡Cómo vamos á desesperarle!... Porque yo supongo que todo »lo que nos lea nos parecerá malo.

»Mi querido Julio preguntó á mamá si tú nos acompañabas, »y la mamá le ofreció que hablaria al señor general para que »te dejara venir con nosotros, caso que él no quiera pasar el »verano en su casa del valle.

»Creo que tú aceptarás el ofrecimiento que te hacemos, y »vendrás con gusto. Procura que tu padre esté dispuesto á »dar el consentimiento cuando el mio vaya á verle.

»Adios. Te quiero como siempre.

»Esta tarde irá la carretela á buscarte para que vengas á »paseo con nosotros.—Tuya, *Consuelo.*

»Un abrazo al general.»

Conrado devolvió la carta á su hija, diciéndole:

—¿Y qué has contestado á tu amiga?

—¿Tengo yo voluntad propia? Antes de contestar, necesito saber lo que usted quiere que diga.

—Sepamos, pues, qué es lo que tú contestarias á tu amiguita si tuvieras voluntad propia.

—¡Toma! Le diria... cuenta conmigo para el viaje.

—Pues bien; siéntate, y escribe lo que voy á dictarte.

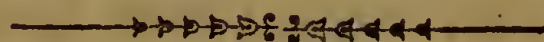
Adela obedeció, y cogiendo una pluma dijo:

—Estoy esperando.

El general dictó la carta que sigue:

»Mi querida Consuelo: Acepto tu ofrecimiento, y desde ma-»ñana comienzo los preparativos del viaje. Mi padre me acom-»pañará, si se lo permiten sus ocupaciones; pero en el caso »contrario, tendreis que admitirme en vuestra casa.

»Hasta luego.—Tuya, *Adela.*»



CAPITULO III.

Una posdata.

Adela dirigió á su padre una mirada de agradecimiento.

—¿Estás contenta del contenido de la carta?

—¡Oh! ¡mucho, padre mio, mucho! Consuelo tambien se alegrará infinito; me lo dice el corazon. Además, ¿para qué ocultarlo? Vivir tres meses separados, seria un tormento para nosotros.

—No se hable mas del asunto; mañana puedes encargar á tu modista los trajes de campo que necesites.

—¡Dios mio! esclamó Adela: ¿qué he hecho yo para merecer tanta felicidad?

Aquella esclamacion brotaba de una alma pura y agradecida.

El general, enternecido ante la ingenuidad de su hija, acercó sus labios á aquella frente sin mancha, y depositando en ella un beso, le dijo:

—Hablando del viaje, te olvidas de leerme la carta de Rosa.

—¡Ah, es verdad! ¡Pobre Rosa! Segun parece, no disfruta mucha salud. Oiga usted, padre mio, oiga usted.

Y Adela leyó lo que sigue:

»Amiga mia: Por una carta de Consuelo, he sabido con tan-»ta sorpresa como placer que el noble general á quien tantos »beneficies debemos, es tu verdadero padre.

»Si no me tacharas de aduladora, te diria que tú eres mas »digna de ser hija del general, que la falsa Adelaida, que, »usurpando un lugar que solo á tí correspondia, me hizo la mu-»jer mas desgraciada del mundo.

»Tú no puedes imaginarte, Adela mia, lo que he sufrido »desde que abandoné la córte, lo que sufro, lo que me está re-»servado sufrir.

»Cuando vengas, como no tengo secretos para los herma-»nos de mi corazon, os contaré todas mis penas... ¡Tengo la »esperanza de que eso me consolará!

»Recibe, pues, Adela de mi alma, la mas leal y cumplida »enhorabuena por tu feliz encuentro. Ama mucho á tu padre, »sin olvidar á tu amiga, á tu hermana, que ruega á Dios por »todos vosotros desde este destierro.—Tuya, *Rosa.*»

—¡Pobre Rosa! murmuró el general.

—Padre mio, dijo Adela, por esta carta se deduce que alguna pena aflige el corazon de mi amiga.

—Sí, hija mia; una de esas penas que solo comprenden los que han tenido la desgracia de sufrirla; uno de esos dolores que matan la alegría del alma, que lo oscurecen todo. ¡Dios quiera que nunca comprendas los padecimientos de tu amiga!

Adela ignoraba la enfermedad de Rosa.

Para ella, el amor que la hija del inválido Pedro sentia por Claudio de San Vicente, era un secreto.

El general creyó prudente no revelárselo.

La carta tenia una posdata, que Adela no habia leido.

Conrado, deseando cambiar de conversacion, dijo al verla:

—¿Qué es eso que se ve escrito con esa letra tan gorda?

—¡Ah! ¡qué cabeza la mia! Esta es una posdata del capitan Pedro, del padre de Rosa.

—A ver, leela.

Adela leyó:

»Querido general: Me alegro de todo corazon del cambio de »hija que has tenido... La roja siempre se me habia atraganta- »do; no me gustaba ni pizca su mirada insolente, ni su sonri- »sita burlona. En cambio, siempre he creido que Adela era una »muchacha juiciosa y honrada. Vaya, sea enhorabuena, y no »dejes de venir este verano, pues aunque falto de una pata, »mataremos en estas vegas un centenar de codornices. ¡Ah! se »me olvidaba darte dos noticias que te serán sumamente agra- »dables.

»La primera es, que el célebre Sanson, que tan buena »cuenta dió del pícaro colmenero, lo he encontrado disecado en »casa del boticario de Potes, comprándole por ochocientos rea- »les. Está tan bien conservado, que muchas veces le dirijo la »palabra creyéndole vivo.

»La segunda noticia es, que la cabaña que tú habitaste du- »rante el tiempo del destierro existe, y su adquisicion no me »ha sido difícil.

»Cuando vuelvas, se hallará restaurada, y con el pobre »Sanson dentro para que nos sirva de descanso en nuestras

»cacerías, y de recuerdo de nuestros sobresaltos de antaño.—Tuyo, *Pedro.*»

Grande fué la alegría del general al terminar la larga posdata de su hermano de leche, de su compañero de armas.

El noble y valiente Sanson le recordaba una de esas épocas que nunca se borran de la memoria.

El modesto albergue de los barrancos de Reinosa, era para Conrado mucho mas querido que pudiera serlo un palacio.

—¡Oh, esta posdata me obliga á emprender el viaje! Desde ahora prometo acompañarte, hija mia. Puedes participarlo así á tu amiga.

—¡Viva! ¡Viva! esclamó Adela, batiendo las manos. ¡El campo está hermoso! ¡Además, Julio me ha contado tanta cosa del valle de Potes!... ¡Dice que es un paraíso! Cogeremos flores, pasearemos, nos levantaremos antes que el sol estienda sus rayos por el firmamento, y nuestra vida será tan alegre como el canto de las aves, tan risueña como esas poéticas alboradas, sin nubes, sin nieblas, sin celages.

Conrado se gozaba en la inocente alegría de su hija.

—Puesto que he terminado mi comision, y he salido tan complacida, voy á dejar á usted que termine la carta, porque en mi habitacion me esperan tres amigos á quienes es justo que participe mi alegría.

—¿Tres amigos?

—Sí; don Máximo, Nocturno y Otelo.

Y Adela, despues de presentar su frente para que su padre la besara, salió del despacho, alegre como un dia sin nubes.

El general permaneció un momento con la mirada fija en la puerta por donde habia salido Adela.

Luego tornó á continuar la interrumpida carta.

Cuando Adela entró en su habitacion, encontró á don Máximo sentado en una butaca con el célebre Otelo sobre las rodillas.

El anciano parecia triste, preocupado; y distraidamente, sin darse cuenta de ello, pasaba y repasaba la mano derecha por el lomo del gato, lo cual debia ser muy del agrado del micifuf, porque arqueaba el espinazo y cerraba los ojos de un modo lánguido y perezoso.

Adela, notando que su viejo protector no la habia visto entrar, se acercó de puntillas, y colocándose detrás, le tapó los ojos con las manos.

Las manos de Adela no podian confundirse facilmente. Además, aquel anciano conocia á su hija adoptiva hasta en el modo de andar; así es que dijo:

—Sí, tápame los ojos para que no te conozca; aunque quedara ciego, te veria con los del alma.

Esta galantería, dicha sin afectacion, sin estudio, fué pagada con un beso.

—¡Zalamera!... dijo don Máximo, sin poder ocultar la alegría que le causaba la caricia de Adela.

—Bien, yo seré zalamera, pero usted es un celoso injusto; mas le prevengo que no quiero ver malas caras, sobre todo hoy que la alegría no me cabe en el corazon.

—¿Pues y eso?

—Nos vamos.

—¿Adónde?

—Al valle de Potes.

—¡Ah! ¿y á qué?

—A pasar el verano con la familia de Consuelo.

—¡El valle de Potes! ¡el valle de Potes! dijo don Máximo, cogiendo el labio inferior con el índice y el pulgar, y elevando la vista como el hombre que quiere recordar algo.

—Sí, al valle de Potes, repitió Adela.

—Creo que por ese valle pasa un rio, llamado Deva... ¡Si hubiera truchas, menos malo!

—¡Truchas! repitió Adela: mas de las que usted querrá.

—¿De veras?

—Ya lo creo. Me lo ha dicho Julio, que hace dos años cogió algunas de á dos libras.

—Pues entonces, voy á arreglar mis aparejos, porque ya tengo hambre de pescar.

Y don Máximo se dirigió á una especie de armario, donde tenia todos los avíos.

Adela se vió precisada á taparse la boca para no reirse del entusiasmo de su viejo.

Ella ignoraba si habia truchas, ni si habia rio. Con el objeto de alegrar á don Máximo, acababa de decir una mentira inocente.

CAPITULO IV.

Fuego entre cenizas.

Claudio habia amado con todo su corazon á Herminia.

El amor es ingenioso para buscar disculpas á la persona que le subyuga.

Cuando se ama de veras, queda siempre un resto de fuego oculto entre las cenizas del alma.

Por lo general decimos: he amado á esa mujer con todo mi corazon; pero hoy me es completamente indiferente.

Esto no siempre suele ser verdad. El hombre conserva siempre el recuerdo de ayer; en su corazon nunca se estingue el perfume que le embriagó en otro tiempo.

Claudio recordaba de vez en cuando á Herminia.

Queria borrarla por completo de la memoria, y la sentia en el alma; la rechazaba del corazon, y brotaba de nuevo en su memoria.

Sin embargo, todo habia concluido entre ellos.

La Perla de San Lázaro no podia tener nada de comun con Claudio de San Vicente.

La querida de Raoul, de lord Sponcer, del abogado Hardi, no podia ser su esposa.

A pesar de todos estos poderosos obstáculos, Claudio recordaba á Herminia.

Era indudable, pues, que entre las cenizas de su amor quedaba una chispa.

De esta chispa podia brotar nuevamente un volcan.

Quince dias habian trascurrido desde la noche aquella en que Roberto de Alcaraz, arrancando la máscara á Mateo y Herminia, destrozó todas las risueñas esperanzas de Claudio de San Vicente.

Durante este tiempo, en los teatros, en el Casino, en los paseos, Nilo de Sádaba y Julio de Alcaraz le habian dicho á Claudio:

—¿Qué tienes? ¿por qué estás triste? En vez de ese mal humor que te consume, debias bendecir á la Providencia, que supo librarte del peligro que te amenazaba casándote con una mujer indigna de tí.

Claudio juraba que habia olvidado á Herminia.

Claudio no decia la verdad.

Julio, mas jóven, mas ingenuo, menos práctico en las cuestiones de esperiencia, solia decirle:

—Vente con nosotros á Potes este verano. Allí encontrarás una jóven mas digna de tí, y que te ama con todo su corazon.

Entonces, Claudio recordaba á Rosa, olvidando á Herminia

por algunas horas; pero pronto el recuerdo de la segunda, borraba el nombre de la primera de su memoria.

Así las cosas, continuemos la accion de la novela.

Claudio, como todo jóven elegante y rico, amigo de la moda y espléndido, tenia la costumbre de pasar algunos ratos en la tienda de Angel Plantey, de la Carrera de San Gerónimo.

Todo lo nuevo place, y Plantey siempre tiene alguna novedad que enseñar á sus numerosos parroquianos.

Por costumbre, casi por rutina, se asoman diariamente por la puerta de la elegante tienda que nos ocupa, mas de doscientos individuos de esos que bien pueden llamarse elegidos, pues forman la familia feliz de la aristocracia de la sangre y del dinero.

Una noche, á esa hora en que comienza el movimiento en las calles de Madrid, es decir, de siete á ocho en el invierno y de ocho á diez en el verano, Claudio entró como de costumbre en la tienda de Plantey.

Junto al mostrador de la derecha se hallaba una jóven modestamente vestida con una bata de percal y una mantilla con fondo de tafetan, tan usuales á las costureras de Madrid.

Al entrar Claudio, la jóven dejó caer el velo de la mantilla sobre su rostro y pareció turbarse.

Claudio, apoyando el brazo en la barandilla de cristal del escaparate, fijó en la jóven una de esas miradas que revelan la curiosidad que nos inspira una mujer á quien creemos conocer.

La jóven del velo hablaba en voz baja con uno de los dependientes, el cual, al parecer, le daba trabajo, porque envolviendo unas telas en su pañuelo, le dijo:

—Para mañana á estas horas.

—Está bien, dijo la jóven; pero con un acento casi imperceptible.

Luego salió de la tienda precipitadamente.

—¿Quién es esa muchacha? pregunto Claudio con marcado interés.

—Una costurera nueva, respondió el dependiente con indiferencia.

Al dia siguiente, una hora antes, Claudio se hallaba en la tienda esperando á la jóven del velo.

Dieron las ocho de la noche y se presentó una jóven.

No era la misma del dia anterior.

Claudio, sin embargo, procuró acercarse para oir lo que aquella jóven decia.

—Mi recomendada está un poco enferma; por eso vengo yo á devolver las corbatas de baile, y á llevarme mas trabajo si hay.

Claudio se despidió de los que habia en la tienda, y fué á colocarse en la acera, delante de la puerta.

Un cuarto de hora despues, salia la jóven con un lio de ropa en la mano, y con ese paso de perdiz tan peculiar de la mujer honrada cuando camina de noche por las calles de Madrid.

Tomó la calle adelante, torciendo luego por la del Lobo.

Claudio, que caminaba detrás, al llegar á la citada calle, avivó un poco el paso hasta llegar á colocarse al lado de la costurera.

—Dispense usted, jóven, si la detengo; pero ante todo, debo decirla que no soy uno de esos amadores desocupados que se entretienen en perseguir á las muchachas.

La jóven se detuvo, porque el acento de Claudio le inspiraba confianza.

—¿En qué puedo servir á usted, caballero? le dijo.

—Si mal no recuerdo, ha dicho usted en la tienda de Modas que su recomendada estaba enferma. ¿Tendria usted inconveniente en decirme si la jóven á quien va usted á llevarle la costura es estremadamente rubia?

—Sí señor, rubia como el oro.

—¿Se llama Herminia, por casualidad?

—No señor.

—¿Adelaida, tal vez?

—Tampoco.

—Dispense usted si soy pesado.

—Puede usted preguntar lo que guste.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted á su protegida?

—Hará unos diez dias.

—¿Tiene padres?

—Creo que no. Vive en la buhardilla que enfrenta con la mia.

—¿Sola?

—Sí señor, sola, porque aunque mi madre le ha ofrecido nuestra casa, ella no ha querido aceptar.

—¿Y la visita alguno?

—Nadie. La pobre está todo el dia trabajando, y lo que es mas, llorando. Creo que no goza muy buena salud: á veces la oimos toser, y dice mi madre que no le gusta su tos.

—Conozco, señorita, que estoy molestando á usted; ¡pero me interesa tanto todo lo que me dice!...

—No señor, no me molesta usted, repuso la costurera,

agradeciendo el tratamiento de señorita que le habia merecido.

—En ese caso, y aprovechándome de su condescendencia, me atreveré á dirigirle algunas preguntas mas.

—Todas las que que usted quiera, caballero.

—¿Como se llama la jóven que nos ocupa?

—Magdalena.

—¿Y qué apellido lleva?

—Lo ignoro.

—¿Y como la conocieron ustedes?

—Una mañana llamó á la puerta de nuestra buhardilla, y nos dijo que habia alquilado la de enfrente, y que la ponia á nuestra disposicion. Yo, al verla tan jóven y tan hermosa, simpaticé con ella y me dije: vamos, ya tengo una amiga. A los dos dias nos queríamos como dos hermanas. Entonces, Magdalena me manifestó deseos de trabajar, porque no tenia mas renta que sus manos. Yo le dije: ¡Si usted supiera hacer corbatas!... Probó á hacer una de puntas largas con fleco, y otra estrechita de Holanda para baile, y las hizo perfectamente... tan bien como yo, que no hago otra cosa hace seis años. Entonces, le recomendé á la tienda mia, y don Angel mandó á un dependiente que le diera trabajo.

—¿Pero no ha podido usted descubrir algun detalle de la vida pasada de esa jóven?

—No me atrevo á preguntarla. Su melancolía, sus frecuentes lágrimas, me afligen de tal modo, que la quiero sin preguntarla de dónde viene ni adónde va.

—¿Y dice usted que está mala?

—Sí, hoy se ha quedado en la cama. ¡La pobre trabaja casi

toda la noche!... Yo le digo: no trabaje usted tanto, eso acabará con su salud; pero ella no hace caso, y me contesta: «Soy pobre; necesito trabajar mucho para vivir, y es preciso resignarse con la suerte.»

Claudio se hallaba preocupado.

—Voy á dirigirle á usted la última pregunta. ¿Dónde vive esa jóven?

—¿Quién, Magdalena?

—Sí.

—En mi casa.

—Pero bien, ¿dónde vive usted?

—Calle de Santa María, número 100, buhardilla número 3.

—¿Y Magdalena?

—En el número 5.

—Doy á usted las mas espresivas gracias por su amabilidad.

—No hay de qué, caballero.

—¿Quiere usted que la acompañe?

—¡Bah! ¿quién me ha decir nada á mí, fea y pobre? Buenas noches, señor.

Y la costurera tornó á emprender su paso de perdiz, dejando á Claudio parado en la acera y preocupado con lo que acababa de saber.

Así permaneció por espacio de algunos minutos.

Por fin, arrancándose de aquel sitio, se dijo para sí:

—¿Será Herminia?... ¿Habrá el arrepentimiento purificado su corazon?... ¡Oh! es preciso que yo sepa la verdad.



CAPITULO V.

Las dos vecinas.

De la calle del Lobo, Claudió se trasladó á la del Príncipe, y con el objeto de matar las horas, tomó una localidad y entró en el teatro.

Claudio vió el drama sin esplicarse lo que veia, y una vez terminado, dirigióse al Casino.

Allí le invitó Nilo á jugar una partida de carambolas.

Claudio cogió maquinalmente el taco, y no pocas veces le tuvo que decir el vizconde:

—¡Pareces un palomino atontado! ¡Juega! ¡Cualquiera diria que en tu vida has cogido un taco!

Desde el Casino se fué á su casa, y una vez en la cama, procuró en vano reconciliarse con el sueño.

Lo que habia sabido en la calle del Lobo, absorbia toda su atencion.

Cuando la luz del alba penetró por los intersticios de su balcon, cuando las bulliciosas campanillas de las burras de leche anunciaron á los horteras la hora de abrir las tiendas y dejar el perezoso lecho, entonces pudo dormirse Claudio.

Y entonces tuvo uno de esos sueños que fatigan el espíritu y que hacen infructuoso el descanso que se busca en la cama.

Claudio se levantó á las tres de la tarde, almorzó sin gana, y dijo á su ayuda de cámara que ensillara el caballo.

Paseó por la Castellana hasta las seis, y no pocos individuos corrieron el peligro de ser atropellados por el fogoso alazan que montaba.

A las siete entregó el caballo á un mozo de cordel, dándole las señas de la cuadra, y fué á pasearse á pié por la Carrera de San Gerónimo.

Nunca el crepúsculo de la tarde le pareció tan largo.

Por fin, á eso de las ocho, vió venir por la parte del Prado una jóven que le pareció la misma á quien habia dirigido tanta pregunta la noche anterior.

Efectivamente, la jóven entró en la tienda de Modas.

Claudio oyó desde la puerta cómo decia:

—La pobre Magdalena sigue mala.

No esperó mas, y fué á situarse á la esquina de la calle del Lobo.

Un cuarto de hora despues, vió venir una jóven, que por la ligereza de sus menudos pasos conoció que era la vecina de aquella Magdalena que le preocupaba.

Como la noche anterior, le salió al encuentro.

—Buenas noches, le dijo.

—¡Calle! ¿es usted? esclamó la costurera. Si alguno nos vió anoche y nos ve ahora, va á creerse que somos novios.

Claudio se sonrió forzadamente.

—Comprendo, señorita, dijo, que soy algo intempestivo y que tal vez la molesto; pero...

—Vamos, sí, dijo la jóven; usted querrá hablarme, como siempre, de Magdalena.

—No puede usted pensarse lo que me interesa esa jóven. Si mal no recuerdo, ha dicho usted al encargado de la costura que seguia mala.

—La pobre no levanta cabeza; pero se ha empeñado en no hacer cama, y al freir será el reir.

—¿Luego usted cree que su enfermedad es grave?

—¡Toma!... A su edad, un simple resfriado acaba en una tísis; eso se ve todos los dias.

Claudio guardó silencio.

El temor de aquella jóven le preocupaba lo que no es decible.

Además, la duda de que Magdalena no fuera Herminia, le impedia ser mas franco con la desconocida.

Sin embargo, él habia creido reconocerla cuando al entrar en la tienda cubrió su hermoso rostro con el velo.

Era preciso arriesgar el todo por el todo.

—Si no es Herminia, se dijo, ejerceré con esa pobre enferma una obra de caridad, mandándola mi médico y haciéndola ir á Panticosa ó á otro punto, si es necesario.

Formada esta resolucion, se propuso hablar á la costurera sin rodeos.

—¿Ama usted mucho á Magdalena?

—Como á una hermana.

—¿Qniere usted ser amiga mia?

—¿Y por qué no, señorito? Pero mi amistad vale bien poco.

—Nuestra amistad puede redundar en beneficio de Magdalena.

—¡Ah! pues entonces con mucho gusto.

—Comencemos por saber cuál es su nombre de usted.

—Agapita, para servir á Dios y á usted.

—Pues bien, Agapita, ¿tiene usted inconveniente en que yo vea á Magdalena?

—Yo creo que eso es muy difícil. Vive sola: no tiene padres, ni tios, ni parientes, segun parece.

—No es eso.

—Entonces no comprendo...

—Voy á esplicarme, pues siendo buenos amigos, no debo tener secretos para usted.

—Mire usted, señorito, si es cuestion de amoríos, no soy envidiosa y sirvo con buena voluntad á los amigos, porque hoy por tí y mañana por mí.

Claudio, encantado de la franqueza de Agapita, porque le ahorraba la mitad del camino, le dijo:

—Pues bien, amiga mia, aprovechándome de su generoso ofrecimiento, vuelvo á pedirle que me permita ver, aunque no sea mas que por el ojo de la cerradura, á Magdalena; tengo vehementes sospechas de que sea una jóven á quien busco.

—Pero eso es una traicion.

—No lo veo así.

—Se me ocurre una cosa.

—¿A ver?

—Yo no puedo llevarle á usted á mi casa sin que se alarme mi madre; pero puedo esta misma noche pasar á casa de Magdalena, y decirle que un jóven de estas y estas señas, que se llama... ¿Cómo se llama usted?

—Claudio.

—Bien: que se llama Claudio, me sale al encuentro, preguntándome por ella, y mañana por la noche, á esta misma hora, le diré á usted lo que ella me diga.

—Es muy largo el plazo.

—¡Bah! Veinticuatro horas se pasan en un soplo.

Todas las razones que alegó Claudio quedaron destruidas.

Agapita, antes de comprometerse á nada, queria consultar con su amiga.

Claudio tuvo por fin que resignarse á esperar.

Pero sigamos nosotros á la servicial Agapita hasta la buhardilla número 5 de la calle de Santa María.

Magdalena, sentada junto á un velador de pino, pintado de color de chocolate, cosia á la luz de una modesta lamparilla con pantalla de papel verde.

Los muebles que adornaban la pequeña habitacion no podian ser mas modestos.

Allí no se encontraba lo supérfluo: apenas podia notarse lo necesario.

Pero todo estaba limpio; todo respiraba alegría.

En la ventana se veian dos macetas: una de pensamientos, y otra de geranio.

La alcoba, cubierta por una cortina blanca, ocultaba á los ojos del curioso la cama de la jóven inquilina.

Magdalena, cuyo retrato quedará hecho con decir que era la

misma Herminia, modestamente vestida con una bata de percal negro con pintas blancas, parecia mas pálida, mas triste que cuando la conocimos rodeada de comodidades en casa del general Conrado.

Además, profundas y amoratadas ojeras cercaban sus hermosos ojos.

Aquella palidez, aquella modestia, añadia nuevos encantos á su natural belleza.

Magdalena (seguiremos dándole este nombre) trabajaba á la luz de la humilde lamparilla, cuando oyó que llamaban á la puerta.

—¡Adelante! dijo. Está abierto.

—Buenas noches, vecina. ¡Jesus! Me mata esta escalera.

Y Agapita, diciendo esto, tomó una silla y se sentó al lado de Magdalena.

—¡Ah! no sé cómo pagar los favores que le debo, repuso Magdalena, suspendiendo la costura y enviando una mirada llena de gratitud á su jóven amiga.

—¿No haria usted por mí lo mismo?

—¡Qué duda cabe!

—Pues entonces, no hay para qué agradecerlo. Aquí tiene usted doce corbatas blancas y doce de color; no corren mucha prisa, porque la tienda se halla bien surtida; y en este papel cuarenta y ocho reales.

Y Agapita fué colocando sobre la mesa los objetos que iba nombrando.

—¿Están contentos de mi trabajo? preguntó Magdalena, dejando la tela en su canastillo.

—¡Vaya! Aún no me han puesto un pero.

—¡Oh! ¡si yo tuviera salud!...

—Eso es lo mas sensible; pero hablemos de otra cosa.

—Hablemos de lo que usted quiera.

Agapita miró con recelo hácia la puerta, como si temiera que alguno escuchara lo que iba á decir; y luego, sonriéndose con malicia, dijo:

—Esta noche le he visto tambien.

Magdalena se estremeció.

—¡Bah! no hay para qué asustarse: es un jóven muy guapo y muy amable, y no me ha costado poco trabajo convencerle; queria á todo trance venir conmigo.

—¡Dios mio!

—Pero no hay cuidado, al menos por hoy: me ha prometido no dar un paso hasta que yo le diga...

—Pero ¿quién es ese hombre? ¿Qué interés puede moverle?...

—Lo ignoro. Lo que puedo asegurar es que no se confunde con la vulgaridad de los jóvenes; es comedido, bien educado y con un nombre muy bonito; usted le debe conocer... Se llama Claudio.

—¡Claudio! esclamó Magdalena.

Y exhalando un grito, cayó desfallecida sobre el respaldo de la silla.



CAPITULO VI.

Una palabra mágica.

Grande fué el asombro de Agapita, viendo el efecto que el nombre de Claudio habia causado á su vecina; y corriendo á la puerta, llamó á gritos á su madre, que no tardó mucho en acudir al sitio de la catástrofe.

Condujeron á la cama entre madre é hija á la accidentada Magdalena, prestándole todos esos auxilios caseros, tan usuales en semejantes casos.

La madre humedeció las sienes de la enferma con vinagre, mientras la hija le hacia oler una pluma quemada.

Por fin, despues de algunos minutos, Magdalena abrió los ojos, mirando con cierta vaguedad en derredor suyo.

—¡Qué desvanecimiento tan horrible de cabeza! dijo. ¡Ah! son ustedes...

—Vaya, vecina, dijo la madre, que se llamaba Tadea, nos ha dado usted un susto...

Magdalena se sonrió; pero con tan melancólica espresion, que Agapita sintió unas ganas grandes de llorar.

—Indudablemente, pensaba Agapita, la vecina tiene una de esas historias de amor que llegan al alma, y ese señorito Claudio debe tener parte, y no poca, en los desmayos, las lágrimas y la poca salud que goza.

Cuando se retiró la madre y las dos jóvenes se quedaron solas, Agapita, vivamente interesada por saber qué clase de relaciones unian á Magdalena con Claudio, comenzó á hacerle muchas preguntas.

Magdalena la escuchaba sonriendo con bondad.

—Mire usted, Magdalena, le decia: cuando se encuentran dos jóvenes como nosotras, no debe haber secretos. Yo valgo poco; pero quién sabe si puedo serle útil en esta ocasion.

—¡Dios mio! responde Magdalena, ¿qué le he hecho yo á usted para que me demuestre ese cariño?

—Cuando una tiene su alma en su armario, toma con celo los asuntos de los que ama y ve que son desgraciados. Así, pues, fuera tapujos. El señorito Claudio, que demuestra un vivo interés por usted, me esperará mañana en la calle del Lobo, y yo me he comprometido á darle noticias de usted.

Magdalena cogió con vehemencia las manos de su vecina, y le dijo:

—Agapita, si usted me ama, espero que mañana le diga á Claudio que me he mudado de este cuarto, que ignora mi paradero.

—¿Pero quién es ese Claudio que tanto teme usted y cuyo nombre solo le priva del conocimiento?

—Un ángel, amiga mia, un ángel.

—¿Usted le ama?

—Con toda mi alma.

—¿Y él le ama á usted?

—Lo ignoro; pero al menos me lo ha jurado en otro tiempo.

—¡Vamos, ya, y se oponen sus padres!...

—Es huérfano como yo.

—Entonces, no lo entiendo.

Magdalena exhaló un suspiro.

—Será un empleadillo de mala muerte.

—Tiene seis millones de capital.

—¡Caramba! pues con eso podria usted gastar coche.

Magdalena envió una sonrisa á su vecina.

—Confieso que no comprendo una palabra.

—No soy digna de él.

—Ahora lo entiendo menos.

—Solo le suplico que si mañana le encuentra...

—¡Ya lo creo que le encontraré!

—Y le pregunta por mí...

—Eso será lo primero que haga.

—Entonces, dígale usted, si me aprecia, que al saber que habia descubierto mi paradero, he desaparecido del cuarto, y que no sabe usted dónde vivo.

Una hora despues, Agapita salió del cuarto de Magdalena sin haber comprendido una palabra.

Cuando se metió en la cama, en ese intervalo que precede al sueño, se dijo:

—Yo creo que lo que Magdalena me pide como un favor, es un disfavor. Salga lo que salga, resulte lo que resulte, mañana le diré la verdad al señorito Claudio, que me parece todo

un caballero. ¡Qué diantre! Si se aman, que se casen, puesto que son solteros y huérfanos. Si él es rico, ella es hermosa como el sol.

A la noche siguiente, Claudio fué puntual á la cita.

La vecina de Magdalena no lo fué menos.

Como es de suponer, Agapita contó á Claudio todo lo ocurrido, aventurando de su parte algunos comentarios.

San Vicente escuchó con profunda atencion á la jóven costurera, y no le quedó duda alguna de que era Herminia la Magdalena de la buhardilla.

Entonces tomó la resolucion de visitarla.

—Esta noche, le dijo á Agapita, me voy á tomar la libertad de acompañar á usted; quiero ver á Magdalena. Solo le suplico que no le diga que me ha visto.

—Eso es engañarla, y creo conveniente prevenirla.

—No, no hay necesidad, porque si sabe que voy, no me abrirá la puerta.

—Bien, lo haré como usted dice.

Y los dos se encaminaron á la calle de Santa María.

Al llegar á la puerta, dijo la costurera:

—Aquí es; espere usted un poco, y luego suba: ya sabe el número de la buhardilla.

Agapita subió con precipitacion la fatigosa escalera, y llamó á la puerta de su vecina.

—Ahí está, dijo, entrando precipitadamente.

—¿Quién? preguntó Magdalena.

—¿Quién quiere usted que sea?... Claudio.

—¡Dios mio!...

—Me ha sido imposible convencerle: dice que está dispuesto

á todo... y que le seguirá á usted hasta el fin del mundo si es necesario.

Claudio no habia dicho nada de lo que decia Agapita; pero ella se habia empeñado en unir de nuevo á los antiguos amantes, y sabido es lo fuerte que son las mujeres en sus empeños.

Agapita dejó el dinero y las corbatas en corte sobre la mesa, y se despidió de su amiga, dejándole el campo libre.

Bien es verdad que como su buhardilla se hallaba enfrente de la de Magdalena, tenia el pensamiento de escuchar algo de lo que iba á pasar entre Claudio y Magdalena.

Apenas Agapita habia entrado en su casa, cuando oyó pasos en el corredor.

—¡El es! dijo en voz alta, olvidando que su madre se hallaba sentada á su lado.

—¿Quién es él? le preguntó.

Agapita se echó á reir.

—¿Ha oido usted mi esclamacion?

—Sí, y por eso te he preguntado quién era él.

—Claudio.

—¿El novio de la vecina?

—Creo que sí.

En este momento se oyó llamar á la puerta de enfrente.

—¿Quién es? preguntó Magdalena.

—Tenga usted la bondad de abrir: soy un dependiente de la tienda de la Carrera de San Gerónimo.

—¡Ah pícaro! dijo en voz baja Agapita.

Y como su madre iba sin duda á decir algo, la hija se puso un dedo en los labios, indicándole que callara.

Luego se oyó el ruido de un cerrojo al descorrerse.

—Vamos, repitió, hablando consigo misma Agapita; pronto se juntarán las dos tórtolas. Despues de todo, es una obra de caridad unir de nuevo á dos amantes que se hallan separados tal vez por una bagatela. El corazon me dice que tarde ó temprano me darán las gracias.

—¿Qué estás murmurando? le dijo la madre.

—Digo que el jóven que acaba de entrar en la habitacion de la vecina, tiene seis millones de capital.

—¡Ave María purísima!

Y la señora Tadea se santiguó, como si hubiera pasado por delante de ella el espíritu malo.



CAPITULO VII.

Claudio y Magdalena.

Magdalena abrió la puerta, y exhalando un grito, retrocedió espantada, yendo á caer desfallecida sobre una silla.

Claudio, conmovido, agitado, pálido, entró en la buhardilla, y encaminándose precipitadamente hácia la joven, le dijo:

—Ante todo, Herminia, perdóneme usted el atrevimiento de presentarme en su casa.

La Perla de San Lázaro se llevó una mano al corazon, y esclamó con acento conmovido:

—¡Claudio! ¿Por qué se coloca usted de nuevo ante mi paso?... Váyase usted; evíteme por caridad el rubor que me causa su presencia. Soy indigna de usted. ¡Ah! ¡Dios quiera darme fuerzas para terminar la obra que me he propuesto!

Y Herminia, cubriéndose el rostro con las manos, prorumpió en un amargo lloro.

Claudio se hallaba cada vez mas conmovido.

El dolor de aquella mujer le destrozaba el corazon.

San Vicente no se detuvo á estudiar si era cierto ó fingido. Herminia lloraba; profundos suspiros se escapaban de su pecho: hermosa como siempre, interesante como nunca, tenia en su abono la modestia de aquellos muebles que le rodeaban, la humildad de la habitacion en que vivia.

—Herminia, le dijo, la casualidad ha vuelto á unirnos... ignoro si esta agitacion de mi espíritu me anuncia el placer ó el dolor; pero en esta buhardilla se respira una atmósfera de virtud, de modestia, que me fascina. Si tengo algun derecho para suplicar á la que amé con toda mi alma que me revele la causa de este cambio inesperado; si inspiro alguna confianza á la que debia llamarse mi esposa, espero que nada me oculte.

Claudio se sentó al lado de Herminia, y viendo que permanecia callada, se apoderó de una de sus manos, y estrechándola contra su pecho, con amorosa solicitud, continuó de este modo:

—Herminia, una historia que me hizo el mas desgraciado de los hombres impidió que se unieran para siempre nuestros destinos. Los sueños de mi mente, las esperanzas de mi alma se disiparon, se desvanecieron, trasportándome al mas cruel de los desengaños. He sufrido mucho... Hoy la vuelvo á encontrar en una buhardilla, enferma, triste, viviendo del modesto jornal que ganan sus manos. Todo esto es para mí un misterio. En vista del presente, dudo del pasado... Por lo que mas ame usted en el mundo, yo le ruego que me diga si la historia de *La Gaceta de los Tribunales* es una calumnia.

Herminia dirigió una mirada dolorosa á Claudio, y enjugándose las lágrimas que humedecian sus ojos, dijo:

—Caballero... todo lo que se leyó, todo lo que se dijo aquella noche fatal, es cierto. Soy indigna de usted. Disculparme, seria una nueva infamia. Solo merezco el desprecio, hasta el dia en que, purificada por el arrepentimiento y el trabajo, vuelva á recobrar el aprecio de las gentes.

Las palabras de Herminia tenian para Claudio el acento de la verdad.

—Herminia, le dijo, con la firmeza del hombre que acaba de tomar una resolucion invariable: ¿quiere usted permitirme que pase algunas horas en su compañía durante las veladas?

La jóven guardó silencio.

—No vengo á pedirle á usted amor, volvió á decir; pero ya que no amantes, seamos amigos, seamos hermanos... Si el trabajo, si el arrepentimiento pueden devolverla la tranquilidad, siga usted esa senda que se ha trazado.

Herminia contempló un momento á Claudio, y enviándole una sonrisa, le tendió una mano.

—Acepto el ofrecimiento.

—Gracias, hermana mia, dijo Claudio.

—Todas las noches, repuso Herminia, desde las ocho á las diez podrá usted venir á verme. Yo trabajaré y usted leerá en voz alta algunos libros que fortalezcan mi espíritu.

—Pero usted está enferma, dijo Claudio; usted...

—Hermano mio, repuso la jóven, sin dejarle terminar: si es mi destino morir, moriré resignada; pero el trabajo y la penitencia serán mi purificacion, y por nada del mundo cambiaré la marcha que me he propuesto seguir.

—Sea, respondió Claudio, ahogando un suspiro.

Las palabras de Herminia tenian el acento de la verdad.

Cuando á las diez de la noche abandonó la buhardilla Claudio, estaba mas enamorado que nunca.

Tanta hermosura, tanta juventud, tanta modestia, le fascinaban; así es que no pudo menos de esclamar cuando se vió en la calle:

—Herminia tiene un corazon de oro. Si en París pudo cometer alguna inconveniencia, no fué culpa suya, sino de los miserables que especulaban con su hermosura. ¡Oh! ¡quién sabe si aún podré perdonarle todo el mal que me ha hecho!

Mientras Claudio comentaba tan favorablemente el portentoso cambio de Herminia, esta, corriendo el cerrojo de la puerta de su buhardilla, fué á sentarse junto á una mesa, y sacando de uno de sus cajones todo lo necesario para escribir, se dijo hablando consigo misma:

—Claudio me ama. Preciso es confesar que la farsa está representada con maestría. Agapita y su madre son mis cómplices sin saberlo... y lo que es mejor, sin tenerles que dar parte en el negocio.

Luego dejó asomar una sonrisa á sus labios, y mirando las humildes vigas de su buhardilla, volvió á decir:

—¡Quién sabe si esta huronera se trocará por un palacio!... Todo es posible... el amor es ciego... Pero escribamos al pobre papá Mateo, que debe estar impaciente.

Y se puso á escribir.

. . . .

Al dia siguiente, á eso de las doce, el carcelero entró en el calabozo del Galgo con una cesta.

—Vamos, señor Mateo, dijo el calabocero, dejando la cesta sobre la tarima que servia de cama al preso; vamos, que no es mala ganga tener una personilla que de vez en cuando mande una cesta repleta de municiones de boca.

Mateo se encogió de hombros y contestó:

—En este mundo, bien encuentra quien bien hace.

Y destapó la cesta.

Mientras el Galgo se enteraba de lo que contenia, el calabocero se asomó á la puerta como para reconocer el terreno, y dijo:

—Hoy he visto á la roja.

Los ojos del Galgo brillaron, demostrando la inmensa alegría que aquella noticia le causaba.

—¿Y qué? preguntó.

El calabocero, desabrochándose la chaqueta, tiró rápidamente un pequeño lio bajo de la tarima que servia de cama al preso, y colocando un dedo sobre sus labios en señal de silencio, salió del calabozo, cerrando por fuera.

Cuando Mateo quedó solo, recogió lo que el calabocero habia tirado debajo de su miserable cama.

El calabozo tenia una ventana con fuertes barras de hierro, situada á cinco piés de elevacion del suelo, única lúz que disfrutaba aquella tétrica habitacion.

El Galgo desdobló el pequeño lio, y al ver lo que contenia, exhaló un grito de gozo.

—¡Ah! se dijo hablando consigo mismo. Herminia es una muchacha que vale un Perú. ¡Pobrecita! Me envia una lima sorda, un cordon de seda, muy capaz de resistir el peso de un hombre, y un puñal; tres cosas necesarias para la evasion.

El caso no es tan desesperado. Veamos ahora lo que me dice en su epístola.

Y Mateo, desdoblando un papel, se puso á leer lo que sigue:

«Te escribo con el corazon lleno de alegría. Claudio viene á »visitarme todas las noches, mas enamorado que nunca. La »modestia que me rodea le encanta; las lágrimas que observa »en mis ojos le enloquecen; mis promesas de arrepentimiento »le entusiasman.

»Tu causa va mal. Mucho temo que la sentencia sea terri»ble. Cuando menos, podemos esperar cadena perpétua.

»Ten confianza en el hombre que te entrega esta carta.

»Te envio todo lo que creo necesario para una evasion del »calabozo.

»La reja da á la calle, y bastante lejos de la garita del cen»tinela. Trabaja durante algunas horas de la noche con pru»dencia. Haz que desaparezca esta carta.»

Mateo, al terminar la lectura, se quedó un momento pensativo.

Despues, recurriendo á la cesta que le habia entrado el calabocero, se puso á almorzar tranquilamente, comiéndose á los postres la segunda carta, como se habia comido la primera.

—Siguiendo así, el mejor dia, se dijo hablando consigo mismo, tengo una indigestion de papel.

Luego se desnudó, arrollándose el cordon de seda por la cintura.

La lima y el puñal los ocultó en una grieta abierta en el muro del calabozo, y dejándose caer sobre la tarima, dijo:

—Decididamente, Herminia es una mujer de genio. Por una parte, Claudio de San Vicente le ofrece seis millones á

pesar de los malditos documentos que el traidor Samuel puso en manos de mis enemigos; y por la otra, el imbécil del calabocero se le ocurre enamorarse de ella como un animal, y creyéndola mi hija, es capaz de abrirme la puerta del calabozo y darme las llaves y el traje que viste para que pueda fugarme... Pues, señor, decididamente la cosa marcha viento en popa... Si salgo de esta *tristura* (1), mi primera víctima será el ilustre marqués de Marsan.

Mateo dirigió una mirada hácia la ventana.

—¡Diantre! dijo. Aquella aturdida no ha calculado el grueso de los hierros. Cortar los cuatro que es indispensable para que pueda pasar el cuerpo de un hombre, es un trabajo bastante fatigoso...

Y luego, haciendo una mueca con los labios, añadió:

—¡Bah! con tal que al dejarme caer no me recoja el centinela con la bayoneta, todo irá bien.

Trascurrió como una hora.

Mateo no apartaba de su pensamiento el plan de evasion.

La libertad tiene encantos indefinibles para el preso. Es su pensamiento mas tenaz, su sueño mas constante.

El Galgo era hombre audaz: nada, pues, debia detenerle para llevar á cabo su empresa.

A las diez de la noche volvió á entrar el calabocero.

Mateo advirtió que aquel hombre dirigia una mirada hácia la ventana.

—La noche está oscura como boca de lobo, dijo el calabocero.

(1) Calabozo.

—Sí, no hay luna, repuso Mateo.

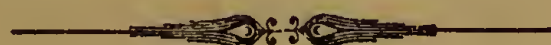
—A tres pasos de distancia no se distingue á nadie en la calle inmediata.

Mateo se sonrió.

—Vaya, buena suerte y descansar, dijo el calabocero con malicia.

—Dios se lo pague, hermano.

Dos horas despues, Mateo, encaramado sobre la tarima y fuertemente cogido con la mano izquierda á una de las barras de la ventana, limaba trabajosamente uno de los hierros, suspendiendo su trabajo cada vez que oia pasos en el próximo corredor.



LIBRO DECIMOSETIMO.

CONSOLAR AL TRISTE.

CAPITULO I.

La enferma del alma.

La mano del hombre embellece las ciudades: el soplo misterioso de Dios poetiza los campos.

El hombre levanta palacios, teatros, museos: Dios hace brotar las flores, viste de verdes hojas los árboles, envia las fecundadoras lluvias del mes de abril, abre cauces á los rios, y da luz al sol para que embellezca su incomparable obra.

La primavera es la manifestacion mas completa de la bondad del Creador.

Cuando los vencejos revolotean alrededor de nuestras torres, cuando las golondrinas anidan en los aleros de nuestros tejados, cuando las ardientes codornices cantan en nuestros sembrados, el ambiente que se respira en las grandes poblaciones se hace pesado, y se codicia respirar la brisa perfumada de los campos.

El mes de mayo toca á su término. Abandonemos, pues, lector querido, la coronada villa, donde el aire solano quema los ojos y el cútis, donde el ambiente se masca, y donde los rayos de Febo caen sin compasion sabre los pobres transeuntes, amenazando derretirles.

El valle de Potes será nuestra permanencia por algunos capítulos.

El que lee novelas se halla espuesto á viajar con la imaginacion cuando menos se lo piensa.

Pero del mal, el menos; y puesto que se trata del verano, mas vale ir al valle de Potes y disfrutar la fresca brisa del rio Deva, que al Ecuador, ó á tierra caliente.

Cerca de la hermosa quinta que ya conocen nuestros lectores, ó por mejor decir, como unos quinientos pasos de distancia de la quinta de la anciana doña Beatriz, se ve una casa de moderna construccion, rodeada por una verja de hierro.

Esta quinta apenas cuenta cinco años de vida.

Su propietario es el general Conrado de Altamira.

Su administrador, Pedro el inválido.

Entremos, pues, en esta quinta, donde encontraremos algunos personajes conocidos.

El crepúsculo matinal acababa de disipar las sombras de la noche.

Las hojas de los árboles, empujadas suavemente por la brisa de la mañana, sacudian las brillantes gotas de rocío; lágrimas bienhechoras que el cielo vierte sobre las plantas durante las noches de verano.

El jardin del general Conrado se hallaba desierto; pero los pájaros moradores de la enramada enviaban al nuevo dia,



Rosa.

desde sus flotantes tiendas, las mil armonías, los mil cánticos de alabanza que cotidianamente dedican al Padre de la tierra.

La verja que desde la quinta daba paso al jardin se abrió, y vióse salir de la casa una jóven que á lo mas tendria veintiun años.

Era Rosa, la hija del inválido.

Desde que no la hemos visto, su semblante ha cambiado notablemente.

Su rostro ha perdido los hermosos colores de otros tiempos; sus ojos la viveza encantadora de otros dias.

Pálida como si acabara de pasar una larga enfermedad, triste como si alguna pena oculta martirizara su alma, caminaba pausadamente por una de las calles del jardin fijando las miradas, ora en la tierra que pisaba, ora en el azul firmamento que se estendia sobre su cabeza.

De vez en cuando, su mano derecha cogia una flor, aspiraba su perfume, exhalaba un suspiro y la deshojaba maquinalmente.

Así trascurrió una hora.

Fatigada sin duda del paseo matinal, se sentó en un banco rústico, situado junto á un rosal de parra, y allí permaneció abismada en sus reflexiones.

Rosa, enferma del alma, apenas se apercibia de lo que le rodeaba.

Su pensamiento, salvando la distancia que le separaba de Madrid, se detenia con tenacidad en un punto.

¡Claudio! Este nombre reasumia toda la vida de Rosa.

Vivir de los recuerdos, esa era la existencia de aquella niña enamorada.

Pero ¡ay! cuando el corazon late sin la esperanza de realizar sus sueños, sus aspiraciones, la tristeza, la melancolía minan la existencia, y no es estraño que acompañen al sepulcro á un cuerpo que muere sin que los médicos puedan determinar la enfermedad que le mata.

Rosa se hallaba tan embebida en sus reflexiones, que no observó que un hombre la contemplaba con dolorosa actitud.

Aquel hombre desmentia la rudeza de sus tostadas facciones, porque de sus ojos se desprendian dos lágrimas.

Es Pedro el inválido, el valiente veterano que nunca pestañeó ante las baterías de sus enemigos; pero que viendo que su hija enflaquece, que está enferma, que el médico del vecino pueblo no sabe curarla, teme que se le muera, y llora, cuando no se da á todos los diablos.

Pedro, despues de enjugarse los ojos, avanzó unos pasos, y colocándose al lado de su hija, le dijo:

—¿Pero es posible, Rosa, que nunca hemos de verte alegre? ¿Qué te falta? ¿Quién te ofende? ¿Qué mal es el que te aflige? Porque todo lo que en tí observo debe tener una causa.

Rosa se esforzó por sonreirse.

—Padre mio, le dijo; ni yo misma puedo esplicarme lo que siento.

—Pues al médico del pueblo le sucede dos cuartos de lo mismo. Dice que como no tienes calentura, como no te duele nada, no sabe qué enfermedad es la tuya; y esto, como puedes comprender, es bien triste para tus padres. ¡Oh! si tu alegría, si tu salud pudieran conquistarse á sablazos, pronto las tendria en mi poder, aunque en la refriega perdiera la única pata de carne y hueso que me queda.

Rosa agradeció el amor que le demostraba su padre con una mirada y una sonrisa; pero este pensamiento cruzó por su mente:

¡Si me amara tanto Claudio!

Pedro tenia un corazon de oro, pero falto de esa forma que embellece los sentimientos. Se espresaba á su manera, acabando casi siempre ofreciendo en garantía de sus palabras la única pierna que le quedaba útil.

La tristeza incomprensible de Rosa le preocupaba lo que no es decible, y en vano procuraba acertar la causa.

Por otra parte, el médico de la villa de Potes, cuando le dirigia alguna pregunta sobre el estado de Rosa, le contestaba, encogiéndose de hombros:

—Señor Pedro, yo no entiendo una jota del mal que padece su hija; demos tiempo al tiempo, y Dios dirá.

Entonces solia decirse Pedro para su capote:

—Este médico es un bestia; solo conoce aquellas enfermedades que le salen al encuentro de sus narices. Yo no sé para qué han estudiado algunos hombres.

Pedro, pues, no adelantaba ni un paso.

Desde el dia que llegó al valle con su esposa y su hija, esta se encontraba mala, segun su cuenta.

Los aires saludables del campo de nada habian servido.

La inapetencia, la palidez y la tristeza iban en aumeuto.

La pobre Rosa apenas tenia fuerza para pasearse por el jardin.

Además, sus ojos se veian con frecuencia humedecidos por el llanto.

Pedro estaba desesperado.

La idea de que Rosa pudiera morirse, le ponia de un humor terrible; pero nunca descargaba su enojo contra la enferma.

En cuanto á la pobre Agustina, madre de Rosa, sufria con santa resignacion la tristeza de su hija y los malos humores de su marido.

Pedro dirigió algunas preguntas mas á Rosa; pero como esta le contestaba palabras de poca importancia, se levantó del banco, y dijo:

—Veo, hija mia, que hasta te molesta mi conversacion. ¡Cómo ha de ser!... Puesto que te gusta la soledad, quédate con Dios.

Y Pedro, ahogando un suspiro, se dirigió cabizbajo hácia la casa.

Por el camino opuesto vió á uno de los criados, que venia con una espuerta en la mano y un azadon al hombro.

—Señor don Pedro, le dijo, deteniéndole.

—Vamos á ver, ¿qué es lo que quieres? le contestó con marcada rudeza el inválido, deseando desahogar su mal humor con alguien.

—Yo no quiero nada sino servir á su merced.

—Pues entonces, ¿á qué me detienes?

—Es que en casa le espera á usted una visita.

—¿Sí? Pues dile que vuelva otro dia... hoy no tengo ganas de hablar con nadie.

—Vaya, cuando usted sepa quién es, cambiará de parecer.

Pedro dirigió una mirada poco satisfactoria al jornalero; pero este, que sin duda se sabia de memoria el carácter del inválido, se sonrió del modo mas natural del mundo.

—Por fuerza eres tonto, le dijo.

—Puede que sí, señor don Pedro; pero tengo la seguridad de que su merced se reirá lo mismo que yo cuando le vea, porque le falta un brazo, y en cuanto á la cara, es preciso mirarle bien para conocerle.

—¿Pero te has propuesto romperme la cabeza? ¿De quién estás hablando?

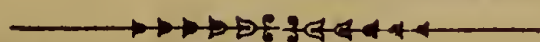
—Del alcalde que fué, de don Aquilino.

—¡Cómo! ¿Es don Aquilino el que me espera?

—El mismo en cuerpo y alma.

Pedro, sin esperar mas, se dirigió hácia la casa.

Sigámosle nosotros tambien.



CAPITULO II.

Noticias de la córte.

Rodajas, cubierto aún por el polvo del camino, esperaba á su antiguo antagonista político en una sala baja, que hacia las veces de despacho del administrador.

Pedro, viendo al ex-alcalde, olvidó por un momento sus disgustos y corrió á abrazarle.

—¿Usted por el valle, señor don Aquilino? le dijo.

—Yo por aquí, señor Pedro, repuso Rodajas, abrazándole con el único brazo que le quedaba.

—Vaya, pues me alegro de veras. ¿Y es para mucho tiempo?

—Creo que permaneceré en esta tierra hasta que se acabe mi vida.

—¡Hola!

—Soy administrador general de los bienes que el conde de Potes posee en el valle.

Pedro abrió la boca como si la noticia le hubiera causado un gran asombro.

—¿Se estraña usted de mi destino?

—Hombre, toda mi vida ha sido mi fuerte la franqueza, y teniéndola ahora con usted, le diré que no esperaba semejante noticia.

—Pues sí, soy administrador.

—Vaya, sea enhorabuena. ¿Y cuándo se ha llegado?

—Apenas hará media hora. Sabia que usted desempeñaba el mismo cargo en esta finca del señor general Altamira, y mientras mi mujer y mi hija disponian el desayuno, me he dicho: voy á ponerme á las órdenes de don Pedro.

—Señor Rodajas, si usted quiere aceptar unas magras con tomate y un par de huevos fritos, nos beberemos juntos una botella de lo añejo, pues gracias á Dios lo tengo bueno en casa, y durante el almuerzo echaremos un párrafo.

—Con mucho gusto; pero quisiera que uno de los criados avisara á mi mujer, porque si no, me estarán esperando.

—Es muy justo.

Y Pedro, asomándose á la ventana que daba al jardin, llamó á uno de los trabajadores.

—Mira, le dijo: véte á la quinta de los señores de Potes, y dile á la nueva administradora que su esposo se queda á almorzar conmigo, que no le esperen.

Despues, dirigiéndole la palabra á don Aquilino, continuó:

—Ahora, con el permiso de usted, voy á dar aviso á mi mujer. Almorzaremos solos.

—Sentiria que por mí...

—Nada de eso; mi pobre Rosa no disfruta muy buena sa-

lud, y estoy seguro que preferirá almorzar sola con su madre.

Pedro salió, volviendo á entrar á los pocos momentos.

Entonces, los dos amigos, mientras les daban el aviso del almuerzo, se sentaron en un sofá y entablaron el diálogo siguiente:

—Señor Rodajas, dijo Pedro, presentando á su amigo la bolsa de tabaco, y cargando á la vez su pipa, por lo que acaba de decirme, parece que concluyeron las antiguas rencillas entre usted y el señor conde de Potes.

—Amigo mio, don Roberto, y en particular doña María, han sido conmigo tan generosos, que en vano buscaria palabras con que espresar mi agradecimiento. En fin, baste con decir que hace un mes me hallaba preso, acusado de un asesinato que no habia cometido, y hoy, por la mediacion y favor de los condes de Potes, me hallo libre, y lo que es mas, soy administrador de sus tierras, lo cual satisface todas las aspiraciones de mi vejez.

Rodajas mientras tanto habia encendido su pipa, y fumaba con esa tranquilidad del hombre honrado que ve asegurado el porvenir.

—En verdad, dijo Pedro, que me complace todo lo que me está usted contando. ¡Qué diantre! siempre es agradable tener un vecino con quien echar un párrafo, porque el campo tiene mal cariz en invierno.

—Pues este verano no lo pasaremos del todo mal en el valle.

—¿Se prepara alguna fiesta?

—Los señores condes y su familia vendrán dentro de algunos dias.

—Me alegro por mi hija, cuya tristeza me tiene de muy mal humor.

—Pues tengo entendido que el general viene tambien.

—Eso me indicó en la última carta, aunque no lo daba por seguro.

—¡Bah! Su hija viene con los condes, y el padre no dejará de acompañarla.

—Pero se me olvidaba preguntar á usted por Mateo el Galgo.

—Ocupa en una de las cárceles de Madrid, el calabozo que yo ocupé por espacio de un mes.

—Segun parece, él era el matador del agente de policía.

—Mateo es un mal enemigo... un hombre temible; pero el señor conde descubrió á tiempo todas sus maquinaciones.

—¡Miserable! ¡Presentarnos una muchacha diciendo que era la hija del general! ¿Y qué se ha hecho la roja, como yo la llamaba?

—Aunque poco enterado en ese asunto, segun he oido, nadie sabe su paradero.

—Vaya muy enhoramala la maldita buscona, pues no tiene, segun mi cuenta, poca parte en la enfermedad de mi pobre Rosa.

—¡Calle usted, señor Pedro, que á no habérmelo contado la señora condesa, no lo hubiera creido! ¡Fingirse hija del general!... ¡Es mucha audacia! Pero afortunadamente tiró el diablo de la manta y se llevó el engaño la trampa.

En este momento un criado entró á decirles que las magras se hallaban esperando sobre la mesa.

Los dos inválidos se encaminaron hácia el comedor, y es fa-

ma que inspirados por dos botellas de vino añejo, se habló durante el almuerzo de algunas cosas presentes y muchas pasadas.

Cuando terminaron, Pedro creyó muy del caso causar una sorpresa á su huésped, y le dijo:

—Vamos, querido Rodajas; puesto que hemos cumplido con los estómagos y hemos hablado de antaño, voy á enseñarle á usted un antiguo conocido, que á fé, á fé, se alegrará de verle.

—Vamos donde usted disponga.

Pedro se cogió del único brazo que le quedaba útil al ex-alcalde, y lo condujo á una sala inmediata.

Apenas el bueno de don Aquilino puso el pié en aquella habitacion, retrocedió con marcadas muestras de espanto.

Pedro soltó una carcajada.

Esta carcajada hizo fruncir el entrecejo á Rodajas.

—No hay que asustarse, dijo Pedro: el pobre Sanson ya no tiene uñas ni mandíbulas para vengar á los enemigos de su amo.

—¿Qué significa esto? preguntó Rodajas.

—Ahí tiene usted al asesino del colmenero; pero como tiene el cuerpo relleno de paja, es inofensivo.

Lo que habia sobresaltado á Rodajas era el valiente oso disecado que se hallaba en mitad de la habitacion, con la boca abierta y un enorme palo al hombro á manera de fusil.

Cuando el ex-alcalde se cercioró de que Sanson no estaba en el caso de irritarse aunque se le pinchara en las narices, se rió grandemente de la ocurrencia.

—¡Maldito animal! dijo: hace diez años me dió un susto

grande, y ahora no me le ha dado flojo. Con tal de que no se me indigeste el almuerzo, todo irá bien. Pero preciso es confesar que la ocurrencia es chistosa.

—Esto es un regalo que le guardo al general.

—Ya sé que en otro tiempo fué muy su amigo ese barbudo oso.

—Y tanto, que á no ser por él, la noche de marras lo hubiéramos pasado bastante mal.

—Confieso, amigo Pedro, que cuando subia la ladera del barranco, en direccion á la cabaña, llevaba malas intenciones.

—Entonces, demos por bien hecho lo hecho, y no se hable mas del asunto.

—Sí, sí; de hoy en adelante seamos amigos como buenos vecinos, y puesto que somos, como quien dice, dos ruinas, demos por enterrados nuestros odios políticos.

—Bastante castigado queda nuestro entusiasmo, con la pérdida, usted de un brazo, yo de una pierna.

Don Aquilino hizo una mueca que redondeó la frase del inválido Pedro.



CAPITULO III.

La caza y el amor.

Quince dias despues de las escenas que acabamos de bosquejar, en el valle de Potes no solo se oia el canto del nocturno ruiseñor y el de la madrugadora codorniz, pues se escuchaban de vez en cuando las melodiosas notas de un piano y la voz dulcísima de una jóven, digna por cierto de ser envidiada por los vagabundos cantantes de los campos.

Aquella voz, que solia detener á los pastores que se dirigian hácia el monte, y á los gañanes que se encaminaban hácia las tierras de labor, era la voz de Consuelo.

La familia del conde de Potes se hallaba en la quinta.

El general Conrado, su hija Adela y don Máximo, se encontraban en la suya.

Además de estas familias, habia en el valle un huésped que era disputado por los dos propietarios de las citadas quintas: llamábase este huésped Nilo de Sádaba.

Encontrándose, pues, en el campo, bajo un cielo purísimo, rodeados de poéticas montañas, Consuelo, Nilo, Adela y Julio, inútil es decir la alegría que reinaria en los corazones de los citados jóvenes.

Solo una nube empañaba el horizonte de color de rosa que veian por todas partes: la tristeza de la hija del inválido Pedro.

Las dos familias que nos ocupan habian hecho el viaje á un mismo tiempo; y durante los cuatro primeros dias de permanencia en el valle, Consuelo mantuvo grandes debates con el general Conrado para convencerle de que Adela debia vivir con ella.

El general tachaba á Consuelo de egoista, y Consuelo acusaba al general de poco galante.

Por fin, se resolvió que las dos amigas no se separarian, y se convino que Adela pasaria una semana en casa de Consuelo, y Consuelo otra en casa de Adela.

Así las cosas, entremos en la quinta del conde de Potes.

Serian aproximadamente las ocho de la mañana.

Consuelo y Adela, asomadas á una galería desde la cual se distinguia una gran estension de la vega, miraban, á favor de un anteojo de larga vista, en direccion á la orilla del rio.

—No los veo, dijo Consuelo, dando el anteojo á su amiga.

Adela miró un momento, y repuso:

—Lo que es por la orilla del rio no se ve á nadie.

—¿Sabes, querida Adela, que lo que están haciendo esos señoritos es una grosería?

—Tienes razon que te sobra.

—Me convenzo que los cazadores son muy poco galantes...

—Y despues, ¿qué daño les han hecho las codornices para

que las persigan con tanto afan?... ¡Jesus! no parece sino que esas pobres avecillas les hayan ofendido en algo.

—Despues de todo, en los cazadores encuentro algo de maldad.

—Pues lo que es Julio no tiene mal corazon.

—Nilo tampoco.

—¡Pero matan las codornices!

—Y las perdices, y las liebres, y eso... ¿cómo lo llaman?

—Los zorzales.

—Sí.

—¿Qué daño les han hecho los zorzales?

—Pierde cuidado, que hoy les diré cuántas son cinco, porque es un fastidio, hija mia. Antes de amanecer ya los tienes en el jardin llamando á los perros, cogen la escopeta y se van á la vega. Vuelven á casa á las nueve de la mañana, almuerzan con un apetito, que francamente me da pena dirigirles la palabra, porque conozco que tienen hambre; hablan poco, y todo se reduce á referirle á mi padre lo que les ha sucedido: si han hecho carambola, si el perro ha puesto una muestra, teniendo una codorniz en la boca. ¡Qué nos importa á nosotras todo eso!... Ellos se quejarian, y con sobrada razon, si nosotras les habláramos del bordado, de las puntillas, de nuestras labores.

—Tienes mucha razon.

—Pues bien, despues del almuerzo, como están rendidos de tanto andar, se acuestan, y á eso de las cuatro de la tarde, Julio... porque Julio tiene la culpa de todo...

—En eso nó eres justa, querida Consuelo; la culpa la tiene Nilo.

—No, no, Julio, que es el primero que dice: vamos.

—Dispensa que te contradiga, pero muchas veces lo dice Nilo.

—Pues bien, tienen la culpa los dos, porque lo cierto es que se vuelven á marchar y no regresan hasta que el sol se esconde.

—Y se ponen negros como unos carboneros.

—¡Oh! Yo te aseguro que si dura mucho la vida que llevan, hasta feos van á volverse.

La conversacion de las jóvenes fué interrumpida por una voz que les dijo desde el jardin:

—Niñas, os vais á poner negras como dos moras: os está dando el sol.

Era doña María.

Consuelo y Adela entraron en la sala.

Temian que el sol ennegreciera el cutis de sus amantes, y olvidaban que podia sucederles á ellas otro tanto.

Una vez dentro, y libres de los ardientes rayos del padre del dia, las dos amigas se sentaron en un sofá.

Como las imaginaciones jóvenes suelen ser por lo general volubles como los vientos de marzo, hablando hablando se enredó en la conversacion el nombre de Rosa.

—¿Sabes que está muy pálida? dijo Adela.

—Y sin embargo, dicen que el médico no le encuentra la enfermedad, repuso Consuelo con infantil malicia.

—¿Qué sabe un médico de los males del alma?

—¡Hola! ¿Y sabes tú mucho de eso?

Adela se ruborizó, y Consuelo le dió un beso para tranquilizarla, diciendo con rapidez:

—Mira: desde el dia que llegamos ¿te acuerdas? cuando nos dijo Rosa que no podia borrar de su memoria el recuerdo de Claudio, que tengo deseos de hacer algo en favor de nuestra amiga, y puesto que entre nosotras no debe haber secretos, voy á decirte mi plan. ¡Oh! Estoy segura de que lo aceptarás: es soberbio.

—Sí, cuenta.

—Rosa ama á Claudio; pues bien, si Claudio supiera que Rosa se muere por él, no creo que habia de ser tan malo que no la amara.

—¿Pero cómo se le dice?... Una jóven no debe...

—¡Bah! hay mil medios; además, esto debemos consultarlo con Nilo, que tiene mucho talento.

—Y con Julio, que tampoco es tonto.

—Bien, con los dos.

—Por ejemplo, Nilo y Julio le escriben á Claudio, ya sabes que son amigos, y le dicen: «Ven al valle de Potes... Te necesitamos.» Y Claudio viene; esto es natural, y entonces ve á Rosa, conoce que es él la causa de su enfermedad, y todo queda arreglado.

Adela se quedó pensativa.

Menos aturdida, mas reflexiva que su amiga, le pareció una medida imprudente.

Sin embargo, no se atrevió á discutirla.

Confiaba poco en su talento; no tenia ninguna práctica de mundo.

Consuelo volvió á decir:

—Este plan debemos efectuarlo con anuencia de mi madre. Ya sabes que nada le complace tanto como practicar una obra

de misericordia; y quién sabe si podremos llevar á cabo aquella de *consolar al triste.*

—Pero yo he oido decir que Claudio estaba perdidamente enamorado de aquella jóven tan mala de los cabellos de color de oro que se fingió hija de mi padre.

—Es cierto; pero tan pronto como supo que era una mujer mala, la habrá olvidado.

—¿No amaba antes á Rosa?

—Nada le habia dicho; pero la miraba con interés. Rosa creyó que se le declararia, mas la maldita casualidad puso entre ellos dos á la roja, como la llama Pedro, y todo se lo llevó la trampa.

—¿Y cuándo piensas llevar á cabo tu pensamiento?

—Hoy mismo: cuando les dé la gana á los señoritos de dejar las codornices, les diré mi pensamiento, y si ellos lo aprueban, haré que Nilo se lo comunique á mi madre.

—Veo, Consuelo, que eres una buena amiga.

Consuelo cogió las manos de Adela y le dijo:

—Mira, tú tienes diez y nueve años, Rosa veintiuno, yo diez y ocho; ¿sabes que seria una gran cosa que nos casaramos en un mismo dia?

—¡Bah! ¿quién piensa en casarse?

—Tú, si eres franca; yo, y Rosa, y todas las muchachas desde que dejan las muñecas por los novios.

—Pero yo no tengo novio todavía.

Consuelo soltó una carcajada.

—No levantes la voz, le dijo Adela.

—Es en vano que pretendas ocultarlo. En casa sabe todo el mundo que Julio te quiere y que tú le quieres á él.

—Yo no lo he dicho á nadie.

—Esas cosas no hay necesidad de decirlas, porque ¿qué importa que calle la lengua cuando hablan los ojos? Sin ir mas lejos, ayer me decia la abuelita: no harán mala pareja. Y esto lo decia por Julio y por tí.

Nuevamente se redoblaron los colores en el rostro de Adela.

Esta escena fué interrumpida por la presencia de doña Beatriz, que á pesar de su prolongada ancianidad subia á ver á su biznieta, porque á aquella noble anciana le era imposible pasar muchas horas sin tener á Consuelo á su lado.

Consuelo se levantó, como siempre, y corrió á abrazar á su bisabuela.

—Eres una loca, le dijo esta, recibiendo y dando un beso. No quiero que vengas á abrazarme con tanta fuerza: ayer por poco me dejas caer.

—Entonces, por mi aturdimiento de ayer, daré hoy dos besos mas, y no debo nada.

Doña Beatriz recibió con sumo gozo aquellas caricias.

La secular encina se regocija viendo al jóven arbolillo que se apoya en su tronco.

Los ancianos sienten un gozo inesplicable en el alma viendo la sonrisa encantadora de sus nietos.

—¡Ea! vamos á recibir á los cazadores, dijo doña Beatriz.

—¿Qué, vienen ya? preguntaron á la vez las dos jóvenes.

—Les he visto cruzar el puente, y vengo á buscaros para que me acompañeis.

—Entonces, nos tiene usted á sus órdenes.

La anciana se cogió de los brazos de las jóvenes, y bajando la escalera, cruzaron el jardin en direccion á la verja.

—Mas despacio, dijo doña Beatriz: os habeis propuesto que vuele como una grulla.

Las jóvenes acortaron el paso.

La prisa de recibir á los cazadores les habia hecho olvidar que servian de apoyo á un siglo que comenzaba á inclinarse hácia la tierra.

Cuando llegaron á la puerta del jardin, llegaban tambien Julio y el vizconde.

Doña Beatriz, despues de recibir un beso de Julio, se sentó en un banco, y dijo:

—¿Qué tal, señores cazadores, ha sido buena la mañana?

—Querida abuelita, hemos muerto once pares y medio de codornices y este hermoso martin-pescador, que dicen que tiene el don de librar la ropa de la polilla.

—¡Ay! si ese hermoso pajarito librara á las personas de la polilla de los años, yo lo llevaria siempre metido en el pecho.



CAPITULO IV.

Los amigos de corazon.

Durante el almuerzo, sucedió todo lo que habia dicho Consuelo; es decir, los cazadores hablaron de los prodigios de los perros y de todo aquello que les habia pasado.

Cuando terminaron, Consuelo cogió la taza del té y se colocó junto á una ventana.

Adela imitó á su amiga.

—Yo no sé cómo les hace provecho la comida á estas niñas, dijo doña Beatriz.

—Querida abuelita, repuso Consuelo, ¿tú no sabes que es á la última moda tomar el té paseándose por la habitacion?

—Pues, hija mia, es una moda que no le encuentro gracia maldita; creo que el té, sentados, hace mas provecho.

Mientras en la mesa se ocupaban del té, Consuelo hizo una seña á su hermano para que se acercara á aquel sitio.

—Supongo, le dijo, que hoy despues de almorzar no hareis lo de todos los dias.

—¿Y qué hacemos nosotros, querida hermana?

—¿Te parece poco, dejarnos solas y acostarse? Eso es una grosería.

Nilo, que se habia reunido con los jóvenes de la ventana, oyó las últimas palabras de Consuelo, y dijo:

—Julio, creo que tu hermana tiene razon.

—¡Vaya si la tengo!

—Es preciso pedir perdon.

—Lo que es preciso, es enmendarse.

—Nos enmendaremos.

—Y cazar menos.

—Tambien.

—Todo lo que ustedes quieran, repuso el vizconde.

—¡Oh! lo que es eso... esclamó Julio.

—¿Te opones? Pues entonces habrá malas caras.

—Preciso será rendirse ante esa amenaza tan terrible, dijo Julio riendo.

—¡Sí, sí, tómalo á broma!

Adela, que no se habia mezclado en la conversacion, dijo con su acento dulce y medroso:

—Consuelo, creo que haces mal en reñir hoy con tu hermano, pues ya sabes que le necesitamos lo mismo que al señor vizconde.

—Tienes razon, me habia olvidado... Escucha: dentro de un momento bajad al jardin; nosotras estaremos en el banco del nogal; tenemos que hablar de un asunto importante.

Y Consuelo, antes de darle tiempo á su hermano para que

le diera una respuesta, dejó la taza sobre la mesa, y cogiéndose del brazo de Adela, dijo:

—Nosotras vamos al jardin.

—¡Pero si hace mucho calor! dijo doña Beatriz.

—Pero, abuelita, ¿para qué son los árboles?

Y Consuelo, sin esperar mas, salió del comedor, llevándose á remolque á su amiga Adela.

Media hora despues, bajo las frondosas ramas de un nogal, á cuyo tronco rodeaba un banco de mampostería, se hallaban sentadas Consuelo y Adela.

Julio y Nilo, sentados en el suelo frente de ellas, se dispusieron á oir lo que motivaba aquella cita.

Consuelo tomó la palabra.

—He citado á ustedes para que se unan con nosotras y nos ayuden á devolver la alegría á un corazon que la ha perdido.

—¡Oh! eso es algo difícil, dijo el vizconde, sin comprender el objeto de las palabras de Consuelo.

—No tanto como usted cree, Nilo; y aunque lo fuera, las empresas difíciles son mas meritorias que aquellas que nada cuestan.

—Esa es una verdad palmaria ante la cual inclino la cabeza.

—Vamos á ver, ¿de qué se trata? preguntó Julio.

—De nuestra amiga Rosa, repuso Consuelo; el médico del vecino pueblo se vuelve loco y dice que la muchacha está mala, pero no sabe qué enfermedad es la que tiene. Yo puedo indicar un medio tal vez conveniente para curarla.

—Si la salud de Rosa, dijo Nilo, está en la mano de los hom-



Consuelo.

bres, y usted cree que nosotros podemos hacer algo en su favor, estamos dispuestos á todo.

—Le cojo á usted la palabra, vizconde, y sin pérdida de tiempo voy á esponer en dos palabras el plan curativo que se debe seguir.

Los dos amigos se acercaron un poco mas al banco, como gente que se dispone á escuchar con atencion.

Consuelo habló de este modo:

—Rosa no come, está pálida, triste, sueña mucho, suspira con frecuencia, gusta de la soledad, y se pasa las horas paseando por el jardin con la dolorosa mirada fija en el cielo; es decir, Rosa está enamorada de Claudio de San Vicente. Es preciso, pues, que Claudio venga á este valle; su presencia le devolverá la salud.

Nilo y Julio se miraron.

Consuelo habia pronunciado las últimas palabras con un aplomo, con una seguridad impropias de su carácter aturdido y de sus pocos años.

Sin embargo, los dos amigos creian muy lógico todo lo que habia dicho Consuelo.

Nilo fué el primero que habló.

—Se me ocurre una pregunta. ¿Se amaban en Madrid Claudio y Rosa?

—Claudio visitaba la casa del general, mostrándose siempre muy afable con ella. Cuando Rosa venia á casa, Claudio gustaba mas de hablar con ella que conmigo. Un dia sospeché que no se miraban con indiferencia, y le dije: ¿amas á Claudio? Rosa, que es muy franca y que me quiere como á una hermana, me contestó que sí. La curiosidad me hizo dirigirle varias

preguntas sobre el mismo asunto, y Rosa acabó diciéndome que tenia esperanzas de que Claudio un dia ú otro se le declararia.

—Pero Claudio iba á contraer matrimonio con la fingida hija del general cuando se descubrió toda la trama de Mateo, dijo Nilo.

—Sí, esa mujer fué el ángel malo de Rosa. Ella me lo ha contado todo. Claudio se hallaba herido; nuestra pobre amiga pasaba la noche velando á la cabecera del enfermo, con esa tierna solicitud de un alma generosa que ve en grave riesgo al objeto de su primer amor. Así las cosas, se presentó esa fatal Herminia, y Rosa vió estenderse la primera nube por el risueño cielo de sus ilusiones, porque Herminia le dijo que amaba á Claudio, y que tenia esperanza de ser correspondida; lo cual obligó á mi pobre amiga á salir de una casa que no era la suya, dejando, por agradecimiento al padre, el campo á su rival.

—Ese rasgo de generosidad es sublime cuando se ama de veras, dijo Julio.

—Lo cual nos obliga á trabajar en su favor, repuso Nilo.

—Rosa debia muchos favores al general, que ha sido para ella un segundo padre, y se sacrificó. Si hubiera permanecido junto al enfermo, si hubiera luchado, tal vez la victoria hubiera sido suya; pero Rosa no vaciló en sacrificar su felicidad, su salud, por agradecimiento á Conrado de Altamira. Ahora las cosas han cambiado: Claudio, víctima de un engaño, aborrece á la misma que pensaba llamar su esposa. ¿Quién sabe si la enfermedad de nuestra amiga tendrá aún remedio?

—Sí, es preciso escribirle hoy mismo, dijo Nilo: yo me encargo de la carta, y Claudio vendrá.

—Si viene, creo que lograremos nuestro deseo, dijo Consuelo; pero el decoro de Rosa exige que no sepa la verdadera causa de su viaje; es preciso buscar un pretesto.

—Creo que en cuanto coja la pluma para escribirle se me ocurrirá alguno, dijo Nilo.

—Entonces, señor poeta, le encargo que la epístola sea convincente, y luego de escrita, nos la leerá usted á nosotras.

—¿Dónde nos volveremos á reunir? preguntó Nilo.

—En este mismo sitio, á las seis de la tarde.

—No faltaremos.

Aquí terminó la sesion que, en favor de la enamorada Rosa, tuvieron á la sombra del corpulento nogal, Consuelo y Adela, Nilo y Julio.



CAPITULO V.

Un pecador arrepentido.

Consuelo, que no tenia secretos para su madre, le contó todo lo que habian convenido en favor de Rosa, terminando su narracion con ésta pregunta:

—¿Cree usted que he hecho bien?

—Nunca, hija mia, respondió la condesa, te reprenderé porque ejerzas las obras de misericordia con los desgraciados. Contad conmigo, pues me uno con vosotros para consolar al triste. Rosita es una buena muchacha. Su tristeza me aflige sobremanera, y deseo vivamente su felicidad.

Aquella misma tarde, á la hora convenida, los cuatro jóvenes se reunieron al pié del nogal.

Nilo leyó la carta, concebida en estos términos:

«Querido Claudio: Siempre he creido que la verdadera amis»tad tiene algo de parentesco.

»La suave cadena de las simpatías debe unir á los buenos »amigos de un modo tan sólido, que ni aun la muerte pueda »romperla; porque cuando la vida se acaba y los cuerpos se »separan, queda el recuerdo del vivo, unido con la memoria »del muerto.

»Dudar de tu amistad, seria ofenderte. Creer que entre nos- »otros las súplicas dejan de ser órdenes, seria no conocernos. »Si Claudio de San Vicente, desde el otro estremo de los ma- »res, escribiera á Nilo de Sádaba: «Ven, te necesito,» Nilo lo »dejaria todo por reunirse con su amigo.

»Pues bien, querido Claudio: desde este hermoso valle de Po- »tes, donde tan dulcemente trascurren para mí las horas, te »escribo estas líneas para decirte: ven, te espero, tu presencia »en estos sitios es indispensable. Cuando llegue á tus manos »mi carta, arregla tu maleta y apresúrate á reunirte con tu »amigo, pues te necesita.—*Nilo de Sádaba.*»

A esta carta seguia una posdata de Julio.

Decia así:

«Uno á las súplicas de Nilo mis ruegos, y te digo: Ven, que- »rido Claudio. Tus amigos te necesitan y te esperan con los »brazos abiertos.

»Tuyo, como siempre, *Julio de Alcaraz.*»

—La carta me parece bien, aunque encuentro en ella algo de traicion, dijo Consuelo.

—Efectivamente, la carta, repuso Nilo, respira cierto mis- terio que llamará la atencion de Claudio; pero cuando llegue, puede esplicarse de mil modos su contenido.

—Bien, bien; lo que importa es que venga.

—Creo que vendrá.

—Dios te oiga, pues una vez aquí, no ha de faltarnos una escusa.

—Eso corre de mi cuenta, dijo Nilo.

—¡Ah! debo participar á ustedes que mi querida madre se une con nosotros, repuso Consuelo.

—Entonces se puede asegurar el triunfo, dijo Nilo, porque la condesa es una aliada poderosa.

Aquí llegaba la conversacion de los jóvenes, cuando vieron venir hácia ellos á don Roberto de Alcaraz y á su esposa doña María.

Pronto se reunieron con los jóvenes al pié del copudo nogal.

—Segun parece, este es el árbol de las conspiraciones, dijo la condesa.

—Nilo acaba de leernos una carta para Claudio, esclamó Consuelo.

—Si la señora condesa quiere leerla, nos honraremos mucho con su aprobacion.

Y Nilo presentó la carta á doña María.

La condesa leyó en voz baja la carta, dándosela luego á su esposo.

—Claudio vendrá, dijo la condesa. Conviene que un hombre la lleve al pueblo inmediato para que salga mañana para Madrid; no se debe perder tiempo.

Roberto entregó la carta á Nilo, y dijo:

—Mucho me complaceria que ustedes salieran airosos de su empresa.

—Y saldremos, padre mio, repuso Julio.

El conde hizo un gesto de duda.

—¿Tienes, acaso, una razon para creer lo contrario? preguntó doña María.

—No es muy prudente quitar las esperanzas á la juventud; pero he recibido una carta de Madrid, que puede destruir los hermosos planes de ustedes.

Al oir estas palabras, pudo notarse cierta sorpresa, cierta curiosidad en todos los semblantes.

—¿Es de Claudio esa carta, señor conde? preguntó Nilo.

—No, amigo mio, de Saulo de Tebaida.

—¡De Samuel de Marsan!... esclamaron casi á un mismo tiempo la condesa y Nilo.

—Sí; Samuel, que, como ustedes saben, ha cambiado de nombre desde la noche que juró redimir sus culpas por el arrepentimiento; Samuel, que abandonando su falso título de marqués, desempeña un modesto destino en la córte, haciendo una vida ejemplar; Samuel, que ya hubiera abandonado á España para siempre, si el deseo de ser útil á aquellos mismos á quienes ha ofendido, no le detuviera en Madrid; Samuel, en fin, que corregido de sus yerros, se halla dispuesto á sacrificar su vida por los que le enseñan á tiempo el camino del bien, haciéndole separarse de la senda del mal.

—Pero bien: ¿qué dice esa carta? preguntó la condesa con interés.

Roberto, dirigiendo una mirada á Consuelo y Adela, les dijo:

—Dejadnos solos, niñas.

Las dos amigas se separaron de aquel sitio, cogidas del brazo.

Consuelo, á pesar de su encantador aturdimiento, estaba acostumbrada á obedecer á su padre.

En cuanto á Adela, era tan tímida, que esquivaba la presencia del conde siempre que podia.

Cuando Roberto se quedó solo con su esposa, su hijo y Nilo, sacó una carta del bolsillo, y dijo:

—Voy á leer la carta de Saulo de Tebaida.

Y leyó en voz alta lo que sigue:

«Al señor don Roberto de Alcaraz, conde de Potes:

»Mi apreciable señor: Desde la memorable noche que juré »redimir mis pasados yerros, miro á todos aquellos á quienes »ofendí como hermanos, y es mi mayor contento serles útil «en algo.

»Usted, señor conde, dando entera fé á mis protestas, alcan»zó para mí un modesto destino que sufraga las cortas necesi»dades de mi vida.

»Las horas que me quedan libres las dedico á mis prójimos, »enorgulleciéndome cuando puedo prestarles algun servicio.

»Yo esgrimí sin razon fundada mi florete contra Claudio de »San Vicente, como el tahur, como el miserable jugador de »ventaja; yo llevaba muchas probabilidades de herirle, y así »sucedió. Arrepentido luego, Claudio es ahora mi hermano; »pero él ignora el cariño, el respeto que me inspira.

»La casualidad ha hecho que descubra una nueva intriga »que amenaza envolver á Claudio, y cojo la pluma para con»sultar con usted, señor conde, qué camino debo seguir.

»El caso es el siguiente:

»Hace dos dias, á esa hora en que comienza la noche y la »animacion aumenta en las calles de Madrid, me paseaba por »la Carrera de San Gerónimo, cuando ví pasar por mi lado »una jóven que me pareció La Perla de San Lázaro.

»Dudé al principio, pues vestia una modesta bata de percal »negro, y llevaba el velo de la mantilla echado sobre el rostro.

»Sin embargo, como si una voz secreta me dijera: ¡es ella! »seguí sus pasos, lleno de curiosidad.

»La jóven entró en una tienda de la citada calle, y enton»ces, á través de los cristales del escaparate, ví que no me ha»bia engañado. Era Herminia, era la falsa hija del general »Conrado.

»Mucho me estrañó, señor conde, que la alegre entrete»nida de París cambiara sus elegantes trajes por los modestos »vestidos de la menestrala, por la humildad de las hijas del »trabajo.

»Mientras Herminia entregaba su labor al dependiente de »la tienda, yo estuve formando mil comentarios sobre aquel »cambio repentino, inesperado.

»Nada pierdo, me dije, con saber dónde vive, é indagar lo »que pueda. ¡Quién sabe si, como yo, se ha purificado por el »arrepentimiento!

»Esperé que saliera, y seguí sus pasos á una distancia con»veniente; ¡pero cuál no fué mi asombro, viendo que en la ca»lle del Lobo se le reunia un jóven elegante, en quien reconocí »al momento á Claudio de San Vicente.

»Herminia se apoyó en su brazo, lo cual me indicó que aquel »encuentro no era casual, y ambos tomaron la calle arriba »hasta llegar á la de Santa María, entrando en la casa marca»da con el número 100.

»Resuelto á saber toda la verdad, esperé oculto en la cerca»na esquina y sin quitar los ojos del citado portal.

»A las once de la noche volvió á salir Claudio solo.

»Era indudable, pues, que Herminia vivia en la casa.

»Al dia siguiente pregunté al portero, y supe que era in-»quilina de la buhardilla número 5.

»Por fortuna se hallaba desalquilada otra buhardilla en el »mismo corredor, y con todas las precauciones convenientes la »alquilé, instalándome en ella á las oraciones, disfrazado por »no ser reconocido.

»Herminia no salió de casa aquella noche; pero á eso de las »nueve oí pasos en el corredor, y me puse á mirar por la cer-»radura.

»Era Claudio, que iba á visitarla. Le reconocí perfectamente »porque llevaba un fósforo encendido en la mano.

»Cuando comprendí que no podia ser visto, salí de mi »buhardilla y fuí á colocarme junto á la puerta de Herminia, »aplicando el ojo á la cerradura.

»Como la sala, única pieza de que disfrutan los inquilinos »de las modestas buhardillas, se hallaba situada detrás de la »puerta de entrada, no me fué difícil ver lo que allí pasó.

»Claudio, sentado junto á Herminia, leia en voz alta un »libro, mientras la Perla de San Lázaro trabajaba á la luz de »una modesta lamparilla.

»De vez en cuando, Claudio suspendia la lectura, fijando »con pasion los ojos en la jóven.

»Entonces Herminia suspendia su costura y dirigia una »mirada á Claudio.

—¿Cuánto gana usted trabajando diez y seis horas? le preguntó Claudio.

—Ocho reales, respondió Herminia sonriendo de un modo cariñoso.

»Claudio exhaló un suspiro, y volvió á decir:

—¿Por qué no acepta usted lo que de tan buena voluntad le ofrezco?

—He sido muy criminal, y quiero purificarme por el trabajo, por las privaciones, le contestó Herminia... Pero no hablemos de eso, Claudio; lea usted... ¡me gusta tanto ese libro!...

»Impresionado vivamente con este corto diálogo, me retiré »á mi buhardilla.

»Dos veces mas he espiado las escenas entre Herminia y »Claudio, y creo firmemente, señor conde, que un nuevo pe»ligro amenaza á nuestro comun amigo.

»Pero yo velo por él, y sacrificaré con gusto la vida por »serle útil, por librarle de una mujer intrigante que solo co»dicia su fortuna.

»Dispense usted, señor conde, las dimensiones de esta car»ta, escrita con el deseo de poner á usted al corriente de lo »que ocurre en esta.

»Póngame usted á los piés de la señora condesa.—Suyo, »*Saulo de Tebaida.*»



CAPITULO VI.

El enemigo en campaña.

Grande fué el asombro que la lectura de la carta de Samuel produjo á los que la escucharon.

Por algunos segundos reinó un silencio general.

Roberto habló de este modo:

—He creido comprender que ustedes trataban de que Claudio viniera á este valle... pero creo muy difícil realizar ese deseo.

Y como todos continuaran guardando silencio, el conde repuso, dirigiendo la palabra á su esposa:

—Tú, querida María, juzgas á los demás por tu corazon, y ese es un mal cálculo... A las víboras se les aplasta para que no emponzoñen á nadie con su venenosa baba.

—Roberto, la mayor venganza es pagar el agravio con un beneficio, dijo la condesa. Si Mateo no hubiera caido en manos

de la policía la misma noche que íbais á castigarle, indudablemente hoy, como Samuel de Marsan, se hallaria arrepentido; pero aún no desconfio de que suene para ese desgraciado la hora de la contricion; aún espero que Herminia llore sus faltas y se avergüence del pasado.

En los labios de Roberto asomó una sonrisa de duda.

—Apuesto doble contra sencillo, dijo el conde, á que tú, María, crees, como Claudio, que Herminia está arrepentida.

—Yo me abstengo de formar un juicio precipitado. Herminia vive en una buhardilla; trabaja tal vez para comer; esperemos los acontecimientos.

Roberto sacó con calma otra carta del bolsillo, y dijo:

—Esta segunda carta te probará que las víboras deben aplastarse.

Y el conde, sin detenerse á examinar el creciente asombro de su auditorio, leyó lo que sigue en voz alta:

«Señor conde: Despues de echar al correo la carta que usted »debe haber recibido, me dirigí á la fonda donde como, y »mientras me servian la sopa, cogí maquinalmente un pe»riódico.

»No creo necesario describir á usted cuál seria mi asombro »al leer la gacetilla siguiente:

«Ayer noche se fugó un preso de la cárcel, cortando los hierros de la ventana de su calabozo, y descolgándose á favor de un fuerte cordon de seda.

»Inútiles han sido hasta ahora todas cuantas diligencias se han practicado para encontrarle. Se cree que tiene algun cómplice que le ha proporcionado los instrumentos para evadirse.

»Llamábase el fugado Mateo el Galgo, y era el asesino del agente de policía muerto de un pistoletazo en una buhardilla de la calle del Espino.

»De lamentar seria que un reo de tanta importancia se librara del justo castigo que la ley impone á los criminales de su especie, pues segun tenemos entendido, se hallaba sentenciado á la última pena en primera instancia.»

Roberto suspendió la lectura y miró á los que le rodeaban.

Doña María estaba pálida.

Nilo y Julio, aunque menos conmovidos que la condesa, no dejaban de demostrar su asombro.

—Mateo, pues, dijo el conde, se halla libre; es decir, en campaña, y dispuesto á continuar la lucha. A hombres como él, solo los rinde la muerte. Por lo que á continuacion dice esta carta, Claudio será su primera víctima. Debemos evitar que así suceda. Pero continuaré la lectura.

Roberto volvió á leer:

«Esta noticia me aturdió por el pronto.

»Mateo es un enemigo temible, y es natural que me bus»que para vengarse de mí.

»Durante la comida se me ocurrió que Mateo podia estar de »acuerdo con Herminia, pues sabia que esta le mandaba al»gun socorro á la cárcel.

»Esta sospecha hizo que inmediatamente me trasladara á »mi buhardilla para ponerme de atalaya.

»A las nueve de la noche oí los pasos de Claudio, que per»maneció hasta las once en la habitacion de Herminia.

»Miré por la cerradura: estaban solos, y como las noches »anteriores, él leia, ella trabajaba.

»Cuando Claudio salió, dejé trascurrir como un cuarto de »hora, y sin poderme esplicar yo mismo la causa, torné á »aplicar el ojo á la cerradura.

»Figúrese usted, señor conde, mi sorpresa, cuando ví á Ma-»teo sentado en la silla que poco antes ocupaba Claudio.

»Hé aquí las palabras que llegaron á mis oidos:

—Me duelen todos los huesos, decia Mateo: tres horas bajo de la cama es mucho para el que, como yo, ha dado un buen salto la noche anterior. Procura coger pronto los seis millones, pues no estamos muy seguros en Madrid. América es el país que mas nos conviene, despues que haya estrangulado al pillastre de Isidro.

»Como sabia todo lo que deseaba, me retiré á mi buhardilla »sobresaltado.

»Mil pensamientos cruzaron por mi mente.

»Aquel hombre temible estaba en mis manos; podia denun-»ciarle á la policía, podia matarle.

»Lo primero era menos arriesgado.

»Escribí una carta sin firma al celador del barrio; pero no »me atreví á llevarla yo mismo.

»¡Oh! si usted, señor conde, se hubiera hallado en Madrid...

»Bajé á la calle, y dí una peseta á un trapero para que lle-»vara la carta á la celaduría.

»Despues regresé á mi buhardilla á esperar el resultado.

»Trascurrió una hora, dos, tres... por fin, amaneció.

»El celador no parecia.

»A las siete de la mañana ví salir á Mateo: le reconocí por »la estatura, pues llevaba el rostro completamente desfigu-»rado.

»Nadie hubiera dicho que aquel hombre era Mateo el »Galgo.

»Viendo que se escapaba de la justicia, tuve un momento »de verdadera desesperacion.

»Poco despues salió tambien Herminia, y á la media hora ví »desembocar en el corredor cuatro individuos de la ronda.

»Entonces era tarde.

»Han trascurrido doce horas, y ni Herminia ni Mateo han »vuelto á la buhardilla.

»Creo, señor conde, que sospecharon que eran víctimas de »algun espionaje.

»Les busco con afan, sigo por todas partes á Claudio; pero »Claudio sale poco de casa, y solo va á algunas tiendas co- »nocidas.

»Sospecho que Mateo y Herminia viven en la misma casa »de Claudio.

»Se me ocurre una pregunta: ¿tiene este jóven alguna casa »de campo? Si es así, no será estraño que se hallen en ella.

»Deseo, señor conde, que usted me entere de esta circuns- »tancia, y me aconseje, pues nos conviene no perder la pista »á un enemigo tan temible como el Galgo.—Soy de usted, »como siempre, su seguro servidor, *Saulo de Tebaida.*»

Si mucho les habia impresionado la lectura de la primera carta, mas les impresionó la de la segunda.

—Señor conde, dijo Nilo, comprendo que nuestro amigo se halla en grave riesgo de ser víctima de esos infames, y pido á usted permiso para que me deje ir á Madrid.

—Nada de eso, amigo mio, repuso Roberto. Ningun daño pueden hacernos esos enemigos, hallándose tan lejos y perse-

guidos por la justicia. Nuestro afan mas importante debe ser el que Claudio se reuna con nosotros.

—Pues bien, yo me comprometo á traerle, dijo Nilo.

—Creo que vendrá mas fácilmente escribiéndole una carta. Conviene emplear el engaño: por ejemplo, decirle estas palabras: «Claudio: si aprecias mi honor, si aprecias el tuyo, ponte en camino tan pronto como recibas esta. Te necesito para una cuestion importante. Confio en tu amistad, te creo un hermano del corazon, y sé que vendrás. Te espero en el valle de Potes, etc., etc., etc.» Esta carta le hará emprender el viaje sin reflexionar.

Poco despues, un hombre se encaminaba, montado á caballo, al pueblo inmediato.

Aquel hombre llevaba una carta de Nilo para Claudio, concebida, poco mas ó menos, en los términos indicados por el conde.

Trascurrieron ocho dias, durante los cuales se habló poco de Claudio, sobre todo delante de Rosa, que seguia enferma.

Una mañana se detuvo una silla de posta delante de la verja de la quinta de los condes de Potes.

Un jóven saltó á tierra.

Era Claudio.

Nilo le recibió en sus brazos.

—Aquí me tienes, le dijo.

—¡Oh! no puedes pensarte lo que te agradezco este viaje; sígueme.

—¿Qué ocurre? Tu carta me ha sobresaltado.

—Luego hablaremos.

—Pero dime al menos...

—Ahora es imposible: luego... luego...

Claudio, al recibir la carta, creyó que lo menos se trataba de un desafío entre el conde y Nilo, y sin reflexionar se habia puesto en camino; pero viendo que no satisfacia su justa curiosidad, se resignó á esperar mejor ocasion.

Y los dos amigos entraron en la casa, donde la familia del conde recibió al recien llegado con verdaderas muestras de cariño.



CAPITULO VII.

La portadora de la esperanza.

Aquella misma tarde, doña María mandó enganchar un ligero carruaje descubierto, y se hizo conducir á la quinta del general Altamira.

Rosa se paseaba por el jardin, triste y melancólica como siempre.

La alegría agonizaba en aquel corazon enamorado. La felicidad era un mito para aquella alma apasionada.

Rosa, al ver á la condesa, corrió á su encuentro, y doña María, recibiéndola con los brazos abiertos, le dió un beso en la frente.

—¿Cómo tan solitaria, hija mia? le dijo, conduciéndola suavemente hasta un banco, donde la hizo sentar, haciendo ella lo mismo.

—Madre se halla ocupada por dentro en los quehaceres de

la casa; el señor general persiguiendo las reses en el monte; mi padre le acompaña, olvidándose que tiene una pierna de palo; en cuanto á don Máximo, no hay que preguntar, sale de casa una hora antes de amanecer y vuelve una hora despues de anochecido; la pesca es su fuerte, y como tenemos el rio tan próximo...

—¿De modo que todo el mundo te abandona?

—Todos, señora.

—¿Por qué no vienes á vivir con tus amigas?

—Entonces dejaria sola á mi pobre madre.

—¡Bah! Agustina no se enfadaria por eso.

Rosa se sonrió de un modo triste.

La condesa, cogiendo las manos de la jóven, le dijo con acento cariñoso:

—Escucha, hija mia: tú sufres mucho... en tu semblante se ven claramente las penas de tu corazon. Dime la verdad: ¿no es cierto que los remedios que han de devolverte la salud, no se encuentran en casa del boticario?

Rosa miró á la condesa sonriéndose.

En aquella mirada parecia decirla: yo no entiendo lo que usted me dice.

—¡Ah! repuso doña María, quieres que te hable con mas franqueza; pues bien, lo haré: tú estás enamorada.

Rosa se ruborizó.

Sus hermosas mejillas se tiñeron de ese purísimo carmin que tanto embellece á las jóvenes.

—Vamos, no quiero que te sobresaltes, porque tal vez soy portadora de buenas noticias.

Rosa se puso pálida instantáneamente.

Su alma delicada estaba sujeta á las mas encontradas y rápidas sensaciones.

—La señora condesa me honra mucho, dijo, ocupándose de mi salud.

—Mira, Rosa: cuando veo un sér que sufre; cuando encuentro ante mi paso una criatura, en cuya pálida frente, en cuya triste mirada se hallan retratados sus padecimientos, siento por ella una simpatía irresistible, y acercándome, le digo, si es jóven: ¿quieres ser mi hija?

Rosa cubrió de besos las manos de la condesa, mientras esta enjugaba con maternal solicitud las abundantes lágrimas que inundaban los ojos de la jóven.

—Figúrate por un momento, continuó la condesa, que tu mal consiste en una nube que empaña el sol de tu esperanza, en uno de estos errores de la juventud, y que yo vengo á desvanecer la nube, á aclarar el error.

Rosa miró de un modo tan tierno á la condesa, que aquella mirada podia tomarse por una súplica.

La condesa continuó:

—Tú amas, ¿no es cierto? Y sufres creyendo que el objeto de tu amor se aleja de tí, cuando precisamente sucede lo contrario.

Rosa miraba á la condesa con marcadas muestras de asombro.

Doña María no pudo menos de sonreirse ante aquella ingénua mirada.

—¡Ah, señora condesa! dijo la jóven. Sin comprender del todo las consoladoras palabras que acaba usted de dirigirme, siento un bienestar inesplicable, como hace mucho tiempo no he disfrutado. Yo le ruego que no me oculte nada. ¡Sufro tanto!

—Estamos conformes; pero, hija mia, para que yo no te oculte nada, es preciso que tú hagas lo propio.

—Bien: ¿qué es lo que usted quiere que le diga?

—Primero, si es el amor la causa de tu tristeza.

—Yo solo sé decir, que llevo un nombre grabado en mi corazon, en mi mente, y que en vano procuro rechazarle.

—¿Luego amas?

—Sí, murmuró en voz baja Rosa.

—¿Y te crees desgraciada porque no eres correspondida?...

Rosa exhaló un suspiro.

—¿Y si no fuese cierto eso?

Rosa miró con asombro á la condesa.

—¿Y si el hombre que turba la paz de tu espíritu, se hallara en el valle de Potes?

La jóven se puso pálida, lívida; y cogiendo las manos de doña María, dijo con apagada voz:

—¿Claudio en el valle?... ¡Dios mio! ¿será verdad?...

—Ha llegado esta mañana.

—Pero vendrá con su esposa.

—¿Con su esposa?

—Sí, sí, con Herminia, con la jóven de los cabellos de oro.

La condesa se sonrió.

—Claudio viene solo y soltero, y es muy probable que pida antes de mucho perdon de sus culpas á los piés de una muchacha muy modesta y muy hermosa que tú conoces, y que yo quiero ver contenta y feliz muy pronto.

Rosa se arrojó al cuello de la condesa, y llenándola el rostro de lágrimas y besos, prorumpió en un lloro que bien podia llamarse de gozo.

Doña María dejó que aquel corazon se desahogara sobre su pecho; pero su mano cariñosa no pudo permanecer sin tributar maternales caricias á su jóven amiga.

—¡Oh! ¡Claudio aquí! ¡será verdad!... esclamó poco despues Rosa. ¿Pero qué puede motivar su viaje?... ¿Por qué viene? ¿Cuál es el objeto que le conduce al valle?

—Querida, es preciso dar tiempo al tiempo. ¿Quién sabe si mañana Claudio mismo esplicará la causa de su viaje á alguna amiga suya? Así, pues, basta de lágrimas: las muchachas bonitas no deben llorar con mucha frecuencia, so pena de echarse á perder los ojos, una de las mejores prendas de su cuerpo, despues del corazon.

Doña María permaneció un cuarto de hora mas al lado de Rosa, consolándola con sus palabras.

La jóven la escuchaba con el mismo placer, con el mismo arrobamiento que si le hubiera hablado un ángel del cielo; porque la condesa dirigia todas sus frases al alma, que, como otras tantas gotas de bálsamo, cicatrizaban las profundas heridas que el amor sin esperanza habia abierto en su corazon.

—Ahora, dijo la condesa, vamos á separarnos. La noche no está lejos, tengo un huésped, y no debo hacerme esperar para la comida. Mañana volveré á verte; pero te prevengo que no vendré sola. Adios, hija mia.

Rosa cayó arrodillada á los piés de doña María.

—¿Qué haces?... le dijo levantándola.

—Bendecir á la Providencia, reverenciar á la esperanza que acaba de brotar para mí de los labios de la condesa de Potes.

Media hora despues, la moribunda luz del crepúsculo de la

tarde se disipaba en el horizonte, y en las hojas de los árboles gemia el céfiro que anuncia la noche.

Rosa, en el mismo banco, como si le faltaran las fuerzas para separarse de aquel sitio, pensaba en lo que la condesa le habia dicho.

Tan embebida se hallaba en sus reflexiones, que no observó que se acercaba un hombre con la chistera de mimbre á la espalda, las cañas al hombro, y un ancho sombrero de paja en la cabeza.

Era don Máximo que regresaba en busca de la comida, despues de doce horas de pesquera en las orillas del rio Deva.

—Buenas tardes, Rosita, le dijo, deteniéndose junto al banco.

—Muy buenas, señor don Máximo. ¿Qué tal, se ha divertido usted mucho?

—Hoy he tenido un momento feliz; pero ¿y Adela? ¿no ha venido aún?

—No vendrá hasta el domingo, repuso Rosa; ya sabe usted lo que se estableció entre las dos familias.

—En ese caso, mañana no voy á pescar, pues no quiero que pasen tres dias sin verla.

Rosa se cogió del brazo de don Máximo, y los dos se encaminaron hácia la casa.

Ya bastante entrada la noche, regresaron del monte el general Conrado y Pedro el inválido.

Durante la cena, Pedro creyó notar en los ojos de su hija alguna animacion.

Además, Rosa preguntó con entonacion bastante alegre si se habian divertido mucho en la cacería.

Pedro, observando el agradable cambio de su querida Rosa, no pudo menos de decirse para su capote:

—O he bebido mas vino del que acostumbro, ó Rosa está mas contenta que suele.

A la mañana siguiente, Pedro se estaba afeitando junto á la ventana de su cuarto, que daba al jardin, cuando oyó una voz que tarareaba una cancion muy en voga por entonces.

Apartó la navaja del carrillo, y asomóse á la ventana para ver si aquella voz pertenecia á su hija.

Efectivamente; Rosa, con una regadera en la mano, daba de beber á unas matas de pensamientos.

—¡Calle! se dijo: mi hija está cantando... ¡Es estraño!... ¿Si habrán producido buen efecto las últimas recetas del médico de Potes?... En ese caso, me arrepiento de haberle llamado imbécil, y á fuer de hombre de bien, le daré una cumplida satisfaccion.

Tan contento habia quedado el inválido oyendo cantar á su hija, que no observó que á pesar de que era tan temprano, Rosa iba peinada con esmero y vestida con elegancia.

Bien es verdad que Pedro era un padre cariñoso, y si el canto de su hija enferma levantó un eco de alegría en su alma, en cambio sus ojos no se fijaron en las prendas que hermoseaban á Rosa.

Siguió, pues, afeitándose con todas las precauciones que tan arriesgada operacion reclama, y poco faltó para que le sucediera una desgracia, pues el estrépito que al caer produjo una regadera, y el grito que dió Rosa, trasmitieron un movimiento nervioso á su mano, que puso en grave peligro su cuello.

—Algo debe haber sucedido á mi hija, dijo para su capote.

Y como es natural, asomó la cabeza por el hueco de la ventana.

Rosa, apoyada en el tronco de un árbol, miraba hácia la verja del jardin.

El inválido dirigió hácia aquel sitio los ojos, y vió lo que mas tarde sabrá el curioso lector.



CAPITULO VIII.

Los dos amigos.

El primer paso estaba dado. Claudio se hallaba en la quinta del conde de Potes. Era preciso, pues, decirle la causa de aquel repentino viaje.

Nilo era el encargado de tan delicada comision.

A juzgar por las cartas de Samuel de Marsan, Claudio estaba enamorado de Herminia.

Este amor era un poderoso obstáculo para la felicidad de Rosa.

La astuta entretenida podia ser fatal á Claudio. Nilo, verdadero amigo, casi hermano, se propuso arrancarle de tan crítica situacion.

Con las cartas de Samuel en el bolsillo, de las que esperaba servirse en último caso, despues que terminaron todas esas preguntas de rutina que se dirigen á los que llegan de Madrid, Nilo, cogiéndose del brazo de su amigo, le dijo:

—Supongo que querrás saber el motivo de mi carta...

—Desde el momento que la recibí, estoy lleno de curiosidad.

—Vamos, pues, á mi habitacion.

—Vamos adonde quieras.

Cuando se hallaron sentados uno enfrente de otro, Nilo comenzó de esta manera:

—Dime, querido Claudio: ¿me crees capaz de rendir culto á la calumnia?

—Ese es un vicio repugnante que rechazan todas las almas bien nacidas.

—Estamos conformes; pero te ruego que contestes á mi pregunta: ¿me crees capaz de calumniar á una mujer?

—No.

—Te doy las gracias por el concepto que te merezco, y continúo: ¿dudarias nunca de la leal y franca amistad que te profeso?

—Nunca puedo yo inferirte ese agravio; pero permíteme que te pregunte la causa de tanto preámbulo.

—Nadie nos corre; y como lo que voy á decirte pudiera enojarte, necesito antes tener la conviccion de que te merezco un buen concepto, y que en todo cuanto voy á decirte no verás otra cosa que el buen deseo de un leal amigo.

—Tus preparativos me tienen sobresaltado, querido Nilo, dijo Claudio sonriéndose; y en verdad que tengo ya vivísimos deseos de que rompas el velo del misterio y me digas el motivo de tu alarmante carta.

—Voy, pues, á comenzar; y satisfaciendo tus deseos, seré lacónico, aunque peque de rudo.

—Te lo agradeceré infinito.

—Comienzo por decirte que Herminia te engaña ahora lo mismo que te engañó antes.

Claudio miró con cierta dureza á Nilo, y se puso pálido.

—Te prohibo, le dijo el vizconde, que me dirijas esas miradas y que demudes el color: estoy hablando con un amigo, y tengo el derecho de arrancarle la venda que no le deja ver el precipicio que se abre á sus piés.

—No, esclamó Claudio. Estás en un error, querido Nilo: Herminia se ha purificado.

—No seas cándido: Herminia sigue una conducta hipócrita, con la esperanza de apoderarse nuevamente de tu corazon y tu fortuna.

—No ofendas á una jóven, cuya modestia, cuyo arrepentimiento es digno de admiracion.

—¿Y si la buhardilla, el humilde traje de percal, las horas de trabajo, fueran una farsa?

—Entonces me volveria un escéptico, no creeria nada.

—De modo que saliendo de un error, caerias en otro mas lamentable.

—¿Pero qué daño os ha hecho esa pobre jóven para que la persigais con tanta tenacidad? dijo Claudio, medio aturdido por las palabras de su amigo.

—Lo que acabas de decir, es una inconveniencia que te perdono. Herminia me es indiferente: poco me importa en lo que pueda ocuparse, y segura está que vaya á denunciarla á la policía; pero tu felicidad, tu fortuna me inspiran graves recelos. Por eso te he escrito, para decirte: Claudio, esa mujer, sobre la cual pesa una causa criminal por el delito de usurpa-

cion civil; esa mujer que esgrimió el arma homicida contra el hijo de su querido; esa mujer que hizo matar en un desafío á Raoul, es indigna de tí. Olvídala, huye de ella, si comprendes que sus miradas han hecho presa en tu corazon, porque te será funesta.

Claudio guardó silencio; pero la palidez de su rostro, el temblor nervioso de sus labios, la mirada hosca de sus negros ojos, demostraban claramente la lucha interior que mantenia.

—Herminia, repuso el incansable Nilo, ha procurado rodearse de los encantos seductores de la modestia, del trabajo, de la humildad, para fascinarte. Lo que tú crees un efecto de la casualidad, es una comedia despreciable...

—Pero ella no me ha negado sus crímenes de ayer. Los confiesa, y quiere purificarse de ellos, esclamó Claudio, como buscando un punto de apoyo para defender á Herminia.

—¿Puede por ventura hacer otra cosa? El que niega y sostiene que es falso un hecho consumado, es un necio; y la Perla de San Lázaro tiene muy buen ingenio para no caer en una vulgaridad despreciable. Si un presidiario que hubiera arrastrado la cadena por espacio de diez años, se empeñara en mantener que no habia visitado nunca las cárceles, nos reiríamos en sus barbas; si un beodo, al revolcarse por el suelo, víctima de los repugnantes vapores del vino, nos jurara que no le gustaba el zumo de las cepas, no daríamos crédito á sus palabras. Pero si el presidiario confiesa que lo ha sido, y jura que una vida ejemplar va á borrar el pasado; si el borracho ofrece que jamás probará el vino, entonces puede dudarse y aun creerse que cumplan su promesa.

—¿Por qué, pues, dudas de que Herminia cumpla la suya?

—Porque Herminia, apenas abandonas su buhardilla, sueña en tus millones, en la vida de esplendor que pueden proporcionarle, y lo que es mas, en el robo y la fuga.

—¡Nilo!

—Sí, en el robo y en la fuga, repitió con energía el vizconde; porque esa aventurera despreciable tiene un cómplice, mas despreciable, mas vil que ella, si es posible.

—¡Un cómplice!... Dime su nombre, quiero conocerle.

—No tengo inconveniente en decírtelo: se llama Mateo el Galgo.

—¡Mentira! ¡Oh! eso no es cierto.

—Te perdono esa frase, hija del estado de exaltacion en que te hallas. Toma y lee.

Y Nilo puso en manos de su amigo las dos cartas que ya conocen nuestros lectores, y que firmaba Saulo de Tebaida.

Imposible seria describir la agitacion de Claudio durante la lectura.

Al terminar, esclamó con verdadera desesperacion:

—¡Oh! si esto es cierto, ¿cómo podrá en el mundo distinguirse la hipocresía, la infamia, de la virtud, de la honradez?

—Arrancándose la venda de los ojos, repuso Nilo.

—Pero esto puede ser una calumnia.

—No, Claudio, no; esta carta respira verdad. La ha escrito un hombre que camina arrepentido por la senda de la vida; un hombre que ningun provecho puede resultarle en denunciar á un sér inocente. Vuelve en tí, amigo mio; recuerda el pasado de Herminia, y piensa que solo se cubre con el velo de la virtud, de la modestia, porque desea apoderarse de tu fortuna. Si eres incauto, si te dejas llevar de tu sencillo y gene-

roso corazon, nuevos y horribles desengaños te esperan, y el dia que quieras retroceder, tal vez sea tarde.

Nilo observó que una lágrima oscilaba en las pestañas de su amigo.

Comprendiendo que era muy conveniente aprovecharse de la buena disposicion en que se encontraba Claudio, continuó de este modo:

—Olvida á esa mujer, que solo puede proporcionarte disgustos. Pues qué, ¿serias capaz de rebajarte hasta el estremo de conducir al altar á una prostituta, cuyas manos están manchadas de sangre, y cuyo nombre está inscrito en los fólios de una cárcel? Claudio, esa mujer solo puede ser tu querida, y la dignidad te obliga á rechazarla; recuerda otros tiempos mas serenos, mas tranquilos, cuando tus ojos se fijaban en los de una jóven modesta, honrada, hermosa, que te amaba con toda su alma. Esa jóven llora en su solitario destierro una esperanza que perfumó su vírgen corazon, y que cree perdida. Esa jóven, como la modesta sensitiva, inclina la frente hácia la tierra, tal vez buscando un sepulcro donde enterrar su cuerpo y sus sueños; porque te ama con una de esas pasiones que lo absorben todo, que empalidecen el semblante, apagan la sonrisa èn los labios, matan la alegría del alma, y conducen tarde ó temprano á la muerte.

Claudio, desde mucho antes de terminar su amigo, levantó su decaida cabeza para mirarle.

—Supongo, dijo conmovido, que estás hablándome de Rosa.

—Sí, de Rosa, á quien tu desden ha hecho la mas desgraciada de las mujeres. Rosa, que es un ángel de la tierra; Rosa, que abandonó la casa del general desde el momento que la fin-

gida hija le manifestó que tú la amabas; pero mucho antes de que ese pensamiento cruzara por tu mente, porque Rosa era un estorbo para los planes de Herminia, y esta poco menos que la despidió de una casa que no era la suya, que profanaba con su estancia en ella, que no le pertenecia.

Claudio, verdaderamente aturdido con la revelacion de su amigo, se arrojó en sus brazos esclamando:

—¿Y dices que Rosa está enferma?

—Sí, enferma del alma; enfermedad que no se atreveria á combatir toda la farmacopea en masa, y que tú puedes curar con sola una palabra.

Claudio dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Seria una crueldad indigna de un hombre honrado, no tender una mano cariñosa á la pobre jóven que se halla próxima á naufragar. Claudio, yo no te creo tan infame. Tú amaste en otro tiempo á la misma que hoy muere de amor. Tú hiciste concebir una esperanza que embelleció los sueños de un alma vírgen, y tú solo puedes reanimar esa pobre planta que se marchita, que se agosta.

—Sí, tienes razon, estaba ciego, dijo Claudio, enjugándose los ojos. Rosa es mas digna de mi amor que Herminia; has hecho bien en recordarme mi deber.

Nilo era demasiado generoso para no abrazar con entusiasmo á su amigo.

Algunas horas despues, entrada la noche, mientras Consuelo tocaba el piano, doña María y Nilo cambiaron estas palabras en voz vaja.

—¿Qué ha resuelto Claudio?

—Ha pronunciado el yo pecador, dándome làs gracias por

haberle hecho venir á este valle, donde olvidará por completo á la ingeniosa Herminia.

—¿Pero y Rosa?

—Rosa llenará el vacío que deje la Perla de San Lázaro en el corazon de mi amigo. Creo, señora, que Claudio gana, y mucho, con este cambio.



CAPITULO IX.

La poesía de la vida.

La primera entrevista de Rosa y Claudio se efectuó en presencia del vizconde.

Rosa se hallaba en el jardin regando la mata de pensamientos.

Al verle, la regadera se le cayó de las manos y tuvo que apoyarse en un árbol.

Afortunadamente, la voz de su padre, que asomó la cara llena de jabon por la ventana, la reanimó.

Claudio pudo observar el efecto que su presencia producia.

Como en los pueblos, y en particular en las casas de recreo que se hallan separadas de la poblacion, todos los obsequios se reducen á comer, el general convidó á Claudio; y aunque este al principio se escusaba por ser huésped de los condes de Potes, creyó Nilo que era conveniente que se quedara, y convidándose él tambien, se quedaron los dos.

Aquella misma tarde, Claudio, auxiliado por su amigo, tuvo ocasion de hablar á Rosa sin testigos; y aunque el autor de este libro nunca ha podido saber lo que se dijeron, debió ser muy del agrado de Rosa, pues estuvo muy contenta durante la velada de aquella noche.

Cuando á la mañana siguiente el médico de la villa de Potes, montado en su caballejo serrano, fué á visitar á la enferma, su admiracion creció de punto.

—Vamos, se dijo, veo que he acertado por fin con la enfermedad: las últimas píldoras le han probado perfectamente; añadiendo con tono magistral: conviene que tome otra caja.

Rosa se sonrió, y cuando el médico se fué, le dijo á su padre:

—Creo que no debe usted comprar las píldoras porque me siento bastante bien.

Pedro, sin embargo, mandó á Reinosa por las píldoras que tan buen efecto habian producido á su hija.

Desde aquel dia, las tres parejas, capitaneadas por doña María, y á veces por Roberto, procuraron pasar lo mejor posible el verano.

Aquella era una conspiracion para consolar al triste.

Rosa comenzaba á reirse; y lo que es mas, comia con apetito, y los colores asomaban á sus mejillas.

Pedro se frotaba las manos, diciendo de vez en cuando para su capote:

—Verdaderamente es preciso confesar que el médico de la villa es un sabio.

En cuanto á los jóvenes, se divertian grandemente, pescando bajo la direccion de don Máximo, el cual no quedaba siempre satisfecho de la habilidad de sus discípulos.

Cuando no se pescaba, se hacian cabalgatas en burros á alguna fuente de la montaña.

Entonces el director era Nilo, que la echaba de gran caballista; pero que se apeaba por las orejas mas de una vez durante estas espediciones.

A las carcajadas de la comitiva, á las burlas amistosas de los que presenciaban su derrota, Nilo respondia:

—Cuando llegue á Madrid aprenderé á montar en burro, porque veo por esperiencia que es mas difícil de lo que parece esta equitacion.

Trascurrieron ocho dias desde aquel de la llegada de Claudio, que para los habitantes del valle pasaron como un soplo.

Todo para ellos era risueño, poético, encantador.

La juventud, y sobre todo los enamorados, tienen el privilegio de verlo todo de color de rosa.

En todos los países, y por mejor decir, en todos los pueblos, existe un camino que es mas largo que otro para llegar á un mismo punto.

Cuando lo pasa un prójimo y se queja de su duracion, le suelen decir:

—Este es el camino de los enamorados; á usted le parece largo, y á ellos les parece corto.

Y efectivamente: dejad que un brazo torneado se apoye muellemente en el vuestro; sentid sobre vuestra mejilla el aliento de una mujer hermosa que os habla con el alma y os envia con sus miradas el fuego de su corazon, haciéndoos oir el eco de una voz cien veces mas dulce que el gorjeo de los ruiseñores, y á buen seguro que os parecerán cortas todas las distancias, aunque esto os suceda en la Mancha, desde Manza-

nares á la Solana, esa legua de los manchegos que no pasa ningun cristiano en menos de cinco horas, como no se ponga una locomotora en cada pié.

Porque el tiempo tiene para unos la rapidez de las estrellas movibles, y para otros el paso de una carreta tirada por un par de bueyes.

El amor, egoista por lo general, se complace en derramar flores y esparcir aromas por do quiera que pasa.

Por eso las tres parejas que nos ocupan, veian trascurrir los dias como por encanto, y apenas terminaban una espedicion, proyectaban otra.

En cuanto al general Conrado, preferia la escopeta, y siempre que hallaba una ocasion oportuna se instalaba en el monte con un criado, pasando tres ó cuatro dias en la cabaña que ya conocen nuestros lectores, pero que en la época que nos ocupa, estaba embellecida por Pedro el inválido.

Hay temporadas que no debian terminar nunca. Entonces la vida seria un paraíso.

Una de estas temporadas era la que estaban pasando Julio, Nilo, Claudio, Rosa, Consuelo y Adela.

Una jóven no disfrutaba de estos inocentes placeres que ofrece el campo á los enamorados: Serapia, la hija de don Aquilino Rodajas.

Muchas veces le decia Consuelo:

—Venga usted con nosotras; se divertirá mucho.

Pero Serapia miraba con bastante veneracion á aquella familia; era tan modesta, tan tímida, estaba tan plenamente convencida de la distancia que le separaba de aquellas alegres jóvenes, que siempre se escusaba, diciendo:

—Gracias, señorita; otro dia iré: hoy tengo mucho que hacer.

Sin embargo, Serapia tenia tambien sus sueños de color de rosa, sus sueños encantadores, porque la mayor parte del dia lo empleaba en coserse la ropa de novia, ocupacion la mas grata, la mas entretenida, la mas amena para las muchachas.

Tambien de vez en cuando el cartero de la villa inmediata, entre las cartas que traia para el señor conde, dejaba una con este sobrescrito: «Señora doña Serapia Rodajas.—Por Reinosa.—Valle de Potes, quinta de los condes.»

Esta carta era de Antonio, de su prometido, y siempre traia llenas las cuatro caras.

Como don Aquilino era un hombre recto como una espada de Toledo, y algo chapado á la antigua, leia primero que su hija la carta de su futuro yerno, diciendo luego:

—Toma: carta de Antonio.

Entonces, Serapia se retiraba á un rincon y leia dos, tres, ó mas veces, aquella epístola, escrita por un soltero que deseaba cargar cuanto antes con la cruz del matrimonio.

Así las cosas, trascurrió el mes de julio, y si hemos de ser verídicos, Claudio comenzaba á olvidarse de Herminia, y Rosa ocupaba por completo su corazon.

Persuadido Nilo de que se habia ganado la batalla, y aconsejado por la condesa, le propuso que se comprometiera formalmente con Rosa, y Claudio le dió palabra de que así lo haria.

—¿Y tú no piensas casarte? le preguntó Claudio.

—Creo que tambien me hallo en grave peligro; pero soy pobre.

—¡Bah! tu novia es rica.

—Eso precisamente me detiene para pedir su mano.

—Pues, chico, créeme: tendria un gran placer en que se celebraran tres bodas en un mismo dia.

—Lo veo difícil.

—He creido notar que el conde no ve con desagrado la deferencia que demuestras á su hija.

—Creo asimismo que me aprecia; pero...

—Chico, cuando se ama de veras, no deben tenerse necios escrúpulos que pueden causar la desgracia del resto de tus dias.

Por lo demás, el tiempo trascurrió sin que una nube empañara la felicidad de los alegres huéspedes del valle de Potes.

Roberto, en el trascurso de dos meses, recibió algunas cartas de Saulo de Tebaida, y en todas ellas le decia que no le habia sido posible tropezar con Mateo y Herminia, cuyos nombres fueron olvidándose poco á poco.

Así las cosas, llegó el mes de agosto.

Los amores de Rosa y Claudio dejaron de ser un secreto para el general Conrado y Pedro el inválido.

En cuanto á doña María, tampoco ignoraba que Julio amaba á Adela, y Nilo á Consuelo.

El único que, como suele decirse, estaba en el limbo, era don Máximo; bien es verdad que para el furibundo pescador, solo el rio Deva poseia encantos.

El valle de Potes era un paraíso. Su cielo no tenia nubes, porque el puñado de séres que lo habitaba veian los objetos á través del alegre cristal de sus almas.

Muchas veces decia Nilo, que en su calidad de poeta le era permitido soñar:

—En esta tierra los pájaros cantan con mas armonía que en Madrid, y las flores tienen mas perfume: decididamente esto es un paraíso.

Todos estaban conformes con la opinion del vizconde, y en particular Consuelo, para la cual el poeta comenzaba á tener algo de oráculo.

Así las cosas, veamos en el libro siguiente adónde nos conducen los acontecimientos de esta novela.



LIBRO DECIMOCTAVO.

DAR POSADA AL PEREGRINO.

CAPITULO I.

El ciego y su hija.

Era el último dia del mes de agosto, del mismo año que nos ocupa.

Las viñas, cargadas de uvas, esperaban á los vendimiadores para ofrecerles el fruto de sus afanes.

El labrador, con el semblante risueño, echaba sus cuentas para el invierno, sentado á la sombra de los árboles.

El campo tenia todo ese encanto que presta la abundancia.

Las ramas de los olivos se mecian al blando empuje de la brisa de la tarde, prontas á dejar caer sobre la tierra la verde aceituna.

Por todas partes se escuchaban cánticos de alegría: las aves en el espacio, los hombres en los campos; las ovejas balaban en las laderas de los incultos montes, y el rio Deva gemia lamiendo sus verdes orillas.

A esta hora, pues, y en este dia, caminaban un hombre y una mujer por una vereda que, desde la villa de Potes, conduce al valle del mismo nombre.

Conviene que digamos algo de estos viajeros.

El hombre vestia un gaban de paño verde, á pesar del escesivo calor; llevaba un sombrero de anchas alas, un especie de zurron colgado de los hombros, y un grueso palo de abeto en la mano.

Tendria, al parecer, sesenta años; al menos su barba y cabellos canosos, casi blancos, y su cuerpo encorvado, le daban un aspecto marcado de vejez.

Llevaba unas grandes gafas de cristal verde con rejilla de tela metálica, y todo en él respiraba pobreza; parecia uno de esos mendigos de levita, á quienes la necesidad obliga á cambiar de poblacion, á pié.

Terminaremos diciendo, que el hombre que nos ocupa era alto y flaco, y su rostro, desfigurado por las gafas, quemado por el sol y el polvo, nada tenia de simpático.

La mujer que caminaba á su lado, era jóven y hermosa.

Sus cabellos abundosos, de un rubio claro, mas claro aún por el polvo del camino, caian en descuidados bucles sobre sus hombros.

El traje de la jóven no podia ser mas modesto: un sombrero de paja ordinaria, atado con una cinta de hilo por debajo de la barba, una bata de percal oscuro y una raida manteleta de seda.

Llevaba tambien, como el hombre, una especie de morral de lienzo blanco, pero sujeto á la cintura, de modo que quedaba pendiente de un costado como una inmensa faltriquera.

Como hemos dicho antes, la jóven era hermosa, á pesar de su traje y el tostado color de su rostro, efecto del sol, pues todo en ella indicaba que debia tener un cutis blanco y fino como la piel del armiño.

Como la curiosidad del lector es siempre insaciable, les diremos que los viajeros eran Mateo el Galgo y la Perla de San Lázaro.

Cuando llegaron á una pequeña eminencia que formaba el camino, se detuvieron.

Desde allí distinguíanse como á un tiro de bala las dos quintas del valle y el rio Deva, que, como una ancha cinta, se deslizaba sobre un lecho de verde yerba.

El punto de vista no podia ser mas pintoresco.

—¡Oh! dijo Herminia: ¡qué lastima que te halles ciego, querido papá Mateo, porque todo esto es encantador!

Mateo se sonrió, y dijo:

—Es preciso conformarse con las enfermedades que por nuestras culpas nos envia la Providencia; pero como tú tienes buenos ojos, te encargo encarecidamente que mires bien por mí.

—¡Bravo! ¡bravo! esclamó Herminia.

—¿Qué ocurre?

—Nada de particular.

—¿Pues por qué pronuncias esas admiraciones?

—¡Toma! porque tu acento, tu resignacion, me han hecho un efecto admirable.

—¡Loquilla! ¿piensas tú que seis millones y el placer de la venganza no valen nada?

Y Mateo volvió á sonreirse de un modo estraño.

—¿Quieres que nos sentemos á descansar uu momento?

—¿Están muy lejos las quintas?

—Se distinguen allá en medio de la vega. Un cuarto de hora todo lo mas de este sitio.

—¿Y el sol está muy alto?

—Yo entiendo poco de eso; pero creo que para oscurecer faltan lo menos dos horas.

—Entonces sentémonos, y ten cuidado si pasa algun aldeano, para preguntarle.

—No me cabe duda, aquellas son las quintas.

—No importa; es preciso preguntar, y aun seria conveniente que nos acompañaran hasta la puerta de una de esas casas.

Herminia condujo á la sombra de un árbol al hombre de las gafas, y ambos se sentaron.

—Mira, hija mia, le dijo Mateo: ya sabes que vamos á dar un gran paso; te recomiendo la prudencia.

—¿Desconfias de mí? le preguntó Herminia.

—¡Dios me libre de inferirte semejante agravio! Además, un ciego no puede desconfiar de su lazarillo.

—Es verdad.

—Como yo no puedo valerme de los ojos por ahora, y esta frescura convida al descanso, te recomiendo que no pierdas de vista las quintas. Segun los informes que hemos adquirido, todas las tardes, á la caida del sol, la noble condesa sale á paseo por los alrededores de su finca.

—¡Si saliera hoy!

—Seria una casualidad inapreciable, porque la condesa puede ser para nosotros la tabla de salvacion.

—Seguiré tus consejos.

—Y procura tener memoria.

—En cuanto á eso, confia.

—Dime, Herminia: ¿qué facha tengo con mi gaban raido y el zurron á la espalda?

—La de un pobre venerable.

—¡Cuánto siento no poderme ver, y sobre todo no verte á tí!... porque supongo que, á pesar del sol y del polvo, estarás hermosa.

—¡Bah! pues no faltaba otra cosa, esclamó Herminia con malicia.

—Verdaderamente vamos á causar un efecto asombroso.

—El efecto de todo lo inesperado.

—Si ganamos la batalla, preciso será que confiesen esos señores que no somos enemigos vulgares.

—Papá Mateo, conviene no ser muy confiados, porque á veces los planes mejores fracasan.

—Cuando se tienen miserables traidores por cómplices, todo se desmorona; pero ahora somos dos igualmente interesados en el asunto.

—¿Sabes que Isidro es un enemigo mas temible de lo que parece?

—Hija mia, guárdate siempre del hombre que, despues de haber sido diablo, se mete á fraile, porque es temible cuando esgrime las armas del arrepentimiento.

—Tienes razon; pero afortunadamente nos hallamos libres de sus persecuciones.

—Dia ha de llegar que mi brazo alcance su pecho, y entonces quedará fuera de combate.

—¡Ah! esclamó Herminia.

—¿Qué sucede?

—Veo un grupo de gente en la verja de una de las quintas.

—¿Son trabajadores?

—No, no; son ellos.

Mateo se estremeció.

—Dime: ¿está la condesa?

—Veo cuatro señoras reunidas junto á la verja; pero no se distinguen bien las facciones.

—No pueden ser otras, es decir, María, Consuelo, Adela y Rosa.

—¡Rosa! ¡Rosa! esclamó con marcada espresion de rabia Herminia.

—Sí, hija mia, sí, tu rival, la que te roba el cariño de un hombre y seis millones.

—No, no será, repitió Herminia; me sobra valor para luchar.

—Vamos, vamos, hija mia, en estas ocasiones se necesita mucha serenidad, mucho disimulo. No pierdas de vista á esa gente.

Herminia, sin apartar sus miradas del valle, volvió á decir:

—Ahora salen del jardin algunos caballeros montados.

—¿Cuántos son?

—No veo mas que tres.

—Vamos, serán los jóvenes. Tanto mejor, porque Roberto y Conrado tienen el corazon menos blando. ¡Ea! en marcha, en marcha y valor.

—¿Crees tú que ha de faltarme?

—Sé que tienes un corazon sereno y bien templado; pero no debes ofenderte porque de vez en cuando te dé un consejo.

—¡Bah! Tú puedes darme todos los que quieras, con tal de que por el camino de tus consejos lleguemos á los seis millones de Claudio.

Herminia y Mateo se levantaron, y siguiendo una vereda, fueron á colocarse en el camino por donde, segun sus cálculos, debian pasar el coche y los ginetes.

CAPITULO II.

La sorpresa.

Herminia no se habia engañado: en la carretela iban doña María, Consuelo, Adela y Rosa; y los tres caballeros caminaban junto á los estribos, conversando alegremente.

Cuando el coche se aproximaba al sitio donde Mateo y la Perla de San Lázaro se habian detenido, doña María, asomando la cabeza, dijo:

—Nlio, ¿no ve usted allí dos viajeros?

—Sí; parecen personas decentes.

—Si supiéramos que piden limosna.... dijo doña María, compadecida.

En este momento, el carruaje llegó al sitio donde se hallaban los viajeros; y Herminia, cogiendo del brazo á Mateo, le apartó para dejar libre el camino.

Todas las miradas se fijaron en aquellos dos caminantes,

que, á juzgar por sus trajes, no siempre habian practicado la ocupacion del mendigo.

Rosa no pudo reprimir un grito.

El carruaje siguió su camino.

—¿Qué tienes? le preguntó la condesa.

—¡Ah, señora! ¿Ha visto usted bien á esa jóven del sombrero de paja?

—No he reparado mucho.

—¡Pluguiera á Dios que me engañara! pero he creido reconocerla.

—¿A quién?

—A Herminia, á la falsa hija del general Conrado.

—¡Cómo! ¿Estás cierta de lo que dices?

—Creo que sí.

La condesa guardó silencio.

Consuelo y Adela iban tan preocupadas hablando con Nilo y Julio, que no se apercibieron de las cortas palabras que Rosa y doña María habian cambiado.

La condesa dirigió una mirada á Claudio, que en este momento volvia la cabeza para mirar hácia atrás.

—Él, dijo Rosa bajando la voz, tambien la ha reconocido.

—Debes haberte equivocado, repuso la condesa; el viaje de esa gente al valle es un absurdo.

—¡Es ella, es ella, no me cabe duda! repitió la jóven.

La condesa guardó silencio; pero fijando una mirada en Claudio, pudo observar cierta agitacion en su semblante.

—Es preciso salir de dudas, dijo la condesa hablando consigo misma; y alzando la voz, continuó: Nilo, tenga usted la bondad de enterarse si los dos viajeros que acabamos de ver

son pobres caminantes, y en ese caso, ofrézcales en mi nombre la hospitalidad por esta noche.

Nilo hizo volver la cabeza de su caballo hácia la quinta.

Sigamos nosotros al vizconde, que solo empleó algunos minutos para llegar al sitio donde se hallaban Mateo y Herminia.

—¡Buena gente! dijo el vizconde, deteniéndose en el linde del camino: la señora condesa de Potes...

Al pronunciar este nombre, Mateo se arrodilló en el suelo, juntando las manos con beatitud, y Herminia imitó á su compañero, exhalando un gemido de dolor.

Nilo quedó sorprendido; pero al fijar los ojos con mas atencion, reconoció á los viajeros.

—¡Herminia! ¡Mateo! dijo.

—¡Oh, esa voz... repuso el Galgo: no me cabe duda...! ¡Hija mia! ¡hija mia! ¿quién es el hombre que nos habla?

—Padre mio, contestó Herminia, creo que es el señor vizconde Nilo de Sádaba.

Mateo estendió las manos en ademan suplicante, permaneciendo un segundo en aquella actitud, hasta que al fin dió con su cuerpo en el suelo, y quedando con la cara pegada á la tierra, esclamó:

—¡Perdon! ¡perdon!

Herminia esclamó tambien con acento contrito:

—¡Sí!... ¡Perdon! ¡perdon!

El asombro de Nilo fué tanto, que no pudo articular una frase.

¿Era un sueño ó una realidad lo que veia?

¡Herminia y Mateo en el valle de Potes!



¡Buena gente! dijo el vizconde, deteniéndose en el linde del camino.....

Esto era tan inesperado, que la soñadora mente de Nilo no se lo esplicaba.

—Mateo, esclamó por fin el vizconde: ¿qué objeto le trae á usted á esta tierra?

—Señor vizconde, dijo el Galgo incorporándose: soy un pobre ciego, cuya frente, castigada por la mano de la Providencia, se inclina buscando la paz del sepulcro.

—No, no es eso lo que pregunto, repitió Nilo con nervioso acento: lo que quiero saber, lo que exijo de ustedes, es que se me diga por qué les encuentro en el valle de Potes.

—Jóven, repuso Mateo con gravedad: ¿no ha sentido usted nunca dentro de sí mismo la voz de la conciencia?

—Mis manos no se han manchado con el crímen, mi corazon rechaza las infamias; el hombre recto no ve nunca turbada la paz de su espíritu, repuso Nilo con altivez.

—¡Dichoso usted, jóven, dichoso usted que puede elevar la frente sin mancilla, alzar la voz sin vergüenza! ¡Dichoso usted que durante las noches no ve turbado su sueño por el grito del remordimiento, no ve un patíbulo alzarse á los piés del lecho, ni oye la acusacion de sus víctimas que piden con justicia ojo por ojo, diente por diente! Pero nosotros hemos sido muy criminales: esta infeliz criatura que gime á mi lado, obedeciendo los impulsos de mi perverso corazon, cometió errores que deploro amargamente; pero el dia del arrepentimiento ha sonado para nosotros. Dios ha cegado la luz de mis ojos, derramando una claridad desconocida en mi alma, que me ha hecho ver mi repugnante conducta. Ciego, pobre, perseguido por la ley, antes de abandonar á España, vengo á pedir perdon á aquellos á quienes tanto ofendí. Hé aquí la razon, señor viz-

conde, de hallarme en estos sitios. Cuando alcance lo que deseo, nuevamente apoyado en el hombro de mi hija, volveré á emprender mi camino hácia Portugal, donde espero terminar el resto de mis dias.

Nilo era demasiado noble para dudar de que aquel hombre dijera la verdad; sin embargo, guardó silencio.

El Galgo se quitó las gafas, y dejando ver sus ojos cubiertos de una membrana roja y escrofulosa, repitió:

—El dedo de Dios ha quemado mis párpados y mis pupilas; eternas serán las tinieblas que me rodeen hasta mi entrada en la eternidad: solo en mi alma brilla la luz del arrepentimiento.

Herminia quitó las gafas de las manos de Mateo, y volvió á ponérselas con filial solicitud.

—Padre mio, dijo, la luz del sol, el polvo del camino no pueden serle á usted provechosos.

Y volviéndose á Nilo, continuó de este modo, con ademan suplicante:

—Usted, caballero, puede ser nuestro ángel salvador, intercediendo por nosotros... Que el perdon caiga sobre nuestras cabezas, que Rosa me perdone el mal que la he causado, que la señora condesa ejerza con mi infeliz padre un rasgo de clemencia, y luego continuaremos nuestro camino para no volvernos á ver nunca.

—¿Es cierto lo que usted dice, Herminia? preguntó Nilo con asombro.

—¡Oh Dios mio! ¡Con cuánta justicia se duda en la tierra de los que obraron mal!... Pero no importa; aceptado el martirio, no hemos de dejar incompleta la obra por falta de valor. Sigamos, padre mio, la peregrinacion que nos hemos impuesto; el

desprecio de los hombres no ha de enfriar nuestro corazon, impulsado por el grito del arrepentimiento. Es preciso que yo bese los piés de esa jóven virtuosa á quien tanto mal he causado; es necesario que usted implore el perdon de los generosos condes de Potes. ¡Ah, señor vizconde! usted puede proporcionarnos lo que anhelamos con toda el alma.

Tan verdadera, tan humilde le pareció á Nilo la súplica de Herminia, que no pudo menos de interesarse en favor de aquellos desgraciados.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? les dijo.

—Alcanzar de la señora condesa el permiso para que le pidamos perdon á sus piés; conseguir que Rosa me deje besar la tierra que pise... Luego continuaremos nuestro camino con el corazon mas tranquilo.

Herminia dijo estas estas palabras con los ojos llenos de lágrimas y mirando á Nilo con actitud suplicante.

Nilo vaciló un momento antes de comprometerse.

Tal vez en aquel instante temia que la presencia de Herminia levantara un eco en el corazon de Claudio.

Esta lucha fué rápida.

Dos séres, al parecer desgraciados, le suplicaban arrodillados.

—¿Por qué el arrepentimiento no puede haber tocado sus corazones, enseñandoles el camino del bien?

Esto se dijo Nilo para sí mismo.

Además, Mateo, ciego y pobre, perseguido por la ley; Herminia, cubierta de polvo y tostada por los rayos del sol, con el traje de los mendigos, caminando á pié y deseando postergar su vanidad, su orgullo de mujer, á los piés de una rival afor-

tunada, tenia para el vizconde una sublimidad, una grandeza que le inclinaba á favor de los viajeros.

—A nada me comprometo, dijo por fin. Veré á la señora condesa, veré á Rosa; pero mientras tanto, no es este el sitio mas oportuno. Síganme ustedes: el hortelano de los señores condes les concederá hospedaje por esta noche.

Mateo y Herminia siguieron á Nilo, que sujetó el paso de su caballo.

La quinta distaba muy poco de aquel sitio; pero la hermosa huerta de los condes, lindante con la tapia del jardin, estaba aún mas cerca.

Algunos minutos despues, el vizconde se detuvo á la puerta de la modesta casa del hortelano.

Una mujer, con el rostro risueño y los mofletes pregonando una salud á prueba de sabañones, como ha dicho el príncipe de nuestros poetas cómicos, Breton de los Herreros, salió de la casa, deshaciéndose en cortesías.

—Buenas tardes, señorito, buenas tardes. ¡Cómo es eso! ¿Se ha dejado usted á los señores?

—Venia, amable Blasa, á suplicarle de parte de la condesa, que admita á estos pobres viajeros por huéspedes en su casa hasta que doña María decida.

—Con los brazos abiertos, señorito, que ama y muy ama es la señora para mandar y no para suplicar. Vaya, pasen ustedes y siéntense donde quieran, mientras yo les dispongo algo que echar á perder, que desde ahora tienen toda la casa por suya.

Nilo, despues de dejar á los caminantes en la casa de la huerta, puso el caballo á galope y fué á reunirse con la condesa.

Mientras tanto, la buena Blasa ofrecia sillas á los viajeros, desembarazándoles de los zurrones, y demostrando la mejor voluntad del mundo.

Mateo suplicó le diera un poco de agua.

La hortelana dirigióse á la cocina en busca de un jarro.

Entonces el Galgo dijo á Herminia estas palabras en francés:

—Se dió el primer paso mejor que esperábamos. Creo que haremos un negocio redondo.

CAPITULO III.

La comision.

El coche se detuvo en la fuente del Buen Provecho.

Las señoras habian bajado del carruaje, y los ginetes, echando pié á tierra, ataron los caballos á los troncos de los árboles.

Cuando Nilo regresó de su espedicion, Claudio repartia anises á las señoras, y Julio vasos de agua.

Doña María, al ver á Nilo, le hizo una seña, advirtiéndole que guardara silencio sobre la comision.

El vizconde, despues de echar pié á tierra y atar el caballo, fué á reunirse con sus amigos.

Allí permanecieron como un cuarto de hora hablando de todas esas pequeñas nimiedades que se ocurren en el campo cuando se disfruta un buen golpe de vista, se escucha el susurro de una fuente, y se alcanza un horizonte limpio, despejado, poético.

Doña María dió por fin la voz de marcha, y el carruaje y los ginetes volvieron á regresar á la quinta.

Nilo esperaba que la condesa le dirigiera la palabra para darle cuenta de su comision.

Por otra parte, Rosa y Claudio parecian visiblemente preocupados.

En cuanto á Consuelo, Adela y Julio, nada sospechaban. Para ellos, los dos viajeros encontrados en la linde del camino no tenian la menor importancia.

Cuando llegaron á la quinta, Nilo ofreció el brazo, como siempre, á la condesa para acompañarla desde la verja del jardin á la casa.

—¿Qué hay? le preguntó la condesa en voz baja.

—Son ellos, señora.

—¡Ah! no me habia engañado. ¿Pero á qué vienen á este valle?.

—Verdaderamente son dignos de lástima, sus súplicas me han enternecido; además, Mateo el Galgo ya no es el hombre temible: es un pobre ciego, abrumado por el peso de los remordimientos.

—¡Ciego! esclamó la condesa con asombro.

—Sí; la Providencia ha cegado sus ojos, llenando al mismo tiempo de luz las tinieblas que rodeaban su alma. Estas han sido sus palabras, señora; su peregrinacion á estos valles tiene un objeto muy laudable: tranquilizar los gritos de la conciencia.

—¿Pero adónde se encaminan?

—A Portugal, tan pronto como el perdon de aquellos á quienes han ofendido, caiga sobre sus cabezas.

—¡Pero yo no los he visto al regresar á la quinta! ¿Se hallan tal vez aquí?

—Valiéndome del nombre de usted, los he hospedado en casa del hortelano; nada les he ofrecido, he procurado ser prudente en esta ocasion. Ahora, usted decidirá, señora. Herminia quiere besar los piés de Rosa, á quien cree ha ofendido mucho: Mateo deséa practicar igual acto de humildad con los condes de Potes.

—Nilo, repuso doña María, usted sabe hasta dónde llega la perversidad de esas dos criaturas. Mucho es el daño que de ellas hemos recibido; pero un acto de verdadera contricion borra una dilatada vida de crímenes. Nó hay mayor venganza que el perdon, y con doble motivo me hallo dispuesta á concederle, y aun á protegerles todo cuanto pueda, desde el momento que pobres, desvalidos, salen ante mi paso con la frente humilde y el ademan suplicante. Esta noche decidiremos lo que debe hacerse con ellos; pero si mal no recuerdo, creo que van pobremente vestidos.

—Es verdad, señora; mucha debe ser su miseria y verdadero su arrepentimiento cuando se han atrevido á emprender un viaje tan largo á pié y en la temporada mas calurosa del año.

—Es verdad, Nilo, es verdad; remediaremos sus desgracias y consolaremos en cuanto esté de nuestra parte su afliccion. Ahora, mientras usted se entretiene con sus amigos en el jardin, yo voy á referir á mi esposo lo que ocurre.

Doña María entró en la casa, y como los jóvenes se habian quedado un poco rezagados, Nilo fué á reunirse con ellos.

Claudio le salió al encuentro y le dijo:

—Una palabra.

—Te concedo cuatro.

—Supongo que me dirás la verdad á lo que voy á preguntarte.

—Tengo la buena costumbre de no mentir nunca.

—Pues bien, dime quién era esa jóven y ese anciano que hemos encontrado en el camino de la fuente.

—¡Ah! ¿reparaste tú tambien en ellos?

—Sí, he creido reconocer á Herminia y á Mateo, y ya puedes calcular mi sorpresa... Sin embargo, he procurado contenerme. Luego observé que doña María te hablaba en voz baja, dándote sin duda alguna comision, pues tú nos abandonaste por algunos momentos. Antes de dar la vuelta al recodo del camino que conduce á la fuente, volví la cabeza, y tú te hallabas hablando con los viajeros. Nilo, ¿es verdad que esa jóven que viaja á pié, cubierta de polvo, con el traje de los mendigos, es la misma que se llamó un tiempo la Perla de San Lázaro?

Nilo vaciló un momento.

—Tu silencio afirma mi sospecha; no me habia engañado. ¿Pero á qué viene á este valle?

—No levantes la voz, ten prudencia, espera, luego lo sabrás; te ruego que no formes pensamientos temerarios; Herminia debe serte indiferente.

Claudio quiso continuar la conversacion con su amigo, pero un criado se presentó anunciando que los condes esperaban en el comedor.

Al subir la escalera, Consuelo, que daba el brazo á Rosa, le dijo:

—Esta tarde nos hemos divertido muy poco.

—Sí, efectivamente.

—Despues, á mi madre se le ocurrió darle una comision á Nilo; y luego, todo ha sido apartes y secretos, de los cuales no he comprendido ni una palabra.

—¿Pues qué, tú no la has visto?

—¿A quién?

—A Herminia.

—¡Cómo! ¡Herminia en el valle!

—Sí.

—Eso es imposible. ¿A qué ha de venir?

—¡Ah! Dios quiera, amiga mia, que no venga á robarme la felicidad.

Consuelo guardó silencio; y aunque preocupada por lo que acababa de saber, era demasiado jóven, demasiado sencilla para poder acertar la funesta impresion que la presencia de la Perla de San Lázaro causaba en el corazon de su amiga.

En cuanto á la condesa, habia referido á su esposo la inesperada aparicion de Mateo y Herminia en el valle.

Roberto escuchó con sorpresa el relato de su esposa; pero con tan tristes colores le pintó el arrepentimiento, la miseria de los pobres viajeros, que Roberto no pudo menos de conmoverse.

Convinieron que terminada la comida irian á verles, y la condesa colocó por su mano algunos fiambres en una cesta y una buena botella de vino de Jerez, mandando á un criado que lo llevara á los huéspedes que se hallaban en la casa de la huerta.

Dispuso asimismo que se trasladaran dos camas.

—La pobre Blasa, se dijo, no tiene mas lecho que el que comparte con su marido y se verá en un apuro. Además, deben hallarse cansados.

Luego entraron los esposos en el comedor y se llamó á la gente jóven.

Rosa comia en la quinta de los condes, pues Consuelo la tenia embargada por una semana.

Durante la comida reinó en la mesa mas frialdad que de costumbre.

Cuando terminaron, comenzaba á oscurecer.

Doña María dejó que los jóvenes y doña Beatriz, que á fuerza de vieja tornaba á ser niña, se fuesen al salon de música, y dirigiendo la palabra á su esposo, le dijo:

—Vamos, Roberto.

—Espera un instante, dijo el conde.

Roberto salió del comedor, dirigiéndose á su habitacion. Cogió un rewolver de bolsillo, y tornó á reunirse con su esposa, diciendo para sí:

—No dudo del arrepentimiento de Mateo; pero hombre prevenido, nunca fué vencido.

Poco despues, los dos esposos salian del jardin, encaminándose hácia la huerta.

Como la noche era oscura, Anton, el jardinero, creyó prudente acompañarlos.

—¿Adónde vas? le preguntó el conde, viéndole salir armado de farol y escopeta.

—¡Toma! á acompañar á los señores.

—¿Pues qué, hay rateros en las cercanías?

—No; pero...

—Deja la escopeta.

—Pues bien, entonces cogeré mi cachiporra, porque no hay que fiar mucho de los perros.

Anton era un viejo que habia nacido en la casa: doña María dijo á su esposo:

—Déjale venir... es preciso sufrir las flaquezas de nuestros prójimos... Anton se cree un hombre necesario. ¿Para qué matarle una ilusion?... ¡Tiene ochenta años!

Roberto se encogió de hombros, y continuó el camino de la huerta.

Anton delante, alumbrando con el farol; los condes detrás, sonriendo de los tropezones que daba el viejo, que no eran pocos.

—No hay duda, dijo el conde en voz baja á su mujer, que llevamos un gran defensor.

—Por lo menos, querido Roberto, preciso es confesar que no le falta voluntad, y que en otro tiempo, cuando te llevaba en brazos, te hubiera arrancado de las garras de un leon á costa de su vida.

Doña María era el ángel de la clemencia, de la bondad, de la tolerancia, y de sus labios solo brotaban palabras de consuelo.

Su alma sensible, dispuesta siempre á consolar al triste, sentia un bien indecible enjugando las lágrimas de los desgraciados.

Cuando un hombre tiene la dicha de unirse por toda su vida con una mujer que atesora todas las perfecciones, todas las bellezas morales, no le queda otro recurso que confesarse esclavo, pero con esa esclavitud que no emplea otras cadenas

que las de flores, cuyo perfume embriaga de felicidad el alma.

Roberto era, pues, el esclavo de María; pero preciso es confesar que el marido mas déspota, mas exigente, mas intolerante, hubiera deseado la esclavitud del conde de Potes.



CAPITULO IV.

El por qué del viaje.

—Vamos, buena gente, no hay que andarse con repulgos de empanada, decia Blasa á sus huéspedes, viéndoles sentados junto á una mesa, cuyos blancos manteles y limpios platos convidaban á dar comienzo á la fuente de sopas con huevos que humeaba sobre ella. Es preciso comer y beber; con la tripa llena se duerme mejor; el hambre espanta el sueño, y la debilidad de estómago hace soñar cosas malas. La señora condesa, que es un ángel de Dios, y que nunca se olvida de los pobres, ha mandado esta cesta llena de golosinas, y un par de camas tan blancas y tan blandas, que un príncipe podia sin escrúpulo echar una siesta. ¡Ya se ve! la señora, que piensa en todo, se habrá dicho: Blasa es una pobre, y no podrá darles á sus huéspedes mas que una mala cazuela de sopas con huevos: no tiene mas que una cama, y no es muy prudente que la

haga redonda y se sirvan todos de ella; con que, ánimo y á cenar tocan, que no es de gente honrada hacer ascos á aquello que la necesidad reclama.

—¡Ah! ¿qué le hemos hecho á usted, dijo Herminia con melífluo acento, para que nos trate con tanta bondad?

—¿Les parece á ustedes poco la recomendacion de mi señora la condesa? Pues para mí no hay otra en el mundo. ¡Vaya! poquillos favores le debemos en esta casa... y en cuanto á agradecida, no me gana nadie.

Imposible era resistir á la oficiosa solicitud de Blasa. Mateo y Herminia no tuvieron otro remedio que acercarse á la mesa, si bien es verdad que no les sentó del todo mal, porque el caminar á pié abre el apetito.

Cenaron; y en honor de la verdad debemos decir que Herminia y el Galgo se violentaron, y no poco, pues mientras ostentaban el rostro serio y casi acobardado, les bailaba la alegría por todo el cuerpo.

Digamos algo de los designios que conducian al valle de Potes á nuestros dos aventureros.

Libre Mateo de la cárcel, donde un porvenir tan poco halagüeño le esperaba, conoció que su presencia en la córte era una contínua amenaza á su libertad.

Por espacio de un mes, gracias á la proteccion de Claudio, vivieron en una casita de campo de las cercanías de Hortaleza, que por ser un pueblo de tan poco tránsito por su falta de carretera, se creyeron seguros.

Allí la ociosidad les hizo concebir un plan arriesgado.

—Si nos presentásemos arrepentidos delante de nuestros enemigos, creo que produciríamos buen efecto.

Esto dijo Mateo; y como Herminia encontró admirable el pensamiento, se prepararon para ponerle en práctica.

—Es preciso, decia el Galgo, interesar, conmover sus corazones. Por ejemplo, si yo me presentara ciego, andrajoso, cubierto de polvo y lodo, y tú vestida con una mala bata de percal, unos zapatos claveteados y un sombrero de palma, esto seria de gran efecto.

—Sí; ¿pero qué te propones con eso? le preguntó Herminia.

—¡Toma! Lo primero, que Claudio, en vista de tu humildad se enamore como un imbécil, y saltando por encima de todos los obstáculos y todo lo pasado, te siga como un cordero; que es como si te siguieran seis millones de reales.

Herminia abrazó á Mateo, loca de contento.

—Desde hoy, dijo, puesto que no he conocido á mi padre, lo serás tú, y compartiré contigo la prosperidad y la desgracia.

Despues de esto se arregló el viaje, el cual lo hicieron en diligencia hasta un pueblo que distaba cinco horas del valle de Potes.

Desde allí caminaron á pié.

En cuanto á la enfermedad de ojos de Mateo, era una pura farsa, pues debajo de aquella membrana roja, se encontraban sanos sus pequeños y penetrantes ojos.

—¡Bah! se decia: no han de venir á quitarme lo postizo para ver lo verdadero. Sigamos adelante con la farsa.

Luego, las gafas no permitian que se examinara su enfermedad con mucha detencion.

Mateo y Herminia, acosados por Blasa, se vieron en la precision de comer mucho y paladear alguno que otro sorbo del rico Jerez, debido á la generosidad de doña María.

A los postres se hallaban, cuando el perro de la huerta anunció con sus ladridos que alguien se acercaba á la casa de Blasa.

—¿Quién podrá ser á estas horas? dijo. Mi marido está en la villa, y no vendrá hasta mañana.

Herminia creyó por un momento que seria Claudio.

—No pueden ser más que de la quinta de la condesa, y por si acaso, voy con el permiso de ustedes, no sea que el pícaro Palomo haga alguna de las suyas.

Palomo, como habrá comprendido el lector, era un perrazo mastin, nocturno guardian de la huerta.

—¡Callarás, con mil de á caballo! ¡Aquí Palomo, aquí! gritaba Blasa.

—Somos nosotros, dijo en voz alta Anton. Ata el perro, porque el maldito parece que desconoce á sus vecinos.

Y Anton, olvidándose de alumbrar á los condes con el farol, amenazaba al perro con la terrible cachiporra.

Afortunadamente para el viejo jardinero, llegó Blasa á poner órden, y Palomo, despues de recibir dos puntapiés por su fidelidad, se retiró detrás de su ama con el rabo entre las piernas, mascando un gruñido que demostraba su descontento.

—¡Vírgen del Consuelo! esclamó Blasa, reconociendo á los amos: ¡con que son *usías*, el señor conde y la señora condesa! ¡Vaya, y este pícaro Palomo tan ensañado! ¡No, pues como te hubieras propasado á morder, no comes mas pan! Pero, síganme usías, que por ahí está regado de esta tarde y se pondrán perdidos.

Y Blasa, buscando el camino mas seco, condujo hasta la casa á los condes.

Herminia, al verles entrar, se puso en pié, diciendo:

—¡Padre mio, delante de usted se encuentran los condes de Potes!

—Dios ha escuchado mis fervientes plegarias, dijo el Galgo. ¡De rodillas, hija mia, de rodillas!

Y ambos se arrodillaron, estendiendo las manos hácia la puerta, antes de dar tiempo á los condes para que desplegaran los labios.



CAPITULO V.

Junto á la ventana.

El traje miserable y la actitud humilde de los viajeros produjeron un buen efecto en el ánimo de Roberto de Alcaraz.

En cuanto á doña María, corrió á levantarles, y no sin mucho trabajo logró que se sentaran; pero esto solo pudo conseguirlo despues que le besaron repetidas veces las manos, cubriéndoselas al mismo tiempo de lágrimas.

Los suspiros de Mateo eran tan fatigosos, tan profundos, que la condesa se vió en la necesidad de consolarles.

—Vamos, les dijo, vamos, amigos mios, no hay por qué afligirse tanto. ¡Dichoso del que yerra, y se arrepiente! ¡Feliz del que peca, y llora por sus pecados!

—Usted fué siempre un ángel, señora, dijo Mateo; pero nosotros solo merecemos el desprecio. Yo necesito besar la mano del señor conde... ¿No ha venido, por desgracia?

—Aquí estoy, Mateo, repuso el conde.

El Galgo exhaló un grito, estendiendo los brazos hácia el sitio donde habia oido la voz.

Roberto, casi enternecido, avanzó unos pasos.

Mateo logró apoderarse de las manos del conde, y las besó repetidas veces.

El primer efecto habia sido brillante.

Blasa lloraba sin comprender una palabra, porque nada enternece tanto á un corazon sencillo como las lágrimas que vierte el arrepentimiento.

—Dime, Mateo, le preguntó el conde, obligándole á que se sentara, y haciéndolo él á su lado: ¿qué es lo que deseas?

—Ante todo, recibir sobre mi frente el perdon de todos aquellos á quienes he ofendido en otro tiempo. Mi mayor fortuna es la tranquilidad de mi espíritu.

—Perdonado estás por mí, pues no puede el rencor vivir mucho tiempo en mi corazon. Pero dejando aparte nuestras pasadas rencillas, que yo he olvidado... vamos, habla de tu presente y del de esta jóven: ¿qué piensas hacer?

—Señor, soy un proscrito.

—Lo sé, Mateo, y eso me sobresalta, pues pesa sobre tí una causa terrible.

El Galgo exhaló un suspiro.

—Bien sabe Dios, dijo, que no temo á la muerte; pero la Providencia aguardó sin duda castigarme con mas rigor para que brotara en mi corazon el arrepentimiento... ¡Soy un pobre ciego!...

Y Mateo se levantó las gafas, dejando ver el estado de sus ojos.

—Ponte las gafas, dijo el conde: la influencia de la luz puede serte perjudicial.

—¡Qué me importa!... Yo soy un pobre ciego, señor; pero no me quejo de esta desgracia que Dios, sin duda para castigar mis crimenes, me manda á la vejez... Mi vida se reduce de hoy en adelante al doloroso calvario del mendigo. Fuerte y resignado se encuentra mi espíritu. Cúmplase la voluntad de la Providencia.

Mateo terminó sus palabras con un ahogado y profundo suspiro, punto final del mejor efecto en semejante situacion.

Los condes permanecieron una hora conversando con los pobres peregrinos, admirándose, y no poco, de la santa resignacion que demostraban.

Herminia hizo derramar abundantes lágrimas á la condesa.

Mateo interesó vivamente el corazon de don Roberto.

—Tcdo corre de nuestra cuenta, dijo la condesa al despedirse. Ahora lo que interesa á ustedes es descansar; mañana se arreglará lo que convenga.

Y dicho esto, se despidieron.

Media hora despues, Mateo y Herminia se quedaron solos.

La habitacion que se les habia destinado, era una pequeña sala con dos alcobas.

Blasa, despues de desearles muy buenas noches, se habia acostado en otra pieza.

Mateo dijo en francés á su jóven compañera.

—Segun parece, nos han dejado solos.

—Sí.

—Entérate bien de la habitacion que ocupamos.

—Poco tiene que ver. ¡Es tan pequeña!...

—Sin embargo, reconoce todas las puertas.

—Tiene una, que es la de entrada, y una ventana.

—Abre esa ventana, y mira adónde da.

Herminia obedeció.

—A la huerta, dijo.

—¿Estás segura que no hay otra salida?

La jóven reconoció con detenimiento todas las paredes con la luz en la mano.

—No hay mas que lo que te he dicho, y las dos alcobas que son nuestros dormitorios.

—Procura poner algun trapo en la cerradura de la puerta, no sea que á la hortelana se le ocurra ser curiosa.

—¿Qué intentas hacer?

—¡Diablo! tú no puedes pensarte lo que molesta estar ciego.

—Tienes razon, repuso Herminia sonriendo.

Y luego colocó un pañuelo alrededor de la llave.

—Ya está, dijo la jóven.

Entonces, Mateo quitóse las gafas.

—Vamos, palomita mia, repuso: líbrame por un momento de estos parches.

La Perla de San Lázaro quitó de los ojos del Galgo unos trozos de una especie de pasta pegajosa, lavando con cuidado los párpados del fingido ciego.

—Eres una gran oculista, dijo el Galgo sonriendo. ¡Oh! ¡qué bueno es ver la luz!... Pero mira: apaga la del velon, que para nada nos sirve, y ven á sentarte junto á esta ventana; y mientras me fumo una pipa, echaremos un párrafo.

Existen en el corazon humano misterios incomprensibles.

Herminia, jóven, hermosa, con uno de esos talentos que tan-

to sirven para brillar y hacer fortuna en el mundo, se hallaba supeditada á la voluntad de un viejo pobre y encausado.

La elegante entretenida, la mujer acostumbrada á disfrutar las ventajas que preporciona la fortuna, viajaba á pié, cubierto su delicado cuerpo con los harapos del mendigo.

La que habia sido infiel al hijo de un par de Francia, á un lord inglés, era esclava del miserable presidiario, y uniendo su suerte con la de un infame, esperaba contenta el resultado de sus infamias.

Mateo era para Herminia un gran hombre.

Como ella habia dicho en otra ocasion, á ser mas jóven, le hubiera amado con locura, con uno de esos amores que lo atropellan todo, que arrastran hasta el patíbulo muchas veces.

Pero el Galgo era feo y viejo, y la Perla de San Lázaro le amaba como á un padre.

Acercó dos sillas á la ventana, y sentándose en una, dijo:

—Hablemos lo que quieras.

En este momento se oyeron los fuertes ladridos del perro Palomo.

—¡Maldito animal! dijo el Galgo. Tendria poca gracia que despedazara á Claudio.

—¡Dios le libre de semejante desgracia!

—Pues, hija mia, ese es un peligro que no será estraño que lo arriesgue.

—¿Pues qué, tú crees que vendrá á verme?

—¡Toma! no ha venido porque no tiene una seguridad completa de tu domicilio; pero mañana le verás, mediante Dios, al pié de esta ventana.

—Mucho confias en los hombres.

—Claudio te ama, y el hombre enamorado se aparta de la generalidad de su raza.

—¡Oh! preciso es confesar que si los seis millones caen en nuestro poder, los tenemos bien ganados.

—Lo importante, querida Herminia, es que caigan; lo demás debe tenernos sin cuidado.

—Es claro.

—Mira: en esta aventura, que por otra parte me distrae bastante, nuestro único afan debe reducirse á ganar la frontera de Portugal. Una vez allí, tú eres mi hija, yo un emigrado español, un pobre anciano víctima de los odios políticos. Este es siempre un papel interesante.

—Pero, ¿y Claudio? preguntó Herminia, viendo que Mateo se apartaba de lo mas importante.

—En cuanto á Claudio, es muy probable que siga nuestros pasos, ó cuando menos, que venga á reunirse con nosotros.

—¡Dios te oiga!

—Creo que me oirá.

—¡Oh! ¡como él venga al pié de esta ventana!...

—No le juzgo yo tan indiferente. Además, él sabe que te hallas aquí, porque es de suponer que te vió.

—¡Y tanto, que por tres veces volvió la cabeza cuando cabalgaba al lado del coche!

—Entonces no tengas cuidado, vendrá.

—Sin embargo, seria bueno hacerle saber que estoy en esta casa.

—Eso lo sabrán mañana todos los habitantes de la quinta.

Y concluido que hubo de fumar la pipa, continuó de este modo:

—Tenemos que madrugar, hija mia. Creo conveniente que nos acostemos. Mañana, al nacer la aurora, el pobre ciego y su hija deben hallarse dispuestos á representar su papel. Y como tal vez á Claudio se le ocurra levantarse muy temprano y dar una vuelta por los alrededores en busca de su palomita, conviene que esta se halle dispuesta.

Media hora despues, Mateo dormia profundamente.

En cuanto á Herminia, pensaba que despues de haber viajado á pié y haberse vestido con una bata de percal, tener un coche y trajes de terciopelo debia ser muy agradable.



CAPITULO VI.

Vestir al desnudo.

Al amanecer, Blasa salió á la huerta como tenia por costumbre, y maquinalmente dirigió una mirada hácia la ventana de los huéspedes.

—¡Hola! dijo, viendo á Herminia que la saludaba con la mano. Buenos dias. ¿Qué tal, se ha dormido bien?

—Perfectamente, señora Blasa.

—¿Se ha levantado su señor padre de usted?

—Sí.

—Vaya, pues entonces voy á entrarles á ustedes el chocolate y unos vasitos de leche de mis cabras, tan pura como el sol de los cielos.

Y Blasa, sin esperar respuesta, entró en su casa y poco despues en la habitacion de los huéspedes, donde colocó sobre una mesa el desayuno ofrecido.

Como las frases cariñosas que la hortelana dedicó á Mateo y Herminia de poco pueden servirnos para la buena marcha de esta novela, será conveniente pasarlas por alto, y fijando nuestra atencion en la vereda que conduce á la quinta de los condes de Potes, nuestros lectores encontrarán á dos jóvenes conocidas que se dirigen hácia la huerta.

Puede observarse que cada una de ellas lleva un lio de ropa en la mano.

Rosa y Consuelo, pues estas eran las jóvenes madrugadoras, hablaban del modo siguiente:

—Te prohibo que formes juicios temerarios, dijo Consuelo.

—¡Qué quieres! la presencia de esa mujer en el valle ha turbado mi sueño durante la noche.

—Pero esa mujer únicamente viene aquí siguiendo la amenazadora voz de su conciencia; muy en breve abandonará estas tierras para no volver nunca. Además, ella te ha ofendido mucho y necesita oir de tus labios palabras de perdon.

—Sin embargo, Claudio la amó con toda su alma.

—¡Bah! pero Claudio comprende que esa mujer es indigna de su amor, y arrepentido, avergonzado, aparta de ella los ojos, borra su nombre de su memoria, y solo te ama á tí.

Rosa guardó silencio.

Las palabras de su amiga no acababan de tranquilizar su espíritu, justamente sobresaltado.

Consuelo era demasiado ingénua, demasiado sencilla para comprender hasta dónde puede llegar la perversidad de una mujer que, saltando por encima de todos esos deberes que la sociedad impone á su sexo, camina directamente, sin reparar en los obstáculos, hácia el fin que se ha propuesto.

Rosa tenia la esperiencia de la desgracia.

Cuando se ha llorado por algun tiempo la pérdida de esas risueñas esperanzas de la primavera de la vida; cuando se ha visto cubierto de nubes el horizonte poético de la juventud; cuando el amor de los recuerdos ha ocupado nuestra imaginacion una y otra y otra noche, y luego en la hora menos pensada hemos visto que todos nuestros recelos no eran mas que un sueño, si nuevamente vuelven á aparecer nubes amenazadoras, el espíritu se sobresalta y se teme que se oscurezca el sol de la felicidad.

Consuelo, que ni podia soportar la tristeza en las personas que amaba, ni su imaginacion alegre y aturdida podia dar cabida por mucho tiempo á pensamientos melancólicos, se quedó mirando á su amiga, en cuyos ojos se veia brillar una lágrima.

—Yo tengo la culpa, dijo, de haber consentido en que me acompañaras. Nosotras venimos aquí á practicar una obra de misericordia, comisionadas por mi querida madre. ¿A qué vienen, pues, las lágrimas? No parece sino que tú seas una muchacha fea... Yo por mí sé decirte, que en tu lugar no lloraria. Eso es tenerse en poco y desconfiar de Claudio.

Rosa se enjugó las lágrimas.

—Mi madre ha dicho que Herminia viene á pedirte perdon. ¿Quieres mas humildad?

Las dos amigas suspendierou su diálogo, porque se hallaban muy cerca de la casa.

La hortelana les salió al encuentro, deshaciéndose en cortesías.

—¡Tanta fortuna por mi huerta! Hoy no puede salirme

nada torcido, porque se paran dos palomitas delante de mi puerta.

—Buenos dias, querida Blasa, dijo Rosa. ¿Se han levantado los forasteros?

—¡Vaya! y tomaron su chocolate y su vaso de leche, que les supo á gloria. ¡Ya se ve, los pobres llegaron tan cansados!... Porque, señorita, el que viaja á pié, no viaja muy bien que digamos; pero, gracias á Dios, aquí se repondrán, que buena falta les hace.

Como Blasa tenia trazas de prolongar su discurso, Consuelo la interrumpió, diciendo:

—¿Quiere usted hacernos el favor de decirles que traemos una comision de mi madre para ellos?

—¿Que si quiero?... ¡Pues no faltaba otra cosa! A los cuatro piés me pondria yo para servir á la señora condesa.

—Pues entonces, vaya usted, que aquí la esperamos.

La hortelana entró en la casa, volviendo á salir inmediatamente, seguida de Mateo y Herminia.

Rosa se puso pálida al ver á su rival, y se detuvo.

Herminia, comprendiendo el efecto que habia causado, avanzó unos pasos, y cayendo arrodillada á los piés de la hija de Pedro el inválido, esclamó:

—Señorita, si los errores de otro tiempo pueden borrarse con el verdadero arrepentimiento, yo espero aquí mi perdon.

Y antes de dar tiempo para que Rosa se repusiera, inclinando la cabeza hasta tocar los labios al suelo, le besó los piés.

Aquel rasgo de humildad enterneció á las dos amigas.

Rosa tenia un corazon generoso, sencillo, y levantó á Herminia, diciendo:

—¡No, no, á mis brazos, pobre jóven!...

Y abrazó á Herminia con muestras de bondad.

La Perla de San Lázaro manifestó su alegría con una esclamacion de gozo; y mientras las dos jóvenes permanecieron abrazadas, el viejo Mateo pronunciaba palabras de agradecimiento.

Hay escenas cuya prolongacion ofrece poco interés á los lectores, y por consiguiente conviene que sean tan ligeras como el vuelo de la golondrina sobre las aguas del Estrecho.

Rosa y Consuelo entregaron á Herminia la ropa que le traian de parte de la condesa.

Herminia recibió la limosna con humildad.

Mateo admitió tambien las dádivas de Roberto de Alcaraz; pero sin tocar la ropa del pañuelo, se la entregaron á Blasa para que la dejara en su habitacion.

Las dos amigas regresaron á la quinta mas alegres de lo que habian pensado.

Herminia no era una rival temible.

El orígen de su viaje, que tanto habia sobresaltado á Rosa, quedó esplicado sin ningun género de duda.

En cuanto á Herminia y Mateo, al quedarse solos, se sentaron en uno de los bancos que habia bajo de un emparrado.

Como Blasa se ocupaba de las faenas domésticas, comenzaron á hablar de este modo, pero en francés y bastante bajo, por via de precaucion:

—Preciso es confesar que nos cuestan caros los seis millones, dijo Herminia. Esa necia de Rosa bien puede alabarse mañana de haberme visto humillada á sus piés. ¡Oh! ¡Si vieras qué intenciones se me han pasado de echarme á reir cuando

me estrechaba contra su corazon!... ¡Pero qué imbéciles son todos esos séres honrados y felices!

Mateo se sonrió diciendo:

—La cosa marcha... Un poco de farsa mas, y el triunfo es nuestro.

—Así lo creo... pero ya me va cansando tanta visita, y Claudio no viene.

—El vendrá.

—Puede venir cuando á mí se me acabe la paciencia.

—Eso seria una necedad.

—Verás como esta tarde se presenta el espiritual Julio y la boba de Adela, esa criatura empalagosa, que no se atreve á levantar los ojos del suelo, y que está rabiando por casarse.

—Vamos, Herminia, hoy te encuentro irritada.

—¡Te parece poca humillacion la mia!

—¡Eh! ¿quién piensa en eso?

—¿Pues qué, son ellas mas hermosas que yo?

—Para mí eres un serafin; diré mas: te encuentro la jóven mas bella de la tierra.

—¡Dios quiera que le suceda lo mismo á Claudio!

—No seas desconfiada: le sucederá.

—No digo que no; pero ya tarda mucho.

—Tenemos en el valle los dos enemigos temibles.

—¿Quiénes son?

—Roberto de Alcaraz y Nilo de Sádaba.

—¡Ah! el poetilla.

—No le trates con desprecio; es un jóven de talento, de corazon.

—¡Bah! eso lo dices porque te hizo un favor.

—No, Herminia; no es el agradecimiento el que dicta mis palabras, es la conviccion.

Herminia se encogió de hombros.

—Di lo que quieras; pero yo no creo que es tan fiero el leon como lo pintan.

—Eres injusta.

—Pues qué, ¿quieres que me ponga á celebrar la inoportunidad de ese jóven, que indudablemente tiene la culpa de que Claudio no venga?

—Tu desconfianza me estraña, Herminia; Claudio vendrá.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque tú siempre tienes las mismas dudas.

—Allá veremos.

—Pues mira, Mateo: si no viene antes de dos dias, es probable que me canse de fingir el papel de mártir.

—Eres una loca, y temiendo estoy que tu impaciencia precipite mi plan.

—Hay dias que me desespera tu impasibilidad.

—Qué quieres; tengo cerca de sesenta años.

—Pues yo no he cumplido todavía los veintidos.

—Por eso, á veces, aunque te sobra talento, te falta prudencia.

—¿Estás descontento de mí?

—No digo eso.

—¡Ah! creí.

—Mira, Herminia: cualquiera desavenencia entre nosotros en estos momentos, nos seria fatal. Cuando una persona de nuestro temple se propone una cosa, nada debe detenerle; si las circunstancias lo exigieran, me verias caminar sereno so-

bre un camino de fuego. Suframos hoy para gozar mañana. Todo en este mundo tiene su recompensa.

—Yo no puedo hacer mas sino seguir tus consejos sin apartarme una línea del camino que me indiques.

—No te arrepentirás de esa obediencia que me ofreces; pero sentiria que en este asunto trabajaras sin gusto.

En este momento salió Blasa, que, á fuerza de oficiosa y servicial, comenzó á hacerse insoportable á Herminia y á Mateo.

Los condes de Potes visitaron aquella tarde por la segunda vez á los viajeros.

Alcaraz dijo á Mateo:

—Puesto que tienes la resolucion hecha de trasladarte á Portugal, cuenta conmigo para los gastos de viaje.

Tambien el conde ofreció un carruaje para que les condujera á San Vicente de la Barquera, punto donde debian embarcarse.

Llegó la noche; los viajeros cenaron, y Blasa, que madrugaba mucho, trasnochaba poco.

A las nueve dormia la hortelana; pero Herminia y Mateo, encerrados en su habitacion, con el oido atento, esperaban una visita.

Nadie les habia dicho: «Esta noche irá á veros Fulano;» pero Herminia y su compañero esperaban á Claudio.

Efectivamente, como verá el curioso lector, no se engañaban.

CAPITULO VII.

Un beso y un encuentro.

Serian las diez de la noche cuando se oyeron ladridos de un perro en la huerta.

—¡Dios mio! esclamó Herminia. ¡No faltaba otra cosa sino que ese perro Palomo devorara á Claudio!

Y diciendo esto, abrió la ventana.

La noche estaba oscura, pero serena.

Los ladridos del perro cesaron de repente, y Herminia creyó que se habia engañado.

Sin embargo, permaneció en la ventana mirando hácia el campo, aunque sin ver nada.

De pronto creyó distinguir una sombra que se aproximaba hácia aquella parte.

Fluctuó un instante entre retirarse ó permanecer en aquel sitio.

Venció la curiosidad, y no se movió.

El objeto que habia llamado su atencion, se aproximaba, mientras tanto, á la ventana.

Era un hombre.

Herminia, á pesar de la oscuridad, pudo distinguir que de vez en cuando se paraba para acariciar á un enorme perro, al que le daba algo que comer.

La Perla de San Lázaro no pudo contener una esclamacion: habia reconocido á Claudio.

El grito de la jóven de la ventana, fué sin duda oido por el hombre de la huerta, pues el silencio de la noche se interrumpió con este nombre:

—¡Herminia!

Mateo no se habia engañado asegurando que San Vicente visitaria á su compañera.

—Estaba yo bien seguro, se dijo hablando consigo mismo: ahora dejemos al rapaz vendado que trabaje en favor mio.

Y diciendo esto, se metió en la alcoba y dejóse caer sobre el lecho.

Claudio, junto á la ventana, repetia por segunda vez el nombre de la que fué su prometida.

—¿Eres tú, hermano mio? preguntó Herminia. ¡Qué imprudencia! ¡Si te vieran! Véte.

—No temas: nadie sabe que he venido, dijo Claudio, apoderándose de una mano de Herminia.

—¡Déjame, Claudio, déjame! Recuerda que en este valle vive una jóven mas digna que yo de ser amada por tí...

—Tú no puedes pensarte, Herminia mia, lo que he sufrido desde que supe que te hallabas en estas tierras... Buscaba en

mi mente la esplicacion de tu viaje, y no la encontraba, porque estaba muy lejos de pensar en la grandeza de tu sacrificio.

—Cumplo con mi deber.

—Lo que tú has hecho es digno de admiracion.

—Claudio, cuando la pecadora se arrepiente, no hay sacrificio, por grande que sea, imposible á su voluntad. El arrepentimiento guia su paso, la esperanza de perdon alienta su espíritu... Antes de abandonar para siempre á España, he querido besar los piés de esa jóven á quien tanto daño he causado. Mañana nos separaremos para no volvernos á ver mas.

—Mañana partiré contigo, dijo Claudio de un modo tan firme, que Herminia se estremeció de placer.

—¡Imposible! repuso.

—¡Imposible! ¿Quién me lo impedirá?

—Yo.

—¡Luego no me amas!

Herminia exhaló un suspiro.

—Responde... responde. Sepa de una vez á qué atenerme.

—Claudio, no te interpongas en mi camino como una tentacion. Déjame... olvídame... la tranquilidad de mi espíritu, la paz de mi alma, te lo ruegan... Soy indigna de tí: un pasado infame mancha mi frente. Véte, déjame.

—¿Qué me importa á mí el pasado?... Solo sé que te amo, solo escucho los latidos de mi corazon.

—Rosa te hará olvidar ese amor.

—No, no, y cien veces no... Te seguiré adonde vayas. Yo sé que te sacrificas, que mis palabras levantan un eco en tu pecho... que no te soy indiferente... La doncella de Mágdalo

fué una gran pecadora, y la Madre de Dios la admitió por hija, y el cielo le abrió sus puertas.

En este momento, Claudio notó que Herminia se puso pálida, y que se apoyaba en el cancél de la ventana para no caerse.

—¡Qué tienes, ángel mio! le dijo.

La Perla de San Lázaro no contestó; pero exhalando un gemido, cayó desmayada en el suelo.

Claudio saltó con rapidez desde el campo á la ventana, y de la ventana á la habitacion, y cogiendo en brazos á Herminia, fué á colocarla sobre el sofá.

Por espacio de algunos momentos, la ingeniosa jóven permaneció desmayada.

Por fin, las caricias, las palabras apasionadas de Claudio, la hicieron recobrar el conocimiento.

Claudio se hallaba á sus piés besándole las manos.

Herminia le envió una sonrisa llena de melancolía.

—¿Qué quieres de mí? le dijo con una voz dulce y apasionada... ¿Puede, por ventura, ser la Perla de San Lázaro la esposa de Claudio de San Vicente?

—El amor lo puede todo... Dime si me amas, y no pienses nada mas.

Herminia guardó silencio; pero su hermosa cabeza, inclinándose como la magnolia herida por los ardientes rayos del sol, tocó con la frente los labios de su amante, que se hallaba á sus piés.

El dulce crujido de un beso se oyó en la habitacion.

Una hora despues, Claudio tornaba á saltar por la ventana, regresando á la quinta.

Cuando llegó á la verja, vió un bulto que, levantándose del poyo, se acercaba hácia él.

Era Nilo.

—Buenas noches, Claudio, le dijo.

—¡Ah! ¿eres tú? repuso San Vicente, confundido.

—Sí, te estaba esperando.

—¿Luego sabias?...

—¡Toma! ciertas cosas se adivinan; sobre todo un autor dramático, que está acostumbrado á las farsas de teatro.

—No te comprendo.

—Seré mas esplícito, aunque te enojes conmigo; pero no es este el sitio á propósito: vamos á nuestro cuarto.

Y los dos amigos se dirigieron hacia la habitacion que tenian destinada en la quinta.



CAPITULO VIII.

La amistad en grave riesgo.

Claudio, como si presintiera que su amigo iba á reconvenirle, y como si la reconvencion que esperaba tal vez fuese justa, entró cabizbajo en su cuarto, y dejándose caer en una butaca, guardó silencio.

Nilo sentóse á su lado, y estuvo contemplándole por algunos segundos; mas como quiera que el silencio es embarazoso en ciertos casos, tomó la palabra y dijo:

—¿Supongo que seguirás siendo mi amigo?

—¡Vaya una pregunta!

—Sin embargo, no la creo infundada.

—Ignoro los motivos...

—Eso no es cierto.

—¡Nilo!

—Mira, Claudio, no hemos venido aquí para incomodarnos.

—Recuerda que comenzaste tu conversacion dudando de mi leal amistad.

—Puede que tenga razon para hacerlo así.

—Te ruego que no continúes por ese camino.

—Pues, chico, es el único que puede conducirme adonde deseo.

—Entonces, sigue por él... te escucho.

—Comienzo por decirte que esta noche has ofendido grandemente á Rosa, á ese ángel de bondad, de resignacion, que tanto te ama... Y despues de esto, te diré, aunque te ofendas, que Herminia es una cómica despreciable.

—¡Nilo!

—Sí, lo repito, una cómica despreciable, á quien no le confiaria un papel de racionista. Ha venido al valle para llevar á cabo una farsa.

—¿Ignoras que se ha humillado á los piés de Rosa?

—¡Bah! se ha humillado delante de tus seis millones.

—¡Nilo! estás ofendiendo á una mujer desvalida.

—Solo faltaba que la echaras ahora conmigo de caballero andante.

—Cambiemos de conversacion... te lo suplico.

—Pues, querido, me es imposible acceder á tu súplica.

—Entonces me veré en la precision de no responderte.

—Tú puedes hacer lo que te plazca; pero antes yo cumpliré con mi deber, haciendo que comprendas el tuyo.

Nilo sacó con impasibilidad la petaca, y dijo:

—Podemos hablar fumando: toma.

Claudio cogió maquinalmente el cigarro que le alargaba Nilo.

El vizconde, despues de encender y dar fuego á su amigo, continuó de esta manera:

—Veo con sentimiento que te hallas en el peor período del hombre, y antes que cometas alguna tontería de esas que se lloran toda la vida, prefiero incurrir en tu enojo, pues tengo la seguridad que algun dia me lo agradecerás. Vamos por partes, y comienzo echándola de adivino. Herminia ha venido á buscarte á tí y no á Rosa, ó lo que es lo mismo: de una pedrada se propone matar dos pájaros; pero yo me voy á convertir en espantajo para que los pájaros no se le pongan á tiro.

Claudio se sonrió forzadamente.

—Ríete cuanto quieras; pero te prevengo que voy á convertirme en la espada de Dionisio el Antiguo, y me verás siempre suspendido sobre la cabeza de esa entretenida que pretende saquearte.

—Nilo, tus palabras son bastante duras.

—Precisamente lo que merece esa moza.

—Y bien; ¿qué es lo que te propones?

—¡Toma! que te cases con Rosita... Ella te hará feliz.

—¡Quién duda de lo contrario! Yo le cumpliré mi palabra.

—Entonces, ¿por qué entras en la habitacion de Herminia por la ventana?

—Herminia no será nunca mi esposa; pero es una jóven desgraciada.

—¡Cuidado, que muchas veces el hombre suele enamorarse como un bestia por pura compasion!

Claudio se encogió de hombros.

—Pero dejando aparte la compasion, ¿qué piensas hacer de esa jóven ingeniosa?

—La haré mi querida.

—Entonces no amas á Rosa.

—Pero advierte que hay compromisos en la vida...

—Chico, no conozco esos compromisos, pues para mí no existen, si ellos me obligan á cometer una mala accion; y como supongo que estarás citado con Herminia para mañana, voy á exigirte tu palabra de honor de que no acudirás á esa cita.

—¡Imposible!

—¡Cómo!... ¿irás?

—Sí, se lo he ofrecido.

—Entonces, te acompañaré yo.

—¿Te has propuesto desesperarme?

—Me he propuesto salvarte del inminente peligro que corres.

—Vuelvo á suplicarte que mudemos de conversacion.

—¿Con que decididamente no quieres dar oidos á mis consejos?

—Vas á ponerme en el caso que te diga que he salido de menor edad, dijo Claudio, sin poder ocultar lo que le disgustaba la conversacion.

Nilo abarcó á su amigo con una mirada llena de fraternal interés, y luego le dijo con sentida entonacion:

—¿Con que es decir que por satisfacer los ambiciosos planes de una mujer de historia, causarás la muerte de un ángel que ha tenido y tiene la debilidad de amarte con todo su corazon?... ¿Con que es decir que nada es para tí la vida de Rosa?... Porque Rosa ha concebido por tí una de esas pasiones que conducen al sepulcro cuando no son correspondidas. Pero

si esto sucediera, me veria en el caso de negarte mi amistad.

—Puedes hacer lo que gustes, ya que te complaces en arreglar las cosas á tu antojo.

—Claudio, no quisiera dudar un solo instante de la bondad de tu corazon, le dijo Nilo con sentido acento: reflexiona bien á lo que te espones uniéndote á esa mujer. Si el amor te ciega hasta el punto de hacerla tu esposa, ¿tendrás bastante atrevimiento para presentarte en público con ella del brazo? ¿Crees tú que la sociedad le abrirá las puertas á una mujer procesada por un conato de homicidio, solo porque su marido sea rico? Te engañas, Claudio, te engañas. Las gentes honradas la señalarán con el dedo: esa, dirán, ha sido querida de un vizconde, de un lord, y ha estado presa en San Lázaro de París. Esto turbará tu felicidad; y no lo dudes, mas tarde ó mas temprano, tú mismo te sentirás avergonzado de haberte unido con una mujer que no puede honrarte. Por el contrario, vuelve los ojos á Rosa: su vida es una página en blanco, donde la mano del crímen aún no ha dejado caer el mas pequeño borron. El hombre que se una con ella podrá presentarse con la frente erguida, y decir: hé aquí un modelo de virtud; en su pecho late un corazon que es mio, completamente mio; su alma es pura como la sonrisa de la aurora; su vida es una flor que se agostaria el dia que dejara de amarla. Compara las dos mujeres que se hallan ante tu paso, y si tienes el mal gusto de elegir á Herminia, yo seré el primero en tenerte lástima.

Claudio comenzó á conmoverse.

Las palabras de su amigo llegaban como una reconvencion hasta el fondo de su alma.

Por un momento estuvo indeciso sin saber qué contestarle.

Por último dijo, tendiéndole una mano:

—Conozco que eres un leal amigo, y en nombre de la amistad te ruego que me concedas un plazo para elegir entre esas dos mujeres cuya pintura acabas de hacerme.

—¡Cómo! ¿Puede caber en tu corazon la menor duda?...

—Te ruego que no me preguntes mas.

—Está bien; pero no olvides que, eligiendo á Rosa, seguiré siendo tu amigo del corazon, tu hermano. De lo contrario, quedarán rotas nuestras relaciones, y seré libre para atacarte si así me conviene.

Aunque estas palabras envolvian una amenaza, Claudio no desplegó los labios.

El vizconde, comprendiendo que nada lograria definitivamente, cogió una luz y se despidió de su amigo.

Aquella noche, Claudio de San Vicente no pudo reconciliarse con el sueño.

Dos sombras cruzaron por su mente: Rosa y Herminia.

Cuando la luz de la aurora penetró por los cristales de su ventana, entonces logró dormirse.

La lucha fué tenaz; pero, como verá el curioso lector, los resultados fueron poco favorables para la virtuosa hija del inválido Pedro.



CAPITULO IX.

Ganar tiempo.

Nilo, durante la misma noche, meditó el camino que debia seguir mas en armonía con la prudencia, y por último resolvió guardar silencio, pero sí aconsejar á la condesa que dispusiera lo mas pronto posible el viaje de Herminia y de Mateo.

Doña María visitó á los forasteros, y todo se arregló para que partieran á la madrugada del dia siguiente.

—En San Vicente de la Barquera, les dijo, no ha de faltar un buque que les conduzca á ustedes á Lisboa. Una vez allí, con un nombre supuesto podrán vivir tranquilos.

Juró Mateo llevar una vida modelo, y lo mismo juró Herminia.

Se despidió la condesa de ellos, dándoles algun dinero, que aceptaron con las lágrimas en los ojos, y por último les dijo:

—Mañana, antes que aparezca el alba, estará el carruaje dispuesto. Sean ustedes felices.

En cuanto á Nilo, se convirtió en la sombra de Claudio, el cual demostraba mucha indiferencia siempre que se hablaba de Herminia.

Llegó la noche.

Nilo tenia la íntima conviccion de que Claudio iria á ver á su amada. Sin embargo, no demostró sus temores.

Afortunadamente, Rosa, desde el dia anterior, habia vuelto á su casa, y la enamorada jóven estaba muy lejos de abrigar temores sobre la fidelidad de su amante.

Herminia le habia pedido perdon, Claudio le habia jurado ser su esposo.

Rosa era demasiado sencilla y muy virtuosa para comprender la infame intriga de su rival.

A las once de la noche, Nilo se hallaba asomado á su ventana, cuando vió á Claudio que se dirigia hácia la verja.

Su primer pensamiento fué seguirle; pero luego se dijo:

—Prefiero esperar á que vuelva; si no accede á mis consejos, tendré el sentimiento de perder un amigo á quien quiero de todo corazon.

Nilo permaneció en la ventana.

Trascurrieron dos horas.

La noche estaba serena, apacible, y la brisa, perfumada con la esencia de las flores, hacia mas agradable aquel religioso silencio.

A eso de la una, el vizconde vió á Claudio que regresaba de la cita.

Como San Vicente, para llegar á su dormitorio, tenia precision de pasar por delante de la puerta de la habitacion de Nilo, este le salió al encuentro.

—Ten la bondad de entrar, le dijo; quiero hablarte.

Claudio siguió á su amigo, y ambos se sentaron en el mismo sofá donde dos noches antes habian tenido la primera conferencia.

—Supongo, repuso Nilo, que vienes de ver á Herminia; te he visto salir de la quinta y te he esperado: es inútil que me lo niegues.

—No tenia tal intencion, dijo Claudio, algo violentado.

—Enhorabuena; eso por lo menos me demuestra que aún tienes en algo mi amistad.

—¿Puedes dudarlo?

—¡Líbreme Dios de hacerte ofensa semejante! Pero volviendo al asunto que me ha obligado á esperarte, voy á hacerte una pregunta: ¿has visto á Herminia?

—Sí.

—Sabrás que parte mañana.

—Sí; va á Lisboa.

—¿Y qué es lo que piensas hacer?

—Reunirme con ella dentro de algunos dias.

—¿Estás resuelto á llevar á cabo ese viaje?

—Se lo he ofrecido.

—Lo cual quiere decir, que lo cumplirás.

—Así lo creo.

—Te agradezco la franqueza; pero voy á hacerle otra pregunta á tu corazon: ¿y Rosa?

Claudio guardó silencio como si no tuviera una respuesta digna que dar á aquella pregunta.

Nilo esperó un segundo, y viendo que su amigo nada contestaba, repuso:

—Tu corazon noble y honrado enmudece ante un nombre. Eso te hace honor, Claudio, pues veo comprendes que vas á cometer una mala accion.

Claudio, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Será lo que quieras; pero no puedo retroceder: he dado mi palabra.

—Estamos conformes: has dado tu palabra y la debes cumplir. Yo por nada del mundo faltaria á ella. En eso tengo algo de caballero de la Edad media.

—Te agradezco que pienses de esa manera, repuso Claudio, creyendo que su amigo le daba la razon.

—Poco á poco, dijo Nilo: yo defiendo que debe cumplirse lo que se ofrece; pero aquí tropezamos con un inconveniente.

Claudio miró á Nilo, comprendiendo que iba á atacarle.

—Aun en igualdad de circunstancias, y admitiendo que una onza de cobre valga lo mismo que una onza de oro, tú has dado tu palabra á Herminia, pero la has dado asimismo á Rosa. La primera es el cobre, la segunda el oro; pero yo quiero que valgan las dos igualmente. No me parece justo que cumplas el ofrecimiento hecho á la una, y faltes á la palabra que diste á la otra. Si abandonas este valle para reunirte en Lisboa con la Perla de San Lázaro, ¿qué será de Rosa, á quien juraste entregar tu mano? ¿Qué será de esa jóven, cuyo corazon llenaste de risueñas esperanzas?... Piénsalo bien, Claudio; te lo ruego en nombre de mi amistad.

Claudio, aturdido por la lógica de su amigo, respondió con precipitacion:

—No puedo retroceder: iré á Lisboa.

Nilo palideció; pero se contuvo.

—En ese caso, nuestra amistad quedará rota para siempre, dijo con sentida espresion el vizconde. Puesto que prefieres á la virtud el vicio; al amor verdadero, hijo del alma, el amor despreciable que se alquila; á la mujer que ha puesto sus caricias á pública subasta, por la vírgen que solo ha sentido latir su corazon por tí, hemos concluido.

—¡Nilo! dijo Claudio, temblando de despecho: varias veces te he suplicado que respetaras la historia de la mujer que amo, y sin embargo, te complaces en arrojármela al rostro. Te perdono el daño que me haces.

Nilo se encogió de hombros.

Trascurrieron algunos segundos.

Claudio, comprendiendo que todo habia terminado, se puso en pié para salir de la habitacion.

—Un momento, le dijo Nilo.

Claudio se detuvo.

—Voy á pedirte el último favor, porque se me hace bastante duro creer que tengas mal corazon y te complazcas en la muerte de una jóven que te ama con toda su alma.

—Habla.

—¿Cuándo has ofrecido á esa mujer reunirte con ella?

—Dentro de ocho dias.

—Pues bien; suspende el viaje, prolóngalo por un mes. Por ese tiempo regresaremos todos á la córte; tú vendrás tambien: una vez allí, con cualquier pretesto puedes partir de Madrid y reunirte con Herminia. ¡Que al menos la pobre Rosa ignore su desgracia!... El corazon me dice que tornarás arrepentido, que pedirás perdon de tu conducta, de tu incalificable ceguedad.

—Pero eso es un engaño.

—Sí; un engaño que causará la felicidad de la jóven que tanto te ama.

—Para seguir tu consejo, seria preciso que viera esta noche otra vez á Herminia, que la avisara de mi retraso, y eso es imposible.

—Escríbela una carta; yo me comprometo á entregársela antes que parta.

Claudio vaciló.

—No comprendo bien lo que me propones, dijo por fin.

—Escucha: Rosa se halla convaleciente de una enfermedad de espíritu que puso en grave riesgo su vida. La esperanza de ser amada fortalece de dia en dia su salud. Si ahora te ausentas con un pretesto frívolo, su corazon recibe una herida de muerte. Haz lo que te aconsejo, Claudio: te lo ruego, te lo suplico; despues, buscaremos la manera de que esa pobre jóven sea menos desgraciada. Confia en mí.

Claudio quiso resistir; pero Nilo, atajándole por todos los caminos, logró al cabo convencerle, y por fin escribió esta carta, que puso en manos del vizconde:

«Querida Herminia: Al regresar á la quinta de los señores »condes de Potes, me encuentro una carta de mi abogado que »me participa el mal estado de un pleito, para mí de la ma»yor importancia.

»Esta noticia me obliga á emprender un viaje á Madrid ma»ñana mismo. Te lo aviso para que no dudes de mí si no pue»do reunirme contigo en Lisboa el dia convenido; pero te juro »que venceré los mayores imposibles para cumplirte la pa»labra, pues todo me es enojoso sin tu presencia.—Tuyo, »*Claudio.*»

Nilo leyó la carta, y despues de cerrarla, se la guardó en el bolsillo.

Luego se separaron.

Cuando Nilo se halló solo en su habitacion, sacó la carta, y quemándola á la luz de una bujía, dijo para sí:

—Cuando Herminia se halle en Portugal, la nube será menos temible. El pobre Claudio, verdaderamente me da lástima. Siguiendo á esa mujer acabará por volverse idiota. ¡Oh! ¡merece que se le dejara en las redes de esa arpía!... pero me interesa demasiado la pobre Rosa. Desde hoy comienza mi papel melodramático. Dios me dará fuerzas para terminar la representacion, aunque no sea mas que por el laudable fin que me propongo.



CAPITULO X.

Viajes.

Herminia y Mateo partieron.

Trascurrió todo el mes de agosto, y comenzó á hablarse en la quinta del conde del regreso á Madrid.

Rosa no sospechaba nada. Claudio, aconsejado por Nilo, representaba su papel á las mil maravillas.

Mientras tanto, el vizconde tenia buen cuidado de ver todas las cartas que llegaban para Claudio. Siendo de Madrid, le eran entregadas; pero llegaron tres con el sello de Portugal, y fueron decomisadas.

Nilo, resuelto á defender á su amigo y á Rosa, leyó las cartas, quemándolas luego.

Herminia se lamentaba de la tardanza de Claudio.

—Esto es una traicion, se decia Nilo, una infamia; pero preciso es confesar que, si á tanto me atrevo, es por bien de Claudio.

Las primeras brisas otoñales comenzaron á despojar las hojas de los árboles.

El conde dijo que era preciso disponer el viaje para Madrid.

Este grito de alarma fué escuchado con sentimiento por Consuelo, Adela, Nilo y Julio.

¡Habian pasado un verano tan delicioso!...

Rosa vió que se hacian los preparativos, que se indicaba el dia 7 para el viaje, y se puso triste.

La condesa invitó á Rosa para que los acompañara á Madrid; pero sus padres se opusieron.

Nilo se alegró grandemente, porque esto favorecia sus planes.

Claudio tuvo una entrevista sin testigos con la hija del inválido, en la cual no escasearon las promesas, los juramentos de fidelidad.

Además, el vizconde procuró desvanecer las nubes que la separacion causaba á Rosa.

—Vamos, amiga mia, le dijo una tarde, es preciso resignarse. Cuando dos amantes se separan para volverse á unir en breve, en el corazon debe quedar la esperanza, que es la fuente del consuelo, el bálsamo de la ausencia. Claudio me ha hablado mucho de usted. Yo sé que tiene planes cuya realizacion no ha de disgustarle á su prometida.

Por fin, se efectuó el viaje.

Al separarse las tres amigas, hubo lágrimas, y promesas de contárselo todo en las cartas.

Rosa estaba pálida; Claudio triste.

—Un invierno se pasa pronto; todo lo mas tarde, para el mes de mayo, nos tienes aquí, decia Consuelo.

En cuanto á doña Beatriz, se quedó en la quinta.

—Soy muy vieja para andar viajando. Además, mi deseo es morir en esta quinta. Idos, hijos mios; pero escribidme al menos dos veces cada semana, y no os olvideis de esta pobre vieja que tanto os quiere.

En vano procuraron convencer á doña Beatriz que el campo no tenia atractivos en invierno.

La noble anciana escuchó con la sonrisa en los labios todas las razones, y luego dijo:

—El invierno en las grandes capitales es para la gente jóven; dejad que esta pobre y vieja encina reciba en los dias serenos, sobre la nieve de sus canas, un rayo del benéfico y hermoso sol de invierno. Además, yo tendré aquí mi pequeña córte, mi reunion de familia: por las noches jugaré al tresillo con don Aquilino; Magdalena y el tio Anton me hablarán de sus coles y sus berzas en los ratos de ocio. Y eso sin contar que Pedro, su mujer y Rosa, vendrán á verme con frecuencia. ¡Oh! estoy segura que cuando leais mis cartas, me tendreis envidia, dedicando un recuerdo á este desierto encantador.

Preciso fué acceder á los deseos de doña Beatriz; pero hubo abundancia de lágrimas el dia de la separacion.

En la silla de posta del general Conrado y la del conde de Potes no cabian todos los pasajeros, y se dispuso que Julio, Nilo y Claudio irian montados hasta el primer pueblo, donde se encontraria administracion de diligencias.

A tiempo de subir en el carruaje, don Roberto sintió una voz femenina que le decia con medroso acento:

—Vaya, señor conde, me alegraré que tengan ustedes buen viaje.

Roberto se volvió, y viendo á la hija de Rodajas, le dijo sonriendo:

—Gracias, hija mia.¿ Pero no quieres algo para Madrid?

—Antonio me ha escrito, contestó Serapia.

—¡Ah! es verdad, tu novio. ¿Y qué dice?

—Dice que ha concluido su carrera, y me suplica que se lo diga así al señor conde.

—Eso me recuerda una promesa que tendré presente, porque acostumbro á cumplir lo que prometo.

—En ese caso, debo advertir al señor que en la villa de Potes falta un médico.

—Bueno es saberlo, y puedes estar persuadida que haré lo que pueda para alcanzarle lo que desea.

—Muchas gracias, señor conde, dijo Serapia dominando apenas su alegría.

Despues partieron las sillas de Potes.

Cuando se perdieron á lo lejos en un recodo del camino, mientras Rodajas, dando el brazo á doña Beatriz, se encaminaban á la quinta, Serapia le dijo en voz baja á su madre.

—El señor conde me ha prometido no olvidarse de Antonio.

—Pero, muchacha, ¿te atreviste á decirle?... esclamó su madre.

—¡Toma! mas vale vergüenza en el rostro, que dolor en el corazon. Además, el señor conde se ha alegrado mucho de que le recordara su promesa. Ya verá usted cómo Antonio, antes de mucho, es el médico de la villa.

—Dios te oiga.

—Me oirá, madre mia, porque anoche hablé tambien de mi pleito á la señora condesa.

—¡Cómo! ¿tambien á la condesa?

—Pues está claro.

—Y te ofreció doña María...

—Que Antonio seria médico de la villa de Potes.

—Pues, hija, si te lo ha ofrecido la condesa, ya puedes tener la seguridad de que antes de mucho te llamarán en este valle *la señora médica.*

—¡Ah! ¡Dios le oiga á usted, madre mia!

En cuanto á Rosita, vió partir á sus amigas con sentimiento.

Se quedó triste, pero con esa tristeza tranquila que embellece una esperanza.

Claudio le habia ofrecido que tan pronto como su pleito se terminara, tornaria al valle á pedir su mano.

Rosa creyó las promesas de su amante, porque su alma tenia necesidad de creerlas.

Cuando los viajeros llegaron á Madrid, Nilo, que se habia propuesto ser el protector de Rosa, hizo que su amigo Claudio le escribiera una carta llena de dulces frases.

Claudio accedió; pero al terminarla, dijo:

—Te anuncio que dentro de algunos dias parto para Lisboa.

—Puedes partir cuando quieras; pero te prevengo que me escribas con frecuencia, incluyéndome carta para Rosa.

—Te lo prometo.

—Conviene que ignore tu viaje; sabe que Herminia se halla en Lisboa, y si la fechas en aquella ciudad...

—Pierde cuidado.

Resuelto por fin el viaje de Claudio, Nilo tuvo una conferencia con los condes, de la cual resultó que seria muy conve-

niente enviar á Lisboa un hombre resuelto, que por todos los medios posibles desbaratara los planes de Mateo y Herminia.

La eleccion recayó en Saulo de Tebaida.

Enterado Samuel de los planes de sus bienhechores, aceptó gustoso tan difícil como arriesgado papel, y salió de Madrid un dia despues que Claudio.

Ahora solo nos falta consignar que desde el dia de la partida de Herminia del valle de Potes hasta el dia que Claudio salió de Madrid, habian trascurrido próximamente dos meses.

Claudio, al abandonar la capital de España, llevaba una duda en el corazon. Herminia no le habia escrito una sola carta.

Ella le dijo:

—Ignoro dónde nos estableceremos; pero te lo escribiré al momento.

Claudio, pues, no habiendo recibido ninguna carta de su amada, ignoraba su domicilio.

Sin embargo, tenia esperanza de encontrarla.

Además, Herminia le habia dicho:

—Procuraremos alquilar una casita modesta cerca del puerto. ¡He oido decir que es tan hermoso el fondeadero de Lisboa!

Claudio partió de Madrid.

Al dia siguiente hizo lo mismo Saulo de Tebaida, llevando instrucciones de los condes de Potes.

Ahora, querido lector, viaja conmigo; vamos á Portugal, ó por mejor decir, á esa gran ciudad de la provincia de Estremadura, llamada Lisboa.



LIBRO DECIMONOVENO.

EN PORTUGAL.

CAPITULO I.

El anzuelo de unos ojos.

Mateo y Herminia arribaron felizmente al puerto de Lisboa en una mañana llena de luz, de encantos.

Imposible es contemplar desde la cubierta de un buque el puerto de Lisboa sin lanzar una esclamacion de gozo, de entusiasmo.

Las aguas tranquilas del famoso Tajo forman un lago donde se mecen al abrigo de los vientos multitud de embarcaciones de todos los países.

El puente Bugió, situado sobre una isla, centinela de piedra puesto á la embocadura del rio; y los baluartes de San Julian, colocados sobre la derecha del mismo, ofrecen un golpe de vista grandioso.

Herminia batió las palmas de contento.

—¡Oh, qué hermosas noches de luna se disfrutarán en este puerto!... ¿Te gusta embarcarte por la noche?

—A mí me gusta, le contestó Mateo, todo lo que puede producirme alguna ventaja.

—Pues bien, nos embarcaremos los tres.

—¡Ah! ¿se trata de Claudio?

—Pues es claro.

—¿Confias que venga á reunirse con nosotros?

—Sí. ¿Dudas tú acaso?

Mateo se encogió de hombros.

Los dos viajeros se instalaron en una fonda modesta, situada en la calle de Santa María.

A la mañana siguiente, Herminia le dijo á Mateo:

—Necesitamos una casa nuestra.

—Tienes razon.

Tres dias despues, don Fernando Castro y García y su hija doña Pepita, se hallaban instalados en una pequeña casa situada á la orilla del rio, en uno de los arrabales de Lisboa.

Todas las tardes, don Fernando y su hija se paseaban por el puerto.

Todas las mañanas, Herminia se hallaba á la puerta de su casa cuando pasaba el cartero.

—¿Hay carta de España, le preguntaba, para doña Pepita Castro?

El cartero saludaba enviándole una sonrisa, y decia:

—No señora.

—¡Es estraño!... murmuraba Herminia, entrando en su casa.

Así trascurrieron diez dias, y continuaron los paseos por el puerto y las preguntas al cartero.

Todo fué infructuoso.

Por las noches, durante la cena, Herminia se lamentaba del silencio de Claudio.

—Ten calma, no te desesperes, decia Mateo; indudablemente querrá sorprenderte. Vuelve á escribirle.

Herminia escribia; pero el resultado de estas cartas era el mismo, es decir, el silencio mas completo.

Trascurrieron veinte dias.

La Perla de San Lázaro cogió la pluma y escribió á su amante que estaba mala y sin recursos; una de esas cartas que en el lenguaje vulgar se llaman *bota-fuegos*.

—Ahora vendrá, se dijo.

Pero trascurrieron dos semanas, y Claudio no contestó.

—Esto es hecho, dijo Herminia con rabia. Rosa ha vencido, y los seis millones se escapan de mis manos.

Entonces se miró al espejo con detencion, y encontrándose mas hermosa que nunca, repuso hablando consigo misma:

—Conviene no perder tiempo... La juventud es un soplo, y la primera arruga brota por encanto en el rostro de las mujeres, rebajando un cincuenta por ciento de su valor.

Mateo, por su parte, se mostraba impaciente, y no podia esplicarse el silencio de Claudio.

Así las cosas, una tarde, Mateo, que por pasatiempo se habia provisto de los cien artículos que constituyen un pescador de caña, se hallaba pescando á la orilla del Tajo.

Herminia, á su lado, leia en un libro, cuando observó con el rabo del ojo que un caballero jóven la miraba con mucha atencion.

La Perla de San Lázaro siguió su lectura, y el caballero continuó mirándola.

Herminia, con ese instinto especial de las mujeres de su clase, comprendió que el que con tanta tenacidad la contemplaba, debia ser hombre de dinero.

A la caida de la tarde, Mateo y Herminia regresaron á su casa, que no se hallaba lejos de aquel sitio.

El desconocido siguió sus pasos.

Cuando Herminia entró en su casa, corrió á su cuarto y se puso á mirar hácia la calle, á través de los visillos de la ventana.

El caballero se hallaba parado en la acera de enfrente y con los ojos fijos en la puerta de la casa.

Así permaneció media hora.

Luego se fué, pero muy despacio, y como si sintiera abandonar aquel sitio.

Despues, cuando Mateo y Herminia se hallaban de sobremesa, se entabló este diálogo:

—Creo que me ha salido un pretendiente, dijo Herminia.

—Sí, lo he visto esta tarde, le contestó Mateo.

—¿Qué opinas de su facha?

—Me parece muy decente.

—¿En qué términos calificas tú la decencia de ese señor?

—¡Toma! en el sentido de tanto tienes, tanto vales.

—¿Crees que sea rico?

—Eso se huele á la legua.

—Llevaba una hermosa cadena.

—Y un rico brillante en el dedo índice de la mano derecha.

—Y no es feo.

—Y es jóven.

—Viste con mucha elegancia.

—¿Quién podrá ser?

—¡Bah! ¿qué nos importa á nosotros, si es rico?... sobre todo en estos dias en que Claudio se ha vuelto mudo, el peor síntoma en un pretendiente.

—Mañana volveremos á pescar al mismo sitio.

—Es decir, yo á pescar barbos, y tú á pescar un corazon.

—Cada uno pesca lo que quiere.

—No estamos conformes: cada uno pesca lo que puede, querida mia, puesto que tú te propusiste pescar á un español, y está muy próximo á clavarse en el anzuelo de tus ojos un portugués.

—Lo mismo da: es un vecino. Además, Claudio ha cometido una falta grave. Su silencio yà no tiene esplicacion posible.

—Sin embargo, yo preferiria á Claudio; porque, hija mia, en España se cuenta por duros, y aquí por reis.

—Eso quiere decir, que crees pobre al nuevo pretendiente.

—Dios me libre de formar juicios anticipados, pues podria ser rico como Creso.

—Dios te oiga.

—Buena falta nos hace, porque nuestros fondos están en baja.

—¿Sabes que desde que nos hallamos en la emigracion, me acometen raptos irresistibles de avaricia?

—¡Hola!

—Lo cual prueba que voy siendo vieja.

—¡Vieja á los veintitres años!

—La edad no forma la vejez: hay niños viejos, y viejos niños.

—Esa es una gran verdad; pero hablemos del pretendiente portugués.

—Prohibo que formes cálculos sobre un hombre que no me ha dirigido la palabra... Tal vez mañana no venga, y entonces...

—Tienes razon: esperemos.

Al dia siguiente, Mateo con la caña, y Herminia con el libro en la mano, á eso de las cinco de la tarde se hallaban en las orillas del Tajo.

El portugués apareció al poco rato; pero no venia solo. Seguíale un criado con todos los atavíos que constituyen un pescador de caña.

Pasó por junto á Herminia, saludándola con una ligera inclinacion de cabeza, y fué á colocarse á unos veinte pasos del sitio que ocupaba Mateo.

Allí el criado armó y colocó una silla de baston, entregando á su amo la caña en disposicion de hacer la guerra á los inofensivos peces.

La Perla de San Lázaro no pudo menos de sonreirse.

—El amor, dijo para sí, es bastante sabio para convertir á un hombre en pescador de caña.

El portugués echó el anzuelo al agua, y se quedó en la actitud del hombre que espera un golpe de fortuna.

Mateo dirigia una mirada de inteligencia á su compañera.

Por espacio de una hora, el jóven pescador no se ocupó de renovar el cebo; le eran completamente indiferentes los peces del Tajo y las oscilaciones que de vez en cuando daba la punta de su caña.

Lo que mas le preocupaba era dirigir con frecuencia mira-

das furtivas á la hermosa Herminia, miradas que no siempre quedaban sin correspondencia por parte de la española.

En cuanto á Mateo, se hacia el indiferente, procurando demostrar que no observaba el telégrafo de los ojos puesto en juego entre el portugués y la española.

El criado, de pié, y sin comprender la distraccion de su amo, siempre que el corcho se hundia en el agua, le tocaba ligeramente en el hombro como para avisarle, diciéndole al mismo tiempo en voz baja:

—*Senhor*, *ó peixe janta.*

Pero el portugués se mostraba tan indiferente á los avisos de su criado, como á la caña que tenia en las manos.

Para él solo existia en las orillas del Tajo un punto de luz: los ojos de aquella bella desconocida que la casualidad habia colocado ante su paso.

Pero con estas y otras cosas vino la noche, y los pescadores se quedaron en tinieblas.

Mateo recogió sus bártulos, el portugués indicó con una seña á su criado que podia hacer lo mismo, y unos delante y otros detrás, regresaron á Lisboa sin decirse una palabra.



CAPITULO II.

El portugués siguiendo el rastro.

A la mañana siguiente, Herminia abrió su modesto balcon y se puso á regar dos macetas de flores.

La curiosidad, tan peculiar en la mujer, hizo que asomara la cabeza un poco mas de lo regular, y vió con agradable sorpresa que el portugués de marras estaba hablando con la portera de la casa de al lado.

Herminia hubiera escuchado de buena gana lo que el portugués preguntaba á la portera y lo que la portera le contestaba al portugués.

—¡Bah! se dijo: indudablemente viene á tomar informes; pero poco ó nada podrá decirle esa vieja de nosotros.

Esto se dijo para sí Herminia; pero ella ignoraba que una portera de pura sangre necesita saber muy poco de un vecino para hablar mucho de él.

La portera, especie de sanguijuela de la vecindad, cuando le trae cuenta, narra lo que sabe y lo que ignora.

Muchas veces el instinto de curiosear lo que no le importa, le concede facultades increibles.

Una portera con talento podria llegar á ser una gran novelista.

Afortunadamente, esto sucede pocas veces.

Alejandro Dumas ha escrito un artículo titulado *Los Mosquitos de París.*

Para este fecundo escritor, los mosquitos son los porteros.

Sin embargo, preciso es confesar su utilidad. Porque ¿qué importa que se entrometan de vez en cuando en nuestros asuntos, juzguen nuestras acciones, se complazcan en comentar nuestros hechos, cercenando y aumentando á su placer, si en cambio muchas veces, satisfaciendo nuestra curiosidad, nos ponen al corriente del carácter y condiciones de una vecina que nos interesa conocer á fondo?

Pero dejando aparte digresiones, y como una prueba de la verdad de nuestras palabras, oigamos el diálogo entre la portera y el portugués.

—Señora portera, calculando que vuestra amabilidad es inagotable, me atreveré á haceros alguna pregunta.

Y el portugués, diciendo estas palabras, colocó una moneda de oro en la mano de su interlocutora.

El oro produce siempre buen efecto.

Su contacto tiene algo de magnético que estremece hasta las últimas fibras del corazon.

La portera guardó la moneda en el bolsillo, y dirigiendo una mirada interesante al rumboso mancebo, le dijo:

—Cuando una mujer honrada como yo tiene la fortuna de tropezar con un caballero tan generoso como vos, ¿cómo es posible que sea bastante cruel para negarle nada de cuanto le pida? Podeis hablar, señor, que dispuesta me teneis á satisfacer todas las preguntas que me dirijais.

—Entonces va á comenzar el interrogatorio.

—Soy vuestra esclava, y tened por seguro que si de mí dependiera vuestra felicidad, os la entregaria sin que os viérais precisado á pedírmela dos veces; pero tomad asiento, que, aunque pobre, no faltan, gracias á Dios, sillas en mi casa para que las honreis.

—Os doy gracias por todo; me quedo en pié, y comienzo mis preguntas.

—Os escucho con impaciencia.

—Pues bien; ¿sabreis decirme quién es esa jóven y ese caballero anciano que la acompaña por todas partes, que viven en la casa inmediata?

—¡Ah! Vos me preguntais por la española.

—¿Con que es española?

—Sí señor; su padre es un militar emigrado.

—Parece buena gente.

—Bellísima, señor, bellísima.

—¿Y no frecuenta la casa alguna persona?

—Hace próximamente un mes vinieron á establecerse en la casa que habitan; y puedo aseguraros que en todo este tiempo, si se esceptúa la lavandera, el carbonero y una servidora vuestra, que de vez en cuando hace alguno de los recados que le encargan, nadie ha pisado los ladrillos de su casa. En cuanto á la jóven, poco la he tratado, pero me atreveria á

poner las manos en el fuego, porque es uno de esos ángeles de la tierra que, resignándose con su suerte, esperan tranquilos los acontecimientos que Dios les ha reservado. ¡Pues y su padre! ¡Ese sí que es un bendito! Es condescendiente como si la fortuna le hiciera aire por los cuatro costados, y ella, tímida y dócil como una oveja criada en el seno de una familia.

Aquí hizo punto la portera, porque para continuar su relacion necesitaba que le hicieran nuevas preguntas.

—Me complace, repuso el jóven, el oir que estais tan enterada de la familia que deseo conocer.

—¡Vaya! Diariamente les hago dos visitas: una por la mañana, para comprarles lo que les hace falta; y otra por la tarde, para limpiar la cocina y fregar el servicio, y muchas veces la señorita Pepita se empeña en ayudarme. Pero yo ¡cómo he de consentir que aquellas manos, finas como el algodon en rama, blancas como el ampo de la nieve, anden con el estropajo y la tierra de fregar! No señor, ni lo consiento, ni lo consentiré nunca.

—Puesto que la conversacion nos ha conducido á un terreno satisfactorio, yo necesito de una persona que me ayude en estas circunstancias, y espero que me protegereis en la empresa que medito.

—Honrada y mucho quedaré yo con ser útil á un caballero como vos; y os suplico que me hableis con toda franqueza, porque hace rato que huelo adónde irán á parar estas misas.

—Vuestra penetracion me encanta, dijo el jóven, sin poder ocultar su alegría; y por lo mismo, os digo con franqueza que estoy enamorado de la jóven española.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! Pues es claro, desde que el señor puso en mi mano la moneda de oro, estaba yo viendo dar vueltas á esa frase alrededor de sus labios, porque cuando un jóven da dinero á una vieja para que le cuente lo que sepa de una niña bonita, no se necesita ser un Salomon para comprender el objeto de la curiosidad. Así, pues, el señorito puede decirme con toda confianza en qué puedo servirle.

—Primeramente, vos procurareis hablar sin testigos á la bella española, estudiando el efecto que producen en su corazon todas las palabras en que se trate de mi persona.

—¿Pero ella os conoce? ¿Tiene sospechas de que la amais?

—Nos hemos visto dos veces en la orilla del rio, y mis ojos deben haberle descubierto algo de lo que siente por ella mi alma.

—Vamos, eso ya es algo; y el señor me dispensará las preguntas que le dirija, porque en estos casos conviene mucho que la encargada de aproximar dos corazones que simpatizan, esté enterada hasta del menor de los detalles que entre ellos hayan mediado.

—Acabo de deciros que la he visto dos veces.

—Sí, bien; ¿y qué mas?

—Nada mas. Nuestras lenguas han permanecido mudas durante estas entrevistas; pero nuestras miradas, con ese lenguaje de los ojos, se han dicho muchas cosas.

—¿De manera que vos creeis ser correspondido?

—Ni lo aseguro, ni lo dudo; pero aquí teneis una carta que podrá sacarnos de esta incertidumbre.

—¿Será una declaracion amorosa?

—Es claro.

—¿Y quereis que yo la entregue sin que lo sepa su padre?

—Sí, porque ante todo quiero saber si su corazon se muestra propicio á mis deseos.

—Es natural.

Entonces el jóven sacó un billete perfumado del bolsillo, y entregándolo á la portera, le dijo:

—Os confio mi esperanza; pero no la aventureis si no encontrais una ocasion propicia.

Luego puso otra moneda de oro en las manos de su mensajera, y continuó:

—Vendré á veros esta noche; procurad darme buenas noticias, que no lo perdereis.

Y se fué.

CAPITULO III.

Una paloma sin hiel.

Cuando poco despues entró la portera en la habitacion de los estranjeros, Mateo se hallaba ocupado en arreglar sus aparejos.

La señora Angela (este era el nombre de la portera) saludó al señor don Fernando (así se llamaba el Galgo en Portugal), y dirigió una mirada y una sonrisa á Pepita, que le dieron á entender que algo tenia que decirle.

Sin embargo, preciso era hacerse la inocente.

—Buenos dias tengan los señores, dijo Angela con acento melífluo y zalamero. ¿Qué tal, les gusta el cielo de Lisboa?

—Ya lo creo, señora Angela, repuso el Galgo. Seria tener muy mal gusto decir lo contrario.

Herminia habia dicho poco antes á Mateo:

—El pretendiente ha hablado con la señora Angela, y esto

me indica que busca un intermediario para aproximarse á nosotros.

Mateo, por si las sospechas de Herminia eran fundadas, le dijo:

—Dejemos á la emisaria del amor una ocasion para que dé el primer paso.

Así es que, levantándose, salió de la habitacion, diciendo:

—Mi hija dirá á usted lo que hoy tiene que comprar del mercado, porque yo tengo precision de salir.

Y cogiendo el sombrero, salió efectivamente de casa, y se fué á pasear por el puerto, dando tiempo al tiempo.

Grande fué la alegría de la señora Angela, viendo que la dejaban dueña del campo, y se propuso aprovecharse de tan buena ocasion.

—Vaya, vaya, dijo: ¿con que á la señorita le gusta tanto el cielo de Lisboa?

—¡Oh! mucho; es una ciudad muy hermosa, contestó con sencillez Herminia.

La señora Angela creyó oportuno avanzar un paso mas en su empresa, y dijo:

—Vamos, que algo se habrá quedado por aquellas tierras, que recuerde de vez en cuando á la señorita el cielo de España.

—¡Tengo tan pocos recuerdos gratos de mi patria!... ¡Mi pobre padre ha sido tan desgraciado?...

—Sin embargo, cuando se tiene un palmito como el vuestro, no es muy probable que permanezca el corazon sin inquilino.

Herminia miró de un modo angelical á la portera, como si

no hubiera comprendido aquellas palabras que tan rápidamente cambiaban el giro de la conversacion.

La señora Angela no pudo menos de decirse para su capote, al observar aquella mirada inocente:

—Vamos, esta señorita es una paloma sin hiel, y no me será difícil conducirla al terreno que deseo.

Herminia, por su parte, despues de mirar á la portera, le preguntó con dulce y tranquilo acento:

—No he comprendido lo que me habeis dicho.

—Pues es muy sencillo, señorita; cuando una jóven como vos abandona por circunstancias particulares el país donde ha vivido algunos años, no es estraño que deje en él un trozo de su corazon.

—Ahora os comprendo menos, señora Angela.

—¡Caramba! Pues yo creo que me he esplicado bastante.

—¿Lo creeis así? Pues os vuelvo á repetir, sin embargo, que no lo entiendo.

—He querido deciros que tal vez no os parezca nuestra bella Lisboa tan hermosa como vuestro Madrid, porque es claro que si os habeis dejado en la capital de España un amante, aquello os ha de parecer muchísimo mas bonito que esto.

—Yo no he tenido amantes nunca, y no comprendo por qué razon me dirigís esa pregunta.

—Porque tal vez exista alguna persona que no ha podido ver vuestros encantos con indiferencia.

Herminia bajó los ojos al suelo, y la portera creyó observar que se ruborizaba.

Esto fué un síntoma favorable para el buen resultado de su

empresa; y comprendiendo que era preciso aprovechar las ocasiones y ganar terreno, continuó de este modo:

—¡Ay, señorita! Vos sois muy jóven, muy bella y muy inocente; ignorais la rapidez con que pasa la hermosura de la mujer, y vivís tranquila, arrullada por vuestro candor, sin ambicionar nada. Pero permitidme que os diga que haceis mal. La ocasion la pintan calva, y es preciso aprovecharse de ella.

—No comprendo por qué me decís todas esas cosas.

—¡Toma! porque cuando se tienen unos ojos de color de cielo, unos cabellos rubios como el oro, unas mejillas sonrosadas como los claveles, una boca de serafin coloradita como las hojas del geranio, no falta nunca un mancebo jóven, rico y apuesto que se sienta herido en mitad del corazon por la traidora flecha del rapaz Cupido. Y eso precisamente le sucede á un señorito que yo conozco, que os ha visto varias veces á la orilla del rio con vuestro padre, y que está perdidamente enamorado de vos.

Herminia guardó silencio, como si aquella declaracion á boca de jarro le hubiera paralizado la facultad de hablar.

—Vamos, repuso alentada la portera, viendo la cortedad de su vecina, no hay para qué sobresaltarse... El quererse es una cosa muy comun entre los hombres y las mujeres... Además, ustedes dos son jóvenes, y se encuentran, como si dijéramos, en la mejor edad... Y en cuanto al caballero que bebe los vientos por vos, es muy buen mozo, y la quiere á usted con toda su alma.

Aquí se detuvo la portera como para observar el efecto de sus palabras.

Herminia parecia trastornada, confusa... apenas alzaba los ojos del suelo.

En los labios de la señora Angela apareció una sonrisa de satisfaccion.

—Vamos, lo dicho, se dijo para su capote: esta jóven es una palomita sin hiel.

Y temerosa de que el padre viniera á interrumpirlas, se decidió á dar el último ataque.

—Si no os ofendeis conmigo, le dijo; si guardais secreto sobre lo que tengo que comunicaros, os daré una carta del jóven que nos ocupa.

—Pero ¡Dios mio! esclamó, por fin, Herminia: yo no sé qué responderos.

—Tomad y leed, para que comprendais lo que vale un amor fino.

La portera puso la carta del jóven portugués en las manos de Herminia.

Como la Perla de San Lázaro hiciera tan perfectamente su papel de no abrir la cárta, la señora Angela le dijo para alentarla:

—Leed... leed; si no quereis que el pobre señorito se muera de pena, contestadle algo favorable.

Herminia rompió el sobre de la carta, y se puso á leer maquinalmente en voz baja.

Apenas habria llegado á la mitad de la primera cara, se dejó caer en una silla, diciendo:

—¡Oh! yo no comprendo esto.

Jamás el papel de la inocencia fué tan perfectamente representado por una mujer infame.

La carta se le cayó de las manos.

La portera estaba encantada.

Recogió la carta del suelo, y deseando terminar aquella escena, dijo:

—Yo leeré, puesto que vos no teneis valor para ello.

Y acercándose á Herminia, leyó en voz alta lo que sigue:

«Señorita: Ignoro quién sois, pero leo en el candor de vuestro hermoso semblante, una historia sin mancha.

»Para amar con toda el alma, basta un solo instante, porque »al amor le sobra una mirada para apoderarse de un corazon.

»Os ví y os amé. Podreis no creerme; pero os hablo con el »corazon, donde tengo grabada vuestra imágen.

»Nunca la casta mirada de una doncella ha levantado tan »dulces ecos en mi pecho como la vuestra. Os amo como no he »amado nunca.

»¿Qué debo esperar?

»Si estas líneas no os ofenden, si la pasion vehemente que »me habeis inspirado no os agravia, concededme una esperan»za, porque la incertidumbre es el mas cruel de los martirios.

»Ignoro quién sois. ¡Pero qué me importa! La pureza de »vuestra frente, el candor de vuestra mirada, son para mí su»ficiente garantía para entregaros mi corazon y mi mano.

»Bastante rico para poder satisfacer vuestros caprichos, caso »que los tengais, jóven y solo en el mundo para disponer de »mi fortuna y mi mano, yo os ofrezco con toda el alma todo lo »que me pertenece.

»Si no desatendeis mis súplicas, mañana, cuando tenga la »dicha de veros á la orilla del Tajo, dejad caer vuestro libro »cuando yo pase por vuestro lado.

»Esto será la señal de que no os soy indiferente. Entonces »vos me direis lo que debo hacer, y yo os obedeceré como un »esclavo.—Vuestro apasionado, *Luis Cordeiro de Redovira y »Sousa.*»

Cuando la señora Angela terminó la lectura de la carta, notó que Herminia se habia cubierto el rostro con las manos y lloraba.

—Vamos, señorita, le dijo, cuando un jóven rico, independiente y amable, rinde así sus armas ante una doncella, no debe ser motivo de lágrimas.

—¡Ah, señora Angela! esclamó la española: no podeis pensaros el efecto que la lectura de esa carta me ha causado. ¡Cómo es posible que yo, la pobre hija de un emigrado, pudiera esperar!...

—Cuando se tiene un palmito como el vuestro, nada es imposible. Las historias están llenas de milagros del amor. Cincuenta reyes se han casado con muchachas pobres.

—Sí, sí; pero ¿vos que me aconsejais?

—¡Toma! La esperiencia me dicta que en este mundo es preciso aprovecharse de las ocasiones.

—Pero ¿y si se burla de mí?

—¡Burlarse! Bien se conoce que no le habeis oido como yo. Está perdidamente enamorado.

—Pero yo soy muy pobre.

—En cambio, él es muy rico. Con que si quereis creerme, mañana, cuando pase junto á vos, dejad caer el libro, y luego Dios dirá.

—No, no; es preciso que antes lo sepa mi padre.

—Para eso tenemos tiempo.

—Yo nunca le he ocultado nada á mi padre. ¡Es tan bueno, tan condescendiente para conmigo!

—En fin, haced lo que gusteis, porque nadie mejor que vos conocerá su carácter; pero yo opino que por ahora no se le diga nada.

En esto llamaron á la puerta.

Herminia dió un grito sobresaltada.

—Vaya, tranquilizaos. No conviene que note vuestro sobresalto, dijo la portera.

—Ahora que recuerdo, no os he encargado nada para comer.

—Yo traeré lo que se me ocurra, y esta tarde vendré á veros, y si tenemos un ratito de lugar, hablaremos de nuestro pleito.

Y diciendo esto, la señora Angela abrió la puerta.

—¡Calla! ¿aun está usted aquí, vecina? le dijo Mateo entrando.

—Precisamente iba á salir cuando habeis llamado.

Mateo fué á dejar el sombrero y el baston sobre una mesa, y se sentó en el sofá.

Poco despues, el Galgo y Herminia se hallaban solos.

Mateo se quitó las gafas azules, y dirigiendo una mirada de inteligencia á su compañera, le dijo:

—¿Qué hay?

—Mucho y bueno.

—Vaya, pues siéntate á mi lado y cuéntame lo que haya sobre el particular.

Herminia enteró de todo lo ocurrido á su cómplice, dándole luego á leer la carta.

Cuando hubo terminado la lectura, sacó su pipa, la cargó con tranquilidad, y dijo:

—Verdaderamente es una ganga nacer mujer y ser bonita, porque no es estraño tropezar con la fortuna el dia menos pensado.



CAPITULO IV.

Un hombre recto.

Una hora despues, cuando regresó la señora Angela con la compra, Mateo hizo una seña á Herminia para que saliera de la habitacion, y otra á la portera para que se sentara á su lado.

—Mi hija no tiene secretos para mí, le dijo cuando se quedaron solos.

La señora Angela miró con recelo á Mateo; pero notando que el rostro del español estaba sereno, se tranquilizó.

—He leido la carta del señor don Luis, continuó con gravedad Mateo. ¿Conoce usted á ese caballero?

—Sí señor, respondió la portera con medroso acento.

—¿Quién es?

—Un señor muy rico.

—¿Tiene familia?

—Creo que es soltero y solo.

—¿Dónde vive?

—Creo que en la calle de la Academia, número 100.

—¿Qué cuarto?

—Toda la casa es de su propiedad.

—Está bien.

Angela no se atrevió á dirigirle la palabra.

—El español es grave como un juez, se dijo: dejemos que pase el nublado.

Y Angela, forzando una sonrisa, dijo:

—¿Tiene el señor algo mas que mandarme?

—Nada, señora Angela; solo debo advertiros que en mi familia se aprecia mucho mas el honor que la vida: podeis retiraros.

La portera salió de casa del español, haciendo la señal de la cruz sobre su frente.

Una hora despues, Mateo se hallaba en la calle de la Academia, delante de la casa número 100.

—¡Diantre! se decia, hablando consigo mismo: esto tiene un buen aspecto. Veamos el modo de adquirir algunos datos.

La fortuna deparó á Mateo un lacayo hablador, y no le fué difícil saber todo lo que deseaba.

Cuando regresó á su casa, Herminia le dijo:

—¿Qué has podido indagar?

—Que tu enamorado don Luis de Cordeiro y Sousa es un hombre inmensamente rico, y que su riqueza se apoya en unos pergaminos que datan de época muy antigua.

—¡Ah! ¿Con que es noble y rico?... Tanto mejor.

—Y sin familia, que es otra buena condicion.

—De modo que esta tarde...

—Puedes sin escrúpulo dejar caer el libro cuando pase por nuestro lado.

—Es probable que me pida una entrevista.

—Se la concedes.

—Tendré que escribirle.

—Pues bien, le escribes, diciéndole que pida tu mano al autor de tus dias.

—Que eres tú, esclama Herminia.

—Es claro.

—Ya deseo que llegue la tarde.

—¡Hola! ¿estás impaciente? Pues te aconsejo que conduzcas este negocio con mucha cordura, porque si se nos escapa de las manos, difícil será que nos veamos en otra.

—Pierde cuidado. Si me ama, será mi esposo.

—¡Oh! Si algun dia llegamos á poseer millones, con esa fuerza que presta el dinero á los hombres, ¡con qué placer me vengaré de mis enemigos! Y tú tambien, Herminia, tú tambien necesitas vengarte de los que te han derribado de la brillante posicion que ocupabas.

—¡Bah! yo pienso en la fortuna; no en la venganza.

—Pero si estuviera en tus manos estrangular al traidor Samuel de Marsan, ¿qué harias?

—Lo que es á ese no habia de tenerle compasion.

—Sí, sí, ese debe morir... pero á mis manos, esclamó Mateo con marcado acento de ira. ¡Miserable! ¡No le bastaba haberme herido por la espalda, que aun me se goza entregándome á mis enemigos!... Pero tarde ó temprano caerá en mi poder, y entonces...

—Mira, Mateo, cuando el deseo de la venganza te preocupa, te pones horriblemente trastornado. Pensemos ahora en mi nuevo amante, en el millonario don Luis.

—Tienes razon, dijo Mateo: combinemos ahora un golpe de efecto para atraer al jóven pretendiente.

Aquella misma tarde, á eso de las cinco, Mateo pescaba y Herminia leia como de costumbre, cuando pasó el jóven portugués.

El libro se le cayó de las manos, sus mejillas se tiñeron de rubor, y bajando los ojos al suelo, exhaló un suspiro.

Luis advirtió todo esto; pero solo recogió el libro y lo entregó á la jóven, saludándola ligeramente con la cabeza.

Luego fué á sentarse á veinte pasos de distancia, y como el dia anterior, se puso á pescar, dirigiendo de vez en cuando miradas á Herminia.

Así trascurrió como una hora.

De pronto, Mateo tiró hácia sí de la caña; pero el anzuelo y el corcho se enredaron en unos juncos que crecian á la orilla del rio.

Entonces se levantó de su silla de tijera, é inclinando el cuerpo hácia el rio, se puso á desenredar el aparejo, manteniendo en equilibrio su cuerpo, suspendido sobre las tranquilas pero profundas aguas del Tajo.

Durante esta operacion, Herminia y Luis se dirigieron una mirada mas larga que todas las anteriores.

La situacion en que se encontraba el viejo pescador, les favorecia; pero de repente una de las manos del Galgo, que se hallaba agarrada á las yerbas de la orilla, perdió el punto de apoyo, y resbalando el cuerpo, cayó de cabeza en el rio.



Herminia exhaló un grito de espanto, diciendo:

—¡Ah! ¡Padre mio! ¡Socorro!

Y se levantó de su sitio, corriendo hácia la orilla, sin duda para prestar ayuda á Mateo.

Rápido como el tigre que se lanza sobre la codiciada presa, el jóven portugués se arrojó al agua, á tiempo que Mateo hacia esfuerzos para agarrarse á los juncos de la orilla.

—Valor, caballero, le dijo el portugués, cogiéndole por un brazo y ayudándole á subir.

Esto fué cuestion de un minuto.

Mateo estaba salvo.

Herminia juntó las manos en señal de agradecimiento, y envió una mirada llena de ternura al salvador de su padre.

Mateo, despues de reponerse un poco, tendió una mano al portugués, y le dijo:

—Gracias, caballero. Os debo la vida. Contadme desde ahora en el número de vuestros amigos.

Don Luis estrechó la mano del español, y le contestó:

—He cumplido con mi deber: conocí al momento que no sabíais nadar, y me arrojé al agua. Por lo demás, debo advertiros que vale bien poco el favor que os he prestado, porque ningun peligro he corrido.

—Sin embargo, sin vuestro generoso auxilio me hubiera ahogado... porque aunque caí cerca de la orilla, perdí la serenidad.

Mateo se detuvo para pasarse la mano por la frente.

—Me siento algo trastornado, dijo. Vamos, hija mia, vamos á casa. Este caballero nos dispensará, á no ser que quiera acompañarnos.

Mateo se puso á recoger los aparejos, la chistera y la silla; pero como todo esto lo hacia con marcadas muestras de debilidad, don Luis le ayudó, mandando luego á su criado que cargara con todo y lo llevara á casa del caballero español.

Luego ofreció el brazo á Mateo, que apenas podia andar, quejándose de una debilidad estrema en las piernas y un fuerte dolor en el pecho.

Cuando llegaron á la casa, don Luis pidió permiso para mandar su médico y volver á visitar al enfermo.

—Caballero, le dijo Mateo con debil acento: somos estranjeros, á nadie conocemos en Lisboa, y vuestro ofrecimiento no sé como pagarlo.

Herminia no desplegó los labios durante el camino; pero sus ojos revelaban el agradecimiento de su alma.

Don Luis se separó del enfermo y de su hija para tornar á reunirse en breve con ellos, como verá el curioso lector.



CAPITULO V.

Principio quieren las cosas.

—¿Que tal, hija mia, he representado bien mi papel? le dijo Mateo á Herminia, tan pronto como se quedaron solos.

—Y tanto, que me diste un buen susto... creí que te ahogabas.

—¡Bah! trae poca agua el Tajo para eso..., pero fué preciso demostrar mi insuficiencia para deberle algo á tu pretendiente y abrirle las puertas de nuestra casa.

—¡Con qué rapidez se lanzó al agua!

—Lo que prueba que tiene un corazon escelente: antes de mucho, le verás entrar acompañado del médico.

—¿Pero te sientes malo de veras?

—Nunca he estado mejor.

—¿Y no temes que el médico?...

—¿Qué médico, por sabio que sea, es capaz de negar que me

duele el pecho y me flaquean las piernas, despues de haber tomado á la fuerza un baño en el rio?

—Tienes razon.

—Recetará algo, y dejará que el espíritu se tranquilice; y don Luis, con este pretesto, vendrá á visitar al enfermo y tendrá ocasion de ver á su hija, que eres tú. El plan no puede estar mas perfectamente ejecutado.

—Confieso que eres un grande hombre.

—Solo falta que tú secundes mis intenciones.

—¡Oh! en cuanto á eso, descuida.

—Tu mision ahora es trastornar el juicio al jóven portugués. ¡Piensa en Claudio, cuya fortuna se ha escapado de nuestras manos!

—No se olvidan tan fácilmente seis millones de reales.

—Creo que tu nuevo pretendiente podrá subsanarnos de esa pérdida.

Aquí llegaba la conversacion, cuando llamaron á la puerta.

Herminia fué á abrir.

Eran don Luis y su médico.

El enfermo fué reconocido é interrogado.

—Esto pasará, dijo el doctor, con tres ó cuatro dias de descanso.

Y por cubrir el espediente, recetó dos ó tres cosas ligeras.

Salió el médico, ofreciendo volver al dia siguiénte; pero don Luis tomó una silla cerca del lecho del enfermo.

Herminia se sentó en otra, junto á un velador, y se puso á coser.

La primera noche, el portugués solo habló con Mateo, aunque poco por no molestarle.

A la noche siguiente, Mateo seguia en cama, aunque algo mas aliviado.

Luis se permitió dirigir alguna que otra palabra á la virtuosa y modesta española.

El amor tiene dos modos de llegar adonde se propone.

El uno á paso de locomotora; el otro á paso de hormiga.

Don Luis eligió el segundo, porque la modestia y la timidez de la hermosa Pepita le imponian respeto.

El trato facilita la franqueza, la franqueza es prima-hermana de la simpatía, y la simpatía suele ser la madre del amor.

Sin embargo, en el caso que nos ocupa, este escalafon no tiene cabida, porque Luis amaba á Herminia antes de que su padre cayera al rio; circunstancia que le abrió las puertas de la casa.

De todos modos, el jóven portugués pasaba las veladas al lado de la hermosa española, pareciéndole el tiempo escesivamente corto.

Al tercer dia, don Luis visitó á sus nuevos amigos por la mañana.

—Este es un buen síntoma, se dijo para sí Mateo; antes de mucho, solo se separará de nosotros en las horas de la comida.

Al quinto dia, el amante tuvo una ocasion.

Herminia se hallaba sola, y como siempre, trabajando.

Al ver á don Luis, se estremeció visiblemente, volviéndose colorada como una amapola.

La Perla de San Lázaro, como el camaleon, tenia el privilegio de cambiar de colores.

—Mi padre ha salido, caballero, dijo con medroso acento.

Don Luis respetaba á aquella jóven, creyéndola pura como

el crepúsculo de la aurora, vírgen como las alumnas del templo de Vesta.

Así es que permaneció en pié con el sombrero en la mano.

—Sentiria molestarla en lo mas mínimo, señorita, dijo despues de una corta suspension.

—¡Molestarme el que ha salvado la vida de mi padre! contestó Herminia con un acento dulce como los preludios del violin de Paganini. Nada de eso; podeis esperarle; ha ido á misa; no puede tardar.

Don Luis vió que la casualidad le deparaba una ocasion, y se dispuso á aprovecharse de ella.

Tomó una silla, y se sentó al lado de Herminia.

Cuando se ama con todo el corazon; cuando el alma, y no el grosero apetito, se interesa en la conquista de una voluntad, el hombre es por lo regular cobarde.

Luis se hallaba solo con la bella española; tenia casi la íntima conviccion de que no le era indiferente, y sin embargo, no se atrevia á declarar su amor.

En estos casos se rodea un poco para llegar al punto apetecido.

—¿Y cómo sigue el señor de Castro? preguntó el jóven.

—Disfruta poca salud desde la tarde fatal en que vos le salvásteis la vida, contestó Herminia. El pobre tiene muchos años.

—Sin embargo, el médico me ha manifestado que no debe temerse nada.

—¡Dios lo quiera!... Pero mi padre ha sufrido mucho; la desgracia le persigue, y el peso de la emigracion roba la alegría de su alma.

Herminia, despues del punto final, exhaló un suspiro lleno de poesía.

Don Luis, embelesado, contemplando tanta belleza y tanta ternura, se olvidó de continuar el diálogo.

Hubo, pues, una corta pausa.

Por fin, arrancándose á sí mismo de aquella abstraccion, dijo:

—Señorita, hace algunos dias que espero con la mayor incertidumbre una respuesta, de la cual estriba mi felicidad.

Herminia dirigió á Luis una mirada llena de candor.

Aquella mirada parecia decirle:

—No os comprendo.

El portugués continuó de este modo:

—¿Recordais una carta que tuve el atrevimiento de dirigiros la víspera del dia en que vuestro padre cayó en el rio?

Herminia bajó los ojos, y dijo con voz insegura:

—Sí, la recuerdo.

—¿Qué puedo esperar entonces?

La Perla de San Lázaro guardó silencio.

Aquel silencio era una esperanza que alentó al amante.

—¡Ah, señorita! le dijo, empleando ese acento que revela la pasion. Me es imposible callar por mas tiempo... Mi corazon sufre y espera. Mi alma necesita revelaros sus más queridas afecciones. Os amo como no he amado nunca, como no comprendia el amor. De vuestros hermosos labios se halla pendiente mi felicidad; dadme, pues, la vida ó la muerte con una palabra.

Y diciendo esto, Luis cayó de rodillas á los piés de Herminia, apoderándose de una de sus manos.

La Perla de San Lázaro, maestra en el arte de fingir, palideció oyendo aquella declaracion.

Quiso hablar, y no pudo; y por fin, dos hermosas lágrimas brotaron de sus brillantes y seductores ojos.

Tanto pudor, tanta ternura, tanto sentimiento, enloquecieron al jóven portugués,

Herminia no retiraba su mano de las de don Luis.

Así trascurrieron unos segundos, y nuevamente el amante volvió á decir:

—¿No teneis una palabra que aliente mis queridas esperanzas?

—¡Pero, Dios mio!... esclamó Herminia: ¿qué quereis que yo os diga?

—Que me amais, y con eso me creeré el hombre mas feliz del universo.

—Pues bien, sí, os amo... os amo... bien lo sabeis; pero dirigíos á mi padre, pues desde este momento mi respeto filial, mi honor, me exigen revelarle lo que él sin duda ha sospechado.

Y Herminia, diciendo esto, se levantó de su silla y fué á encerrarse en una pieza inmediata, dejando á su amante absorto, pero con el corazon alegre.

Luis, creyendo que Pepita la española era una de esas virtudes inquebrantables, no insistió, y se puso á dar paseos por la sala esperando á don Fernando.

Así trascurrió como media hora.

Por fin oyóse el ruido que produce una llave al girar dentro de una cerradura.

Era el emigrado español.

—¿Vos aquí? dijo Mateo, fingiendo sorpresa.

—Sí, caballero, le contestó don Luis con acento sereno. Os estaba esperando.

Mateo, que indudablemente comprendió lo que ocurria, dirigió una mirada en derredor suyo, como buscando á su hija adoptiva.

—¿Y Pepita? dijo.

—Se acaba de encerrar en la habitacion inmediata.

—¡Cómo!... ¿y os ha dejado solo? preguntó Mateo con alguna estrañeza.

—Sí.

—Tendreis la bondad de esplicarme...

—Precisamente por eso os he esperado.

—Hablad, pues.

—Vengo á pediros la mano de vuestra hija.

Mateo fingió sorprenderse.

—Conozco, caballero, que mi peticion es algo brusca; pero la impaciencia de saber cómo aceptais mi proposicion, me hace elegir la fórmula mas breve.

—¿Vos quereis casaros con mi hija?

—Sí.

—¿Teneis su consentimiento?

—Creo tenerle.

—¿Lo habeis meditado bien?

—Hace seis dias que no pienso en otra cosa.

Mateo guardó silencio.

El jóven portugúes esperó impaciente una respuesta.

Trascurrieron algunos segundos, que fueron un siglo para don Luis.

—Jóven, dijo por fin Mateo, mi hija es pobre.

—Nunca he creido que un hombre pueda casarse por interés. Yo codicio el corazon de la mujer, no su fortuna. Si ella es pobre, yo soy rico.

—Sin embargo, vos no conoceis á la que deseais llamar vuestra esposa.

—La virtud, la honradez, la bondad de una jóven, van escritas en la frente, en los ojos, en la sonrisa de sus labios; y basta una mirada para comprender y desear esas bellezas morales que atesora vuestra hija.

—Os agradezco en el alma el concepto que habeis formado de mi hija; pero os ruego que mediteis con profunda detencion que el lazo del matrimonio es indisoluble, que mañana puede seros enojoso lo que hoy os fascina. Además, sois muy jóven, y vuestros parientes pueden tomar á mal un matrimonio que tan pocas ventajas os proporciona.

—Debo advertiros, caballero, repuso el jóven, que soy solo en el mundo; y aunque así no fuera, por nada violentaria las inclinaciones de mi corazon. Así, pues, dadme vuestro consentimiento... y...

—Permitidme que lo suspenda hasta mañana; debo daros ese tiempo para que mediteis con detenimiento lo que solicitais.

—Pero advertid...

—Mañana, jóven, mañana, cuando tenga el honor de veros, cuando haya hablado á mi hija, cuando volvais á dirigirme la peticion, os contestaré; ahora no puedo, ó por mejor decir, ahora me lo prohibe la rectitud de mi conciencia, que no violentaria aunque me ofrecieran lcs tesoros de Creso. Soldado español, tengo en mas la rectitud de mis principios, el honor de

mi nombre, que todo el oro del mundo. Volved mañana; os lo suplico, os lo ruego.

Luis comprendió que tenia que habérselas con un moderno Espartano, y se despidió para volver al dia siguiente; pero al salir de aquella casa, se llevaba una esperanza en el corazon: la de ser correspondido.

. . . .

Al dia siguiente, la solicitud de don Luis fué admitida, y comenzó para el jóven enamorado ese período encantador que precede á la poética luna de miel.

CAPITULO VI.

Saulo de Tebaida.

Mientras tanto, Claudio de San Vicente llegó á Lisboa, y se instaló en una de las fondas mas próximas al puerto.

Samuel de Marsan llegó casi al mismo tiempo; pero siguiendo las instrucciones del conde de Potes, adoptó el traje de marinero, y tomó hospedaje en un especie de meson, muy concurrido por la gente de mar.

Claudio ignoraba el paradero de Herminia.

Las cartas de la Perla de San Lázaro no habian llegado á su poder; y aunque no se esplicaba aquel silencio, no perdió la esperanza de encontrarla paseando todas las tardes por el puerto.

En cuanto á Samuel, era otra cosa: este llevaba en el bolsillo una carta que contenia las señas de la habitacion de Mateo.

No le fué difícil encontrarla.

Como hemos dicho, Samuel habia adoptado el traje de marinero; pero uno de esos marineros matelotes que huelen á brea á una milla de distancia y que llevan impreso en el rostro el sol de los Trópicos.

Además, se habia dejado crecer la barba y el pelo.

En una palabra, era imposible que reconociera el amigo mas íntimo, en aquel hombre sucio y desastrado, al elegante marqués de Marsan.

Samuel, pues, seguro de su disfraz, se dedicó á espiar á la Perla de San Lázaro y á su fingido padre Mateo el Galgo.

Sabida la casa, se hizo parroquiano de la taberna inmediata, situada cinco puertas mas hácia Levante de la morada de Mateo.

Como la estacion le favorecia, Saulo tomaba asiento en uno de los mugrientos bancos que á la sombra de un tendal de estera brindaba á los parroquianos á beber una copa de Ginebra ó una botella de cerveza negra, disfrutando al mismo tiempo del poético punto de vista que presentaba por aquella parte el tranquilo Tajo.

A la orilla del rio, y como á unos cincuenta pasos de la taberna, veíase un pequeño embarcadero, en donde se hallaba una góndola, ó por mejor decir, una lancha pintada de azul, con su toldo de lona.

Esta lancha, destinada á pasear á los desocupados y conducir á los forasteros desde la ribera derecha del rio hasta el fuerte de Bugio, se hallaba siempre dispuesta á merced del primer parroquiano que queria utilizarla.

Su dueño, marinero que, cansado de hacer viajes á la India, ó por mejor decir, harto de agua salada, se dedicaba á vivir en

agua dulce, era un viejo aficionado á la mar y á beber vasos de Ginebra.

Cada viaje tenia para él el resultado de uno de esos *refrescos* alcohólicos que enronquecen la voz y fortalecen la lengua cuando no la destrozan.

De modo que cuando se ponia una moneda de plata en la mano del dueño de la góndola, á quien llamaremos maese Roque, su primera visita era la taberna mas próxima, donde cambiaba aquel duro portugués por otra moneda de menos valor y un vaso de Ginebra.

Samuel de Marsan tomaba, como hemos dicho, cerveza todas las tardes, y maese Roque, Ginebra.

El uno en la esquina de la mesa que daba á Levante; el otro, en el estremo que miraba á Poniente.

Los primeros dias apenas se echaron de ver.

Una tarde, Samuel le dijo en mal portugués:

—¿Sois servido?...

Y le presentó la botella.

Maese Roque le contestó.

—¿Si quereis vos?...

Y le ofreció el vaso.

Ambos se lo agradecieron con la ruda franqueza de la gente de mar, y el uno apuró su vaso de Ginebra, y fué á fumarse su pipa sentado en el banquillo de popa de su lancha, mientras el otro saboreaba el tabaco y la cerveza bajo el tendal de la taberna y con la mirada fija en la puerta de Mateo y Herminia.

Samuel de Marsan, desde la noche en que el arrepentimiento levantó un eco en su corazon, se habia acostumbrado á la paciencia.

Nada le importaba esperar si con ello ejercia una obra buena.

Sin embargo, parecióle muy estraño que en cinco tardes pasadas bajo el tendal de la taberna no hubiese visto salir ni á Mateo ni á Herminia de su casa.

Esto comenzó á disgustarle.

Samuel ignóraba què Mateo se hallaba en cama, fingiendo una enfermedad.

Notó Samuel que todas las tardes, á eso de las cinco, entraba en casa de Herminia un jóven elgante y con todos esos detalles en el traje que distinguen al hombre rico.

Esta visita pasaba largas horas en la casa.

Samuel se dijo:

—Apostaria doble contra sencillo á que la Perla de San Lázaro ha tendido las redes á algun portugués enamorado...

Desde que esta sospecha cruzó por su mente, se dedicó á indagar la verdad.

¿Cómo saberlo?

Eso era mas difícil de lo que parecia á primera vista.

La casa de Mateo era de un solo piso, no tenia vecinos; es decir, comentadores vivos de la vida privada de todos aquellos que respiran bajo de un mismo tejado.

A fuerza de rondar la casa y cavilar de qué medio se valdria, Samuel creyó oportuno, primero aplicar el oido á una ventana, y luego...

Pero este luego no tuvo lugar, porque las dos ventanas que tomaban luz de la parte del rio tenian cortinas de persianas, y una de ellas se encontraba abierta.

Samuel pudo ver en parte el interior de la habitacion.

Esto era todo lo que deseaba.

Pronto se convenció de que Herminia y el jóven que la visitaba no se eran indiferentes.

—¡Ah! se dijo: esta mocita aprovecha el tiempo lo mismo aquí que en París y que en Madrid... Me alegro de todo corazon; siempre es un arma para defender á la pobre Rosa.

Aquella misma noche, cuando regresó á su modesta posada, encontró á un marinero horriblemente feo, que, sentado junto á una mesa, conversaba con el dueño, comiendo con los dedos un plato de sardina frita.

Al entrar, oyó estas palabras que el posadero decia al parroquiano:

—Aquí está nuestro hombre.

Samuel cogió un candil para dirigirse á su cuarto, y mientras lo encendió con la luz del farol que colgaba del ahumado clavo del hogar, pudo observar que fijaba en él sus miradas y que el marinero contestaba:

—Tiene buena facha; aborda tú la cuestion.

El posadero le dirigió de este modo la palabra:

—Tardecito te retiras esta noche, español.

—Sí, me he entretenido en el puerto á bordo de una fragata foliada en el Ferrol, que debe largarse mañana con rumbo á Manila.

—Buen paseo, dijo el marinero, mezclándose en la conversacion.

—Sí, regular.

—¿Y cómo es que tú no has inscrito tu nombre en el rol? le preguntó el posadero.

—¡Toma! porque sin contar el capitan, el segundo, el pilo-

to, el contramaestre y el pilotin, lleva diez y ocho hombres á bordo de tripulacion... Ya ves que para un buque de quinientas toneladas, sobra gente.

—Es verdad, murmuró el marinero, chupándose el aceite de las sardinas que tenia en los dedos.

—Lo cual quiere decir que sigues sin acomodo, preguntó el posadero.

—Está claro, contestó Samuel del modo mas natural del mundo.

—Hombre, pues en ese caso me atrevo á proponerte un ajuste, dijo el marinero.

—¿Y qué ajuste es ese?

—¿Quieres contratarte conmigo?

—Segun y conforme.

—Cien duros de parte y comido por un viaje que podrá durar á lo mas dos meses.

—No es mala proposicion, repuso el posadero.

—Sí, no es mala; ¿pero adónde vamos?

—¡Toma! allá lo verémos, repuso el marinero.

—Es que yo lo quiero ver ahora, dijo Samuel.

—¿Tienes preferencia por alguna travesía?

—Todas me son iguales, siempre que el flete de la sentina sea lícito y el libro de bitácora se halle con los fólios limpios.

—¡Ah!

—Por lo demás, si tú me dices dónde vamos, yo te diré si acepto.

—Hombre, por ahora vamos á la costa de Guinea á vender herramientas de carpintería, objetos de quincalla y armas de fuego.

—¡Vamos, ya! repuso Samuel sonriendo. ¿Vamos á hacer el comercio del ébano vivo (1)? No me conviene; vaya, buenas noches.

Y Samuel, subiendo la angosta escalera que conducia á su cuarto, entró en su habitacion sin prolongar mas el diálogo.

En cuanto al marinero, continuó comiendo sus sardinas, y murmurando en voz baja:

—Está visto que no se encuentra un hombre por un ojo de la cara cuando se trata de las costas de Guinea. No parece sino que á todos los marineros les ha entrado una enfermedad en la conciencia.

—Pues siento que no te entiendas con mi huésped, porque es hombre listo; y además, así como le ves, tiene mejor pluma que un escribano.

—¡Bah! Yo creo que es tonto, dijo el marinero, rebañando el plato con un trozo de pan.

En cuanto al posadero, por no contradecir á su parroquiano, se encogió de hombros y se sonrió.

Sigamos nosotros á Samuel de Marsan, pues poco ó nada nos importan los personajes que detuvieron su paso para proponerle un viaje á las costas de Guinea.

(1) Trata de negros.

CAPITULO VII.

—

Casualidades.

Samuel entró en su cuarto, y despues de colgar el candil en un clavo, cerró la puerta y se sentó en una silla, dejando un puñal que llevaba en la faja sobre una mesa de pino.

La habitacion la describiremos con decir que habia un catre con un colchon, una manta y una almohada sin funda, dos sillas, una mesa de pino y una especie de maleta vieja tirada en un rincon, donde el fingido marinero guardaba su equipaje.

Samuel sacó un tintero de campaña de la maleta y le dejó sobre la mesa.

Este tintero se reducia á un rollo de hule negro, con un cajoncito largo sujeto al estremo; una vez desdoblado, ofrecia todo lo necesario para escribir: papel, pluma, tintero, etc.

Samuel encendió un cigarro, y cogiendo la pluma, se puso á escribir lo siguiente:

«Señor conde de Potes.—Muy señor mio: Por fin puedo es-
»cribir á usted algo de provecho, pues dí con la madriguera
»de la ingeniosa Perla de San Lázaro y su cómplice.

»En cuanto á Claudio, vive en la Fonda de Camoens, y
»aún no ha tenido la suerte de encontrar á la mujer que bus-
»ca, y que indudablemente causaria su ruina; pero esto no
»sucederá porque las circunstancias favorecen mis planes y es-
»pero esterminar de raiz á unos séres tan miserables y temi-
»bles como Herminia y Mateo.

»Conozco, señor conde, que el noble y generoso corazon de
»usted no aceptaria mi plan si se lo comunicara, por lo que
»me he propuesto no revelárselo hasta que lo lleve á cabo.

»Desde que el arrepentimiento me hizo distinguir el bien
»del mal y apreciar las ventajas que al hombre proporciona la
»tranquilidad de la conciencia, estoy en el deber de velar por
»aquellos que tanto han hecho por mi completa regeneracion.

»Pero vamos á mi descubrimiento.

»Herminia y Mateo viven, como dije á usted en mi ante-
»rior, en una modesta casita situada en las riberas del Tajo.
»Pasan aquí por gente honrada y se les tiene por emigrados
»españoles, captándose, de la poca gente que les trata, ese res-
»peto, esa compasion que inspira el hombre que los disturbios
»políticos obligan á abandonar su país natal.

»Pero no es esto lo mas importante: lo mas ventajoso para
»nosotros es que nos proponemos librar á Claudio de las gar-
»ras de Herminia, que cansada sin duda del silencio de su
»amante de Madrid, ha echado las redes á un nuevo amante
»portugués que la visita diariamente, y que, segun todas las
»apariencias, debe ser hombre rico. Indudablemente el nom-

»bre de Claudio se borró de la memoria de la Perla de San »Lázaro. Tanto mejor, porque es tarea muy difícil convencer »á un ciego de la belleza de la luz, ó lo que es lo mismo, á »un enamorado de los defectos morales y físicos de la mujer »que ama.

»Suspendo por ahora todo comentario sobre lo que está en »lo porvenir, y espero antes de mucho dar á usted mas noti-»cias de este asunto.

»Póngame usted á los piés de la señora condesa, sin olvidar »mis recuerdos al vizconde Nilo de Sádaba.—Suyo, *Saulo de* »*Tebaida.*»

Escrita la carta, Samuel se tendió en el catre sin desnudarse.

Al dia siguiente, ó por mejor decir, á la tarde del dia siguiente, fué á sentarse en el banco de la citada taberna.

Maese Roque habia tenido una mañana lucrativa y aprovechada.

A la salida del sol, apenas acababa de colocar el toldo de su lancha y dejar los remos en su puesto, se le acercó un inglés que le dijo:

—Quiero pasearme en vuestra barca.

Maese Roque le contestó que sus deseos quedarian satisfechos.

Entonces el inglés sentóse en el banquillo de popa, y el marinero, soltando la amarra, le preguntó:

—¿Dónde vamos, mi amo?

El inglés se contentó con responderle, estendiendo el brazo hácia el fuerte de Bugio:

—Allá.

Tres horas despues, el *mister* saltaba en tierra y ponia en manos del bárquero una libra esterlina.

Maese Roque se descubrió, se inclinó, é hizo todas cuantas actitudes y ademanes puede hacer un portugués agradecido.

Antes de reponerse de su sorpresa, y cuando echaba sus cuentas y se creia poder tomar un vasito de Ginebra sin ofender á Dios ni á sus intereses, dos militares saltaron sobre su lancha, y un nuevo viaje vino á aumentar la ganancia del barquero.

Así sucesivamente estuvo ocupado maese Roque hasta las cuatro de la tarde, hora en que viendo, como suele decirse, un poco de luz, muerto de hambre y de fatiga pudo *fondear* en la taberna y pidió un plato de carne con patatas, dos sardinas, una botella de vino y dos onzas de queso.

Cuando estaba á mitad de su opípara comida, Samuel de Marsan llegó á la taberna.

Maese Roque se hallaba poseido de un buen humor admirable, porque cuando los negocios caminan viento en popa, el corazon se alegra y trasmite su alegría al rostro.

Samuel saludó al barquero Roque con una ligera inclinacion de cabeza y un *buenas tardes* natural como los pases de muleta de Curro Cúchares; pero maese Roque, á quien le retozaba el buen humor por todo su cuerpo, y á quien la botella de vino le hacia ser estremadamente locuaz, apenas le vió sentarse al estremo opuesto de la mesa, le dijo:

—¡Hola! ¡Hola, amigo mio, buenas tardes! Pero no te quedes tan lejos. ¡Qué diablos! entre gente de un mismo oficio debe reinar confianza; además de que yo tengo ganas de que echemos un brindis juntos.

Samuel, que para continuar su espionaje no le venia mal, se sentó frente por frente de maese Roque, desde cuyo sitio veia á su placer la casa de Mateo.

Vamos á ver nosotros por qué circunstancia el afortunado barquero puso á Samuel de Marsan en situacion de enterarse de todo lo que deseaba saber.

La novela es un conjunto de casualidades que el autor combina á su placer para formar con ellas el palpitante interés de una fábula mas ó menos dramática, mas ó menos interesante, mas ó menos verosímil.

Bien es verdad que si se estudia detenidamente la vida real de las criaturas, nada hay tan inverosímil.

Un escritor contemporáneo, cuyo nombre no recordamos, ha dicho «que nada hay tan inverosímil como la verdad.»

No queremos prodigar los ejemplos; pero para que te convenzas, lector querido, de lo gráfica que es la frase que acabamos de citar, busca en tu imaginacion una fortuna inocente, y si la encuentras, puedes decir que hallaste la quinta esencia de lo inverosímil.

Nada mas fácil, y si no fácil, probable, que el que un pobre se encuentre un billete de mil reales, y se los juegue á la lotería en la estraccion de Noche-Buena.

Este pobre, de la noche á la mañana puede tener tres millones, ó lo que es lo mismo, levantarse en una buhardilla y acostarse en un palacio.

Nada mas fácil que morir un hombre instantáneamente de la rotura de un aneurisma, de un ataque cerebral, ó de otras muchas enfermedades que minan la existencia, y que, como el rayo, solo se muestran para producir un efecto terrible.

Pues bien: cuando un novelista quiere hacer rico á un pobre de los que juegan en sus fábulas, se guarda muy bien de que llegue á serlo por la lotería, como asimismo rechaza las muertes repentinas para deshacerse de las figuras que hácia el final de las obras van molestándole.

Sin embargo, el novelista no deja de tener el gran recurso de las casualidades, y casualidad es, y muy verosímil, que un pobre barquero tenga mucho trabajo durante un dia, que se permita tomar un refuerzo á la puerta de una taberna, que Samuel de Marsan llegue precisamente en el instante oportuno para entablar conversacion con él, y que de esta conversacion resulte lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

CAPITULO VIII.

Un amigo mas.

—Pues sí, amigo mio; hoy he tenido un gran dia.

Esto dijo maese Roque á Samuel de Marsan, despues de echarse entre pecho y espalda una pinta de vino de un solo trago, y limpiándose los labios con el dorso de la mano, con un *sans fason* admirable.

La frase, mas que principio de un diálogo, parecia la continuacion de una escena comenzada; pero Samuel, dejando aparte lo mas ó menos lógico de aquella frase, contestó:

—¿Con que un gran dia, eh? Pues sea enhorabuena.

—Hombre... cuando un pobre como nosotros tiene la fortunilla de tropezar con uno de esos ingleses que varean la plata, y que por un par de horas de trabajo le ponen á uno en la palma de la mano una libra esterlina, bien puede decir que ha tenido un gran dia. Pues eso me ha sucedido á mí.

—¿De veras?

—Tan de veras como que esta botella está marcando su agonía, y yo me llamó Roque Castañeira.

Aquí el marinero dijo veinticuatro apellidos que no hemos podido retener en la memoria; especie de credencial indispensable á todo portugués.

Samuel, despues de sonreirse, dijo:

—Vaya, pues me alegro, maese Roque.

Y pidió su botella de cerveza.

—Lo que es esta tarde, vas á dispensarme, español; pues quiero que tomes conmigo una copa de Ginebra.

—Con mucho gusto.

—¡Qué diantre! Sin que yo pueda esplicarme las razones, te diré con la franqueza natural de un hombre de mar, que me fuiste simpático desde el primer dia.

—Gracias.

En este momento, Roque dió un tajo al diálogo para pedir á la tabernera un frasco de Ginebra, pues él no podia consignar si seria una ó dos ó tres copas las que iban á beber.

Servido que fué el predilecto licor de los afiliados de San Telmo, llenó Roque dos vasos de estaño, á los que por modestia llamaba copas, y levantando el suyo á la altura de la frente, dijo:

—¡A tu salud, español!

—¡A la tuya, portugués! repitió Samuel.

Los vasos chocaron, y la Ginebra se trasladó á los estómagos.

—Pues sí: me has sido simpático; y á la verdad, me estraña que siendo jóven, robusto, y con un rostro que tiene algo

de ángel, te pases uno y otro y otro dia sin encontrar acomodo; y eso que te hallas en un puerto donde no faltan buques de alto porte que dirijan la quilla con rumbo hácia las Indias, ese gran país de los marinos. ¿Has estado tú en las Indias?

—Sí, contestó Samuel de esa manera vaga del hombre que miente.

—¡Ah! yo me he paseado mucho por el gran charco. Nueve veces he dado la vuelta al cabo de Hornos, y otras tantas he ayudado á levantar anclas de las islas de Fernando Noronha, porque aquí donde me ves, cuando á la edad de doce años me enganché de grumete en el bergantin *San Pedro y San Pablo*, yo tenia la piel de la cara, blanca como la nieve de los Andes; pero el sol del Ecuador y el viento de Tierra Caliente, me la han puesto como la ves, de color de chocolate.

La Ginebra iba produciendo en la cabeza de maese Roque los efectos naturales.

—Pues sí, me lastima verte sin colocacion, prosiguió el barquero.

—¿Y qué le hemos de hacer? repuso Samuel. Cuando á un hombre le viene una racha de viento por la proa, no le queda otro remedio que ir *capeando* el temporal. Afortunadamente, del último viaje tomé una buena parte, y viviendo con cierta economía, aún puedo permanecer un par de meses en este fondeadero sin embarcar agua en la bodega.

—Si tú tuvieras bastantes ahorrillos para comprarte una lancha, no seria difícil sacar una licencia del capitan del puerto para que te dejara ganar la vida honradamente; y entonces, con mil amores te cederia yo algunos de mis parroquianos, porque soy viejo en el embarcadero inmediato,

y no hay en Lisboa un solo aficionado á pasearse por la rada, que no conozca á maese Roque; porque aunque me esté mal el decirlo, yo soy un hombre que sé tratar á los señores que utilizan mis servicios. Y como, además, mi lancha es ligera como una sardina, limpia como una espada, cómoda como el camarote de un almirante ruso, y suave como el vuelo de una paviota cuando arrastra sus alas por encima de las aguas en un dia de calma, quiere decir que nunca me faltan parejitas que se refugian las noches de luna bajo el toldo de mi lancha; y mientras yo me fumo una pipa en la proa, ellos se arrullan en la popa como las tórtolas en la enramada.

—¡Ah! Con que tambien...

—¡Está claro, hombre! El pobre tiene que hacer á pluma y á pelo para ganarse honradamente un pedazo de pan. Sin ir mas lejos, estoy contratado por un señorito para pasearle por el lago acompañado de su Clóris, se entiende mientras dure la luna. Es hombre que paga bien; pero los enamorados son tan sobones y tan entretenidos, que yo, la verdad, me asusto porque nunca se les hace tarde. Hoy, por ejemplo, daria de buena gana una pieza de oro por irme á acostar en vez de irme á remar hasta las doce ó la una de la noche.

—Si yo puedo servirte en algo...

—Hombre, no digo que no; pero como ya sabes que los enamorados no gustan de testigos y de caras nuevas, no sé si esa damisela española y su amante pondrian mala cara viéndote á mi lado en el banquillo.

—¡Ah! ¿con que es una española la parroquiana?

—Ella sí; él es portugués. Pero tú debes conocerla.

—¡Yo! ¿Y de dónde?

—Vive en esta misma calle.

Samuel comenzó á escuchar con profunda atencion al barquero; pero haciéndose el indiferente, se encogió de hombros y dijo:

—No sé quién puede ser; apenas conozco á nadie en Lisboa.

—No digo yo que la trates como á un pariente; pero debes haberla visto pasar por aquí alguna vez.

—¡Toma! Tantas son las que pasan...

—Sí; pero muy pocas se parecen á la mujer que nos ocupa: es una muchacha rubia como el oro, hermosa como un ángel, que va siempre acompañada de un caballero viejo, aficionado á la pesca casi tanto como aficionada está la jóven al mancebo que la galantea, que es un señor muy rico.

—¡Ah! ¡Calla! Entonces ya caigo quién puede ser, dijo Samuel. ¿No son los que viven en el número 100, en una casa pequeña de un solo piso?

—Justamente.

Samuel procuró disimular la alegría que aquella noticia le causaba, y dijo:

—Pues hombre, si puedo serte útil en algo, manda con franqueza; fuertes son mis brazos y avezados están al remo, aunque no seria estraño que se encontraran un poco torpes por el tiempo que hace que no los empleo en otra cosa que en comer.

Roque se sonrió, y colocando familiarmente una mano sobre el hombro de Samuel, le dijo:

—Vamos, no te eches por el suelo, que tú sabes lo mismo que yo que el que bien aprende un oficio, no lo olvida tan pronto.

Esto era una adulacion, hija de las simpatías, porque el barquero no conocia á Samuel.

Siguió la conversacion, y Marsan la condujo con natural indiferencia al punto que deseaba.

Resultando que ambos quedaron convenidos para reunirse á las ocho y media en el embarcadero, puesto que á las nueve era la hora señalada para pasear á los amantes.

Luego se separaron.

Samuel fué puntual á la cita.

Roque le dijo:

—Si cuando los señores vengan se estrañan al verte y me preguntan quién eres, yo diré que un hermano de mi mujer; y que te he traido para que estén mejor servidos.

Efectivamente, poco despues Herminia, don Luis y Mateo llegaron al embarcadero.

Samuel se fingió dormido sobre el banquillo de proa, y tan pronto como los parroquianos estuvieron colocados bajo del toldo y en los asientos de popa, Roque sacudió con el pié al que debia ayudarle á soportar la fatiga de la noche, y le dijo en voz alta:

—¡Arriba perezoso, que los señores esperan!

Samuel hizo como el hombre que se despierta, sentóse en su sitio, cogió el remo, y pronto la barca, obedeciendo al empuje de sus conductores, comenzó á separarse de la orilla.

En cuanto á Mateo y Herminia, ni siquiera repararon en aquel hombre que vogaba á pocos pasos de ellos.

Al principio, el acompasado ruido de los remos no permitió á Samuel oir la dulce plática de los amantes; pero pudo observar que Mateo se hacia el indiferente, como el hombre que deja

ancho campo á la juventud para que se comunique las impresiones de sus almas.

Por espacio de tres noches consecutivas, Samuel ayudó á maese Roque á soportar el trabajo que tenia contratado con el nuevo amante de Herminia.

Así las cosas, y enterado de todo cuanto deseaba saber, abandonemos á Saulo de Tebaida por unos momentos, para ocuparnos de Claudio de San Vicente, que, en alas de su amor y sin mas norte que sus esperanzas y sus deseos, habia llegado á Lisboa, como saben nuestros lectores, en busca de la Perla de San Lázaro.

LIBRO VIGESIMO.

A LA LUZ DE LA LUNA.

CAPITULO I.

La cita misteriosa.

Una y otra tarde se paseaba Claudio á orillas del Tajo, sin encontrar en sus plácidas riberas el objeto de sus sueños y de su amor... En vano habia preguntado á todos por Herminia, y ni uno solo de aquellos marineros rudos y soeces que se paseaban por la playa, ora con los brazos cruzados sobre el pecho y la vista fija en su barquilla, ora fumándose una pipa, ó bien paseando por el puerto, pudieron darle razon de la astuta Herminia, á quien por su mal amaba todavía.

La tarde en que le encontramos, Claudio se paseaba ante la orilla con reflexiva y melancólica actitud. En otra ocasion hubiéranle parecido bellas las mansas y cristalinas ondas del Tajo, sobre cuyas movibles y rizadas espumas flotaban las blancas velas de cien poéticos barquichuelos, bañados por el último rayo del sol. El sombrío fuerte de Bugio parece, ilu–

minado por los primeros resplandores del crepúsculo vespertino, un terrible coloso de granito, asentado en aquel sitio para velar por la ciudad. Las templadas brisas de la noche comenzaban á esparcir sus blandos y suavísimos perfumes sobre la ribera, produciendo y trayendo entre sus impalpables alas los cánticos de los pescadores y los últimos ecos de la ciudad. Pero todo esto parecia aumentar la tristeza de Claudio, que en el moribundo sol hallaba la imágen de sus esperanzas, y en la alegría de los demás, una felicidad á que por desgracia tenia que renunciar.

Ocupado cada cual en su tarea respectiva, apenas se apercibia de Claudio, que, paseando impaciente unas veces, meditabundo otras, buscaba en su cerebro un medio que calmase su ansiedad.

¿Dónde estaba Herminia? Hé aquí el enigma que Claudio se proponia descifrar.

Resuelto á ello, esperó con impaciencia á que las sombras se estendiesen completamente, no porque la luz del dia le estorbase para sus designios, sino porque, como buen enamorado, no solo temia la claridad, sino que se mostraba celoso de sí mismo.

Claudio esperó una hora, buscó, miró; pero nada... ¡Herminia no se encontraba allí!

El ansiado momento llegó al fin.

Los marineros, ora con sus redes, ora sin ellas, comenzaron á atraer sus botes á la orilla, ínterin la luna se levantaba majestuosamente sobre el firmamento, quebrando sus rayos sobre el fuerte de Bugio é iluminando la ciudad.

Claudio esperó aún.

Cuando nadie podia verle, se aproximó á uno de los marineros que estaban en la playa, y que, por sus observaciones fisiológicas, habíale parecido menos bribon que los demás, y le dijo:

—¡Escucha!

El marinero, que parecia no tener pelo de tonto, y que hablaba el español como el portugués, volvió bruscamente la cabeza, y repuso:

—¿Se quiere embarcar el señor?...

—No, pero es igual, repuso Claudio metiéndose la mano en el bolsillo; y para que te convenzas de que no vas á perder el tiempo, toma una moneda de oro á buena cuenta.

El matelot abrió un palmo de boca: alargó la mano derecha, é instintivamente se quitó el sombrero con la otra.

—¿Y en qué puedo servir al señor? repuso con aire socarron.

—En que me contestes fielmente á cuanto te pregunte, á ver si, mas afortunado que tus compañeros, sabes orientarme en cierto asunto.

El marinero inclinó la cabeza y se rascó la oreja, murmurando para su blusa:

—Intriga tenemos de seguro.

—Tú, dijo Claudio, vienes todos los dias á este sitio.

—Ya pueden caer rayos y centellas, que Alonso Piñeiro no se moverá de aquí sin haber hecho su... pues...

—Ya te entiendo, y puedes hablar sin reserva.

—Es verdad, repuso el matelot; quien tan bien paga, no debe tener malas acciones. Además, su señoría me parece un gran caballero.

—No perdamos tiempo, interpuso Claudio, demostrando su impaciencia: toda vez que no te mueves de este sitio, sabrás contestarme como deseo.

—Ya escucho.

—¿Has visto pasear por estos sitios á una señorita jóven?... El marinero no le dejó concluir.

—¡Toma! Vienen tantas á pasearse, que...

Claudio conoció la imprevision á que su amor le conducia, y dijo:

—Espera: es una jóven blanca, esbelta, ligera, con los cabellos rubios.

—Señor, usted conoce que, por esas señas, es difícil dar con la que seguramente busca.

—No, no; la que yo te digo no puede parecerse á ninguna otra; digo mal, debe parecerse á todas, porque en todas partes creo verla y en ninguna la encuentro, dijo Claudio con dolor.

—Pero...

—La debe acompañar un hombre alto, viejo, demacrado; un hombre que se llama...

—¿Cómo, señor?

—Mateo.

El marinero se quedó un momento pensativo. Claudio, con la respiracion suspensa, parecia respirar por boca de aquel hombre.

El silencio que guardaba era una esperanza para su desfallecido corazon.

—¿La conoces? ¿la has visto? ¿has comprendido ya por la que te pregunto? Habla: responde.

É instintivamente se llevó la mano al bolsillo de su chaleco.

—Señor, aún no veo claro, dijo el marinero con serenidad.

Claudio hirió vivamente la arena con su pié.

—¡Oh! entonces ¿á qué ese silencio?

—Es que pensaba..,

—¿En qué? Habla.

—En que yo he oido ese nombre alguna vez.

—Alguna vez; ¿cuándo? ¿dónde? ¿á qué hora?

—Alguna vez en la playa, ó en Lisboa, ó qué sé yo; pero *me suena*...

—¡Maldicion!... ¿Y para eso me has hecho pasar estos momentos?

—Poco á poco se va á Roma, señor.

Y el marinero seguia pensando.

Y Claudio impacientándose mas y mas.

A no ser por la curiosidad que Herminia le inspiraba, Claudio hubiera terminado aquella escena.

El buen Alonso Piñeiro se dió al fin una recia palmada en la frente, y miró al enamorado jóven de hito en hito.

—¡Mateo! repuso: ¡Mateo! ¿Sabe usted, señor, el apellido del tal Mateo.

—No. Pero como te he dicho, es alto, flaco, pálido, mal carado; mas no por esto supongas que no es un hombre de bien.

El amor de Claudio llegaba hasta el punto de disculpar las bribonadas del Galgo.

—Sí, creo que sí; ese nombre... Y ella ¿cómo se llama?

—¿Quién es ella?

—La señora; la... vamos... la...

—La señora, bien dices. La señora, repitió Claudio con tono imperativo.

—Pues bien; ¿cómo se llama la señora?

—¿Qué te importa?

—¡Voto al diablo! cuando lo pregunto, por algo será, señor.

Tal interés revelaba en aquel momento la voz del marinero, que Claudio no vaciló en contestarle.

—Pues bien, le dijo; se llama Herminia.

—¡Ah! Cuando yo decia... repuso el matelot, lanzando una franca carcajada. Ahora recuerdo...

—¿Qué? ¿qué?...

—Nada... que he sido un torpe en no adivinar la persona por quien me pregunta.

—¿Luego la conoces?

—¡Vaya! Yo no estoy cierto de que la señorita á que me refiero se llama Herminia; pero desde luego le aseguro á usted que el don Mateo que yo conozco es el hombre mas honrado de toda la ciudad.

—¡Es posible!

—Ya lo creo. Todos los dias dice misa en la iglesia de...

—¡Misa!

—¡Quién lo duda! ¡si es sacerdote!...

—¡Oh! ¡Todo es en vano! balbuceó Claudio con desesperacion. ¿Y no conoces á ningun otro del mismo nombre?

—A ningun otro, señor.

—¡Siempre lo mismo! esclamó el jóven con indecible angustia.

Y dando las buenas noches al marinero, se ausentó á buen paso de la playa.

Pensativo, ó mas bien desesperado, llegó á la Fonda de Camoens.



Claudio de San Vicente.

Apenas hubo entrado en su cuarto, se quitó el sombrero, con ánimo de sentarse á descansar, cuando sus ojos se fijaron en una carta colocada sobre la mesa.

Inmediatamente, la idea de que Herminia, noticiosa de su llegada, le escribiera, acudió á su imaginacion.

Claudio rompió el sobre con agitacion; pero cuál no seria su desaliento al encontrarse con el anónimo siguiente:

«Señor don Claudio de San Vicente: Si, como creo, es usted »hombre de corazon, espero que esta noche, á las diez en pun- »to, se encuentre junto al fuerte de Bugio. La persona que »suscribe esta tiene que hacerle revelaciones importantes y »hablarle de cosas que le incumben. El mismo marinero á »quien ha una hora preguntó usted por Herminia, le espera- »rá en el puerto de... Si, como espero, asiste usted á la cita »que le doy, me dirá, para que se sepa quién es, las siguien- »tes palabras: *Doce*, *Bugio*. Lo único que le encargo es que »vaya solo, porque de otra manera no me encontrará.»

La carta iba sin firma.

Claudio la leyó dos, tres veces; y examinó la letra, y la dejó por fin sobre la mesa.

—¿Qué misterio es este? se dijo. Si es de ella, ¿por qué no me escribe de su mano? Pero no, no puede ser... Sin embargo, ¿quién sino Herminia puede citarme de este modo? Yo no recuerdo haber dicho á nadie mi nombre desde que estoy en Lisboa. Además, la persona que me cita, dice ó supone que me ha visto hablar con el matelot, en cuyo caso esta carta debe haber venido ahora mismo. ¡Que me ha visto! ¿Y quién, si en la playa no quedaba nadie cuando me acerqué? ¿Será una infame asechanza? ¿Deberé admitir? Si no es ella... Pero ¡bah!

si es ella, y no voy, me tendrá por cobarde; y si no lo es, mi brazo y mi conciencia responden de... Es comprometido... El corazon me dice... Pero no, el corazon me dice que vaya. Los escrúpulos no sientan bien cuando se invoca el valor... Asistiré.

Claudio se puso á pasear; pero de repente se detuvo y agitó el llamador de la campanilla.

Un mozo se presentó en la habitacion.

—¡Hola, Juan! dijo deteniéndose.

—¿Señor?

—¿Quién ha traido esta carta?

—Como nada me preguntó usted, no he dicho...

—Bien, acaba.

—Pues la ha traido un marinero.

—¿Hace mucho?

—No señor.

—¿Dijo algo?

—Me preguntó por usted, y cuando le dije que no estaba, repuso: «Ya lo sé. Por consiguiente, pon esta carta sobre la mesa de su habitacion. Si te pregunta, le cuentas lo ocurrido, y si no, te callas;» y lo he hecho así.

—Bien está.

El criado salió, y Claudio siguio paseándose con inquietud á lo largo de la estancia.

Sus ojos se volvian de cuando en cuando hacia el relój con una ansiedad febril.

—¡Y solo! balbuceaba recordando las frases de la carta. ¿Quién será el que me propone esta cita misteriosa? ¡Oh, quien quiera que sea, yo le aseguro que no ha de burlarse de mí!

Pasó el tiempo.

El relój marcaba las once.

Claudio tomó el sombrero, y se echó un sobretodo en el brazo por si le alcanzaba la madrugada en el lugar de la cita.

Acto seguido, tiró de uno de los cajones de la mesa; sacó un rewolver, lo cargó, y lo guardó con indiferencia en el bolsillo.

—Ya es hora, dijo.

Y se lanzó á la calle, pensando en el desenlace de aquel misterio que le comenzaba á impacientar.

CAPITULO II.

A orillas del Tajo.

El viento de la noche acababa de repetir doce sonoras campanadas, cuando un bulto dobló la esquina del fuerte de San Julian y adelantó hácia el rio con celeridad.

Al llegar á su orilla se detuvo.

Casi al mismo tiempo, un pequeño barco atracó á la orilla.

De su fondo se levantó una figura.

—*¡Doce, Bugio!* dijo el aparecido aproximándose.

—Adentro, señor, repuso una voz desde la lancha.

—Antes es preciso que yo sepa quién eres.

—¿Teneis miedo?

Claudio saltó sobre la lancha por única respuesta.

En este momento, los rayos de la luna reflejaron sobre el silencioso rio.

Claudio dijo:

—Vamos donde quieras.

La noche estaba serena y silenciosa.

Aquellos dos hombres, esto es, el aparecido y el de la lancha, quedaban como absorbidos por un mismo pensamiento, en la mas profunda reserva.

Claudio, estrañó, no obstante, que la voz del que le hablaba no le era desconocida.

—¿Quién te envia? preguntó al fin Claudio, rompiendo aquel silencio abrumador.

Pero el marinero guardó silencio, y se contentó con hacer mas rápido el movimiento de los remos.

Al cabo de diez minutos de lucha, logró abordar las impetuosas corrientes del caudaloso Tajo.

Entonces soltó los remos sobre la lancha, se levantó rápidamente, y saltó á la orilla.

Claudio saltó despues.

—¿Dónde está el que me espera? preguntó Claudio con serenidad.

—Aquí, señor, dijo con gravedad el marinero.

Y sin esperar respuesta, hizo una seña á Claudio y se dirigió con él bajo los sombríos muros del fuerte de Bugio.

Apenas llegaron, el marinero se sentó tranquilamente sobre un peñasco.

—Descanse usted, señor de San Vicente, dijo con acento tranquilo, porque tenemos mucho que hablar.

Claudio, que por nada se arredraba, sintió miedo esta vez, ante la sangre fria del marinero; pero sobreponiéndose á esta primera impresion, buscó otro peñasco con la vista, lo cual no era difícil por la claridad que la luna esparcia sobre el terreno, y se sentó tambien.

Sin embargo, colocado uno cerca del otro, pero ambos en direccion opuesta, el astro de la noche bañaba el rostro de Claudio, ínterin el de su interlocutor aparecia velado por la mas densa oscuridad.

—Sepamos, dijo Claudio, para qué he sido llamado aquí.

—Señor don Claudio, repuso con voz profunda y triste el marinero; ¿no me ha reconocido usted?

—¡Reconocerte! En verdad que esa voz no me es desconocida... ¿Pero dónde? ¿cuándo? ¿con qué motivo he podido escucharla?

—Yo se lo diré, pues, si me deja hablar cuanto deseo; y si, como espero, llegamos á entendernos, tiempo tendremos para todo. Por ahora, lo único que le suplico es que me perdone, si el deseo de hacer un bien, me induce á causarle por lo pronto un desengaño. Usted, señor de San Vicente, es víctima de una pasion voraz que destroza su alma; y el velo que oculta á sus ojos la verdad, es el que trato de desgarrar en este momento. Antes, sin embargo, de entrar en esta cuestion, debo advertirle, para que no tenga recelo alguno acerca de mí, que yo soy el autor de la carta que ha recibido, y en la cual le daba la cita para este sitio, y no otro, porque aquí, caso de que usted dudase de la veracidad de mis palabras, podria demostrarle prácticamente la verdad. Hace algun tiempo que deseoso de descubrir á Mateo el Galgo y su supuesta hija, llegué á esta capital. Desde entonces, los he buscado para cumplir mi mision, como á usted para orientarle en este asunto, y á Dios gracias, la fortuna ha venido en mi auxilio. De este modo he conseguido saber muchas cosas que habrán de interesarle, y últimamente, la conversacion que he tenido con el

marinero maese Roque, que es un bribon de siete suelas, dispuesto siempre al servicio de quien le paga.

Claudio, que fascinado por el amor de Herminia, creia injusto y aun inícuo cuanto no se referia á realzarla, creyó desde luego que aquella era una asechanza mejor ó peor combinada, pero asechanza al fin, para saber el concepto en que la tenia.

—Sin duda me ama, se dijo, y quiere saber si le correspondo; pero alzando la voz continuó:

—Quien quiera que seas, no consentiré que ni un solo instante prosigas hablando de ese modo é insultando con tu grosera lengua á la que está tan distante de tí, como las estrellas del abismo.

—Esperaba esa contestacion, repuso friamente el marinero; pero á fé, á fé, señor don Claudio, que no será usted del mismo parecer, ni creerá falaces mis palabras cuando le diga el nombre de la persona por quien vengo y á quien con alma y vida me consagro.

—¿Quién?.. ¡habla!.. preguntó Claudio con vehemencia.

—Puesto que tanto empeño tiene usted en saberlo, acabemos de una vez. Mi protector es don Roberto de Alcaraz.

—¡Ah! balbuceó Claudio con alegría, pero dando rienda despues á sus pensamiento continuó:

—¡No me mientas, miserable!

—¡Que miento! ¡Líbreme Dios de ello! ¿Es mentira que está usted locamente apasionado de Herminia? ¿Es mentira que todas las tardes y á todas horas suspira usted por ella, y que no queda un solo marinero á quien no haya preguntado por el objeto de su amor? Pues si no es mentira, señor don Claudio,

¿por qué ha de ser lo que me propongo decir? Yo sé donde vive Herminia, sé lo que hace, lo que piensa, todo; y por eso pretendo, á despecho de su cólera, mostrarle la máscara con que se encubre, y decirle: señor don Claudio, la que usted cree buena, es una infame, indigna de su amor.

Claudio se levantó rápidamente.

—Sí, indigna, porque la mujer que cambia su nombre, es porque oculta su conciencia. Herminia, que ayer se llamaba Herminia, y despues Adela, ya no se llama Herminia, ni Adela, sino Pepita. ¡Oh! ¡Y aún seguirá usted creyendo en ella! Mateo no es ya Mateo, sino don Fernando de Castro.

Claudio quiso replicar, pero no pudo.

—Sí, don Fernando, dijo el marinero, con precipitacion. ¡A saber mañana cómo se llamará! Los criminales mudan de nombre como las culebras de piel; pero á cada cual le llega su San Martin, y á Mateo, Dios mediante, le llegará.

—¡Oh, calla!

—¿Y por qué? ¿Quiere usted saber mas todavía? Pues bien: Herminia, Pepita ó Adelaida, como usted quiera llamarla, ha venido á Lisboa solo por usted.

—¡Es posible!

—Y tanto que no es por usted precisamente, sino por sus millones. Esta fué al menos su primera intencion. Despues, y mientras usted se desesperaba por encontrarla, cambió de rumbo y se dedicó á otro.

Claudio ahogó un gemido en el fondo de su pecho.

—Otro, sí, continuó el marino sin inmutarse: es jóven, rico, independiente y no mal parecido, teniendo además otra escelente cualidad, la cualidad de ser cándido y sencillo.

—¡Imposible! balbuceó Claudio trémulo de indignacion.

—No por cierto, señor: yo he oido, tendido en la barca de maese Roque, la conversacion de los amantes; los he visto cruzar el Tajo dulcemente en amorosos coloquios, y sé mas de lo que á usted le parece.

—¡Mentira, mentira! ¡Y por Dios que vas á pagar cara tu calumnia!

—Bien está; así como así, dijo el marinero, francamente, mi vida vale bien poco, señor.

Y al mismo tiempo se levantó, estendió su índice hácia el rio, y lanzó una fuerte carcajada.

Claudio estaba confundido.

—Señor, señor; Dios viene en mi ayuda, dijo el marinero con una alegría salvaje. ¿Ve usted aquella barca que avanza gallardamente por entre las espumas, iluminada por los rayos de la luna y por el reverbero que trae sobre su quilla?

—Sí, repuso máquinalmente Claudio.

—Pues bien; esa es la barca.

—¿De quien?

—Escúcheme usted.

El marinero se sentó de nuevo.

. . . .

Entre tanto, una lancha, gallarda como una góndola y ligera como un cárabo indio, subia por entre las ondas con suave y acompasado movimiento.

En el centro de esta, vogaban á merced de las juguetonas olas, dos hombres y una mujer.

—¡Cuánta felicidad hallo á tu lado! decia uno de ellos, interin el otro procuraba presentar la quilla á la corrien-

te: estas noches en que tus ojos se posan sobre los mios como la luna sobre el Tajo, son las mas dichosas para mí. ¡Te amo tanto!

—Yo tambien, Luis... solo á tu lado encuentro la ventura que en vano he buscado por el mundo; pero si fueses pobre, si te vieses abandonado de todo el mundo, si fueses desgraciado, te amaria mas.

—¡Qué buena eres, Pepita!

—Es que tu amor resplandece en mi alma y le presta la luz de que carece.

—¡Oh! no digas eso; pero una vez que nuestro amor es inestinguible, hablemos á tu bondadoso padre para que termine nuestra ansiedad. Quiero ser completamente feliz, poseer tu alma como poseo tu amor, y saber que nadie tiene derecho á romper los sagrados vínculos con que debemos unirnos muy en breve.

—Yo tambien lo deseo como tú.

—¡Oh! no tanto. ¡Si vieras cuán breves se deslizan las horas á tu lado! Cuando llega el momento de separarnos, sufro, desespero, y ansío que la aurora siguiente me ilumine para volverte á ver.

Herminia, pues ella era la jóven, posó una ardiente mirada en su interlocutor.

La barca seguia entre tanto avanzando sobre el Tajo.

—Estamos junto al fuerte de Bugio, dijo Herminia con voz clara y vibrante.

—Y algo mas estaremos dentro de un instante, dijo el barquero; porque la corriente va creciendo y las olas que baten la costa no me inspiran confianza.

—¡Cuidado! balbuceó una voz varonil.

La barca viró sobre su izquierda y siguió su rumbo, rozando casi con la orilla del fuerte de Bugio.

—¡Qué imponente es esta fortaleza! dijo Herminia.

Y al dirigir su mirada sobre aquella, creyó ver dos bultos, que, rígidos y silenciosos, permanecian sobre la playa.

Herminia lanzó una ligera esclamacion.

—No hay cuidado, señora, dijo el barquero.

—¡Es que si lo hubiera!... añadió el portugués, disponiéndose á lanzar una bravata.

La esclamacion de Pepita parecia haber sido contestada por un eco doloroso, mientras don Luis se entregaba á sus belicosas ideas.

Pero la barca siguió alejándose hasta perderse de vista.

¡Quién sabe si el alma de Claudio iba detrás!

. . . .

Desde el momento en que Claudio se habia preparado á escuchar al marinero, hasta aquel en que la lancha en que Herminia navegaba habia anclado ante el fuerte de Bugio, puede decirse que no habia pasado tiempo alguno.

Claudio, víctima en tales momentos de un presentimiento horrible, fijó su atencion en los navegantes y reconoció la voz de Herminia en seguida.

—¿Me creerá usted ahora? dijo instantáneamente el marinero.

Claudio quedó silencioso.

—Es ella... ella... que ha dejado á usted por ese, y que plantará al portugués el mejor dia por otro que tenga mas dinero. Esta es la verdad.

—Y dado caso de que sea ella, ¿quién me dice que esto no sea una asechanza infame para hacerme desistir de mi propósito?

—¡Oh! no es capaz de ello, dijo el marinero levantándose, quien invoque el nombre de don Roberto de Alcaraz. Herminia es una miserable, os lo aseguro.

—¡Basta, basta! esclamó con rabia Claudio de San Vicente. Ahora necesito saber quién eres para tomar una resolucion.

—¡Que quién soy! Pues bien; yo soy Saulo de Tebaida.

—No he oido en mi vida ese nombre.

—Entonces le diré á usted otro. Por él puede que me conozca; pero antes...

—Habla.

—Antes necesito que me escuche usted con atencion. Hace algun tiempo que nos vimos frente á frente. Yo pasaba entonces por un gran personaje, y no me desdeñaba de cometer todo género de maldades. Pero ¿á qué recordar el pasado? Yo soy, señor, y esto os bastará, un alma vuelta al sendero del bien por don Roberto de Alcaraz. No me pregunte usted lo que fuí, sino lo que soy. ¡Harto me remuerde por ello la conciencia! Pues bien, si yo le dijera á usted: señor don Claudio, he sido un miserable, pero hoy imploro perdon; le he ofendido, y hoy me encuentro á su servicio; le aborrecia, y hoy le amo... ¿tendria usted piedad de este desgraciado?...

—¿Pero quién eres, quién? balbuceó Claudio, vivamente impresionado.

—Soy Saulo de Tebaida, y era... era...

—¿Quién? Acaba.

—Samuel de Marsan.

—¡Samuel de Marsan! repitió Claudio con un temor que tenia mucho de cólera. ¡Ah! celebro que nos veamos en este sitio, porque así podremos ajustar cuentas atrasadas.

Y diciendo esto, asió á Samuel por la muñeca y lo sacudió violentamente.

—¡Oh! ¡oh! dijo el marinero. ¡No me maltrate usted, porque quiero ser bueno, y lo seré, pese á todos los insultos que me prodigue!

Tal conviccion revelaban las palabras de Samuel, que Claudio lo soltó instantáneamente.

—Así... así... nos entenderemos mucho mejor. ¡Pero por Cristo, que tiene usted los dedos como el hierro! ¡Me ha hecho usted daño, señor!...

Claudio se oprimió la frente con angustia.

Cuanto pasaba era un enigma para él.

—Para que vea usted que no le engaño, dijo Samuel, le contaré á usted mas. ¿Se acuerda usted del señor vizconde de Sádaba? Sí... ya sé que no puede usted olvidarlo... es honrado y usted tambien lo es. Pues bien, señor de San Vicente, él ha recogido parte de la correspondencia que usted sostenia con Herminia, y me la entregó para que me sirviese de resguardo si llegaba esta ocasion. Aquí está.

—¿Dónde?

—Aquí... repitió Samuel, sacando unos papeles de entre su blusa; y por cierto que mucho tiene usted que agradecer al señor vizconde. Él y yo hemos seguido todas las miserables tramas de Herminia y los subterfugios de Mateo... pero no debe estar lejano el dia de la victoria. Ahora bien, señor; ¿qué venganza puedo yo abrigar contra usted, ni qué deseo habia de te-

ner en poner á Herminia en mal lugar? Si hoy, como antes, fuese yo el miserable sicario de Mateo el Galgo, ¿no era mas natural que me limitase á señalarle la casa de Herminia para que cayese usted en el lazo y llevar parte en la ganancia, que citarle para disuadirle, esponiéndome á su rigor? Si le quisiese mal, ¿no he tenido tiempo de asesinarle en la barca y aun aquí mismo? ¿Me obligaba nadie á que le revelase mi nombre verdadero, esponiéndome á su rigor? Todo esto, señor, ¿no revela mi buena fé? Bueno que me disculpara y aun me arrepintiera si usted me hubiese sorprendido, y como antes quisiera ocultar mis maquinaciones; pero hoy ¿no me he presentado voluntariamente?

Claudio guardó una breve pausa como para meditar las razones de Samuel, y despues dijo:

—Bien, yo te perdono y te agradezco condicionalmente este servicio; pero si quieres convencerme de que es cierto cuanto me has dicho, condúceme á la casa de esa mujer.

—Pues bien: mañana á las diez en punto de la noche le esperaré á usted ante los muros de San Julian.

—¿Y por qué no ahora? Yo la he visto, la he oido y...

—Es imposible... Quien tanto ha esperado, bien puede esperar un momento mas. Mañana á las diez vendrá usted disfrazado de marinero, y desfigurado el rostro para que no le pueda reconocer.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Eso corre de mi cuenta; por consiguiente no se hable mas del asunto, y hasta mañana, señor.

Samuel corrió hácia la orilla, saltó en la barca, y ofreció la mano á Claudio, que llegó despues.

Cuando empezó á remar, dijo:

—¡Oh! Déme usted su perdon, porque de otra manera no descansaré.

—El hombre que se arrepiente, es mas heróico á mis ojos que el que nace hombre de bien.

—¡Gracias, señor! No sabe usted el bien que me hace, dijo Samuel ínterin remaba.

Diez minutos despues, Claudio saltaba en tierra.

—Hasta mañana, y gracias, señor; dijo Saulo, poniéndose de pié sobre la lancha.

—Hasta mañana, Samuel.

—¡Oh! ¡no por Dios! ¡no me llame usted así!

—¡Sea como quieras, adios!

Claudio, al decir esto, arrojó su bolsillo en la barca.

Pero Samuel se inclinó rápidamente, lo recogió, saltó á tierra, y aproximándose á Claudio, le dijo:

—Señor, no me haga usted esta ofensa... bastante recompensado me veo con su perdon.

Claudio recogió el bolsillo á la fuerza, y se alejó diciendo:

—Ahora mas que nunca, comprendo que me ha dicho la verdad.



CAPITULO III.

Horas de tormento.

Llegó la hora de la cita.

Claudio fué el primero en acudir al sitio designado; pero le llamó la atencion no ver á nadie en la lancha.

Nada tan lógico como la duda en un corazon que ama con ese ímpetu, con esa fuerza de la juventud.

Claudio dudó en aquel momento de la veracidad de Saulo de Tebaida.

Aquella noche, llena de encantos y de poesía, iba á ser para él la reveladora de una amarga realidad que rechazaba su alma.

El primer efecto que esperimentó Claudio fué una alegría inmensa.

Cuando la incertidumbre conmueve y agita nuestro espíritu, cuando nos afanamos por desenvolver un misterio que nos

preocupa, hay en nuestro sér un espíritu inesplicable que nos obliga á rechazar aquello mismo que codiciamos.

Muchas veces basta romper el sobre de una carta para enterarnos de lo que con tanta impaciencia hemos esperado.

Bajo la débil carpeta se halla la verdad codiciada; un esfuerzo, y aparece ante nuestros ojos. Sin embargo, la mano se detiene, el corazon vacila; nos falta valor para terminar con la incertidumbre, esa calentura del espíritu.

Claudio, pues, no encontrando á Samuel, creyó que todo cuanto le habia dicho de Herminia era una calumnia.

Trascurrieron algunos minutos.

Maquinalmente, Claudio fijó una mirada en el toldo de la góndola.

Colgado á uno de los palos veíase un farol.

Este farol encerraba una luz. Era indudable que aquella luz habia sido encendida por un hombre. ¿Quién podia ser este hombre sino Samuel de Marsan?

Claudio saltó sobre la lancha, y sentándose en el banquillo de popa, se dijo:

—Tal vez me he adelantado algunos minutos; esperemos.

Apenas habia terminado esta frase, cuando distinguió un hombre que se acercaba al embarcadero.

Era Samuel de Marsan.

—De enamorados es el madrugar y acudir antes de tiempo á la cita, dijo Samuel, saltando sobre la lancha, y sentándose al lado de su compañero.

—Si he de ser franco, debo decirle que he dudado algunos momentos de usted, dijo Claudio, estrechando la mano de su amigo.

—Preciso es entonces confesar que no tenia usted mucha razon para ello.

Y Samuel, sacando su relój de oro de debajo de la blusa, enseñó la esfera á Claudio á la luz del farol, diciendo:

—Hasta las diez de la noche no acudirán á este sitio Herminia y don Luis; tenemos media hora de tiempo.

—¿Vendrá con nosotros maese Roque?

—Maese Roque seria un inconveniente, un obstáculo. Para conducir una lancha con la ligereza de una saeta por las tranquilas aguas del Tajo, bastan y sobran dos remeros; y aunque supongo que no será usted una notabilidad en el oficio, procuraremos hacer lo posible para dejar contentos á nuestros parroquianos.

Samuel, al terminar sus palabras, fijó una mirada en Claudio, y le dijo:

—Veo, querido, que ha tomado usted pocas precauciones para que no le conozcan; la luna tiene esta noche una claridad inconveniente, y nuestros planes quedarian frustrados desde el momento en que la Perla de San Lázaro reconociera á su antiguo amante: es preciso, pues, de todo punto que trasforme usted un poco su semblante.

—¿Pero cómo es posible que me reconozca con este traje?

—¡Bah! ¿Cree usted que una blusa de marino, un pantalon de lona y un sombrero de hule, basta para desfigurar á un hombre, hasta el punto de que no le reconozca aquella que iba á llamarle su esposo? Debia usted haberse puesto una barba postiza.

—Sí; pero ahora ya no es tiempo para eso.

—Efectivamente; pero maese Roque tiene aquí un gorro ca-

talan que, calado hasta las orejas, basta y sobra para desfigurar cualquier semblante.

Y Samuel, dirigiéndose á proa, buscó la prenda indicada, y fué á presentársela á Claudio.

San Vicente cambió su sombrero de hule por el gorro catalan.

Samuel buscó un capuchon cubierto de remiendos que maese Roque usaba en las noches de lluvia, é hizo que se lo pusiera.

Estas dos prendas bastaron para trasformar al elegante español en un marinero perfecto.

Mas tranquilo Samuel, volvió á decir:

—Vuelvo á recordar á usted que, oiga lo que oiga, me ha ofrecido portarse con la mayor prudencia; tiempo nos queda para obrar luego segun nos convenga.

—Cumpliré mi palabra.

—Comprendo que exijo mucho, pero es indispensable.

Claudio se encogió de hombros.

Samuel guardó silencio por algunos segundos.

Luego volvió á decir:

—Ellos tienen alquilada esta lancha por lo que queda de luna, es decir, diez noches mas, sin contar esta. Maese Roque es muy aficionado á la Ginebra, y no es del todo difícil hacerle dormir como ha acontecido esta noche. Yo le inspiro confianza; el dia que nos convenga, seremos, como hoy, dueños de la lancha. Es necesario, pues, que no nos precipitemos. El golpe que medito será mas seguro.

—Convengo en ello, y ofrezco nuevamente tener prudencia.

—Eso es menester; pero distingo tres bultos que se acercan al embarcadero.

—¿Serán ellos?

Samuel se puso en pié, y mirando hácia el paseo, dijo:

—Sí, ellos son; puede usted colocarse en el segundo banquillo de proa.

Poco despues, Mateo, don Luis y Herminia llegaban al embarcadero.

Los dos amantes saltaron sobre la lancha, y fueron á ocupar el banco de popa, donde habia dos almohadones.

Mateo se sentó en el centro de la barca.

Este llevaba una pequeña caña de pescar en la mano.

Ninguno de ellos se apercibió de que maese Roque no estaba en la lancha.

Despues era una cosa convenida, y Samuel sabia hácia dónde debia dirigir el rumbo de la lancha.

Comenzó el paseo.

Al principio, el ruido de los remos apagaba la conversacion de los amantes.

Esto era un tormento para Claudio.

Por alguna palabra perdida que llegó á sus oidos, comprendió que hablaban en francés, sin duda para que los barqueros no se enterasen de la conversacion.

En cuanto á Mateo, parecia indiferente.

Claudio llegó á creer que el Galgo se habia dormido.

Mientras tanto, la lancha se dirigia hácia la orilla izquierda del rio.

La luna, llena de poética claridad, brillaba sobre las tranquilas aguas del Tajo.

Era una noche llena de encantos, de armonía.

Aquella calma convidaba á las reflexiones, al amor.

Claudio, desde su banquillo, observaba á los dos amantes, que, como las tórtolas enamoradas, inclinaban las cabezas, la una hácia la otra, trasmitiéndose el perfume de sus almas.

De vez en cuando, San Vicente se llevaba la mano al corazon, que, devorado por el despecho, latia con una violencia espantosa.

¡Oh! verdaderamente aquello era un suplicio.

Además, las palabras de los enamorados jóvenes llegaban á sus oidos como el suave murmurio de un arroyo.

En vano procuraba descifrar ni una frase.

Aquella música del amor era un infierno para el alma de Claudio.

Hubo un momento en que creyó percibir el dulce crujido de un beso.

Alzó la cabeza, y de sus ojos brotaron dos relámpagos de celos.

¿Era el culpable don Luis?

Pero qué importa. El amante desdeñado solo ve en el amante favorecido un ladron que le roba la felicidad, la dicha, las ilusiones.

¡Quién sabe si en aquel momento Claudio creia á Herminia inocente!

¡Pobre corazon humano, viejo caminante de la vida, siempre dispuesto á errar, siempre sujeto al martirio!

Claudio vogaba para aturdirse.

El ruido de los remos, al quebrar la tranquila superficie de las aguas, le era estremadamente grato, pues le evitaba

oir claramente las palabras de amor que se dedicaban los amantes.

Mientras tanto, Mateo dormia ó fingia dormir.

Esto era plan convenido entre Herminia y su cómplice.

La presencia de un padre, las canas de un anciano, siempre contienen á unos jóvenes enamorados.

Mateo dormia, y don Luis daba rienda suelta á las dulces impresiones de su alma.

Además de esto, Claudio pudo escuchar estas palabras, pronunciadas con la entonacion mas viva:

—Mi padre es propenso al sueño. Además, no sabe francés.

Esto dijo Herminia á su amante.

Esto queria decir:

—Habla sin temor; nadie puede ser testigo de nuestras encantadoras nimiedades.

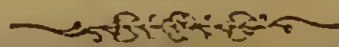
Desde este momento, el amante parecia tener menos reserva, y alzó un poco la voz.

Claudio volvió á llevarse la mano al pecho, porque algunas palabras resonaban como martillazos en su cerebro.

Pero cambiemos de capítulo, para continuar el martirio de Claudio de San Vicente.

Saulo de Tebaida, silencioso, remaba con la indolente frialdad del pobre marinero que se gana el sustento de su familia.

Entre él y Cláudio no habia mediado ni una frase, ni una mirada.



CAPITULO IV.

Amor y celos.

—¡Ah, Luis! ¡cuán lejos me hallaba de comprender la felicidad de amar y ser amada!... Tus palabras levantan dulces ecos en mi alma, estremecen mi sér... Y cuando la luz de tus ojos se confunde con la de los mios... cuando nuestras miradas se encuentran, penetran hasta lo mas recóndito de mi corazon.

Esto dijo Herminia con un acento tan dulce, tan apasionado, que el venturoso don Luis creyó ver entreabierto el paraíso, mientras que Claudio se mordia los labios, preso de la mas horrible desesperacion.

—Repite, amor mio, eternamente, decia el portugués, esas dulces palabras que acaban de brotar de tus labios... La felicidad que ellas me proporcionan, debe ser eterna como esa luna que recorre el cénit y derrama sobre nosotros sus hermosos rayos.

—¿Dudas, acaso, de mi amor?

—¡Oh! si dudara, moriria de pena.

—Entonces...

Y Herminia dirigió una mirada á su amante, llena de ternura.

Verdaderamente, Claudio necesitaba el valor de los mártires para escuchar el diálogo de los dos amantes.

Don Luis volvió á decir:

—Escucha, Pepa: mi ángel tutelar ha querido sin duda que te hallara en mi camino... y cada momento que pasa sin que seas mi esposa, es un tormento para mí. Desde mañana, es preciso que pensemos en nuestra boda.

—Cuidado, amigo mio, repuso Herminia. El matrimonio es una cosa grave, que debe meditarse.

—¡Oh! lo tengo bien pensado, y nada me haria variar de plan.

—¿Y si yo te exigiera, para entregarte mi mano, que abandonaras á Lisboa?

—La abandonaria. El mundo para mí, solo se reduce á tu amor.

—¡Bah!... eso lo dices por galantería.

—Te permito que me cojas la palabra.

—Poco á poco con lo que se ofrece.

—Lo dicho, queda dicho.

—Es que yo quiero vivir en España.

—Viviremos donde tú quieras.

—Conozco que Lisboa es una ciudad muy bonita; pero me gusta mas Madrid.

—Pues bien; sea Madrid nuestro punto de residencia.

—Pero eso causaria graves trastornos á tus intereses.

—No lo creas. Venderé mis fincas y compraremos otras en España, donde tú quieras.

—Preciso será adorarte por tanta condescendencia.

—Con tu amor, quedo de sobra pagado.

Aquí bajaron tanto la voz los amantes, que Claudio no oyó nada.

Trascurrieron algunos minutos.

Solo el débil gemido de la brisa se escuchaba al orear el flotante toldo de la lancha, y la tranquila respiracion de Mateo, que dormia profundamente.

. . . .

A las doce de la noche, la góndola de maese Roque atracó en el embarcadero.

Don Luis, Herminia y Mateo saltaron á tierra.

Claudio y Saulo de Tebaida se quedaron en la lancha.

Sigamos á los amantes y al condescendiente anciano.

Don Luis acompañó hasta la puerta á su amada.

Allí se despidieron.

Mateo y Herminia entraron en casa.

Oigamos el diálogo que poco despues tenian de sobremesa.

—¿Cómo van tus amores? preguntó Mateo.

—Mi novio tiene prisa por casarse.

—¡Santa palabra!

—Necesitamos, pues, arreglar los papeles.

—Lo cual no deja de presentar dificultades.

—Pues, hijo, es preciso vencerlas.

—¡Diantre! Ya lo creo. De lo contrario, nada habíamos alcanzado.

—Lo peor es que no tenemos en Madrid ninguna persona de nuestra confianza.

—Tienes razon; desde el dia que el traidor Samuel de Marsan nos entregó atados de piés y manos al conde de Potes, que perdimos, como por encanto, todos los que bien nos servian. Además, nuestros fondos van agotándose.

—Por lo mismo conviene no perder el tiempo.

—Si yo pudiera ir á España...

—¿Te atreverias?

—¡Toma! ¿Y por qué no, cuando se trata de tu fortuna?

—Y de la tuya.

—Mira, Herminia: puedes no creerme, pero te quiero como si fueras una hija. Solo he amado á una mujer tanto como á tí en este mundo, ya lo sabes; pero esa mujer me despreció el dia que supo que era el objeto de mis afanes, de mis sueños... Despues de todo, preciso es confesar que he sido muy desgraciado. Hoy que siento sobre mi cabeza el frio de las canas, solo dos pasiones calientan mi corazon: el cariño que me inspiras, y el deseo de venganza... Puedes creerme Herminia: sentiria bajar á la tierra sin hundir mi puñal en el pecho del marqués de Marsan, y sin dejar tu porvenir asegurado.

Mateo en aquel momento hablaba con el corazon.

El tigre se habia encariñado con la hiena.

Amaba á Herminia, porque su carácter emprendedor, su genio infernal, le tenia subyugado.

Solo aquella jóven le habia comprendido.

Solo Herminia era capaz de secundar los planes, de unirse á sus infames intrigas.

Era de todo punto indispensable para Mateo que el matri-

monio de la Perla de San Lázaro con don Luis se efectúara.

Todos sus planes estaban basados en la fortuna del portugués.

Primero la boda, se habia dicho; luego mi venganza.

Una dificultad se levantaba para realizar sus deseos: los papeles indispensables en semejantes casos.

Para recogerlos era preciso ir á España, puesto que no contaban con ninguna persona de confianza.

Mateo, prófugo de la cárcel, sentenciado á muerte, arriesgaba mucho; pero Mateo no conocia el miedo.

—Con dinero, dijo despues de una pausa, todo podria conseguirse; pero nuestra fortuna se reduce á tres mil reales.

—¡Tan poco! dijo Herminia...

—¡Bah! el señor conde nos dió ocho mil reales al partir del valle de Potes. ¿Qué quieres que nos quede?

—Si encontráramos la manera decente de que Luis se enterara de nuestras escaseces.

—Es arriesgado pedir dinero á un futuro esposo.

—Eso de ninguna manera.

—Pues entonces...

—Se busca un recurso ingenioso para que él nos obligue á tomarlo.

—Bien, si se encuentra.

—Lo encontraremos.

—Pues manos á la obra.

—Mira, Mateo: la mejor consejera es la almohada. Son las dos de la mañana. Vamos á dormir, y piensa tú, que tambien pensaré yo.

—Tienes razon. Buenas noches.

Y Mateo cogió una lamparilla, y encaminóse á su dormitorio.

Herminia hizo lo mismo.

. . . .

Mientras tanto Claudio y Saulo, que se habian quedado en la barca, tenian el siguiente diálogo.

—Creo, dijo Saulo, que no quedará á usted la menor duda de que Herminia es una mujer despreciable.

—Sí, Saulo, sí. Por segunda vez arranca usted la venda de mis ojos.

—Sea enhorabuena.

—Pero es preciso que esa infame no engañe á nadie mas, y que su miserable cómplice no burle á personas decentes.

—Estamos conformes

—En una palabra: quiero vengarme, porque me ha hecho sufrir mucho.

—Soy del mismo parecer, y nos vengaremos.

—¡Cómo!... Deseo saberlo.

—Nada de precipitaciones: la cosa reclama mucha calma.

—¡Oh! me devora la impaciencia: deseo gozarme en su agonía.

—¿Tiene usted interés en retirarse á la fonda?

—Me es completamente igual.

—De modo que si yo le propusiera que diéramos un paseo por el rio...

—Aceptaria.

—Pues entonces, para que nuestra conversacion no sea escuchada mas que por la luna del cielo y los peces del Tajo, coja usted los remos y vamos á tratar del asunto.

—¿Adónde?

—Allá... al medio del lago; la noche convida.

—Vamos.

Y nuevamente la lancha, empujada por los remeros, se separó de la orilla.

Dos horas despues, tornaban á desembarcar.

Cuando Claudio y Samuel saltaron sobre los escalones del embarcadero, estaban conformes y convenidos en todo cuanto debian hacer.

Ambos se encaminaron hácia la ciudad.

Al separarse, estrechándose las manos, cambiaron estas palabras:

—Hasta mañana á las tres.

—No faltaré.

Y Claudio se dirigió á la Fonda de Camoens, y Saulo de Tebaida á su modesto meson.



CAPITULO V.

A la puerta de la taberna.

Al dia siguiente, á las cuatro de la tarde, Saulo se encontraba en la taberna saboreando la consabida cerveza.

Maese Roque le saludó desde el embarcadero.

Saulo le devolvió el saludo, haciéndole al mismo tiempo seña para que aceptara un vaso de cerveza.

El barquero, como el hombre que se resigna á beber un trago, se encogió de hombros y fué á reunirse con Saulo.

—Buenas tardes, camarada, le dijo Samuel. Supongo que habrás dormido bastante para sacudir el sueño.

—Pero ¿qué diablos hiciste anoche?

—¡Toma! soy buen amigo de mis amigos, y al verte dormido sobre la mesa, fuí á cumplir por tí.

—Te lo agradezco de corazon, porque hubiese sentido faltar á tan buenos parroquianos. ¿Te preguntaron por mí?

—Ni se apercibieron de que tú no estabas en la lancha.

—Los pobres somos como las misas de cuerpo presente.

—Bebe un vaso de cerveza.

—Me disgusta ese brebaje.

—Entonces pide Ginebra ó rom: te convido.

—Acepto; pero permite que te haga una pregunta, porque veo tu rostro muy alegre.

Samuel se sonrió y dijo:

—¡Toma! como que he recibido una buena noticia, ó lo que es lo mismo, he recibido algunos pesos duros.

—¡Ah! ¿te ha venido alguna flota de la India?

—No, de España.

—Lo mismo da para darte la enhorabuena con una copa de rom en la mano.

—Pues sí, querido Roque, se me ha muerto un tio y me ha dejado quinientos duros.

—Hombre, eso es una fortuna.

—Para uno de nosotros, no digo que no.

—¿Y qué piensas hacer de ese dinero? preguntó maese Roque, despues de saborear el primer sorbo de rom.

—En toda la noche he podido dormir.

—El dinero desvela.

—Ya puedes suponerte el alegron, cuando anoche, al llegar á la posada, me encontré con la carta donde me incluian la órden para cobrar los quinientos duros en casa de un rico comerciante de Lisboa.

—¿Y cobraste?

—Sí; y desde que soy dueño de tanto dinero, no tengo tranquilidad.

—Eso es natural.

—Por eso deseo darle colocacion pronto.

—¿En qué piensas emplearlo?

—Te iba á proponer que me vendieras la lancha y la licencia del embarcadero.

Maese Roque sorbió otro trago de rom, quedándose un momento pensativo.

—¿No aceptas mi proposicion? le preguntó Samuel.

—¡Hombre!... con mi lancha gano el pan de mi familia.

—Ya lo supongo; pero tú eres del país y podrás ingeniarte de otro modo.

—¡Bah! Yo solo sé remar: soy marinero.

—Pues bien, te compras otra barca mas grande, y puedes dedicarte á hacer viajes por la costa.

Maese Roque volvió á quedarse pensativo.

Samuel comprendió que no le disgustaba la proposicion.

Un tercer trago dió orígen á esta respuesta.

—Mi mujer, habló maese Roque, me dice muchas veces: —Si tuviéramos alguna fortunilla, pondríamos una tienda de comestibles al por menor, y no llevarias esa vida tan perra que llevas.

—Tu mujer tiene razon: cuando se cumplen los cincuenta años, el marinero que no ha servido de pasto á los tiburones debe dejar el oficio.

—Es una gran verdad.

—¿Con que me vendes la lancha?

—Hombre, no puedo contestarte hasta mañana.

—Entonces, queda aplazada tu contestacion hasta mañana á esta misma hora.

—No faltaré.

Al dia siguiente, Saulo de Tebaida compró la lancha á maese Roque por trescientos duros.

Con el pretesto de calafatearla, la hizo sacar á tierra.

Saulo, con una barrena, un escoplo y una lima, estuvo trabajando en el casco de la lancha por espacio de dos horas.

Antes de la caida de la tarde, la lancha se mecia sobre las aguas del Tajo, anclada en el embarcadero.

Aquella noche, como las anteriores, don Luis, Herminia y Mateo dieron su paseo.

Claudio remaba al lado de Saulo.

Nada habia sospechado el Galgo.

Cuando la enamorada pareja saltó á tierra, los fingidos marineros amarraron la pequeña embarcacion y se encaminaron hácia la ciudad.

Serian las doce de la noche.

Al separarse, se estrecharon las manos, diciendo:

—Mañana por la noche...

—Sí, mañana por la noche; pero conviene que vayan solos.

—Lo cual, preciso es confesar, que es algo difícil.

—Se le exige palabra de honor.

—Entonces nada podemos resolver hasta que se hable con él.

—Es claro.

—Le veré á las diez.

—Espero en la fonda hasta que usted venga.

—No haré falta.

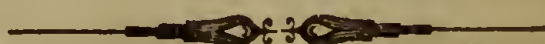
—Adios, pues, amigo mio.

—Hasta mañana.

Y se separaron.

Claudio llegó á la fonda, y dejándose caer en su lecho, pensó en Herminia.

En cuanto á Saulo de Tebaida, antes de acostarse escribió una estensa carta á su protector el conde de Potes, dándole cuenta del estado en que se hallaban sus asuntos.



CAPITULO VI.

Los dos rivales.

A la mañana siguiente, don Luis acababa de almorzar cuando un criado le entró una tarjeta.

Decia así:

«Para un asunto de la mayor importancia se suplica á don »Luis Cordeiro de Redovira y Sousa, conceda una hora de »audiencia á Claudio de San Vicente.»

Don Luis dijo al criado que condujera al salon al caballero de la tarjeta.

Poco despues, Luis y Claudio se encontraban frente á frente.

—Estoy á las órdenes de usted, caballero, dijo el portugués, indicándole una butaca.

—Señor don Luis, dijo Claudio, aceptando el ofrecimiento: el objeto que me conduce á su casa y que me facilita el honor de conocerle, es una mujer.

El portugués, no comprendiendo bien lo que le decia, se sonrió.

—¡Una mujer! dijo.

—Sí, una jóven... una de esas entretenidas ingeniosas que recorren el mundo en busca de un marido que llene por completo su ambicion, y para lograr su objeto no les detiene nada.

Don Luis miró á Claudio con fijeza; pero esta vez no se sonreia.

Claudio, sereno y digno, mantuvo aquella mirada, diciendo:

—Conozco, caballero, que mis palabras causan á usted admiracion; pero me las dicta un sentimiento de honradez, de justicia, pues temo que usted, como yo, sea víctima de una miserable que sabe cubrir sus vicios con el engañoso velo de la falsa modestia. Supongo que habrá usted comprendido que estoy hablando de la jóven española que, con el nombre de Pepita, vive en en los arrabales del rio.

Don Luis se estremeció y se puso densamente pálido.

—Lo que acabo de decir, y mucho mas que aún no he dicho, prosiguió Claudio, no es una calumnia; tengo pruebas, y espero convencer á usted hasta la evidencia mas completa. El que se llama don Fernando Castro y García es un fugado de las cárceles de Madrid; sobre él pesa una sentencia de muerte en garrote vil. La que se llama su hija, es una alumna de la cárcel de San Lázaro de París.

—¡Caballero! repuso el portugués, estremeciéndose. En verdad que no sé cómo tomar las palabras que acaba de dirigirme.

—Usted no me conoce, señor don Luis. No es estraño, por consiguiente, que se admire y dude de lo que acabo de decirle, y eso es natural; hace algunos meses yo me hallaba en la misma situacion que usted, próximo á casarme con Pepita, que entonces se llamaba Adelaida, como antes se habia llamado Herminia. La amaba con todo mi corazon; y dispuesto á hacerla partícipe de mi fortuna y de mi felicidad, creia que se la calumniaba, pero la venda calló de mis ojos, y me convencí que era una mujer perdida...

—¡Las pruebas, caballero, las pruebas! esclamó, temblando de furor, el portugués.

Claudio estaba tranquilo.

Sacó un rollo de papeles del bolsillo de su gaban, y dejándolos sobre el sofá, dijo:

—Aquí están.

Luis fué á colocar la mano sobre aquellos papeles; pero Claudio repuso:

—Un momento, caballero. Antes que usted lea estos periódicos y estas cartas, necesito tener la seguridad de que nos uniremos como buenos hermanos para castigar á la mujer que se ha burlado de nuestra buena fé.

—Si Pepita es culpable, empeño mi palabra de honor de unirme en todo y para todo con usted.

—Ahora puede usted leer; luego le daré conocimiento de mis planes.

Luis comenzó la lectura con avidez.

Despues de los folletines de la *Gaceta de los Tribunales* y las notas de Mateo, que ya conocen nuestros lectores, habia un apéndice de letra de Claudio, que esplicaba la conducta de Her-

minia, desde su aparicion en la tienda de modista de la Carrera de San Gerónimo, hasta su paseo por el lago con su nuevo amante.

De vez en cuando, don Luis suspendia la lectura para dirigir alguna pregunta á Claudio, que este satisfacia.

A las tres de la tarde, el portugués habia terminado; pero el amor se hallaba tan profundamente arraigado en su corazon, que le quedaron algunas dudas.

Entonces Claudio le invitó á que le acompañase á comer, diciéndole:

—Si aún no queda usted satisfecho, le ruego que siga el plan que le indicaré; y si no arrancamos del todo la máscara á esa infame, le autorizo para que me pegue usted un pistoletazo.

—Acepto, dijo don Luis, verdaderamente aturdido por todo lo que acababa de saber.

. . . .

Aquella misma noche, Luis se presentó en casa de Pepita.

El portugués estaba algo mas pálido que de costumbre, pero sereno.

A Herminia le bastó una mirada para comprender que algo pasaba á su amante.

El portugués se sentó á su lado.

—¿Qué tienes? le preguntó Herminia con una voz dulce y sonora, que levantó un eco doloroso en el corazon de su prometido.

—Hoy he recibido una noticia desagradable, respondió el portugués, y desearia que no diéramos el paseo de costumbre porque tengo que hablarte.

—¿Tengo yo por ventura mas voluntad que la tuya? Quedémonos en casa; yo estoy bien donde tú estés. Solo tu compañía es la que ambiciono; pero habla, por Dios: tus palabras me tienen impaciente.

Luis cogió cariñosamente una de las manos de Herminia, y dándole á su voz la mas sentida entonacion que pudo, le dijo:

—Dime: ¿me amarias como ahora, si la desgracia, cayendo sobre mí como un rayo, me empobreciera?

Herminia se estremeció; pero pudo responder precipitadamente:

—Yo solo ambiciono tu amor, y no tu fortuna; tu corazon, y no tu oro.

—Pues bien, me hallo arruinado... Dentro de dos meses tal vez me veré en la precision de abandonar mi palacio, de vender mis caballos, mis carruajes; tal vez tendré que admitir un modesto destino del gobierno, si no quiero verme espuesto á mendigar mi sustento.

—¡Dios mio! esclamó Herminia con sobresalto. ¿Es cierto lo que me dices?

—¡Ah! si así no fuera...

Y Luis fijó una mirada intensa, penetrante, en el rostro de su prometida, deseando descubrir el efecto que sus palabras habian producido.

Herminia estaba pálida, agitada, aturdida; pero aquellas marcadas muestras de malestar, nada revelaban á su amante.

Una noticia tan inesperada conmueve indudablemente al corazon mas bello.

¿Era el interés de la mujer amante ó el de la mujer codicio-

sa y especuladora que ve escaparse de sus manos la fortuna que poco antes le ofrecia un hombre que ella creia rico y le encontraba pobre?

Hé aquí lo que no pudo definir el portugués.

La alarma era natural, la agitacion lógica, la palidez propia de las circunstancias.

El que ama con todo su corazon, está siempre dispuesto á creer en la pureza de aquella que ha logrado interesar vivamente su alma.

Como Herminia guardaba silencio, Luis, separando de su imaginacion los comentarios, volvió á decir de este modo:

—Para reponer mi fortuna, tan rápidamente deshecha, me queda un recurso. Si recurro á él, me veo en la dolorosa necesidad de separarme de tu lado por algunos meses, y esto me aflige casi tanto como la pobreza que me amenaza.

—Pero cuando se trata de rehabilitar un golpe inesperado, ¿qué importa un viaje, Luis mio? dijo algo reanimada la española.

—Debo advertirte que nuestra separacion duraria por lo menos un año.

—¡Un año! repitió Herminia.

—Veo que, como á mí, te parece un siglo.

—¡Pero, Dios mio, en doce meses se puede recorrer el mundo!

—Es que yo tendria que cruzar próximamente dos mil leguas de ida y otras dos mil de vuelta; y si á esto añades el tiempo que emplearé en recoger la herencia de mi tio, creo que no he exagerado nada al decirte que mi viaje duraria un año.

—¿Pero adónde ha muerto tu tio?

—En la India oriental, en la isla de Sincapur.

Herminia se llevó la mano hácia los ojos, como para enjugarse una lágrima.

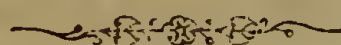
—¡Oh Dios mio! no me aflige el vivir un año separada de tí, porque grabado queda tu nombre en mi corazon, y me bastará cerrar los ojos para verte, dijo Herminia con apasionado acento; pero he oido decir que para llegar á esos países se corren muchos peligros. No, Luis mio, no vayas; no es el temor de la ausencia el que me aflige, es el miedo de perderte.

—Pero quedándome en Lisboa, soy hombre sin porvenir, y el que, como yo, se halla acostumbrado á las comodidades que ofrece una fortuna considerable, se aviene muy mal con la pobreza.

Si Luis hubiera podido ver en aquel momento la lucha violenta que mantenia el corazon de su amada, no hubiera dudado en dar entera fé á las palabras de Claudio de San Vicente; pero el portugués solo veia lágrimas en unos ojos de cielo, y suspiros apasionados en unos labios de coral.

Tentado estuvo de caer de rodillas á los piés de su amada y confesarle la verdad. Tal vez así lo hubiera hecho si Herminia no le hubiera dirigido estas palabras:

—Tienes razon, parte; tú no puedes vivir en la miseria. Parte; yo te esperaré resignada.



CAPITULO VII.

Uno que se va y otro que llega.

Desde aquel momento, el portugués creyó notar cierta contradiccion en la conducta de Herminia.

Lloraban sus ojos, es verdad; pero su acento era tranquilo y resignado.

Cuando en el calor de la conversacion Luis le exigió que le jurara por el recuerdo de su madre que esperaria su regreso para llamarle su esposa, Herminia le contestó:

—Yo te esperaré resignada; pero debo advertirte que, hija obediente de un emigrado que puede de un momento á otro verse en la precision de regresar á su patria, no soy dueña de mi voluntad.

Estas palabras produjeron un efecto horrible en el corazon de Luis.

Las creyó un camino dispuesto para zafarse del compromiso.

Sin embargo, se reservó el mal efecto que le habia causado.

Trascurrieron dos horas, empleadas en protestas amorosas y juramentos de fidelidad.

A las doce de la noche se separaron los dos amantes. Cuando el portugués salió de casa de la española, vió un hombre que se paseaba por la orilla del rio.

Aquel hombre era Claudio.

Los dos jóvenes se cogieron del brazo y se encaminaron á la ciudad.

Al dia siguiente, á esa hora en que el sol se halla á la mitad de su carrera, Luis fué á despedirse de Herminia.

—¿Tan pronto? le dijo esta.

—Es indispensable aprovechar el tiempo; esta noche se hace á la vela un buque, cuyo capitan ha sido compañero mio de colegio, y no quiero perder esta ocasion.

Nuevas protestas, nuevos juramentos mediaron entre los dos amantes.

Mateo se mezcló tambien en la conversacion, demostrando verdadero pesar.

A la caida del sol se separaron.

Luis pidió permiso á don Fernando Castro para depositar el beso de despedida en la frente de su futura esposa, y los labios del portugués tocaron ligeramente el suave cútis de la española.

Luis partió.

Tres horas despues, Herminia y Mateo volvian á despedirse del jóven portugués en uno de los embarcaderos del puerto.

Mas tarde, cuando el Galgo y Herminia se encontraron solos en su casa, tuvieron el siguiente diálogo:

—Preciso es confesar, querida Herminia, que somos muy desgraciados. Hé aquí otro pájaro que voló, dejándonos la cola en la mano.

—¿Si estará escrito que no llegue yo á ser nunca la esposa de un millonario?

—¡Bah! no se deben perder nunca las esperanzas, sobre todo cuando se tiene un rostro de ángel como el tuyo.

—Confiesa, sin embargo, que este golpe ha sido fatal.

—Y tanto, que desde que lo he sabido, no hago otra cosa que darme á los diablos.

—En fin, con tal de que la fortuna del tio pueda sustituir honrosamente á la que perdió el sobrino... dijo Herminia.

—En cuanto á eso, no me cabe duda que será una cosa decente; nadie emprende un viaje á Sincapur para recoger una herencia de cuatro cuartos. Así, pues, no nos queda otro recurso que esperar, si es que no se atraviesa ante nuestro paso algun nuevo pretendiente, porque yo supongo que tú no serás muy adicta á la fidelidad.

—Yo, ni esto, esclamó Herminia, mordiéndose la uña del dedo pulgar y tirando con fuerza la mano hácia afuera.

Al dia siguiente, Mateo, que se preciaba de precavido, y á quien una sospecha habia turbado el sueño durante la noche, se presentó en casa del jóven portugués á preguntar por el señorito.

El criado á quien le dirigió la pregunta, le contestó con el tono mas natural del mundo:

—Pues qué, ¿no sabe usted que se ha marchado á Sincapur?

—¡Cómo! repuso Mateo con admirado acento.

—Pues sí, amigo mio; ayer noche se embarcó en la fragata *Esperanza*, que, segun parece, se dirige hácia aquellas costas.

—¿A qué viene ese viaje tan repentino?

—En secreto, creo que los asuntos del señorito no se hallan en el mejor estado, y trata de reponer su fortuna con este viaje.

Despues de algunas preguntas mas, que el criado satisfizo á pedir de boca, Mateo regresó á su casa.

—Y bien, ¿qué has descubierto? le preguntó Herminia.

—Que desgraciadamente es verdad todo cuanto te ha dicho el portugués.

—Entonces no nos queda otro recurso que resignacion y paciencia.

—Por lo cual, desde mañana volveremos á dedicarnos á pescar en las orillas del Tajo, á ver si otro portugués se enreda en el anzuelo de tus ojos, llevando á cabo el heróico rasgo de salvarme de la muerte, como lo hizo el que á estas horas se dirige hácia la India en busca de una fortuna que tanta falta nos hace.

—¡Dios quiera, repuso Herminia, que tenga una travesía feliz!

—Amen, murmuró Mateo.

. . . .

Dos dias despues, á esa hora en que la brisa de la tarde disipa los calorosos rayos del sol, llamaron á la puerta de la casa de Mateo.

Herminia fué á abrir, y lanzando un grito, cayó desmayada en los brazos de un hombre.

Era Claudio de San Vicente.

Mateo, atraido por el grito de su fingida hija, corrió hácia la puerta.

Nuestros lectores pueden formarse una idea de la agradable sorpresa que recibiria el Galgo viendo aquel grupo.

Herminia fué conducida por Claudio á la habitacion inmediata y depositada en su cama.

Pronto lograron devolverle el sentido.

Claudio, sin embargo, no creyó en aquel desmayo, aunque interiormente confesó que estuvo perfectamente fingido.

Abrió los hermosos ojos la jóven desmayada, y sus labios se entreabieron para pronunciar el nombre de Claudio de la manera mas dulce del mundo.

Claudio se hallaba á su lado, con el traje de camino, mirándola de un modo apasionado.

¿A qué debia atribuirse tres meses de silencio?

¿Por qué sus cartas habian quedado sin respuesta?

Si Claudio se hubiera presentado pocos dias antes, cuando los amores con el portugués se hallaban en su apogeo, Herminia estaba perdida.

Indudablemente, la fortuna se declaraba en su favor, pues le habia arreglado las cosas á gusto de su deseo, como ella misma no hubiera podido arreglarlas.

Claudio á su lado; Luis viajando hácia la India. ¿Qué mas podia desear?

Herminia se desmayó para pensar un momento lo que le acontecia y lo que le tocaba hacer.

—¡Ah! esclamó: por fin te vuelvo á ver, por fin termina mi cruel incertidumbre.

—Perdona, Herminia mia, mi silencio: una enfermedad que

me ha tenido á las puertas de la muerte, ha sido causa de no contestarte. Mi primer pensamiento al abandonarme la fiebre, fuistes tú. Entonces me entregaron algunas cartas tuyas. Mi dolor fué inmenso al leer las fechas. Pero ya estoy á tu lado para no separarme nunca, y solo me resta pedirte perdon por una falta que he cometido contra mi voluntad, y suplicarte que me ames como yo te amo.

Durante la velada, Herminia estuvo loca de contenta.

El Galgo no cabia en sí de gozo.

Los jóvenes hablaron de muchas cosas, haciéndose mil protestas de fidelidad.

Nunca Claudio habia estado mas elocuente, mas tierno, mas enamorado.

Jamás Herminia habia empleado frases mas tiernas, miradas mas seductoras.

La farsa estaba perfectamente representada por ambas partes.

Así es que los dos se engañaron mútuamente, con la única diferencia de que Claudio llevaba una ventaja: la de saber que era engañado; mientras Herminia solo sabia que engañaba.

Despues de mil protestas, se separaron, ofreciendo verse al dia siguiente.

Cuando Claudio salió de casa de Herminia, encaminóse al desembarcadero.

Allí le esperaban dos marineros.

Uno de ellos era Saulo de Tebaida; el otro Luis Cordeiro.

Claudio saltó sobre la barca, que pronto se apartó de la orilla.

Cuando se halló á cincuenta brazas de la ribera, se detuvo;

los marineros dejaron los remos, y reuniéndose los tres en el banquillo de popa, comenzaron á hablar en voz baja.

Lo que se dijeron, se ignora todavía: solo se sabe que la conferencia duró mas de una hora.

Suplicamos á nuestros lectores nos perdonen si no podemos en esta página satisfacer su justa curiosidad.

CAPITULO VIII.

Melodías nocturnas.

Hay alegrías que toda descripcion es pálida para espresarlas.

De este género fué la que esperimentaron Herminia y Mateo.

Cuando se quedaron solos, permanecieron algunos segundos mirándose, como si hubiera brotado á sus piés una fuente de oro.

Todo tiene un término en esta vida, y lo tuvo el silenció de nuestros conocidos.

—Retiro mis palabras, dijo Mateo.

—Yo las mias, repuso Herminia.

—Quejarse de la suerte, seria un sarcasmo digno de castigo.

—Tienes razon.

—Uno se va...

—Y otro viene.

—Pero el que viene, es mejor que el que se va.

—¡Ya lo creo! Como que no tenemos que ocultarle el pasado, porque lo sabe de memoria.

—Cosa que siempre me tenia sobresaltado, porque si el portugués hubiera olido...

—¡Dios nos libre de un portugués irritado!

Mateo soltó una carcajada.

—¡Ah! Bien sabe Dios que si me alegro de la venida de Claudio es por la pazguata de Rosa.

—Yo, por sus seis millones, que serán pronto nuestros; y con esa fortuna podré vengarme de mis enemigos.

—Yo, porque sentia en el alma que me desbancara una tonta.

—¿Sabes que se me ocurre una cosa?

—Dila.

—Ponerle dos velas á San Telmo para que haga naufragar al portugués.

Este rasgo de cinismo hizo reir á Herminia.

—Creo, dijo, que seria mejor pedirle que resucitara á su tio.

—No, no, chica; enemigo muerto no habla.

—¡Bah! Luis no es enemigo nuestro.

—Lo puede ser, que es lo mismo.

—Aquí lo que conviene es abandonar pronto esta tierra, no sea que vuelva el otro.

—Desde mañana comienza á preparar el terreno.

—Descuida; no perderé el tiempo.

Desistimos de describir los planes que en el trascurso de dos horas formaron Mateo y Herminia.

A las dos de la madrugada convinieron que era hora de dormir.

Herminia soñó que se habia casado con Claudio, y que tenia elegantes trajes, ricos caballos y lujosos coches.

A la mañana siguiente se esmeró cuanto pudo en su peinado.

Al medio dia la visitó Claudio.

Nuevas promesas, nuevos juramentos de amor formaron la base de la conversacion.

Claudio celebró mucho la poesía del cielo de Lisboa, los encantos del rio Tajo, cubierto de buques, y dijo á Herminia que alguna noche queria pasear con ella.

Herminia accedió.

Claudio se encargó de buscar la lancha que debia conducirles.

Se aplazó el primer paseo para el dia siguiente.

Todo fué alegría y contento para los amantes.

Claudio habló de casamiento.

Herminia dijo que era indigna de tanta dicha.

Llegó la hora en que debian embarcarse.

La noche estaba hermosa, aunque poco clara, porque la luna se hallaba en menguante.

Herminia, Mateo y Claudio se dirigieron al embarcadero.

Allí les esperaba una lancha con su elegante toldo.

Dos eran los remeros.

Saltaron sobre la frágil barquilla, y comenzó el paseo.

Claudio hablaba en voz bastante alta, mas de lo que exigian las circunstancias.

—¿Te acuerdas, querida Herminia, le dijo, de aquellas noches venturosas que pasaste á la cabecera de mi lecho?... ¡Oh!

Preciso es confesar que te debo la vida. No reconociéndolo así, seria un ingrato.

Insensiblemente, Claudio condujo la conversacion á un punto que obligó á Herminia á recordar toda su vida.

Por ejemplo, le decia:

—Si ellos supieran el daño que me causaron dándome á leer la *Gaceta de los Tribunales*... tengo la seguridad que no lo hubieran hecho... Pero ¿qué me importa tu pasado, cuando te hallo regenerada... pura... por el arrepentimiento?... Lo que yo quiero es tu amor, que casi estoy seguro de poseerlo.

—¿Puedes dudarlo?... Aunque una vida de crímenes me hace indigna de tí, te amo, Claudio... te amo con todo mi corazon... Tu desprecio seria el mayor de los castigos...

Claudio habló del vizconde Raoul, de lord Sponcer, de sir Jorge, de la fingida hija del general Conrado; pero todo con suma maestría, con esquisita delicadeza.

Herminia poco á poco se clavaba en el anzuelo.

Despues le dijo:

—Querida Herminia: ¿quieres complacer uno de mis grandes deseos?

—Todos cuantos gustes. ¿No soy tu esclava?... ¿Tengo yo voluntad propia?

—Pues bien, el silencio de la noche, la tranquilidad del Tajo, la tristeza del cielo que se estiende sobre nuestras cabezas, la armonía de los acompasados remos, todo convida á que cantes uno de aquellos sentidos polos que me hacias oir en otro tiempo.

Herminia dirigió á su amante una mirada llena de amorosa melancolía, y despues de exhalar un profundo suspiro, co-

menzó á ejecutar uno de esos ejercicios de garganta con que dan comienzo los polos andaluces y las sentidas malagueñas.

Hé aquí lo que cantó de una manera irresistible:

Al revolver de una esquina
te ví por primera vez,
y desde entonces te veo
aunque no te quiero ver.
Es mi amor como el roble,
do nace crece,
y echa allí sus raices
hasta que muere.
¡Ay pobrecita de mí,
que he perdido el apetito
y las ganas de dormir!

Los remeros habian suspendido su fatigosa tarea durante la cancion de Herminia, cuyo eco apasionado se llevó por los ámbitos la brisa de la noche.

Al terminar, quedó la barca sin movimiento, y el silencio reinó por un breve espacio.

Nuevamente suplicó Claudio que continuara cantando.

—¡Oh! le dijo: ¡no ceses, por Dios! ¡Tu acento apasionado llena de dulce consuelo mi alma! Canta, Herminia mia, canta.

La Perla de San Lázaro cantó lo siguiente:

Cargadita de esperanzas
entré en tu casa un verano;
pero salí por otoño
muerta por los desengaños.
¡Permita Dios que llores
duelos prolijos,
tan amargos y tantos
como los mios!
Pues no te dueles de mí,
que he perdido el apetito
y las ganas de dormir.

Tornó á perderse el último lamento de la cantora en el espacio, y nuevo silencio reinó en derredor de la lancha.

Herminia envió un suspiro apasionado á su amante, é inclinando la hermosa cabeza sobre el pecho de Claudio, entreabrió los labios como si esperara un beso en recompensa de sus canciones.

En este momento resonó una carcajada homérica en la lancha, que produjo un efecto inarmónico.

Herminia y Mateo levantaron la frente con sorpresa.

Aquella carcajada era producida por Claudio.

La Perla de San Lázaro, no esplicándose tan inesperada salida, preguntó:

—¿A qué viene eso?

Claudio nada respondió; pero uno de los remeros, levantándose de su asiento, acercóse al banquillo de popa, y despues de quitarse un ancho capuchon que le cubria todo el cuerpo, dijo:

—Buenas noches, Pepita, ó Herminia, ó Adela, ó como te llames, puesto que con tanta facilidad mudas de nombre como de amante.

Herminia lanzó un grito de rabia.

Acababa de conocer al portugués don Luis.

Nuevamente habia caido en el lazo.

Matèo, anonadado por tan inesperado golpe, permaneció un segundo sin moverse del sitio que ocupaba.

Mientras tanto, Claudio se reia de un modo histérico. Aquella carcajada tenia algo de terrible: era el eco, el preludio de la venganza.

El Galgo se repuso.

Comprendió que iba á trabarse en la lancha una lucha desesperada.

Midió sus fuerzas, vió tres hombres delante de él; pero sabido es que Mateo se crecia ante el peligro.

De repente se puso en pié, como si hubiera tomado una resolucion enérgica, decidida.

Pero en este instante, se sintió cogido fuertemente por el cuello.

—Mateo, le dijo el hombre que le tenia sujeto: Samuel de Marsan, ó Isidro Roquete, como quieras, te da las buenas noches.

El Galgo lanzó un rugido.

Pero aquel rugido era impotente, como el del leon que ve abrirse de improviso la tierra bajo sus piés y cae en el pozo preparado por el cazador.

Sin embargo, trató de librarse de aquella mano de hierro que le sujetaba.

Pero Samuel, que conocia con qué clase de enemigo tenia que habérselas, y que, como Mateo, profesaba la máxima de que los enemigos muertos son poco temibles, antes de darle tiempo para volverse, hundió un puñal en el pecho del Galgo y le empujó hácia el rio.

Mateo cayó al agua, lanzando un grito horrible.

En este momento, una nube cubrió la poca claridad de la luna.

Samuel volvió á sentarse en el banco, cogió los remos, y comenzo á vogar.

La lancha, con una rapidez increible, se deslizó por las aguas del Tajo, siguiendo á favor de la corriente.

Mientras tanto, Herminia habia caido anonadada entre sus dos amantes Claudio y Luis.

Ni un grito, ni un gemido, ni una palabra se escapó de su boca.

Claudio, á quien el golpe de muerte que acababa de asestar Samuel á Mateo le habia estremecido, volvió la cabeza, y vió un cuerpo que luchaba desesperadamente en la agonía.

Era el Galgo...

CAPITULO IX.

Fuera de combate.

La lancha, con rumbo hácia el Atlántico, cortaba con la quilla las aguas del golfo.

El terror de Herminia era tanto, que se habia arrojado en el fondo de la embarcacion, cubriéndose el rostro con las manos.

Mateo era su apoyo, su ángel malo, su defensor, y Mateo habia caido al Tajo, atravesado el pecho con un puñal.

Claudio y Luis, de pié, con los brazos cruzados, contemplaban en silencio aquella mujer que tan dulces y terribles impresiones habia hecho sentir á sus almas.

En cuanto á Saulo de Tebaida, solo se ocupaba de los remos.

Parecia indiferente al drama que acababa de tener lugar.

Trascurrió como un cuarto de hora.

La lancha se detuvo nuevamente.

Saulo dejó los remos y se puso en pié.

La luna habia desaparecido detrás de espesas y negras nubes.

En aquel momento sublime solo se escuchaba el candencioso murmurio de las aguas que se arrastraban hácia la desembocadura del Atlántico.

Un poco mas lejos distinguíanse confusamente las estensas soledades del mar.

Saulo sacó una linterna sorda, y á su luz miró la esfera de su relój.

—Son las doce menos cuarto, dijo: terminemos.

Estas palabras arrancaron, por decirlo así, de la profunda abstraccion que les dominaba, á Claudio y Luis.

—Sí, dijo San Vicente; tiene usted razon, acabemos; pongamos fuera de combate á esta mujer.

El portugués guardó silencio.

Herminia, que debió oir lo que se hablaba, se incorporó, recobrando la serenidad.

—¿Qué es lo que ustedes intentan? dijo.

—Los jueces, repuso Samuel con gran calma, no dan cuenta á los criminales de sus fallos, hasta despues de pronunciados.

—¡Ah! esclamó con desesperacion: ¿luego se me va á juzgar?

—Tal vez, dijo Claudio.

—Digna hazaña, repuso Herminia, sonriendo con desprecio. Despues de asesinar al único hombre que podia defenderme, solo falta que me asesinen ustedes á mí... ¡Tres hombres para una mujer!... El rasgo no puede ser mas heróico.

Claudio y Luis guardaron silencio.

Samuel, conociendo que las palabras de la Perla de San Lázaro habian producido efecto, dijo:

—Es inútil que usted ataque con sus frases la generosidad de sus amantes. No se trata aquí de matar; se trata de dejar fuera de combate, de destruir sus armas, de hacerle impotente para la lucha. Las armas de usted son su hermosura, y esa va á desaparecer para siempre, ó por mejor decir, va á convertirse lo bello en horrible; lo encantador en repugnante.

—¿Y el encargado de ese prodigio es usted, señor marqués de Marsan? preguntó Herminia con desprecio.

—Sí, yo, en nombre de Raoul, en nombre de lord Sponcer, de la pobre Rosa, del general Conrado y de estos señores, y de todos aquellos á quienes usted ha ofendido. La mujer que se vale de sus encantos físicos para destrozar el corazon de aquellos que tienen la desgracia de tropezar con ella, es digna del castigo, y usted será castigada como merece.

—Digno juez es, por cierto, Isidro Roquete, de Herminia, repuso la jóven; solo siento el papel vergonzoso que representan estos señores.

Y Herminia señaló con la mano á Claudio y á Luis, que durante el anterior diálogo no habian desplegado los labios.

—Yo la perdono todo el mal que me ha hecho, dijo Claudio, despues de una larga pausa. Mi desprecio, y no mi venganza, merece una mujer tan infame.

Herminia se estremeció de rabia.

Claudio fué á sentarse en el banco de proa, demostrando la mayor indiferencia sobre aquel asunto.

Don Luis vaciló un momento; y por último, repitiendo las palabras de San Vicente, fué á reunirse con él.

Saulo de Tebaida permaneció en el mismo sitio.

—Haceis mal, señores, dijo. La clemencia es inútil con las víboras... Creedme... y pongamos fuera de combate á esta jóven, que se está riendo de vuestra generosidad.

—No, no, repitió Claudio; la desprecio.

Samuel volvió á sentarse en el sitio que poco antes ocupaba, diciendo:

—Está bien.

Luego cogió los remos y se encaminó hácia la orilla. Herminia concibió la esperanza de salvarse.

Media hora despues, la lancha se detuvo en una pequeña ensenada próxima á la desembocadura del mar.

Allí se veia anclado un brik-barca.

Antes de atracar la lancha, asomó por las bandas de babor la cabeza de un enorme perro, y se puso á ladrar desaforadamente.

Un hombre se asomó por el mismo sitio, é imponiendo silencio al perro, dijo:

—¿Venís de Levante?

—Sí, y traemos el cargamento para el Sur.

—¿Está averiado?

—No y sí, como quieras, porque de todo hay en la viña de Dios.

—Arriba, pues.

Esto sin duda era una contraseña.

Entonces Samuel se acercó á Herminia, y le dijo:

—Debe usted la vida á estos señores; pero como la lengua de las mujeres es mas temible que el filo de un puñal, me va usted á permitir que le ponga una mordaza.



La Perla de San Lázaro se vió suspendida en el espacio.

Herminia conoció que la resistencia era inútil, y dejó que Samuel le atara un pañuelo en la boca.

Luego, desde la cubierta del buque, tiraron un cable.

Samuel ató por debajo de los brazos á Herminia, y dijo:

—Arría.

La Perla de San Lázaro se vio suspendida en el espacio.

Mientras tanto, Samuel subió por la escalera de cuerda con la agilidad de un grumete.

Ambos desaparecieron juntos detrás de las bandas del buque. Claudio y don Luis se quedaron en la lancha.

Trascurrió una hora.

Un hombre apareció en la banda de babor, y dijo:

—Atracad la lancha.

Claudio obedeció.

Poco despues, Samuel de Marsan se reunia con sus amigos.

—Es asunto concluido: el brik va á levar anclas, dijo.

Y efectivamente, la lancha se separó dél buque, y desde una distancia conveniente pudieron observar la maniobra de levar anclas y desplegar algunas velas.

Una hora despues, el brik *Trinidad* rasgaba las aguas del Atlántico, empujado por una brisa favorable.

¿Adónde iba? ¿Cuál era su rumbo?

¿Qué habia sido de Herminia?

Respetemos por ahora este misterio; y siguiendo la narracion de la fábula que nos ocupa, tal vez un dia llegaremos á descubrirlo.

Es todo lo que podemos decir por ahora.

. . . .

Dos dias despues, en la orilla derecha del Tajo, y no muy

lejos del embarcadero que ya conocen nuestros lectores, se agrupaban algunos curiosos en derredor de un cadáver que las limpias aguas del rio habian arrojado momentos antes sobre la ribera.

Parecia un anciano, y llevaba un puñal clavado en mitad del corazon.

Era indudable que se habia cometido un asesinato.

Los curiosos comentaban el hecho con marcadas muestras de horror.

Sin embargo, nadie conocia al muerto.

Un caballero jóven y elegante, con el rostro perfectamente afeitado, se mezcló entre los curiosos, y despues de fijar con atencion una profunda mirada en el cadáver, preguntó á un marinero qne tenia á su lado:

—Diga usted, buen amigo: ¿qué ha pasado aquí?

—Lo ignoro, caballero. Solo sabemos que hace poco las aguas del rio depositaron sobre la orilla el cadáver que está usted viendo.

—Tiene, segun parece, un puñal clavado en el pecho, volvió á decir el señor.

—Sí, debe haberse cometido un asesinato.

—¡Pobre hombre! Y es viejo.

—¡Vaya si lo es!... Esto debe haber sido una infamia.

—Pero supongo que la justicia...

—Aún no ha parecido, señor.

—¿Pero no se conoce al muerto?

—Nadie da razon de quién sea.

—¡Pobre hombre!

—¡Sí, pobre hombre!

Y el caballero, saludando á su interlocutor, se dirigió á la ciudad.

Si nuestros lectores quieren saber quién era el caballero que con tanta curiosidad preguntaba la historia del cadáver, le diremos que en tiempo de la guerra civil se llamó Isidro Roquete; luego en París y Madrid, Samuel de Marsan; y en Lisboa, Saulo de Tebaida.



LIBRO VIGESIMOPRIMERO.

ENTERRAR A LOS MUERTOS.

CAPITULO I.

El 26 de marzo.

Dirijamos nuevamente á España nuestro pensamiento.

Madrid será por ahora nuestra residencia.

Una mañana del mes de octubre, es decir, algunos dias despues de los últimos acontecimientos narrados en el capítulo anterior, Roberto se hallaba leyendo los periódicos, cuando un criado entró á anunciarle que Saulo de Tebaida esperaba en la antesala.

Roberto recibió con marcadas muestras de placer la llegada de su fiel aliado, y mandó que le hicieran entrar.

Samuel permaneció hablando con el conde por espacio de dos horas.

Le hizo una reseña detallada de todos los acontecimientos ocurridos en las orillas del Tajo.

Cuando llegó al punto en que Mateo, herido, cayó al agua, el conde manifestó un verdadero sentimiento.

—Era incorregible, señor conde, le dijo Saulo; y me he visto en la precision de matarle. Enemigos como el Galgo, no se reconcilian nunca; es preciso ponerles fuera de combate.

Cuando Roberto preguntó por Herminia, Saulo contestó lacónicamente.

—Camina para la India.

—Pero volverá á España.

—Creo que no, repuso sonriendo Saulo. Va bien recomendada, y el capitan del buque en que va á bordo es persona de mi confianza.

Luego volvió á preguntar por Claudio.

—Claudio y don Luis Cordeiro se han hecho tan amigos, que antes de separarse, tal vez para siempre, han querido hacer un viaje á París. Claudio vendrá á España dentro de un mes.

—Estoy satisfecho de usted, Saulo, dijo el conde, puesto que ha contribuido á librar á Claudio de las garras de esa mujer indigna de él; pero todo lo ocurrido debe ser un secreto para todos, y en particular para la pobre Rosa, que espera resignada en el valle de Potes.

Saulo ofreció guardar silencio.

Luego trascurrieron seis meses sin que ocurriera nada que deba mencionarse.

Claudio habia regresado á Madrid, y la amorosa correspondencia que seguia con Rosita, comenzó de nuevo con mas calor, con mas pasion.

En el teatro del Príncipe se habia representado un nuevo drama de Nilo con gran éxito.

Todo era felicidad en casa del conde.

Las reuniones de familia eran cada vez mas agradables, mas poéticas, sobre todo para los jóvenes, que ya comenzaban á hablar del próximo verano, del valle de Potes, de las escursiones matinales por las riberas del río Deva.

Además, habia grandes proyectos que hacian sonrojar á Adela y á Consuelo. Pero no adelantemos la marcha de los acontecimientos; contentándonos con decir que así se hallaban las cosas cuando amaneció en el calendario interminable de los tiempos el dia 26 de marzo de 1848.

Oigamos, antes de entrar en materia, lo que dice un moderno historiador:

«*El 26 de marzo, una porcion considerable del pueblo de Madrid, abrió al anochecer en las calles un combate sangriento con la guarnicion, que duró hasta la una de la madrugada.*

»*Los sublevados armados eran pocos; y faltos de armas y de municiones, tuvieron que retirarse vencidos, pero no domados* (1).»

Lo que quiere decir, querido lector, que la citada noche del 26 de marzo el buen pueblo de Madrid intentó sacudir las cadenas que le oprimian; y como acontece siempre en semejantes casos, echó el cuerpo á la calle, como suele decirse, despreciando su vida, siempre dispuesta á sacrificarse en aras del hermoso templo de la libertad.

Pero como muchas veces suele entre los mortales ponerse en accion aquella fábula que dice:

Dios premia al bueno; pero viene el malo,
le quita el premio y le administra un palo,

sucedió que los generosos hijos de Madrid derramaron su

(1) *Historia de España*, por don Eduardo Chao.—Tomo III, Cap. LXXVII.

sangre inútilmente por las calles, sin lograr su justo y noble objeto.

Desde las primeras horas de la noche se notó gran agitacion por las calles.

Comenzaron las carreras, y se cerraron las tiendas.

Luego la detonacion de un arma de fuego alarmó á los ciudadanos medrosos, y enardeció á los bravos, dando comienzo á la lucha.

Corrió la sangre, se llevaron á cabo rasgos de heróico, aunque poco productivo, valor; en una palabra, sucedió todo lo que es de *ene* en las noches que el pueblo se lanza á las calles en defensa de sus justos derechos.

El conde de Potes se hallaba en casa del general Conrado de Altamira cuando resonaron las primeras descargas.

—¿Ha oido usted, general? preguntó Roberto, fijando su atencion.

—Sí, parece el ruido de una descarga lejana, contestó Conrado.

—Verdaderamente, Europa se halla sobre un volcan... Por todas partes estallan conmociones populares... El descontento es universal.

Los gobiernos deberian, para asegurar su poder, abrir la mano en vez de cerrarla.

Mientras Roberto hacia esta reflexion, Conrado, cumpliendo con su deber, se vestia apresuradamente de militar para presentarse en el Principal.

—Pués qué, ¿piensa usted acudir al Ministerio? le preguntó el conde.

—Es mi deber... Aunque los actos del gobierno no se ha-

llan muy acordes con mis opiniones políticas, tengo la obligacion de ponerme á sus órdenes.

—En ese caso, acompañaré á usted hasta el Principal.

—¿Para qué quiere usted esponerse? Por la Puerta del Sol debe ser el fuego mas nutrido.

Roberto se encogió de hombros.

—La noche está demasiado fria para ir á mi casa por la Ronda. Tengo, pues, precision de atravesar la Puerta del Sol. Además, nada debe temer un ciudadano pacífico.

—Como usted quiera.

Cuando Conrado estuvo vestido, salieron, llegando no con poco riesgo al Principal.

Allí permaneció Roberto como media hora; y luego, abrazando á su amigo Conrado, se dirigió hácia su casa.

El general mandó que le acompañara una pareja de soldados; pero Roberto le dijo:

—Voy mejor solo: gracias, y hasta mañana.

—Adios, querido conde.

Roberto entró en la calle de Alcalá.

Apenas habia andado como unos veinte pasos, observó que un hombre se revolcaba sobre un charco de sangre en la acera: inclinóse con el objeto de prestar algun socorro á aquel desgraciado, á quien, al parecer, una bala habia atravesado el pecho.

—¡Animo!... le dijo el conde. Apóyese usted en mi brazo: tal vez la herida sea leve.

El herido dirigió una mirada de angustia al conde, y le respondió con desfallecido acento:

—Soy hombre muerto... déjeme usted.

Roberto creyó reconocer aquella voz, débil por la falta de sangre. Entonces se inclinó mas para verle mejor el rostro; pero no pudo reconocerle, pues le tenia cubierto de sangre. Solo advirtió que los cabellos y la barba eran enteramente blancos, y que vestia de gaban.

Las canas siempre inspiran veneracion á los hombres honrados.

El conde, comprendiendo que el herido era un anciano, y no hallándose muy distante de aquel sitio su casa, le cogió por debajo de los brazos y logró levantarle.

—¡Vamos!... No debe nunca un hombre desanimarse, le dijo. ¡Valor!... Mi casa no se halla lejos. ¡Quién sabe si aún encontraremos remedio al mal!

El herido posó uno de sus brazos con desfallecimiento sobre el cuello del conde, mientras este le sujetaba por la cintura.

Así comenzaron á caminar con mucha pausa, porque el herido apenas tenia fuerza; tanta era la sangre que brotaba de su pecho.

—Aplíquese usted este pañuelo, volvió á decirle, en la herida, para perder la menor cantidad posible de sangre.

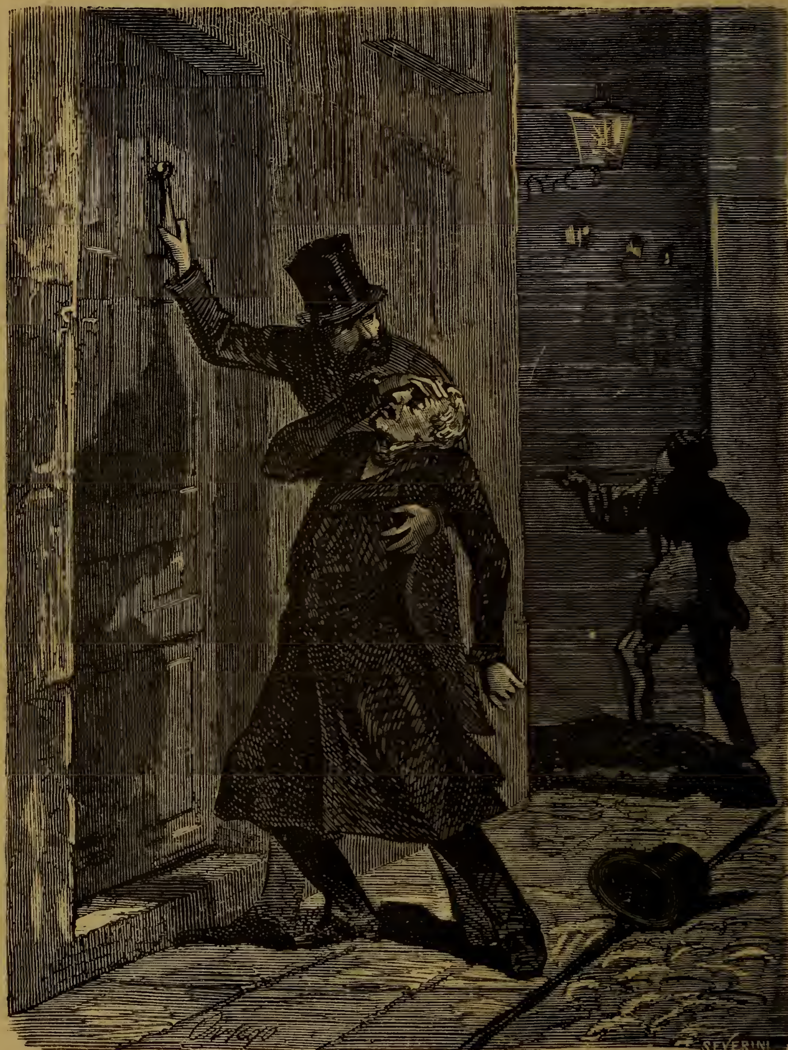
El anciano obedeció.

Mientras tanto, por la parte de la calle del Príncipe y la calle Mayor se oian descargas de fusilería y fuego graneado.

De vez en cuando se escuchaba el lamento de las víctimas y el galope precipitado de los caballos.

Roberto tuvo que refugiarse por dos veces en el quicio de una puerta para no ser atropellado.

Por fin, despues de mil fatigas, manchado de sangre y casi llevando arrastra al herido, llegó á la puerta de su casa.



¡Abrid!... ¡abrid!... Soy yo.....

Estaba cerrada, como todas las de la calle.

Llamó con fuerza.

Inmediatamente, una voz preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

—¡Abrid!... ¡abrid!... soy yo...

En este instante se abrió el balcon.

Doña María, Consuelo y Julio se asomaron.

Al reconocer al conde, exhalaron un grito de alegría.

El postigo se abrió tambien, y el conde, cogiendo en sus brazos al herido, que se habia desmayado, entró en el portal á tiempo que bajaba precipitadamente por la escalera toda su familia.

Mil preguntas iban á brotar de aquellos pechos conmovidos por la ansiedad y la impaciencia; pero al ver al conde manchado de sangre y con un hombre en los brazos que parecia un cadáver, lanzaron un grito de espanto.

—¿Estás herido, Roberto mió? preguntó María.

—¡Padre!... esclamaron á un tiempo Julio y Consuelo.

—No os asusteis: no tengo nada, dijo con precipitacion el conde; pero ayudadme á conducir á este infeliz á una cama. Le he encontrado herido en medio de la acera, he visto que es un anciano, una persona decente, tal vez un sér inofensivo, y no he podido resistir al deseo de prestarle todo el favor que me sea posible.

Como los criados habian acudido, cogieron al anciano y le condujeron á una de las habitaciones del cuarto bajo.

Fué depositado en una cama.

Seguia sin conocimiento.

Doña María, tan pronto como se convenció de que su marido

se hallaba sano y bueno á su lado, se dedicó al servicio del herido.

—Es indispensable un médico.

—Yo iré á buscarle, dijo precipitadamente Julio.

—No; tú no, esclamó doña María, con el natural egoismo de las madres. El criado que se brinde á prestar esa obra de caridad, recibirá una onza de gratificacion.

Uno de los criados dijo:

—Yo voy gratis, señora; pero es probable que el médico no quiera venir, porque en estas noches no mueren solamente los que llevan las armas en la mano.

—El médico es siempre un amigo de la humanidad afligida, y acude á todas horas, sea cúal sea el peligro que pueda correr, adonde le llaman.

—Entonces, voy.

Y salió el criado.

Mientras tanto, la condesa, con incansable solicitud, limpió la sangre del rostro del herido y roció con vinagre inglés las sienes, haciéndole aspirar un frasco de sales.

Cuando el rostro estuvo completamente limpio, los ojos de doña María se fijaron con marcada curiosidad en la cara del herido.

—¡Dios mio! dijo: ó mucho me engaño, ó este infeliz no es otro que el anciano conde de Rabini.

—¡Cómo! esclamó Roberto: ¡ese hombre Cárlos Rasty!

—Sí; á ver, acerca una bujía, Julio.

El jóven obedeció, penetrando en la alcoba con la luz en la mano.

Todos se agruparon alrededor de la cama.

Efectivamente, el herido no era otro que el enemigo irreconciliable de la familia de Roberto de Alcaraz: era Cárlos Rasty, conde de Rabini.

—¡Juicios de Dios! esclamó Roberto.

—Sí, juicios de Dios; y puesto que Dios nos lo envia, recibámosle como un presente que nos hace, y sea desde hoy para nosotros un hermano en lágrimas y miserias.

CAPITULO II.

Bien por mal.

El médico don Casimiro Cruz era uno de esos hombres de bien que se enamoran de la profesion que ejercen, uno de esos séres admirables que contraen una especie de matrimonio con el deber y la rectitud.

Al entrar el criado del conde en casa de don Casimiro, se hallaba este jugando al tute con su mujer muy tranquilamente.

Cuando el estruendo de una descarga llegaba á sus oidos, alzando los ojos de las cartas que tenia en la mano, los fijaba en su consorte, y decia:

—¡Anda!... ¿Has oido?

—Sí, contestaba su esposa.

—¡Parece imposible que los hombres se maten por la política! ¡Pobre humanidad!

—No puedes pensarte lo que me alegro de que tú no seas aficionado á politiquear.

—¡Bah! Yo soy médico, y nada mas. ¡Veinte en oros!

Y tornaban á continuar el juego.

Entró el criado, y dejando las cartas sobre el tapete, le dijo:

—¿De dónde eres tú?

—De casa del señor conde de Potes.

—¡Hombre!... ¿Y qué ocurre?

—A la familia nada; pero don Roberto trajo á un pobre herido, que creo que está muy malo, y la señora condesa me dijo que viniera á avisar á usted.

—Vamos allá, dijo don Casimiro, con el tono mas natural del mundo, con el mismo que hubiera acusado las cuarenta.

Su mujer, viendo que se disponia á salir, le dijo:

—Pero, Casimiro, es una temeridad salir de casa cuando se están matando por esas calles.

El doctor se encogió de hombros, y contestó:

—Si viniera una epidemia á Madrid, y yo, abandonando á los que confian en mi insuficiencia, me fuera á vivir á un pueblo, temiendo la muerte, ¿qué es lo que tú dirias?

—Yo...

La esposa del médico no terminó la frase.

—Dirias con justa razon que al médico que tiene miedo á la muerte, debian quemarle el título y enviarlo á presidio. Así, pues, hija mia, dispensa si no te doy gusto por esta noche, pues mi deber me llama á otra parte. Dame la capa, porque creo que hace frio, y no le quita lo cortés á lo valiente.

Don Casimiro llegó sin ningun contratiempo á casa de los condes.

Reconoció al herido, y sacando el estuche de operar, hizo un gesto poco satisfactorio.

Afortunadamente, el herido permanecia anonadado, y nada pudo ver.

La primera operacion fué la estraccion de la bala, que se habia quedado enclavada en la cuarta costilla del costado derecho.

Despues le puso el vendaje.

Terminadas estas operaciones, indicó el régimen que debia seguirse, y salió de la habitacion.

Roberto le condujo á su despacho, y ofreciéndole una rica breva de rey, le dijo:

—¿Qué opina usted de mi enfermo?

—Todo lo mal posible.

—¿De veras?

—Hay dos circunstancias en contra: la edad, pues el herido debe tener muchos años...

—Sí, mas de sesenta.

—Lo he conocido al estraer un trozo de hueso: es bastante duro, y á esa edad la sangre que se pierde cuesta mucho trabajo recobrarla, si es que se recobra. Además, la herida es grave, muy grave; temo que las pequeñas fracciones de huesos que se han introducido en la carne, y que no puedo estraer, produzcan la gangrena.

—Tendria un vivo interés en que se restableciera.

—¡Toma! Yo tambien. Cuando salvo, ó por mejor decir, cuando la naturaleza de un enfermo grave me ayuda y le saco á flote, me pongo muy contento. No me ha caido nunca la lotería, ni creo que pueda caer á nadie tampoco; pero se me figura que no me habia de alegrar tanto como me alegro salvando á un enfermo de compromiso.

El médico continuó fumando su rico habano y hablando sobre la gravedad de la herida.

De vez en cuando entraba en la alcoba del enfermo, el cual seguia profundamente aletargado.

Entonces, haciendo un gesto poco satisfactorio, tornaba á la sala inmediata, y le decia al conde:

—No me gusta nada. Estoy plenamente convencido que cuando la muerte se presenta en son de guerra y bandera desplegada, no hay poder humano que detenga su terrible marcha. Nosotros somos unos pigmeos que solemos con frecuencia, acosados por el amor propio, creernos unos gigantes; pero la verdad es que no sabemos nada, absolutamente nada. El hombre es muy propenso á practicar aquel célebre versículo del Eclesiastés, que dice: *Vanidad de vanidades*.

A la una de la noche, el médico abandonó la casa del conde.

Roberto comisionó á dos criados de confianza para que velaran y asistieran al herido, siguiendo el régimen indicado por el facultativo.

Luego se retiró.

Al dia siguiente, los habitantes de Madrid, consternados por los acontecimientos de la noche anterior, comentaban con prolijos detalles todo lo ocurrido.

Los muertos fueron enterrados, las tropas permanecieron sobre las armas, se ejecutaron algunas prisiones, y el sol, ese padre universal, que no suspende nunca sus funciones, aunque se desquicie la humanidad, apareció en los cielos bello y esplendoroso.

Oigamos nosotros un diálogo entre la condesa de Potes y su esposo.

—Dime, Roberto: ¿no es verdaderamente providencial que tropezaras anoche con el desgraciado conde de Rabini?

—¡Quién lo duda!

—Sin tu auxilio, indudablemente no existiria. No puedes imaginarte lo contenta que estoy.

—¿Le has visto esta mañana?

—Sí, á las seis.

—¿Y cómo sigue?

—Creo que mejor; al menos observé que dormia profundamente.

—Cuando torne á la vida, cuando sepa dónde se halla, su asombro va á ser grande.

—Todo lo he previsto; y pensando eso mismo, he mandado á los que le asisten que no le digan la verdad.

—Has hecho bien. Podia afectarle, y se halla muy delicado.

—¡Oh! ¡cómo es posible que crea que aquellos á quienes tanto daño ha hecho, son los que hoy le prestan los socorros necesarios en su desgracia!

—Y ahora que me acuerdo, Rasty tiene una hija.

—Cierto.

—¡Pobre señora! Debe estar sobresaltada... Será preciso avisarla.

—¡Qué duda tiene! Pero es una comision que no puede confiársele á un criado. ¿Crees que debo ir yo á buscarla?

—Tanto mejor.

—Entonces voy á mandar que enganchen la berlina.

Y la condesa salió de la habitacion, deseando no retardar por mas tiempo la justa impaciencia que debia esperimentar Luisa por la prolongada ausencia de su padre.

Dos horas despues, Luisa Rasty se hallaba junto á la cabecera de su padre.

La condesa le habia encargado que no le dijera dónde se hallaba.

—Eso puede afectarle; tiempo nos queda para decirle la verdad. Cuando se halle mas fuerte, lo sabrá todo.

Como habia pronosticado el facultativo, la herida de Rasty era grave; debia causarle la muerte.

Al parecer, el herido se hallaba mejor al segundo dia; es decir, la calentura no era tan intensa, dejándole ratos claros, durante los cuales hablaba con su hija, preguntándole todo lo que ignoraba, y en particular, por el hombre que le habia recogido de la calle con no poco riesgo de su vida.

Luisa no pudo guardar silencio por mas tiempo.

—¡Ah, padre mio! le dijo: ¡cuán grande y misteriosa es la Providencia! El hombre que condujo á usted á esta casa, el generoso salvador que despreció su vida por la de su prójimo, no es otro que Roberto de Alcaraz, conde de Potes.

Cárlos exhaló un debil gemido, y murmuró en voz baja:

—¡Roberto! ¡Oh qué vergüenza para mí! ¡Roberto! ¡Él es mas generoso que yo!

Luego se vieron dos lágrimas brotar de sus hundidos ojos; y encerrándose en el mas profundo silencio, permaneció una hora sin responder á las tiernas y solícitas frases que le dirigia su hija.

CAPITULO III.

Un ciego que comienza á ver.

—¡Hija mia! dijo despues de una larga pausa el conde de Rabini: ¡respetemos los fallos de la Providencia... bendigamos á Dios... apartemos los ojos de la tierra para dirigirlos al cielo!

Rasty se detuvo.

Luisa lloraba, y él tambien.

La hija enjugó las lágrimas del padre con tierna solicitud.

—¡He sido un miserable! repuso el conde: ¡he empleado los dias de mi vida corriendo loco tras un fantasma, y Dios me ha castigado! ¡Solo el maldito soplo de la venganza ha calentado mi corazon por espacio de muchos años! ¡Pobre ciego, avanzaba hácia el abismo sin apercibirme de ello! ¡Malgasté las horas de mi existencia, logrando hacerte desgraciada, y viéndome obligado en los últimos momentos de mi vida á recibir de mis enemigos los auxilios que corresponden á la fami–

lia! ¡Ah! ¡mi suerte es justa!... ¡Cada uno ocupa en este mundo el sitio que merece!... ¡Dios me castiga con razon!

—¿Pero á qué vienen esos tristes pensamientos, padre mio? Roberto es generoso; todo lo olvida. ¡Oh! ¡si usted oyera á la noble condesa de Potes con qué afan, con qué tierna solicitud pregunta por usted!... Anoche mismo le decia al facultivo:—Es preciso salvarle: disponga usted de todo cuanto poseemos; pero que el conde de Rabini se vea libre del peligro que le amenaza.

—¿Por qué, pues, no entra á verme para que yo pueda demostrarle mi agradecimiento?

—Doña María se abstiene de penetrar en esta alcoba por un sentimiento de delicadeza; teme que su presencia le sea á usted molesta.

—¡A mí! No, no, Luisa. Yo quiero verles, quiero pedirles perdon por lo mucho que les he ofendido, quiero demostrarles mi agradecimiento; y lo que es ahora, tengo seguridad de que darán entera fé á mi palabras, porque la muerte bate sus invisible alas sobre mi lecho.

—Vamos, padre mio, no quiero que pierda usted las esperanzas: el facultativo es una persona ilustrada, inteligente, y no desconfia...

—¡Ah, pobre Luisa! El facultativo sabe, lo mismo que yo, que mi nombre va á ser borrado muy en breve del gran libro de los vivos... Pero ¿qué importa? Soy muy viejo... el risueño sol de las ilusiones no puede embellecer ya mi existencia... Pobre, sin porvenir, y con el cuerpo inclinado hácia la tierra bajo el peso de mis años, solo un dolor profundo conmueve mi alma, próxima á abandonar la materia... Tú, Luisa de mi vi-

da, que me sacrificaste en otro tiempo las ilusiones de tu juventud; tú, hija de mi corazon, á quien dejo pobre, abandonada sobre esta tierra.

Cárlos Rasty suspendió sus palabras, profundamente conmovido.

El arrepentimiento, ese espíritu misterioso y santo que emana de la infinita bondad de Dios, habia penenetrado en el corazon del conde de Rabini.

El remordimiento, ese gemido doloroso del alma, que mata la felicidad y ahuyenta el sueño, comenzaba á levantar un eco tristísimo en el corazon de Rasty.

Luisa lloraba tambien.

Las palabras de su padre habian traido á su memoria el recuerdo de otro tiempo mas venturoso.

Aquellas dos almas desoladas, aquellos dos corazones afligidos, próximos á separarse para siempre por el soplo de la muerte, vieron pasar entre las sombras dolorosas de su imaginacion, el panorama de sus recuerdos.

Conrado de Altamira: hé aquí la figura que mas de relieve se presentaba en la mente de Luisa.

Conrado de Altamira: hé aquí el nombre grabado indeleblemente en el corazon de la hija de Rasty.

En la primavera de la vida, en los dichosos años en que el corazon es fuego y la mente espuma, durante ese poético período que Dios concede, por su infinita bondad, á todo sér que nace, la dicha y la desventura se abren como dos caminos ante nuestros piés.

Un paso solo basta para arrastrar una existencia de dolor, de lágrimas, de luto.

Un paso solo basta para vivir rodeados de esa felicidad encantadora que lo embellece todo.

Luisa dió ese paso por el sendero del infortunio.

El fruto que recogió fueron lágrimas.

El azote de la desgracia descargó sobre ella terribles golpes.

Cuando quiso retroceder, era tarde.

Lloró, y sus lágrimas no encontraron una mano que las enjugara.

Hizo protestas de arrepentimiento, y sus palabras no fueron creidas.

El hombre cuyo corazon habia destrozado, solo conservaba las cenizas del amor.

Pasaron los años.

Un nuevo acontecimiento hizo que brillara por un instante en su alma la luz benéfica de la esperanza.

La hija que creia muerta, acababa de aparecer en su camino.

Como una flor purísima, enviándole el virginal perfume de su cáliz, le habia dicho:

—Yo puedo ser el lazo que una nuevamente dos corazones que se amaron y me dieron la vida.

Pero ¡ay! esta esperanza se desvaneció como una de esas nubecillas de verano que la brisa de la tarde empuja hácia el mar en la poética hora del crepúsculo.

Pero ¡ay! esta esperanza fué rápida y corta como la misteriosa carrera de una estrella.

Conrado escuchó las súplicas de Luisa; Conrado estrechó contra su corazon á la hija que lloraba perdida, mientras dedicaba á la madre una frase fria, que era la mas completa

manifestacion del resentimiento que aún se abrigaba en su alma.

¿Qué le quedaba, pues, á Luisa?

Llanto en los ojos, luto en el corazon, dolorosa existencia que debia acompañarle hasta el sepulcro, despues de una vida de penalidades y de amargura.

Por otra parte, Luisa era pobre.

La política, ese comercio que enriquece por encanto á algunos, mientras conduce á otros á la miseria, habia causado la ruina de Cárlos Rasty.

Luisa, pues, se iba á encontrar sola, abandonada, desvalida.

Pero debemos decirlo: la fortuna era lo que menos la preocupaba.

Así las cosas, y despues de una pausa en que el conde de Rabini y su hija derramaron abundantes lágrimas, volvió á continuarse el diálogo del modo siguiente:

—Vamos, Luisa, basta de lágrimas, que solo sirven para enternecernos... Cuando las cosas no tienen remedio, es preciso resignarse... Yo lo estoy... La señora condesa no se atreve á entrar en esta habitacion por un sentimiento de delicadeza, segun acabas de decir; pues bien, yo quiero verla, y al conde, y á Conrado tambien.

Luisa miró á su padre.

—Sí, á Conrado... Puesto que yo tengo la culpa de que no seas su esposa, justo es que abdique mi vanidad, mi orgullo, á las puertas de la muerte... Conozco que es muy tarde; pero no importa... Así, pues, diles que quiero verles.

—Esta bien, padre mio.

—Pero ha de ser pronto... porque esto se acaba.

Luisa ahogó un suspiro.

Cárlos volvió á decir:

—Además, quiero ver tambien á mi nieta... Es preciso dejar arreglados todos los asuntos antes de emprender el último viaje.

Luisa besó repetidas veces una mano de su padre, que tenia entre las suyas.

—¡Pobre Luisa!... Verdaderamente he sido muy cruel contigo. Solo á un iluso tan terco como yo, se le ocurre mandarle á una madre que no quiera á su hija... y eso que yo soy padre, y si me hubieran prohibido lo que yo te prohibia...

Luisa, sin que el conde terminara la frase, prorumpió en amargo lloro.

—Ya he dicho que no quiero lágrimas, repuso. Debo y quiero pagar; pero te lo vuelvo á repetir, que vengan pronto... porque mis horas son contadas, y no quiero morir sin descargar antes la conciencia del peso que la abruma.

Luisa pidió permiso á su padre para salir de la habitacion, con el objeto de comunicar sus deseos á los condes de Potes.

—Vé, hija mia, le dijo, vé, y procura inclinarles en favor mio.

—Creo que lo están. La condesa no aborrece á nadie; es el ángel de la clemencia.

Poco despues, Luisa, con las lágrimas en los ojos, referia á los condes todo cuanto su padre le habia dicho.

Al terminar la conferencia, el conde de Potes escribió al general Conrado esta carta.

«Querido general: Hace dos dias que no nos vemos. Puesto »que Madrid se halla tranquilo, espero que esta noche vendrá

»usted con su querida hija Adela á pasar la velada con nos-»otros.—Suyo, *Roberto.*»

Luisa agradeció esta carta con una mirada.

—¡Oh! ¡si él viniera!... dijo.

—Vendrá, señora, repuso el conde.

—¡Si él perdonara!... repitió Luisa.

—El perdon es patrimonio de las almas generosas, dijo la condesa. No desconfiemos.

CAPITULO IV.

Preparar el terreno.

Conrado acudió á la cita.

Adela y don Máximo le acompañaron.

Dejemos á Adela conversando con la alegría natural de la juventud con su amiga Consuelo, y vamos á encontrar en el despacho del conde al general Conrado.

Acababan de dar las ocho de la noche.

Sobre un velador humeaban dos tazas de café.

Los dos amigos fumaban y hablaban, saboreando de vez en cuando el rico moka.

—Puesto que nos hallamos solos, vamos á hablar algo de provecho, dijo el conde.

—Lo cual me indica que esta cita tenia un objeto.

—Para qué negarlo... Tengo en mi casa un huésped por el que me intereso vivamente.

—¿Samuel de Marsan, sin duda?

—No; Samuel, ó Saulo, como le llamamos ahora, y como él mismo quiere que se le llame, sigue viviendo en su modesto sotabanco y emplea su tiempo en buscar pobres y desgraciados que luego ofrece á mi mujer, cuyo cariño por los desheredados raya en monomanía.

—Admirable virtud la de doña María, repuso el general.

—Sí, es un ángel: goza haciendo bien; yo no me opongo. Pero volviendo á mi huésped, tengo una peticion que dirigir, en su nombre, al general Conrado.

—Luego le conozco.

—Mucho: se trata nada menos que del conde de Rabini.

—¡Cómo! ¿Rasty en esta casa?...

—Ahí verá usted, amigo mio... Casualidades inverosímiles de la vida.

—Sí, por cierto.

Aquí el conde de Potes contó al general Conrado el modo como encontró al anciano Rasty, y el deseo que el herido demostraba por reunir en derredor de su cama á todos aquellos á quienes habia ofendido.

Cuando Roberto terminó el relato, quedóse el general algunos segundos sin saber qué contestar.

—¿Es usted rencoroso, Conrado? le preguntó Alcaraz.

—En otros tiempos, Rasty mató la mas querida ilusion de mi alma.

—¿Y no podria renacer esa esperanza?

—Imposible. El amor que se convierte en cenizas á los veinte años... no es fácil que vuelva á brotar firme y lozano en el pecho del hombre que cumplió los cuarenta.

—¡Bah! A los cuarenta años, un hombre robusto como usted comienza á vivir.

—O lo que es lo mismo, á engordar, repuso el general sonriendo.

—Vamos, vamos, general; usted sin duda olvida que tiene una hija encantadora, que Luisa es su madre, y que Cárlos Rasty es su abuelo.

—Lo tengo muy presente, amigo Alcaraz...

—Entonces deben olvidarse pasados resentimientos. El conde de Rabini se halla á las puertas de la muerte; su arrepentimiento es sincero, y en situaciones tan críticas, el hombre generoso lo olvida todo.

El general guardó silencio.

Roberto, comprendiendo que convenia preparar el terreno para la entrevista primera, continuó de este modo:

—¡Si usted oyera á Rasty llorar los estravíos de su orgullo!... Verdaderamente da compasion. El pobre anciano quisiera borrar con sus lágrimas la historia de su vida. Yo mismo, que tanto daño he recibido de él, he llegado á tenerle lástima; y lo que es mas, creo que le quiero como á un buen amigo. Lo mismo le sucederá á usted cuando le vea. Es otro hombre. En cuanto á Luisa, comprendo el abismo que la separa de usted; pero Dios ha querido que sobre ese abismo se coloque un puente para que ustedes se unan. Ese puente es Adela; esa hermosa flor que brota en el camino de la vida para perfumar un corazon herido por los desengaños.

Conrado se hallaba conmovido oyendo las palabras del conde.

—Yo creo, querido, continuó Roberto, que aunque no sea mas que por consideraciones á la virtuosa Adela, se halla us-

ted en la necesidad de perdonar. La pobre niña sabe que tiene una madre, la conoce, la quiere, porque de ella recibe muestras de cariño. Sin embargo, á pesar de su inocencia, de su candor, le estraña que su madre no viva con ella, y no se esplica cómo es que la visita tan de tarde en tarde. Además de estas razones poderosas, tenemos otras para lo porvenir. Supongamos que Adela tiene mañana un pretendiente que desea conducirla al altar. El general Conrado se verá en la precision de confesar, con desdoro de su hija, que no es de legítimo matrimonio. Esto, siempre es desagradable.

—Comprendo las poderosas razones que usted alega para convencerme, dijo Conrado; pero yo tengo otras para rechazarlas.

—Otras, que indudablemente no podrán ponerse en competencia con las mias, y que carecerán de verdadera base por ser hijas del resentimiento, del despecho. Pero dejemos la conclusion de este debate para otro dia, y puesto que hemos tomado café, vamos á hacer una visita al herido.

Conrado se conmovió ligeramente; pero Roberto le cogió del brazo, y le condujo á la habitacion que ocupaba Cárlos Rasty.

Luisa se hallaba sentada junto al lecho de su padre; pero apenas les vió entrar, conociendo que allí estaba demás, saludó y salió de la habitacion.

Al llegar á la sala inmediata, vió pasar por un corredor á doña María.

—¡Condesa! ¡condesa! le dijo.

Doña María fué al encuentro de Luisa.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—Conrado se halla hablando con mi padre. ¡Si usted fuera

tan buena que me permitiera hablar unos instantes con mi hija! ¡Hace tantos dias que no la he visto!...

La condesa sintió aquellas palabras que le dirigia una madre, resonar amorosa y tristemente en su corazon.

—¿Y por qué no, querida? le dijo. Pero este no es el sitio mas á propósito; venga usted conmigo.

Doña María condujo á Luisa á su gabinete.

—Espéreme usted, le dijo; pronto vuelvo.

Luisa se dejó caer en un sillon, y esperó.

Algunos minutos despues, entraba Adela; y viendo á Luisa con los ojos llenos de lágrimas, corrió á abrazarla, diciendo:

—¡Ah! ¡es usted, madre mia!

Aquel tierno abrazo duró algunos segundos.

Por fin, Luisa separó dulcemente de su pecho á su hija, y sentándola á su lado en un sofá, la cubrió el rostro de besos, diciéndole:

—Escucha, hija mia, lo que va á revelarte una madre desgraciada; y no olvides que tal vez de la revelacion que voy á hacerte, dependa la felicidad de mi vida, porque tú puedes ser para mí el ángel de salvacion.

Dejemos á la madre, confiando sus dolores en el corazon de su hija; y retrocediendo algunas líneas, vamos á encontrar á Conrado y Roberto, que acaban de penetrar en la habitacion del anciano conde de Rabini.

CAPITULO V.

Perdon.

Cárlos Rasty quiso incorporarse al ver á Conrado de Altamira y Roberto de Alcaraz junto á su lecho.

El conde de Potes puso una mano sobre la frente del anciano, indicándole que no se moviera.

Cárlos exhaló un suspiro, y volvió á dejar caer la cabeza sobre las almohadas.

Tenia delante á los dos hombres que mas habia odiado en su vida, á los que con mas ensañamiento habia perseguido durante su existencia.

Su mayor gozo, su mas profunda alegría, su placer mas intenso, hubiera sido pulverizarlos.

Pero el fuego de las pasiones, la locura del rencor, habia dejado su vez al frio de las canas, á la tranquilidad de la reflexion, al grito terrible del remordimiento.

Su conciencia se levantaba para aconsejarle la humildad y la contricion.

Para que este cambio se operara, fué preciso que sintiera el frio de la muerte en el corazon.

Habia llegado la hora: era preciso hablar, y le tocaba á él.

Así lo comprendió, y así lo hizo.

—Gracias, señores, dijo: veo que los corazones generosos se hallan siempre dispuestos al perdon.

Conrado guardó silencio.

Cárlos Rasty, débil por la pérdida de sangre, y conmovido además por la presencia de aquellos hombres que le recordaban su pasado, pronunció las anteriores palabras con voz desfallecida.

Roberto habló de este modo:

—El señor conde de Rabini nos honra mucho al calificarnos de ese modo, y nosotros no podemos menos de agradecerle sus apreciaciones. Huésped mio, dueño es de mi casa y de cuanto valgo. ¡Así Dios quiera escuchar mis ruegos y devolverle la salud, para demostrarle que yo le miro desde el momento que cruzó los dinteles de mi puerta, como á uno de mis mejores amigos, como á uno de mi familia!

Estas palabras produjeron tanto efecto al anciano conde, que se llevó las manos á los ojos para enjugarse las abundantes lágrimas que le cegaban.

Conrado, á pesar de hallarse vivamente conmovido, guardó silencio.

—Señor de Alcaraz, dijo entre sollozos Rasty: es usted mas generoso que yo... Dios quiere concederme este consuelo en la hora de mi muerte, que no tardará en sonar. Al borde de la

tumba, el hombre recuerda el mal que ha causado á sus semejantes, y el remordimiento martiriza el espíritu de un modo cruel. La venganza de los buenos se halla en la conciencia sobresaltada de los malos. El arrepentimiento aconseja la humildad, y da fuerzas para abrigarla en el alma. Yo pido perdon de todo el daño que haya podido causarles, y espero resignado el castigo que se me imponga.

—Vamos, señor conde, el pasado debe relegarse al olvido. Aquí lo que conviene, es no desanimarse y vivir, dijo Roberto.

—¡Vivir!... ¡Imposible! La muerte se ha filtrado en mi cuerpo con el plomo homicida; pero ¿qué importa que la encina carcomida caiga y muera?... Ella ha cumplido su mision mala ó buena sobre la tierra... Dejadla que termine, dejadla que descanse... ¡Dichosa la encina que, al morir, mira brotar á su lado el tierno retoño!... Yo muero como la palmera del desierto, sin dejar nada detrás de mí.

—¿Olvida usted á su hija? le dijo Roberto.

—¡Ah, sí, Luisa!... ¡Pobre mártir!... ¡Qué bien ha hecho usted en recordármela, señor conde, en presencia del general Conrado, que, mudo, silencioso, escucha mis palabras, dudando tal vez de ellas!... Es justo... yo le he hecho sufrir mucho... pero Luisa es inocente... Su único delito ha sido ser una hija obediente... porque ella amaba á Conrado con toda su alma, con todo su corazon... Yo le prohibí ese amor: fuí un miserable... un tirano... un verdugo de la felicidad de mi hija... Caiga, pues, sobre mi cabeza, abrumada por los remordimientos, la cólera del justo... Pero téngase al menos un poco de clemencia á la pobre madre que lo sacrificó todo por com-

placer al que debia su existencia... Si Luisa fué mala amante, en cambio fué una hija modelo. Pesadas estas dos condiciones en una balanza, decida el justo, y arroje el limpio sobre el culpable la primera piedra, como dijo el Galileo.

Rasty se detuvo; faltábale el aliento para continuar.

Sus palabras respiraban verdadero arrepentimiento, inspiradas por la conciencia; nacian del fondo de su alma, llevando la persuasion á los que las escuchaban.

El conde de Potes dirigió una mirada al general, que tenia algo de súplica.

Despues de un momento de lucha, Conrado tendió una mano al moribundo.

El anciano se apoderó de ella, y la llevó á sus labios.

—¿Luego usted me perdona? dijo.

—Sí; todo lo olvido, todo lo perdono.

Rasty lloraba como un niño.

Tambien se humedecieron los ojos de Roberto y Conrado.

—¡Ahora, esclamó Rasty, moriré tranquilo! ¡Mi pobre Luisa tendrá sobre la tierra un protector! ¿No es verdad, general?

Conrado, que con respecto á su primer amor, nada se atrevia á contestar, hizo solamente un movimiento de aprobacion.

En este momento se abrió la puerta de la habitacion, y se presentaron la condesa y Luisa.

Conrado se estremeció.

Rasty, estendiendo los brazos hácia su hija, murmuró en voz baja una frase que no fué oida por nadie.

—General, dijo doña María: el que perdona al padre, debe perdonar á la hija.

Y Luisa cayó de rodillas á los piés de Conrado.

Conrado vaciló un momento.

La mujer á quien tanto habia amado, la madre de su hija, esperaba resignada la sentencia.

Por do quiera que dirigia los ojos, encontraba miradas suplicantes.

Para resistir, preciso hubiera sido tener un corazon de roca.

Conrado se inclinó, y dando una mano á Luisa, dijo:

—Levante usted, señora; ningun rencor queda en mi corazon para aquella que tanto daño me causó en otro tiempo.

Y diciendo esto, salió de la habitacion.

Luisa, exhalando un grito, corrió al lecho donde estaba su padre, esclamando:

—¡Oh! el corazon me dice que he perdido para siempre su amor.

—Todavía no, Luisa, dijo la condesa: usted es madre, y Adela es un ángel; no debemos perder la esperanza, no debemos dejar morir la fé en nuestro corazon.

. . . .

. . . .

A la noche siguiente, Cárlos Rasty dejó de existir, rodeado de sus enemigos, que fueron para él verdaderos hermanos.

Roberto cerró sus ojos.

Doña María permaneció media hora arrodillada á los piés de la cama, rezando por el alma de aquel hombre que tanto daño le habia hecho.

A Luisa se le señaló una habitacion en la casa.

—Desde hoy, le dijo la condesa, será usted mi hermana.

El entierro del conde fué lujoso, y asimismo el panteon donde se depositó su cadáver.

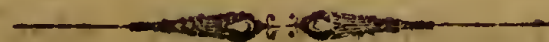
Roberto de Alcaraz cumplió fielmente el juramento hecho en los barrancos de Reinosa.

Por otra parte, sus dos grandes enemigos, Rasty y el Galgo, habian dejado de existir.

Ya era tiempo.

Para Roberto, pues, habia comenzado esa edad en que el hombre necesita el descanso y el halago de la familia.

Habia cumplido cuarenta y seis años.



CAPITULO VI.

La buena hija.

Trascurrieron quince dias.

Una mañana, Adela, vestida de luto, entró en el despacho de su padre.

—Buenos dias, padre mio, le dijo, dándole un beso en la frente.

—Buenos los tengas, hija mia; siéntate á mi lado, ya que tengo el gusto de verte tan temprano.

—Sentiria molestar á usted.

—Tú no puedes molestarme nunca.

—Sin embargo, si usted tiene que hacer...

—Nada absolutamente.

—Entonces me quedo.

Y Adela, despues de sentarse, se quedó mirando á su padre.

Conrado comprendió que tenia que decirle algo, y cogiéndola una mano, le habló de este modo:

—Leo en tus ojos, querida Adela, que tienes que decirme algo.

La jóven se ruborizó.

—¡Hola! He acertado.

—Sí, dijo sonriendo, tengo que decirle á usted muchas cosas.

—Pues comienza por la que mas te interese.

—Es que tengo cierta cortedad...

—¿Tan grave es el asunto?

—¡Oh! mucho.

—¿De qué se trata?

—De Julio, dijo precipitadamente la jóven, y como viendo un modo de conducir la conversacion adonde queria.

Conrado se sonrió, pues no era estraño al amor que se profesaban los dos jóvenes.

—¡Ah! dijo; siendo cosa de Julio, debe ser de la mayor importancia para tí.

Adela se ruborizó mas de lo que estaba.

Sus mejillas tomaron un color de rosa tan subido, que el general se vió en en la necesidad de tranquilizarla.

—No veo motivo para que te pongas colorada. ¿No te inspiro confianza?

—¡Oh, sí! Pero...

Adela hizo una pausa.

—Vamos, dime todo lo que quieras; te prometo la mayor tolerancia.

Adela miró á su padre, y entreabriendo los hermosos labios para dar paso á una sonrisa, dijo por fin con inseguro acento:

—Pues bien, Julio me ha dicho que me ama.

El general se sonrió.

—Eso hace tiempo que yo lo sabia.

—¡Cómo! ¿Usted?

—¡Toma! Y tú tambien.

—¡Yo!

—Sí, tú.

—Pues Julio nada me habia dicho hasta ayer por la noche.

—No siempre se dicen las cosas... A veces se espresan mejor con los ojos que con la palabra; pero prosigue: te escucho.

—Pues bien, Julio me ha dicho que me ama, y que rogará á su madre que pida mi mano á usted, padre mio... Porque Julio concluye la carrera este año, y dice que quiere casarse.

—¡Casarse cuando apenas tiene veinte años!

—¿Y eso qué importa?

—¡Oh! nada absolutamente, repuso el general; pero creo que es muy jóven.

—Es muy juicioso.

—¡Ah! pues entonces...

—Está claro.

Conrado no se rió con toda la boca, como suele decirse, por no desorientar á su hija, cuyo candor le hacia suma gracia.

—De modo, dijo, que tú vienes á pedirme el consentimiento.

—Antes de que Julio dé el paso que proyecta con su madre, desearíamos saber si usted está conforme con nuestra union.

—Puedes decirle que por mi parte no ha de encontrar obstáculo alguno.

Adela se estremeció de placer.

De buena gana hubiera dado un segundo beso á su padre; pero eso hubiera sido demostrar muy claramente su alegría, y se abstuvo, porque la reserva es innata en la mujer. Mas preciso era decir algo en agradecimiento de tan apetecida concesion.

—Estoy segura de que Julio se pondrá muy contento cuando le diga que usted le da el consentimiento, dijo.

—Lo creo un buen partido; y además de las prendas que en tu amante reconozco, soy íntimo amigo de sus padres.

—¡Ah! me olvidaba decir á usted que Consuelo, Rosa y yo tenemos un pensamiento.

—¿Y qué pensamiento es ese?

—Casarnos las tres en un mismo dia, este verano, en la villa de Potes.

Conrado soltó una carcajada.

—Qué, ¿no le parece á usted eso bien pensado?

—Perfectamente, hija mia; y sobre todo, económico.

—¡Bah! no crea usted que es la economía la que nos ha sugerido ese pensamiento.

—Ya lo supongo; á vuestra edad se piensa poco en lo porvenir: la vida y sus encantos se reducen al presente; pero sepamos quién es el novio de Consuelo.

—¡Toma! ¿no lo sabe usted?

—No, al menos oficialmente.

—Es el vizconde Nilo de Sádaba.

—No tiene mala eleccion; pero creo que Nilo es pobre.

—Eso no importa; se quieren mucho.

—Tienes razon. ¡Quién piensa en la fortuna cuando se tiene el corazon rico en ilusiones!

—En cuanto al novio de Rosa, es Claudio de San Vicente

—Vamos, ese ya es otra cosa.

—De modo que por usted... volvió á repetir Adela.

—Por mí, podeis casaros cuando os dé la gana.

Aquí, Adela dió otro beso á su padre, y mirándole con tierna espresion, le dijo:

—¿Se va usted á ofender?

—¿Por qué, hija mia?

—¡Toma! por lo que voy á decirle.

—No puedo responder á esa pregunta; pero casi te aseguro, que será muy difícil que me enfade contigo.

—Vamos á ver: ¿no le gustaria á usted que en vez de tres bodas, se celebraran cuatro? dijo Adela, despues de una corta suspension.

—¿Una boda mas?

—Sí; una pobre madre, en cuyos ojos no se agotan nunca las lágrimas, y en cuyo corazon no existe la alegría.

Adela, para decir las anteriores palabras, habia cambiado de entonacion.

Notábase en su voz algo que conmovia el alma.

Su acento era una súplica llena de ternura, de amor filial.

Doña María le habia dicho:

—Tú sola puedes devolverle la felicidad á tu madre.

Esta frase le bastó á Adela para comprender su deber, para aceptar la difícil mision que se le confiaba.

Conrado estaba muy lejos de esperar semejante peticion de su hija. Así es que, por un momento, permaneció desorientado.

Adela, aprovechándose de este instante, continuó:

—¿Podria yo ser feliz viendo desgraciada á mi madre? ¡Oh!

no, padre mio, no... Usted no puede rechazar á aquella que me llevó en sus entrañas, y consentirá al fin en admitirla por esposa.

—Adela, te ruego que no hablemos de ese asunto, dijo Conrado confundido.

—Pues bien, entonces diré á Julio que no pida mi mano, porque yo solo me casaré cuando se case mi madre. Ahora, padre mio, solo me resta pedirle á usted perdon si le he ofendido, y suplicarle me permita retirarme.

Conrado deseaba quedarse solo, y dando un beso á su hija, le dijo:

—Piensa bien lo que acabas de decirme, y no olvides que basta un momento para matar la dicha de toda la vida.

Adela salió del despacho de su padre.

Conrado, por espacio de una hora, permaneció abrumado en sus reflexiones.



CAPITULO VII.

Cuatro bodas.

A pesar de lo que Adela habia dicho á su padre, el conde de Potes se presentó una mañana en casa del general, cuatro dias despues de la escena que acabamos de narrar.

—Vengo, dijo Roberto sonriendo, con una comision de la mas alta importancia, pues se trata nada menos que de la felicidad de dos corazones.

—¿Y depende de mí esa felicidad?

—¡Quién lo duda!

—Entonces escucho á usted con la mayor impaciencia.

—Pues bien, general: vengo á pedirle á usted la mano de Adela para mi hijo Julio.

—¡Ah! ¿con que por fin se deciden esos picarillos á publicar los secretos de sus corazones?

—Así parece; y para obligarme á dar este paso grave, han seducido á mi esposa.

—Supongo que habrán vencido en la conspiracion doméstica.

—Me hallo completamente derrotado, y vengo á pedir á usted proteccion.

—Pues por mi parte me uno á los conspiradores, y concedo la mano de mi hija Adela á don Julio de Alcaraz.

—¡Ah! pues entonces tengo una buena noticia que trasmitir á mi familia.

Los dos amigos permanecieron juntos por espacio de una hora, arreglando, por decirlo así, el contrato de boda.

Cuando el general Conrado se quedó solo, llamó á su hija y le dijo:

—El señor conde de Potes acaba de pedirme tu mano para su hijo Julio.

—Padre mio, yo amo á Julio con todo mi corazon. Sin su amor, no concibo la felicidad. Si él me olvidara, seria la mujer mas desgraciada de la tierra... Pero el deber de hija me impone el sacrificio de mis dorados ensueños, de mis queridas ilusiones, y jamás seré la esposa de Julio, si no lo es antes del general Conrado Luisa Rasty.

El acento de Adela era inseguro.

Sus hermosos ojos vertian abundantes lágrimas, manifestando la intensidad del sacrificio que se imponia.

Conrado lo comprendió así; y tanta abnegacion, produjo un gran efecto en su alma.

—Está bien, le dijo; véte: quiero estar solo...

Adela dirigió una mirada amorosa á su padre, y le dijo:

—Si mis palabras le han ofendido á usted, espero que me perdone.

Y diciendo esto, besó repetidas veces las manos de su padre, cubriéndolas de lágrimas.

Conrado permaneció encerrado en su habitacion por espacio de algunas horas.

Por fin, pasándose la mano por la frente, como si quisiera desechar algun pensamiento molesto, esclamó, hablando consigo mismo:

—Adela tiene razon: es preciso darle un nombre; y sentándose en la mesa, escribió estas palabras:

«Señora doña Luisa Rasty: Suplico á usted me conceda una »entrevista para tratar de la felicidad de nuestra hija.—*Con- »rado.*»

Una hora despues, recibió esta contestacion:

«Señor don Conrado de Altamira: Ya sabe usted que la ca- »ritativa condesa de Potes me admitió en su casa desde el dia »que mi pobre padre dejó de existir. En su casa, pues, espero »á usted, dispuesta á sacrificar la vida, si es necesario, por la »felicidad de mi querida Adela.—*Luisa.*»

Aquella misma noche, Conrado y Luisa se vieron solos en casa del conde de Potes.

El general impuso condiciones á Luisa, y esta las aceptó todas.

Al retirarse á su casa, entró en la habitacion de Adela, que tocaba el piano para entretener el sueño de su protector don Máximo.

Adela, al ver á su padre, se levantó para abrazarle.

Conrado la estrechó contra su pecho, y despues de darle un beso en la frente, le dijo:

—Has vencido, hija mia; puedes aceptar la mano de Ju-

lio de Alcaraz: las dos bodas se celebrarán en un mismo dia.

Adela lanzó un grito, y cubriendo de besos el rostro de su padre, le dijo:

—Ahora sí que seré feliz. ¡Bendito sea usted, padre mio!

. . . .

. . . .

Llegó el verano, y las dos familias se trasladaron al valle de Potes.

Claudio de San Vicente formaba parte de los viajeros, así como Saulo de Tebaida, nombrado administrador general del conde de Potes.

Tres leguas antes de llegar al pueblo, en una venta, les esperaba el nuevo médico de Potes, que no era otro que Antonio, el cual se habia casado cinco meses antes con la hija de don Aquilino Rodajas.

Antonio debia muchos favores á Roberto; y como hombre agradecido, tan pronto como supo que los condes se trasladaban al valle á pasar la temporada de verano, montó en su modesto caballejo, y les salió al encuentro.

Despues de tres dias de descanso, comenzaron los preparativos de las bodas.

El acontecimiento era demasiado ruidoso para que no se estremecieran de gozo todos los habitantes del valle.

Cuatro bodas en un solo dia, no se ven todas las semanas.

Rosa ignoraba la infidelidad de Claudio.

La ignorancia no deja de tener su felicidad. Por otra parte, Claudio, arrepentido de su conducta, se mostraba mas enamorado, mas obsequioso con la hija de Pedro el inválido.

En cuanto á Nilo de Sádaba, era pobre; pero tenia porvenir.

El conde y la condesa admitieron con placer su peticion, y le fué concedida la mano de Consuelo.

Reasumiendo: el valle de Potes tenia todos los encantos de que es susceptible un paraíso de esos que se crean en la tierra los mortales para hacer mas amena la vida.

Amaneció, por fin, el dia 15 de julio. Los pájaros cantaron en las frondosas enramadas de los jardines; las codornices en las vegas, y las perdices en las cañadas.

El sol, hermoso como en el primer momento de su creacion, estendió la brilladora luz de su frente por los campos, embelleciéndolo todo.

Los moradores de la quinta de Potes se levantaron alegres y con el corazon rebosando felicidad.

Los preparativos de las bodas estaban á cargo de Saulo de Tebaida, cuya actividad, buen gusto é interés en complacer á los condes estaba acreditada.

Saulo no se habia acostado, aunque no fué él solo el que habia pasado la noche sin dormir.

Media hora antes de amanecer, Saulo se hallaba esperando al pié de la escalera.

Todo estaba dispuesto.

El ex-marqués de Marsan, apenas vió asomar la primera sonrisa de la aurora, descolgó una trompa de caza del elegante armero del comedor, y saliendo al jardin, se puso á tocar la popular marcha de los cazadores, esa especie de *diana* que tanto entusiasma á los afiliados de San Eustaquio.

Pronto se abrieron las ventanas y los balcones, y comenzaron á asomarse risueñas cabezas, que hicieron coro al montero madrugador, imitando la trompeta con la boca.

Algunos momentos despues, todos se hallaban en el jardin.

Doña Beatriz, con su traje de seda negro y su toca de blonda blanca, se presentó tambien.

Julio le daba el brazo.

La noble anciana se apoyaba en una muleta, pues sus años eran muchos, y á pesar de su envidiable salud, comenzaba á sentirse falta de fuerzas.

Nombraremos la gente que se reunió en el jardin.

Mujeres.—Doña María, Adela, Consuelo, Rosa y su madre, doña Beatriz, Serapia, Agueda y Luisa.

Hombres.—El conde de Potes, el general Conrado, Pedro el inválido, don Aquilino, don Máximo, Julio, Nilo, Claudio, Antonio el médico, y Saulo de Tebaida.

Total: diez y nueve individuos, que reunian en sus corazones el contento de un millon de criaturas.

Todos se encaminaron, á la voz de marcha, á la puerta del jardin.

La villa de Potes, donde debian celebrarse las bodas, distaba como una hora de aquel sitio.

Cuando llegaron á la verja, todos exhalaron un grito de admiracion, que fué seguido de un nutrido aplauso y voces de ¡bravo! repetidas con entusiasmo.

¿Qué habian visto?

Vamos á verlo.

Saulo, hombre de gusto, y deseando complacer á sus protectores, habia dispuesto con el mayor sigilo tres carretelas, tiradas cada una de ellas por cuatro caballos blancos.

Imposible seria describir la inmensa cantidad de flores que adornaban los carruajes y los troncos.

Coronas, guirnaldas de rosas, arcos de perfumados jazmines, todo, en fin, formaba un contraste admirable.

Saulo recibió con modestia las mil enhorabuenas que por todas partes le dedicaban.

Pasado el justo entusiasmo, Saulo manifestó que como todos no cabian en las tres carretelas, habia dispuesto cuatro cabalgaduras para Julio, Nilo, Claudio y él.

Hizo una seña á uno de los criados, y pronto resonó una carcajada y tornaron á repetirse los aplausos, viendo acercarse, conducidos por cuatro montañeses lujosamente vestidos, cuatro pollinos de elevada talla, enjaezados con una profusion tan inmensa de cascabeles, que era preciso taparse los oidos por no oirlos.

Saulo, para dar el ejemplo, montó en uno de los jumentos; y Nilo, Julio y Claudio le imitaron.

—Nosotros, dijo Saulo, abriremos la marcha, ahora cuando ustedes manden, señores.

La comitiva se encaminó á la villa de Potes.

Nuestros lectores podrán formarse una idea del efecto que causaria en la pequeña villa de Potes la comitiva.

El sacristan, con anuencia del señor cura, celebró tambien la entrada de los condes en el pueblo echando las campanas á vuelo.

Los prometidos esposos, seguidos de sus parientes y padrinos, entraron en la iglesia; y el cura, vestido con su traje talar, echó la bendicion, de la cual resultó el matrimonio de Conrado con Luisa, Nilo con Consuelo, Julio con Adela y Claudio con Rosa.

Despues de esto, regresaron á la quinta del conde, no sin

arrojar dulces y monedas á los muchachos, que les persiguieron hasta la misma verja.

Luego...

Pero es muy difícil describir la felicidad de cuatro mujeres que se casan, enamoradas de sus maridos. Por lo tanto, mis queridos lectores podrán formarse en su imaginacion los encantos de la luna de miel.

LIBRO VIGESIMOSEGUNDO.

A BORDO DEL BRIK TRINIDAD.

CAPITULO I.

El capitan Santiago.

El capitan del brik *Trinidad* era un hombre de cincuenta años, ancho de hombros, un tanto bajo de estatura y con una de esas fisonomías que dicen muy poco en favor del que la posee. Usaba una sota-barba bastante característica; pero de un pelo tan rebelde, que rechazaba siempre las puas de los peines que habian querido domesticarle.

Huérfano á los once años y solo en el mundo, se embarcó en un buque de la armada en calidad de grumete, donde permaneció hasta la edad de veinte años, en que, pidiendo la licencia, fué á ocupar la plaza de piloto en un buque mercante, porque Santiago, que este era el nombre del capitan, era un gran práctico, y tenia, como suele decirse, en la uña todos los bajos y las corrientes peligrosas del gran charco.

En una palabra, el capitan del brik *Trinidad* era uno de

esos hombres de mar que aciertan como un oráculo el cambio de los vientos.

Habia dado la vuelta al mundo tres veces, empleándose en todos los comercios que puede admitir el mar; y si bien su conducta no era de las mas irreprochables, en cambio tenia un buque de su propiedad y una rica plantacion en Rio Janeiro.

Santiago era, pues, rico; pero teniéndole apego á la cáscara de su brik, hacia el comercio desde Lisboa al Brasil, porque se aburria soberanamente en tierra, y lo que es mas, se *mareaba.*

Samuel de Marsan necesitó para sus planes un marinero sin escrúpulos de conciencia, que por un puñado de oro se hallara dispuesto á servirle.

Como recordarán nuestros lectores, Samuel vivia en una posada que era el centro de la gente de mar que huele á brea.

Allí conoció á Santiago, y ambos se entendieron.

Santiago recibió mil pesos fuertes y á Herminia á bordo del brik *Trinidad*, con la espresa condicion de que, aprovechando un momento oportuno, hiciera desaparecer á la jóven que le confiaba, ó bien dejándola en alguna isla habitada por salvajes, ó bien arrojándola al mar.

Santiago no conocia á Herminia.

Saulo se la pintó como una de esas mujeres terribles, cuya muerte es un bien para la sociedad.

—Pierda usted cuidado, que esa arpía no ha de volver á molestarle mas, le dijo el capitan.

Saulo hubiera querido desfigurar el rostro de la Perla de San Lázaro para que no se sirviera mas de su terrible hermosura, arma siempre fatal para sus enemigos; pero Claudio y Luis se

opusieron, y Herminia fué trasladada á bordo del brik *Trinidad* con el mayor sigilo.

El nombre de la Perla de San Lázaro no se hallaba consignado en el rol del buque. Santiago podia hacerla desaparecer sin responsabilidad.

En cuanto á la tripulacion del brik, estaba curada de espanto, y se encogia de hombros cuando su capitan cometia alguno de esos actos de barbarie, tan frecuentes en él.

Herminia fué encerrada en un camarote, y el buque siguió su derrotero hácia el gran Océano.

Santiago se dijo:

—¡Bah! esa rapaza debe ocupar por ahora poco mi atencion: quedan muchas millas de agua de aquí al sitio donde debo deshacerme de ella.

Y encargó á un grumete que cuidara de la subsistencia de la señora del camarote.

Debemos advertir que el capitan Santiago no habia amado nunca.

Para él, una mujer era un mueble mas ó menos caro, y que su adquisicion se pagaba segun las circunstancias.

Además, él no habia visto el rostro de Herminia.

Entremos en el camarote donde se hallaba la prisionera.

Herminia se vió arrojada en el estrecho camarote de un buque; pero su espíritu varonil, su carácter enérgico no desmayaron.

Cuando Samuel le quitó el pañuelo que le habia puesto en la boca para que no gritara, le dijo:

—Creo que por esta vez nos libraremos de usted para siempre.

Herminia soltó una carcajada.

Samuel despreció aquella demostracion insolente, y dijo:

—Piense usted en Dios, jóven, porque no se halla muy lejos el último momento de su vida.

Luego salió del camarote, cerrando la puerta por fuera.

Herminia se quedó sola.

Un farol de cristal de roca alumbraba aquella estancia.

Herminia la reconoció con una mirada.

Era imposible escapar.

Se dejó caer sobre un taburete, y apoyando el codo en una mesa y la frente en la palma de la mano, permaneció por espacio de una hora en la mas profunda abstraccion.

Mateo no existia; es decir, le faltaba su gran apoyo, su indispensable consejero.

Cuando se agotó el aceite del farol y se apagó la luz, Herminia, dejándose caer en el catre del camarote, se dijo:

—Estos miserables ni siquiera han entrado á ver si me hacia falta algo. Querrán matarme de hambre.

Y dos lágrimas de rabia asomaron á sus ojos.

Herminia no durmió durante la noche.

Cuando la luz del nuevo dia penetró en el camarote, abandonando el lecho, volvió á sentarse en el mismo taburete.

Por fin se abrió la puerta, y apareció un jóven, que á lo mas tendria catorce años de edad.

Era uno de los grumetes que formaban parte de la tripulacion.

—El capitan me encarga baje á preguntarle á usted si necesita algo, dijo el grumete.

—Dile á tu capitan, que si es el encargado de ejercer con-

cer conmigo el oficio de verdugo, me hará un señalado servicio haciéndome morir lo mas pronto posible.

El grumete, que no esperaba semejante contestacion, abrió inmensamente los ojos y se echo á reir.

—¿Qué esperas? preguntó Herminia.

—Yo... nada... Pero como el capitan me habia dicho... repitió el grumete.

—Dile, pues, de mi parte lo que acabas de oir.

El chico, obedeciendo con prontitud las órdenes de la prisionera, salió del camarote.

—Veremos ahora, se dijo para sí Herminia, quién es ese lobo marino que me tiene prisionera.

Y esperó sin apartar los ojos de la escalera que daba paso á la cubierta.

Poco despues, oyéronse crujir los escalones de la escotilla bajo el pesado paso de un hombre.

Se abrió la puerta, y se presentó el capitan Santiago.

Vestia una blusa de hilo de color de ante, pero estremadamente sucia, y llevaba una inmensa pipa de barro en la boca.

Santiago entró en el camarote sin descubrirse; pero cuando sus ojos tropezaron con el rostro encantador de Herminia, se detuvo para contemplarla por un momento, y murmuró en voz baja:

—¡Diablo!... esta chavala tiene un palmito encantador; me parece que el señor Saulo debe haber pasado muy malos ratos.

Y diciendo esto, se sentó sin cumplimientos al lado de Herminia, y despidiendo una bocanada de humo, le dijo:

—Con que, ¿qué se ofrece, mi reina?

Herminia fijó de un modo indefinible sus hermosos ojos en el rudo semblante del capitan, permaneciendo un momento en silencio.

Santiago tampoco hablaba.

Por fin, la Perla de San Lázaro rompió el silencio de este modo:



CAPITULO II.

Ganar amigos.

—¿Es usted el capitan del buque en que nos hallamos?

—Capitan y propietario, hermosa niña, para lo que guste mandar.

—Tiene usted, segun me dijo el miserable Samuel...

—¿Y quién es Samuel? preguntó Santiago, que ignoraba el segundo nombre de Isidro Roquete.

—El hombre que me ha conducido á este buque.

—¡Ah! ¡diantre! Yo no le conozco por ese nombre.

—Tiene varios mas, como acontece á los asesinos y ladrones; pero eso no hace al caso. Lo que deseo saber, lo que suplico al capitan de este buque, es que me diga ingénuamente si tiene el encargo de ejercer conmigo el papel de verdugo.

Santiago no supo qué responder por el pronto; y para dar tiempo á que alguna contestacion acudiera á su mente, chupó la pipa por dos veces.

Herminia, comprendiendo que Santiago no tenia mucho de aquel talento que distinguió á Salomon, procurando aprovecharse de las ventajas que le proporcionaba el marino, repuso con desdeñoso acento:

—Cuando el hombre se halla en vísperas de cometer una accion baja, no es estraño que se turbe delante de la víctima.

Santiago, convencido de que no estaba inspirado en aquel momento, se puso en pié y dijo:

—El grumete está encargado de darte todo lo que te haga falta.

Y salió del camarote.

Indudablemente, un pensamiento salvador cruzó por la imaginacion de Herminia, porque su rostro se reanimó, y una sonrisa entreabrió sus nacarados labios.

Cuando poco despues se presentó el grumete en el camarote, Herminia le dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Los tripulantes me llaman la Ardilla.

—Pero eso será un apodo... Yo quiero saber tu nombre de pila.

—Angel me llama mi madre.

—Pues bien, Angel te llamaré yo tambien.

Y fijando una mirada investigadora en el muchacho, continuó:

—¿Quieres ser amigo mio?

—¡Toma! ¿y por qué no?... La señorita no me ha hecho daño alguno.

Herminia sacó una sortija que llevaba en uno de sus hermosos dedos, y entregándosela al grumete, le dijo:

—Toma: esto es para tí; y si me sirves bien, no será el último regalo que te haga.

El grumete se quedó mirando á Herminia, pero sin perder de vista la sortija que tenia en la mano, cuyos diamantes le deslumbraban.

—¿Es de veras que me da usted para mí este anillo? dijo por fin el muchacho.

—Sí, guárdalo en pago de los servicios que me prestes durante la travesía.

El grumete guardó la sortija en el bolsillo del pantalon.

—¿Por qué no te la pones en el dedo?

—Porque me la quitarían, señorita. Va muy mala gente á bordo del *Trinidad*.

—¿Sabes tú adónde se dirige el buque?

—Segun he oido al contramaestre, vamos á Rio Janeiro.

—Dime, Angel: ¿hace mucho tiempo que sirves á bordo de este buque?

—Tres años. Es el cuarto viaje que hago á América.

—¿Quieres mucho al capitan?

El muchacho no se atrevió á responder.

—Vamos, tienes miedo de decirme la verdad, porque temes que él lo sepa... Pues bien; voy á confiarte lo que ignoras para que no receles de mí. Yo voy presa en el buque, y se trata de arrojarme al mar cuando nos hallemos mas internados en el Océano.

Angel abrió la boca con marcado asombro, y se quedó mirando á Herminia.

—Mi situacion, como puedes comprender, es grave... Pero tú puedes servirme de mucho en esta ocasion.

—¡Yo, señorita! ¡Yo! ¡Un pobre grumete!

—Sí, tú.

—¿Y cómo?

—Esplicándome detalladamente qué clase de hombre es el capitan de este buque y de los demás tripulantes.

—Pues lo que es eso, es bien fácil.

—Si me salvo, cuenta con una buena recompensa y mi eterno agradecimiento.

Angel era un muchacho listo, y respondió con claridad á todas las preguntas que le hizo Herminia.

Poco despues, la Perla de San Lázaro conocia á fondo el carácter del capitan Santiago, y tenia, por decirlo así, algun arma para defenderse.

Al dia siguiente, pidió permiso para que se la dejara pasear por la cubierta.

Santiago no tuvo inconveniente en acceder, porque no corria peligro de que se escapara.

Herminia habia sido embarcada sin mas equipaje que la ropa que llevaba puesta.

Sin embargo, para subir sobre cubierta, se peinó lo mejor que pudo.

Por espacio de tres dias se paseó por el alcázar de popa, demostrando la mayor indiferencia á todo cuanto la rodeaba.

Cuando Santiago se encontraba con ella, le dirigia una mirada.

Herminia contestaba á esta mirada con una de sus mas seductores sonrisas.

Al cuarto dia de viaje, Herminia mandó á decir al capitan que si tendria la bondad de bajar á su camarote.

—Señor Santiago, le dijo, apenas le vió entrar: me aburro soberanamente; y como supongo que el viaje es largo, y usted, como buen marino, será amable con las señoras, le propongo que, cuando sus ocupaciones se lo permitan, juguemos alguna partida de tute, pues sé que es usted bastante aficionado.

Santiago accedió á la súplica de su prisionera, y desde la noche siguiente comenzó á bajar al camarote.

El capitan del brik *Trinidad* no habia amado nunca.

Como creemos haber dicho en otra ocasion, la mujer no era para él otra cosa que un artículo de lujo que se compra para satisfacer un capricho.

Todas las noches bajaba al camarote de Herminia y jugaba con ella por espacio de dos horas.

Luego, la Perla de San Lázaro subia á cubierta, y allí paseaba por el alcázar de popa, acompañada de Santiago.

El amor es una contribucion que el hombre paga, tarde ó temprano.

El que no ama á los diez y ocho abriles, ama á los cuarenta inviernos.

Esto precisamente le sucedia á Santiago.

Sin embargo, ni una frase de cariño, ni una palabra galante habia dedicado á Herminia.

El primer síntoma alarmante que llamó la atencion de la gente de á bordo, fué que su capitan gustaba de pasar una, y á veces dos horas, paseándose por la cubierta sin acordarse de fumar.

Esto era muy raro, porque el capitan Santiago tenia siempre la pipa en la boca.

Luego, cuando bajaba al camarote, cometia mil torpezas jugando.

Una tarde, el contramaestre dijo al piloto:

—¿Por qué se habrá vuelto tan limpio nuestro capitan? Se muda mucho la camisa, y lo que es mas, se peina la barba.

—¡Toma! respondió el piloto; como tenemos en el buque una mujer muy bonita, querrá darle lustre al brik.

—Puede que esté enamorado, porque comete muchas tonterías.

—El otro dia mandó una maniobra que no se le hubiera ocurrido á un pescador de ranas.

El contramaestre se echó á reir.

—Tienes razon, dijo: debe estar malo.

Una noche, el capitan Santiago acababa de poner el pié en el primer escalon de la escotilla de popa, cuando se detuvo para escuchar una voz que cantaba una sentida cancion.

Era Herminia.

Jamás un acento tan dulce habia llegado á sus oidos.

Además, la cantora punteaba una guitarra con admirable maestría.

Santiago, enclavado en aquel sitio, no se atrevia ni á avanzar ni á retroceder.

Así trascurrieron algunos minutos.

Por fin cesó la voz; y como si el silencio fuera un permiso para avanzar, Santiago estendió un pié y luego otro, y entró en el camaroto.

Herminia tenia aún la guitarra sobre las rodillas, y recibió al capitan con una sonrisa seductora.

Santiago no pudo contener un suspiro.

—Esta noche comienza mas tarde la partida, dijo Herminia, dejando la guitarra sobre la cama.

—No he querido molestarte, dijo el capitan.

—¡Molestarme!...

—Sí. Cuando me disponia á bajar, he oido los acordes de la guitarra... Yo ignoraba...

—¡Ah! pues soy una gran profesora, repuso la Perla sonriendo.

Santiago se sentó enfrente de Herminia, y comenzaron la partida.

Cuando Herminia daba las cartas, y por casualidad su linda mano tropezaba con la del capitan Santiago, este se estremecia.

Estos efectos nunca pasaban desapercibidos para Herminia, que persuadida del dominio que comenzaba á ejercer en el corazon de Santiago, se aprovechaba de todas las circunstancias para avanzar unas líneas en aquella conquista tan importante para ella.

Una noche (ya llevaban doce dias de navegacion), Herminia preguntó á Santiago:

—Querido capitan: ¿cuándo se me arroja al mar? porque ya debemos hallarnos bastante lejos de tierra.

—¡Al mar! ¿Quién piensa en eso, señora? respondió el capitan, asombrado.

—Pues qué, ¿trata usted de concederme la vida?

—Está claro.

—Lo siento por mi enemigo, y me alegro por mí; pues soy demasiado jóven para serme indiferente la existencia.

—¡Bah! yo creo que el señor Saulo de Tebaida es un pillete,

y de buena gana lo estrangularia si lo tuviera entre mis manos.

Santiago dijo estas palabras con una entonacion tan franca, que Herminia comprendió que aquel hombre podia ser un auxiliar terrible.

Súbitamente, la Perla de San Lázaro, tan maestra en el arte de fingir, dejó asomar dos lágrimas á sus hermosos ojos, y mirando á Santiago de un modo apasionado, le tendió una mano.

El capitan, trémulo, conmovido ante aquella mirada, estrechó la mano de la jóven sin comprender lo que le pasaba.

Herminia guardó silencio un instante, pero estrechó cariñosamente la ruda mano del marino entre las suyas.

—Gracias, capitan le dijo; pero yo estoy resignada á morir... La lucha que hace tiempo mantengo con mis enemigos agotó mis fuerzas, mi fortuna y mi padre; es decir, el bienestar y la tranquilidad. Todo me lo han arrebatado... No quiero defenderme... Son mas poderosos que yo, y acabarán conmigo... Pero lo sufriré todo, hasta la muerte, primero que violentar mi corazon. Saulo de Tebaida es un miserable asesino, un infame ladron. Despues de despojar á mi padre de una fortuna de tres millones, hundió un puñal en su espalda, y luego quiso que yo le amara... ¡Pero, Dios mio, qué mujer se resigna á amar al hombre que ha causado todas sus desgracias!... No, no; primero la muerte.

Y Herminia, cubriéndose la cara con las manos, comenzó á llorar amargamente.

Santiago, no teniendo palabras para consolar á Herminia, descargó un terrible puñetazo sobre la mesa, y dijo:

—¡Oh! ¡como encuentre cara á cara algun dia á ese señor Saulo, yo le diré que no se engaña tan fácilmente al capitan Santiago!

Y diciendo esto, salió del camarote.

Cuando Herminia se halló sola, estuvo á punto de desmayarse de alegría.



CAPITULO III.

Proposiciones.

El brik *Trinidad* navegaba por las aguas del Océano Atlántico con buen tiempo.

Herminia paseaba por las noches sobre cubierta, despues de jugar con el capitan Santiago su partida de dominó ó de tute.

Una cosa le molestaba: no tener equipaje.

Para una jóven como Herminia, que se ocupaba en la conquista de un hombre, por rudo que sea este, es un grave inconveniente.

Una noche, la Perla de San Lázaro se hallaba paseando sobre cubierta.

A su lado, el capitan Santiago le contaba sus viajes.

El cielo estaba oscuro, pero lleno de estrellas.

El mar bonancible, y una ligera brisa gemia en los aparejos del buque.

De pronto Herminia creyó ver por la parte de proa un resplandor en el horizonte, y deteniendo su paseo para cerciorarse de lo que era aquello, preguntó la causa de lo que á ella le parecia un fenómeno.

—¡Ah! ese resplandor, le contestó Santiago, es el volcan del Pico de Teide.

—¿De modo que nos hallamos próximos á tierra?

—Tenemos las Islas Canarias á pocas millas de nosotros, y siguiendo el viento que empuja nuestro brik, fondearemos antes de las nueve de la mañana en el puerto de Santa Cruz de Tenerife.

—Entonces voy á pedir á usted un favor, señor capitan.

—¿Y qué es ello?

—Que se me permita saltar á tierra para hacer algunas compras, pues ya sabe usted que fuí embarcada sin equipaje.

—Habia pensado eso mismo, y por eso fondearé en Santa Cruz de Tenerife.

—Gracias, señor Santiago; ese será un nuevo favor que deberé al capitan del brik *Trinidad*.

El brik fondeó en el puerto á la mañana siguiente.

Santiago saltó á tierra, regresando poco despues con una señora que llevaba un muestrario debajo del brazo.

Era una modista.

Herminia eligió dos trajes de riguroso luto, y todo lo que le hacia falta de ropa blanca.

En una palabra, seis dias despues, Santiago regaló á su hermosa viajera un equipaje completo.

Herminia agradeció aquella fineza con una mirada tierna, apasionada.

—¡Ah, señor Santiago! le dijo: ¿cómo podré pagarle este obsequio?... ¡Soy tan pobre!...

—¡Bah! señorita, no hay que pensar en semejante cosa: yo soy rico.

Santiago habia comenzado el viaje hablando de tú á Herminia; pero al llegar á las Islas Canarias, la llamaba señorita.

La Perla de San Lázaro comenzaba á dominar al rudo marino.

Pasaron los dias.

Santiago llegó á amar con verdadero frenesí á Herminia.

Una noche que la Perla de San Lázaro cantaba al compás de la guitarra un polo andaluz, Santiago cayó de rodillas á sus piés, esclamando:

—Herminia, hay momentos en que dudo si es usted un ángel ó una mujer. Yo era un hombre rudo; jamás el bello sentimiento del amor habia penetrado en mi corazon, pero usted ha cambiado mi carácter. Mi vida es otra, y mi pensamiento otro. Yo la amo á usted, pero con la intensidad con que puede amar un hombre que no ha conocido el amor hasta los cincuenta años.

Santiago se detuvo.

Las palabras que acababa de pronunciar le causaban sorpresa, porque nunca habia pecado de elocuente.

Herminia estendió maquinalmente una mano, que fué á caer sobre la cabeza de Santiago.

El contacto de aquella mano le estremeció.

—¡Pobre de usted, Santiago! dijo Herminia con sentida entonacion. ¡Pobre de usted si Saulo de Tebaida llegara á saber que se compadece de mí, que me ama, porque su muerte es

segura! Si verdaderamente su corazon siente alguna simpatía hácia mí, no se lo diga usted á nadie, porque Saulo seria capaz de matarle.

—¡Saulo! Le odio con todo mi corazon. ¡Pobre de él si tiene la desgracia de colocarse ante mi paso!

Santiago pronunció esta frase, apretando los puños y rechinando los dientes.

Herminia hizo un movimiento de asombro, y estendiendo los brazos, esclamó:

—Le mataria á usted, porque creo que la mision de ese hombre sobre la tierra es esterminar á todos aquellos que me aman.

—En cuanto á eso... lo veríamos, señorita, esclamó el capitan, levantando la frente con altivez. Daria mi brik por encontrarme con ese hombre cara á cara. Cuando pienso que me he puesto á dos dedos de cometer con usted la mayor de las infamias, estoy tentado de mandar que vuelvan la proa de mi buque hácia Lisboa, á buscarle, traerle á bordo de las orejas, y hacerle besar la tierra que pisa aquella que él queria arrojar en el Océano.

La conversacion tomaba un nuevo giro.

Habia empezado haciendo Santiago la declaracion de su amor; y palabra tras palabra, conducida por Herminia, acabaron por hablar de Saulo de Tebaida, contra el cual se estrellaba todo el odio de la Perla de San Lázaro.

Santiago se hallaba de rodillas á los piés de Herminia. Cuando ésta pareció notarlo, le dijo, cogiéndole por un brazo:

—Siéntese usted aquí, á mi lado, que es el sitio que corresponde á mi salvador.

Santiago obedeció como un niño, y dijo con inseguro acento:

—¿Pero qué puedo esperar?

—Todo, si es usted prudente. Recuerde usted que hace pocos dias, el miserable Saulo asesinó á mi padre... Dejemos, pues, que pase algun tiempo sobre esa pérdida sensible.

Santiago ahogó un suspiro y guardó silencio.

Durante la travesía, el capitan del brik trató á Herminia con veneracion.

Su lenguaje fué tornándose mas culto, sus maneras mas finas.

Los tripulantes se asombraban del cambio radical que se habia operado en el señor Santiago.

Era mas humano con sus subordinados, mas condescendiente.

El piloto solia decir:

—La muchacha ha domesticado al capitan. Bien es verdad que las mujeres son capaz de eso y mucho mas.

Pocos dias despues, cuando doblaron el cabo Frio, el capitan tuvo con Herminia esta conferencia.

—Señorita Herminia, le dijo: nuestro viaje ha sido de los mas felices que puedo contar en mi vida de marino. Dentro de poco, mi brik fondeará en el puerto de Rio Janeiro, desde donde nos trasladaremos á mis plantaciones de América. Supongo que usted vendrá conmigo.

—¡Dios mio! respondió la Perla de San Lázaro: ¿qué otro recurso me queda, pobre, jóven, y sola en un país estranjero?

—Sí, eso es todo lo que yo he pensado... pero quisiera otra cosa.

—No puedo negar nada á mi protector.

—Pues bien; en ese caso, quisiera presentar á usted como á mi esposa. Tengo una fortuna regular, y aunque me hallo en vísperas de cumplir los cincuenta años, soy mas jóven que otro de treinta. ¿Quiere usted aceptar mi mano y todo cuanto poseo?

—No sé si me atreva á imponer una condicion.

—Puede usted decir todo cuanto quiera.

—Pues bien, señor Santiago: yo no quiero morir en la América; el que llegue á ser mi esposo tendrá que trasladarse á España.

—Estamos conformes; pero para eso es preciso vender todo cuanto poseo en el Brasil, y eso reclama tiempo.

—No soy tan exigente; podemos permanecer en Rio Janeiro hasta que se realice todo de un modo conveniente.

—De modo que usted me admite por marido.

Herminia tendió una mano, y envió una sonrisa á Santiago.

—Dentro de algunos meses, seremos el uno del otro para siempre.

Santiago, loco de contento, regaló á la tripulacion una botella de Ginebra por individuo, para que bebieran á la salud de la señorita Herminia.

CAPITULO IV.

Buena acogida.

Algunos dias despues, el capitan Santiago y Herminia se presentaron en el ingenio de la Esperanza, propiedad del primero.

Los pobres negros recibieron á su amo con muestras de verdadero regocijo.

Herminia fué el objeto de su alegría y su entusiasmo.

Desde este momento, la linda española reinó en absoluto en la rica plantacion del señor Santiago.

Le fué destinada la mejor habitacion, y el capitan encargó que fueran obedecidas las órdenes de la española aun antes que las suyas.

Una mañana llamó al administrador del ingenio, y le dijo:

—Es preciso que parta usted para Rio Janeiro y que busque comprador para mi brik *Trinidad*. No quiero ser marino; me retiro á la vida sosegada y pacífica del campo.

El administrador, que conocia los instintos aventureros del señor Santiago, creyó al pronto que aquello era una ráfaga que desapareceria al instante.

Pero al dia siguiente, Santiago le dijo:

—Parta usted hoy mismo; me urge realizar todo lo que tengo fuera del ingenio, porque voy á casarme.

El administrador partió, sin preguntar mas.

Mientras tanto, Santiago practicaba todas las diligencias para efectuar su casamiento con Herminia.

Cuando se tiene dinero, y sobre todo, no duele gastarlo, se ahorran muchas molestias, que son imprescindibles á todo aquel que se casa como pobre.

Siete meses despues de la llegada á Rio Janeiro, nuestros amantes tenian todos los requisitos y documentos que manda la Iglesia para estrechar el nudo gordiano.

En cuanto á Santiago, esperaba el dia de la boda con la misma impaciencia que un jóven de veinte años.

Herminia habia desplegado tal habilidad para seducir al viejo marino, que el pobre Santiago llegó á no tener voluntad propia.

La Perla de San Lázaro mostrábase amable, cariñosa, con su futuro esposo.

Se propuso hacer de aquel hombre un esclavo, y de su fortuna un arma poderosa para sus planes; y lo consiguió, como se verá mas adelante.

Una tarde, Herminia oyó hablar en el ingenio de un célebre médico que estaba llamando la atencion de los vecinos de Rio Janeiro.

Contábanse del citado doctor mil maravillas.

Decíase que rejuvenecia á los viejos y envejecia á los jóvenes, y otras cosas por el estilo.

Herminia, que tenia grabada en su corazon y en su mente la idea de la venganza, tuvo deseos de ver al célebre médico.

Para esto necesitaba una persona de su confianza, puesto que ella no podia ir á la ciudad á buscarle.

La mujer nunca revela todos sus pensamientos; siempre se reserva algunos. Además, su proyecto era terrible.

Herminia comenzó á buscar un confidente.

Hallábase á su servicio un jóven mulato, cuya inteligencia y fidelidad se ponderaban mucho en el ingenio.

Herminia pensó que Pancho (este era el nombre del mulato) podia serle útil.

Una tarde se paseaba montada en una hermosa yegua por uno de los cercanos bosques de la plantacion.

Pancho le servia de palafrenero.

De pronto, la Perla de San Lázaro volvió la cabeza, y dijo:

—Pancho: ponte á mi lado; tengo que hablarte.

El mulato obedeció.

—Tú eres esclavo, ¿no es cierto?

—Señorita, he nacido en el ingenio... Ignoro lo que soy ni lo que valgo; pero no me quejo de mi suerte.

—¿Te gustaria ser libre?

—¡Oh! en cuanto á eso... ¿quién no lo desea?

—Pues si me sirves bien, haré que el señor Santiago te dé la carta de libertad.

—Sin esa recompensa, serviré, hasta perder la vida, á la señorita.

—Gracias, Pancho.

—Cumplo con mi deber, y deseo ser útil á la señorita.

Herminia fijó una mirada en el rostro del mulato, como queriendo adivinar hasta qué punto podia dar crédito á la oferta de aquel esclavo.

Pancho, sin bajar los ojos, mantuvo aquella mirada, como el hombre limpio de corazon, que nada teme.

—Júrame, por la memoria de tu madre, guardar el mas profundo secreto de lo que voy á confiarte, dijo Herminia.

—Lo juro.

La Perla de San Lázaro se detuvo un momento.

—Mañana, continuó, quiero que partas para la ciudad.

—Partiré.

—Si el señor Santiago te preguntara á qué vas, debes decirle, enseñándole una lista que te daré, que á hacer compras para mí.

—Está bien.

—Pero eso no es el verdadero objeto de tu viaje.

—Así lo comprendo.

—En Rio Janeiro vive un célebre médico japonés, llamado Kiusiú; habita en la fonda de San Sebastian. Yo necesito hablar con ese hombre: le entregarás una carta, y esperarás la contestacion.

Pancho se inclinó en señal de asentimiento.

—Recuerda que me has empeñado un juramento de no revelar á nadie la mision que te confio, repuso Herminia.

—Y lo cumpliré.

Despues de este corto diálogo, continuaron el paseo: Herminia delante; Pancho se colocó detrás.

Al dia siguiente, la Perla de San Lázaro se hallaba en un

pequeño cenador del jardin, desayunándose con su futuro esposo.

—Necesito varios objetos de la ciudad, le dijo.

—Cosa mas fácil que montar á caballo un criado, y que los traiga, respondió Santiago.

—Pues entonces, irá Pancho el mulato; me parece un muchacho muy inteligente.

—Y lo es, en efecto.

Herminia sacó un papel del bolsillo, y se lo enseñó á Santiago, diciendo:

—Esto es lo que me hace falta.

El viejo marino apenas miró el papel; pero asomándose á la puerta del cenador, llamó á un negro que se ocupaba cerca de aquel sitio en las faenas de jardinero, y le dijo:

—Antonio, busca á Pancho y dile que venga, que le espero.

Poco despues, el mulato recibia el encargo de Santiago, de partir inmediatamente á la ciudad.

Herminia cambió una mirada de inteligencia con Pancho.

Aquella misma noche, cuando Herminia se hallaba en su habitacion, oyó llamar á la ventana que daba al campo.

Como si aquella fuera una señal convenida, apagó la luz y se encaminó á la ventana.

La abrió.

Un hombre se hallaba á la parte de fuera.

Era Pancho el mulato.

—¿Le has visto? le preguntó Herminia.

—Sí, espera á la entrada del bosque.

—Vamos, repuso.

Y con admirable ligereza saltó por el hueco de la ventana al campo.

Ambos, sin hablar una palabra, se encaminaron hácia un grupo de árboles que se destacaban no muy lejos de aquellos sitios.

Aunque la noche era oscura, Herminia pudo ver un hombre vestido de un modo caprichoso, de pié, junto á un caballo que se hallaba atado á las ramas de un plátano.

Era Kiusiú, el médico japonés.

—Espérame aquí, dijo Herminia al mulato.

Y avanzó resueltamente algunos pasos hasta colocarse al lado del doctor.



CAPITULO V.

La calentura.

Kiusiú era un hombre de formas atléticas, estremadamente moreno, y de facciones atrevidas.

La vida aventurera que llevaba le habia hecho familiarizarse con los peligros; así es que cuando algun desconocido le citaba, acudia á la cita, fuera donde fuera, únicamente que como precaucion ponia dos pistolas en el cinto y un ancho puñal fabricado en Yedo, cuya hoja, perfectamente templada, partia las monedas de oro.

—Buenas noches, Kiusiú, le dijo Herminia. Agradezco á usted la condescendencia.

—Yo acudo allá donde se me llama, respondió con tranquilo acento.

—El contenido de mi carta le habrá á usted esplicado mi deseo.

—Sí, tengo lo que usted pide.

—¿Pero podré cambiar el color de mi cabello y de mi rostro?

—Si la señora sigue las instrucciones prescritas en mi cuaderno, antes de un año el oro se habrá vuelto ébano.

Herminia sacó un abultado bolsillo repleto de monedas de oro, y dijo entregándoselo á Kiusiú:

—¿Es esto bastante recompensa?

El japonés buscó en la maleta que llevaba á la grupa de su caballo una caja, y presentándosela á Herminia, le dijo:

—Cada una de las botellas tiene una letra bastante visible marcada en el tapon. En mi cuaderno se encuentran las mismas letras con las propiedades de los líquidos y la manera de usarlos; todos ellos son infalibles. Conviene, antes de emplearlos, conocer perfectamente sus virtudes. Debo advertir á la señora, que los frascos marcados con las letras *C* y *D*, son venenos lentos que no dejan rastro alguno en el cuerpo; así como los que llevan la *P* y *Z*, producen efectos terribles. Los demás frascos, ninguno tiene la propiedad de causar la muerte; pero algunos agitan el pulso, empalidecen el semblante, secan los labios, produciendo todos los síntomas de la calentura. En cuanto al elixir *N*, basta verter ocho gotas en una porcelana de agua y lavarse los ojos, para quedarse ciego.

Herminia escuchó la terrible relacion de Kiusiú con una serenidad admirable.

Diríase que procuraba grabar en su memoria aquella estraña esplicacion.

Viendo que Kiusiú guardaba silencio, le dijo:

—Antes de hacer uso de estos líquidos, pondré un especial cuidado en el estudio del cuaderno.

—Eso es muy conveniente, señora.

—Ahora, júreme usted guardar silencio sobre esta entrevista.

—Nunca pregunto el nombre de las personas que solicitan mis conocimientos; si por casualidad llegan á mis oidos, procuro olvidarlos.

—Entonces, hemos terminado.

—Si la señora necesita de Kiusiú, puede apresurarse, pues dentro de breves dias abandonaré la ciudad de Rio Janeiro.

—¿Queda usted contento de la recompensa?

—No he sido nunca avaro, ni quisiera serlo jamás.

Luego se separaron.

Herminia guardó cuidadosamente la caja que habia comprado á Kiusiú.

Cuando se quedaba sola, leia una y otra vez el cuaderno, procurando estudiar los maravillosos efectos de los líquidos que poseia.

Trascurrieron dos meses.

Herminia contrajo matrimonio con el ex-capitan Santiago, que estaba loco de felicidad.

Por otra parte, la Perla de San Lázaro se mostraba tan alegre, fingia tan perfectamente, que el viejo marino llegó á creerse que su mujer se hallaba enamorada de él.

Una tarde, Santiago invitó á su esposa para que le acompañara á pescar á un arroyo cercano al ingenio, muy querencioso para las anguilas.

Herminia aprobaba siempre con muestras de la mayor alegría todos los planes de su marido.

Pancho arregló un ligero carruaje, y los esposos partieron.

Una hora despues, se hallaban ambos sentados á la orilla del arroyo.

Santiago fijó una mirada llena de pasion en el encantador rostro de Herminia.

—¿Sabes querida, le dijo, que hace algunos dias observo en tu persona un cambio que no deja de admirarme?

—¿Y qué cambio es ese, señor Santiago? dijo Herminia con coquetería: ¿ha notado usted por ventura que á pesar de sus canas y su mal genio le quiero mas hoy que el dia que me condujo al altar?

—¡Oh! en cuanto á tu amor, no he notado cambio alguno; pero tus hermosos cabellos se trasforman de un modo notable: hace dos meses eran rubios como el oro, y hoy son de un castaño oscuro.

La Perla de San Lázaro soltó una carcajada de la manera mas natural.

—Efectivamente: es bien estraño cambiar el color del pelo... yo tambien lo he notado y no he sabido esplicarme el motivo; pero te participo que si la metamórfosis fuese completa, es decir, si se tornasen negros como el azabache, me alegraria sobremanera y tendria que agradecértelo á tí, pues indudablemente este cambio es efecto del clima.

—Puede que tengas razon.

—¿Qué otra causa puede tener? Yo como bien, estoy buena, he desechado de mi corazon todo lo que me afligia, vivo dedicada á labrar la felicidad de mi esposo, que es el hombre mas bueno de la América del Sur, como decís vosotros los marinos.

Algunos dias despues, Herminia se encaminó muy temprano al comedor.

Allí se hallaba esperándola su esposo, pues se desayunaban juntos.

Santiago, al ver á su esposa, se estremeció.

—¿Qué tienes? le dijo: estás pálida, tienes los ojos irritados. ¡Oh! ¿te ha ofendido alguno?

Y Santiago, cogiendo una de las manos de su esposa, se quedó mirándola.

—Veo que te sobresaltas por bien poca cosa, querido Santiago, pues no tengo nada... una mala noche y nada mas; un poco de calentura, hé ahí todo.

—Efectivamente, tus manos arden... No, Herminia, no; tú estás enferma; me lo ocultas por no sobresaltarme...

—Pues bien; en ese caso, puedes llamar al médico.

—Está claro que lo llamaré... y no uno, sino todos los de Rio Janeiro, si es necesario.

—¡Pobre amigo mio! ¿Crees tú que me han de curar mas pronto esta ligera indisposicion siendo muchos los que vengan? No; llama á uno de tu confianza, que con uno basta.

Santiago, impaciente por la llegada del médico, y temiendo que un criado no se tomara el interés que deseaba, mandó que ensillaran un caballo y partió él mismo á Rio Janeiro.

Habia por entonces en aquella ciudad un facultativo inglés que gozaba de gran fama.

Santiago se dirigió á casa del citado médico, y le dijo sencillamente estas palabras:

—Mister Patrinay: mi esposa, á quien amo con todo mi corazon, se siente algo indispuesta, soy rico, y quiero que vengais á visitarla.

—¿Dónde vivís? dijo el inglés.

—En el ingenio de la Esperanza, situado á una legua de esta ciudad.

—En ese caso, debo advertiros que la visita os cuesta veinticinco libras esterlinas.

—Venid, aunque me cueste cincuenta; y sobre todo, ponedla buena, aunque me arruineis.

Mister Patrinay mandó enganchar su carruaje, y cuando estuvo dispuesto, dijo:

—Vos ireis montado en vuestro caballo delante de mi coche para indicar el camino.

A esa hora en que el sol se halla en la mitad de su carrera entraba el sobresaltado esposo y el impasible médico en el ingenio de la Esperanza.

Santiago creyó encontrar á su esposa mas pálida, mas calenturienta.

Mister Patrinay pulsó á la paciente, y despues de estudiar con una fria pero profunda mirada, la enfermedad de Herminia, preguntó:

—¿De dónde es esta señora?

—Soy española, caballero, respondió Herminia.

—Pues bien; que vuelva á España, y la enfermedad desaparecerá; pero si permanece bajo el sol del Brasil, de nada respondo.

Santiago preguntó al médico si recetaba algo; pero mister Patrinay contestó lacónicamente:

—Los aires de la patria.

Luego recibió las veinticinco libras esterlinas, subió á su carruaje, y regresó á la ciudad.

CAPITULO VI.

La araña y la mosca.

Aquella misma noche, Herminia se hallaba en cama, y Santiago sentado en una silla junto á la cabecera.

—Mira, le decia la Perla de San Lázaro: no debes hacer gran caso de lo que dice el médico mister Patrinay; verás cómo me pongo buena.

—Ese mister es un sabio, dijo Santiago, y no debemos echar en saco roto su opinion; sin embargo, mañana vendrán otros médicos, y veremos...

—No, no, querido mio: basta con uno; verás cómo me restablezco.

Santiago no quedó satisfecho, y desde aquel momento pensó gravemente en abandonar un país que amenazaba de muerte á su querida esposa.

Pero como vender una finca y reducir á dinero grandes

sábanas de tierra, no era cosa del momento, trascurrieron los dias, y las calenturas de Herminia no se estinguian, y la palidez aumentaba.

Bien es verdad que la Perla de San Lázaro. todas las noches, al quedarse sola, vertia tres gotas de un líquido en un vaso de agua, y apurándolo luego, decia para sí:

—Mañana seguirá la calentura, y antes de dos meses, mi pobre Santiago venderá su ingenio, y me llevará á España. ¡Oh, España! ¡y sobre todo Madrid! ¡Cuánto deseo pasear sus calles! Mi cabello es negro como el azabache, mi rostro moreno. ¡Ah! ¡Pobres de ellos! ¡Pobres de ellos!

Y Herminia se sonreia de un modo terrible, apretando los puños y frunciendo las cejas.

Luego se quedaba dormida.

Su sueño era agitado.

Algunas noches, Santiago entraba en su habitacion, procurando hacer el menos ruido posible.

Entonces se sentaba á la cabecera de la cama, procurando contener la respiracion para no despertarla; pero muchas noches, Herminia no dormia, ó bien se despertaba, porque su sueño era ligero como el de las aves que anidan en los bosques.

Su esposo estaba allí con los ojos fijos en ella, y era preciso cautivar mas y mas aquel corazon que despues de cincuenta años de insensibilidad, se despertaba lleno de ternura, de amor, dispuesto á la esclavitud.

Por eso Herminia, en estos momentos exhalaba tristes y comprimidos suspiros; por eso sus labios, cárdenos por la calentura, se entreabrian para pronunciar algunas frases que conmovian hasta la última fibra del corazon de Santiago.

Durante estas veladas, la Perla de San Lázaro ejecutaba el trabajo de la araña que prepara la red para coger á la confiada mosca.

—Que no sepa nunca Santiago que arriesgo mi salud por complacerle... La buena esposa debe vivir donde viva su marido... Su felicidad antes que la mia... Le amo porque es condescendiente y amable conmigo, como no lo fué nunca marido alguno.

Estas y otras frases por el estilo, mezcladas con ingenio en medio del sueño, llegaban á los oidos del ex-capitan del *Trinidad*, causándole un efecto prodigioso.

Santiago se decidió por fin á abandonar el Brasil.

—¡Qué diantres! se dijo: yo soy un viejo que he tenido la suerte de encontrar un angel por mujer; no quiero, pues, que esa muchacha se me muera, porque entonces seria yo un árbol sin sombra. Vayan al diablo mis plantaciones de caña dulce, mi ingenio, mis esclavos, y todo cuanto poseo bajo este sol abrasador que se complace en derretir los sesos de los europeos. Primero es ella, despues ella, y siempre ella.

Y hecha esta firme resolucion, llamó á su administrador, y encerrándose los dos en un cuarto, le dijo:

—Señor Rodriguez, veo que usted activa poco la venta de mis plantaciones; ya le tengo dicho que quiero reducir cuanto poseo á monedas de oro.

—El señor debe tener presente que ciertas ventas no conviene precipitarlas sin grave riesgo de perder.

—Sí, sí, lo comprendo; pero mi esposa se pone cada dia peor en esta maldita vega, y quiero sacarla cuanto antes de aquí.

—Tengo un comprador que ofrece por todo cinco millones de reales.

—Eso es poco.

—Debemos por lo tanto esperar mejor ocasion.

—¡Esperar! ¡Esperar! ¿Pero y Herminia?

—Si el señor me lo permite, me atreveré á indicarle...

—Hable usted lo que quiera.

—Para no precipitar la venta, convendria, puesto que este clima no prueba á la señora, que se marchara.

—¡Marcharse sola! Eso nunca... Vendrá conmigo... ¡Digo!... pues es floja la travesía!... Y no me basta que venga conmigo, sino que quiero mandar el buque que la conduzca y reconocerlo y dirigir la estiba por mi mano, y hacer, en fin, todo lo que corresponde á un capitan que sabe á lo que se espone si se lanza imprudente en el gran charco con un buque y un cargamento falto de condiciones para resistir las tempestades que pueden sorprenderle en una travesía larga y por mares que no siempre son francos; porque, amigo mio, por el Océano no siempre se viaja viento en popa y mar bonanza: la profesion de marino tiene algunas quiebras. El hombre precavido debe en parte procurar que estas quiebras sean lo menos dolorosas posible, y no quiero esponer á mi querida Herminia.

—Entonces el señor tendrá que vender sobre barato, ó resignarse á esperar un poco de tiempo.

—¡Bah! ¡bah! Señor Rodriguez, cuando las cosas se toman con empeño se adelantan con una rapidez prodigiosa; procure usted, pues, hacerle comprender á ese comprador las ventajas del ingenio, la bondad de la tierra, la robustez de los esclavos; enséñele usted los libros para que vea las ganancias positivas

del año, y si despues de esto, entrega seis millones en monedas de oro, ó buenas letras sobre París, Lóndres, Madrid, ó una de las principales capitales de Europa, cierre usted el trato sin mas circunloquios.

—Así lo haré, señor don Santiago; que por morosidad ó descuido no ha de dejarse de efectuar una venta que tanto interesa á usted.

—Eso es lo que deseo. Yo, desde mañana, me traslado á Rio Janeiro con mi esposa; tal vez los aires del mar le prueben, y además, mientras usted termina el negocio del ingenio, yo me ocuparé en reunir los varios fondos que tengo esparcidos en casa de los comerciantes y en fletar un buque por mi cuenta que reuna todas las condiciones que deseo. Trabaje usted, pues, señor Rodriguez, con el celo y la fé que tantas veces ha demostrado, que yo sabré recompensarle como merece.

A pesar de la eficacia recomendada al administrador Rodriguez, la venta de las plantaciones se prolongó un mes, bien es verdad que el comprador entregó en oro seis millones de reales.

Por otra parte, Santiago habia realizado todo cuanto poseia en el comercio de Rio Janeiro, tomando letras contra ricos banqueros de Lóndres.

Despues, una fragata construida el año anterior en uno de los astilleros de la América del Norte, fué fletada por Santiago con la condicion de que él tomaba el mando durante la travesía, que debia terminar en Lóndres.

La fragata era un buque perfectamente construido, forrado en cobre hasta las cintas, y muy capaz de resistir los rudos embates del irritado Océano.

Llamábase *Washington*, nombre glorioso y de buen agüero para los amantes de la libertad; y aunque Santiago no tenia opiniones políticas marcadas, creia tambien de buen agüero semejante nombre.

Terminados todos los preparativos, le dijo á su esposa:

—Ahora, querida Herminia, me tienes á tus órdenes; cualquier punto del mundo me es igual, viviendo á tu lado; poseemos una fortuna de cerca de diez millones, y nos los comeremos donde tú quieras.

Herminia abrazó á su esposo llena de entusiasmo.

—¡Ah! esclamó: veo que te sacrificas por mí. ¡Cuán bueno eres!

Cuatro dias despues, la fragata *Washington* abandonaba el puerto de Rio Janeiro, llevando á bordo á la Perla de San Lázaro y á su condescendiente esposo.

Inútil es decir que el rumbo del buque se dirigió hácia las islas de Fernando de Noronha para tomar desde allí la situacion y dirigir la proa al continente europeo.



LIBRO VIGESIMOTERCERO.

TRES AÑOS DESPUES.

CAPITULO I.

En Madrid.

¿Qué habia sucedido en la villa del oso y el madroño durante la ausencia de Herminia?

Vamos á verlo; aunque, á la verdad, bien poco tendremos que contar á nuestros suscritores, porque nada es tan dulcemente monótono como la felicidad.

Pero comencemos abreviando por no molestar con detalles á nuestros lectores.

Recordareis que en el pintoresco valle de Potes se efectuaron cuatro bodas. Pues bien: ni los esposos ni las esposas habian tenido todavía ocasion de arrepentirse de haber cargado acuestas con la pesada cruz del matrimonio.

Por otra parte, estos enlaces habian sido fecundos en hijos, y sabido es que los hijos son el perfume que embriaga deliciosamente los corazones de los padres.

Si la naturaleza no fuera tan caprichosa, y los hijos sobrevivieran á los padres, la dicha seria mas completa, mas grande.

Entonces, la felicidad de tener hijos no podria compararse á ninguna felicidad de la tierra.

Pero ¡ay! muchas veces los hijos mueren antes que los padres, y entonces... ¡oh! entonces, el dolor no tiene límite, se arraiga en el corazon, agosta el sol de la alegría, roba el sueño, cambia el carácter de los hombres, y un dolor tranquilo, pero terrible, hospédase en medio del alma de donde no se le puede arrojar hasta que el espíritu, abandonando la materia, vuela á las regiones de lo infinito.

. . . .

. . . .

El dia 20 de enero del año 185... es decir, tres años despues de aquel en que se casaron algunos personajes de esta novela, amaneció lleno de poesía, de luz, de encantos.

Risueño estaba el cielo, esplendoroso el sol, templada la atmósfera.

Mas que un dia de invierno, podia tenerse por un dia de primavera, ó cuando mas de otoño; pero de ese otoño delicioso, sin igual, que se disfruta de vez en cuando en la coronada villa del Dos de Mayo.

Habia carreras de caballos en la Casa de Campo; y como acontece siempre que se anuncia semejante espectáculo, la aristocracia, la alta banca, los elegantes dandys y los aficionados á la equitacion, se reunieron en esa hermosa posesion que tienen los reyes de España, tan codiciada de los cazadores.

Por todas partes cruzaban elegantes carruajes, hermosos

caballos cubiertos con ricas mantas, conducidos por los palafreneros.

La afluencia de gente era mayor al estremo destinado para el término de la carrera, donde se hallaba la barra y el sitio de los reyes.

Quince dias antes, se habia hablado de grandes apuestas y de los premios que se destinaban á los vencedores.

Mas de veinte nombres conocidos entre la aristocracia del dinero y la de la sangre, habian ocupado las columnas de todos los periódicos.

Estos nombres eran los de los dueños de los caballos que debian correr.

Entre los carruajes colocados cerca del palco de sus majestades, llamaba la atencion uno de esos que se distinguen con el nombre prosáico de *cestos*, tirado por un caballo árabe, que piafaba de impaciencia, orgulloso de la ardiente sangre que corria por sus venas.

En este *capricho* con ruedas, veíanse tres personas. En el asiento de detrás, un mulato jóven, con una librea de paño blanco con adornos de color de lila. Delante, una jóven que representaba de veintiocho á treinta años, y un caballero con los cabellos blancos, que llevaba en la pechera de la camisa dos gruesos brillantes, como asimismo otro de doble tamaño en el dedo índice de la mano derecha.

Bastaba ver aquel carruaje y los que le ocupaban, para comprender que no eran españoles.

El menos conocedor hubiera dicho: son americanos, á juzgar por el caballero de los brillantes. cuyo rostro curtido y nada noble y lo poco elegante de su traje, aunque estremada-

mente rico, le daba el aire de uno de esos aventureros para los que el Océano es una mina inagotable.

Sin embargo, si se observaba con detencion, se notaba cierta vaguedad en las miradas de aquel hombre, formando un contraste estraño con la rudeza de sus facciones.

La jóven que le acompañaba, era hermosa como la tentacion. Tenia el pelo negro como el ébano, el rostro perfectamente ovalado, la barba redonda y bien hecha, la frente alta, y los ojos grandes y claros, como los de Débora.

En cuanto á su traje, nada hubiera podido criticar la reina de la moda.

La elegante capota de terciopelo color de perla que contorneaba su hermosa cabeza, era de un gusto esquisito.

De vez en cuando, llevábase una mano para arreglarse los innumerables rizos que asomaban por debajo del adorno de la capota, descansando sobre su frente.

Aquella mano era una perfeccion.

Rafael la hubiera tomado por modelo para la vírgen de su cuadro, *La Perla;* Benvenuto Cellini la hubiera vaciado para una Vénus.

Los elegantes caballeros que cruzaban en todas direcciones por delante del carruaje que nos ocupa, deteniendo el trote de sus caballos, la enviaban miradas de admiracion.

Las señoras miraban tambien, pero de distinto modo, pues en algunos ojos femeninos pudo notarse un relámpago de envidia.

De vez en cuando, la jóven de los cabellos negros se inclinaba un poco hácia su izquierda, y cambiaba algunas palabras con el anciano.

Una elegante carretela descubierta, tirada por dos poderosos caballos de raza normanda, se detuvo, formando línea con el carruaje del caballo árabe.

La carretela la ocupaba una jóven hermosa y elegante, una niña de corta edad, y una de esas robustas hijas del valle de Pas, que alquilan su pecho y su cariño á las madres de la córte por una cantidad alzada al mes.

La jóven de la carretela cambió una mirada con la jóven de los cabellos negros.

Ambas á dos parecian conmoverse, y se dedicaron otra mirada, mas detenida, mas investigadora que la primera.

En este instante, cruzaron dos caballos á la carrera, ambos ansiosos de ganar el prometido galardon.

Poco despues, un jóven, que montaba un caballo inglés, se detuvo junto á la carretela.

—¿Cómo tan sola? dijo inclinando el cuerpo.

—Claudio, respondió la señora, que no era otra que Rosa, la hija del inválido Pedro, me ha abandonado hoy.

—¿Piensa correr su yegua? volvió á preguntar el ginete, en el cual nuestros lectores reconocerán al vizconde Nilo de Sádaba.

—No está en las carreras.

—¿Pues y eso?

—Tenia un negocio de alguna importancia, y como ya sabe usted que se ha vuelto avaro...

—¡Él avaro! Hé ahí una cosa que nunca me hubiera atrevido á decir; creo que usted le calumnia.

—Nada de eso; tenemos una hija, y es preciso trabajar para ella.

—En cuanto á eso, abundo tambien en las mismas ideas desde que Dios me concedió el favor de hacerme padre... pero veo que hoy no me dice nada la pequeña Rosa.

Y Nilo hizo con el estremo del látigo una caricia á la niña, que miraba con la mayor atencion la cabeza del caballo.

—No he visto á Consuelo ni Adela.

—Se quedaron en casa; tenemos un poco enfermo al heredero.

—¿Cosa de cuidado?

—El médico asegura que toda la enfermedad del hijo consiste en el escesivo cariño de la madre, que se sobresalta con solo oirle estornudar. Siguiendo así, Consuelo acabará por ser una monomaniaca del amor maternal.

Rosa, dando nuevo giro á la conversacion, dijo bajando un poco la voz:

—¿Se ha fijado usted en la jóven que ocupa el carruaje de mi izquierda?

Nilo miró hácia el sitio indicado; pero como en aquel instante, la de los cabellos negros se hallaba de espaldas, respondió:

—No puedo verla bien la cara.

—Pues bien; póngase usted en un sitio conveniente para verla, y vuelva usted á decirme si la conoce.

Nilo se separó de la carretela, y cruzando por delante de los caballos del carruaje inmediato, fué á detenerse unos diez pasos mas lejos.

Desde allí pudo mirar sin infundir sospechas, porque se hallaban algunos ginetes esperando que pasasen de regreso los caballos que acababan de correr.

Como Rosa, se estremeció al fijar sus ojos en la jóven que ocupaba el *cesto*, y como si dudara, se acercó un poco mas, pasando tan cerca de la portezuela, que hubieran podido darle las manos.

Nilo, despues de dar una vuelta por delante de la línea de carruajes, volvió á reunirse con Rosa.

—¿La conoce usted? le preguntó la esposa de Claudio de San Vicente con precipitacion.

—Juraria que esa mujer es la Perla de San Lázaro. Sin embargo, ¿no ha observado usted que tiene el pelo negro como la noche, y Herminia lo tenia rubio como el oro?

—Efectivamente; tambien he notado esa particularidad, respondió Rosa.

—¡Quién sabe si será una aprension nuestra!

—Preciso es confesar que se le parece mucho.

—Yo he conocido dos jóvenes, compañeros mios de colegio, que siempre los confundíamos por su estremada semejanza. Además, mi duda se apoya en la diferencia que advierto cuando recuerdo los rubios cabellos de Herminia, lo blanco de su cútis, y veo que esa jóven es morena y tiene el pelo negro como el ébano.

—Tengo un motivo poderoso, repuso Rosa, para creer que sea Herminia.

—¿Cuál?

—Lo intranquilo que se halla mi corazon desde que he visto á esa mujer.

—¡Bah! Y aunque lo fuera, ¿qué tiene usted que temer de una jóven de esa especie?

—¡Dios no lo quiera!... ¡me ha hecho sufrir mucho! Así,

pues, le ruego á usted, en nombre de mi hija, en el de mi felicidad, que procure indagar quién es.

—Nada mas fácil, teniendo, como tenemos en casa, un gran agente de policía.

—¿Quién?

—El señor Saulo de Tebaida.

—Es cierto; le habia olvidado. ¿Pero podrá Saulo?

—¡Toma! De la misma manera que indaga y descubre dónde se halla una familia desgraciada, para socorrerla, en nombre de mi querida mamá política, podrá indagar de dónde viene y adónde va esa señora que tanto la sobresalta, y que, á juzgar por el mulato que ocupa la testera, y las rudas y morenas facciones del anciano que la acompaña, deben ser oriundos de allende los mares.

—Confio, entonces, que usted no olvidará mi encargo.

—Bien. ¿Dónde nos veremos?

—Mañana por la noche, en el teatro.

—No faltaré.

—¿Continúa representándose la comedia de usted?

—Creo que seguirá todavía lo que queda de mes.

—Entonces, hasta mañana, pues voy á reunirme con Claudio.

—Hasta mañana.

Nilo tornó á pasear, rozando la portezuela del caprichoso carruaje.

Rosa dijo á su lacayo:

—¡A casa!

Los caballos partieron.

En cuanto al vizconde, acosado por la curiosidad y las pa-

labras de Rosa, despues de dar una vuelta, fué á situarse á corta distancia del carruaje que ocupaba la jóven de los cabellos negros.

—Verdaderamente, se dijo, la semejanza es admirable. Sin embargo, Herminia era rubia, y esta...

En este instante se le acercó Saulo de Tebaida.

—¡Ah! ¿es usted, querido? le dijo Nilo. Tenga usted la bondad de mirar con detencion á aquella jóven.

Saulo volvió la cabeza, al mismo tiempo que la jóven dejaba caer el velo de su capota sobre el rostro.



CAPITULO II.

¿Quién será?...

—Vamos, vamos, Rosita está exageradamente enamorada de su marido, y creo que en esta ocasion ve visiones.

—En ese caso, querido papá suegro, debo confesar que yo tambien participo de los miedos de Rosa.

—Cuando te digo que no puede ser... Sois unos soñadores.

—Me alegraria infinito quedar derrotado en esta ocasion; pero lo dudo mucho.

—Saulo se ha reido grandemente al participarle vuestras sospechas.

—¿Saulo la ha visto?

—Creo que no.

—Pues entonces, es una risa algo precipitada, porque no siendo la misma Herminia, se le parece como dos gotas de agua.

—¿Pero no me has dicho que esta tiene el pelo negro?

—Como las moras en el mes de octubre; eso precisamente es lo que mas me admira.

—Vamos, tú ya te has forjado una novela en la imaginacion. ¿Crees tú que puede una mujer blanca tornarse morena, y que unos cabellos rubios puedan convertirse en negros?

—¿Y por qué no?

—Además, Saulo me ha dicho que Herminia no existe.

—Saulo no tiene una completa seguridad; solo sabe de positivo la muerte del Galgo. Claudio y don Luis el portugués intercedieron por la Perla de San Lázaro, y entonces, Saulo la entregó, para que la hiciera desaparecer, al capitan de un buque, hombre tan avaro como rico, y cuya conciencia no era de las mas limpias. Eso es todo cuanto sabemos. Nadie puede asegurar que Herminia no exista; todo cuanto se diga, son deducciones poco sólidas.

—En fin, Saulo se ha encargado de descubrir algo de este misterio. Son las once y no puede tardar.

—¡Dios quiera que no sea ella!

—¿La temes?

—No soy yo quien debe temerla; es mi amigo Claudio. Si es Herminia, indudablemente la trae á España algun pensamiento terrible.

Roberto de Alcaraz se encogió de hombros.

Nuestros lectores habrán comprendido que el anterior diálogo tenia lugar entre el conde de Potes y su hijo político Nilo de Sádaba, á las once de la noche del mismo dia que comienza el libro vigésimotercero de la presente novela.

Saulo de Tebaida, agente de la condesa doña María, para ejercer actos de caridad entre los desgraciados, habia sido enterado por Nilo y don Roberto de las sospechas concebidas por el primero en la Casa de Campo durante las carreras de caballos.

Saulo no habia dado crédito á la sospecha del vizconde; mas sin embargo, se echó á la calle, como suele decirse, á tomar lenguas.

Eran las once de la noche y aún no habia regresado.

Roberto y Nilo le esperaban con impaciencia.

Además, nadie tan interesado como Samuel de Marsan en saber la verdad.

Si la Perla de San Lázaro regresaba á España con ideas de venganza, era indudable que Samuel seria uno de los designados como víctima.

A las doce menos cuarto se levantó el portier del despacho del conde, y entró Saulo.

Llevaba el traje usual de los cocheros de casas grandes; es decir, un chaleco encarnado, una gallega de paño gris con grandes botones dorados, cachucha de hule, con galon de estambre, y pañuelo blanco al cuello.

—Buenas noches, señores, dijo: espero que ustedes me dispensarán si me presento con el traje de cuadra.

—Eso me indica que se ha adelantado algo.

—No mucho, señor vizconde; pero sabemos mas que sabíamos esta tarde.

—Entonces, comience usted la relacion de sus indagaciones. ¿Es Herminia? preguntó Nilo con precipitacion.

—No he podido verla la cara todavía, y lo que es á mí no se

me despintará, aunque haya cambiado el color de sus cabellos.

—Vamos por partes, repuso Roberto.

—Tiene usted razon, señor conde; pero como Nilo me ha dirigido una pregunta...

—Sí, sí, adelante, dijo el vizconde.

Saulo habló de esta manera:

—Gracias á este traje y á una casualidad, he podido entablar conversacion con un palafrenero de la casa, un jóven mulato bastante listo, que, segun parece, quiere entrañablemente á sus amos. Comenzaré, pues, diciendo que tan pronto como el señor vizconde me manifestó sus temores en la Casa de Campo, seguí el carruaje de mimbre; pero como la jóven llevaba el velo de la capota echado sobre el rostro, no pude verla.

El carruaje se entró en una casa de la calle de Leganitos, cuya apariencia indica la fortuna de sus dueños.

Varios criados se apresuraron á quitarse las gorras, formando servilmente al pié de la escalera, de lo que deduje que vivian en aquella casa.

Entonces abandoné la calle, y dejando el caballo en la cuadra, me disfracé con el traje de uno de los cocheros de casa, volviendo inmediatamente á la calle de Leganitos.

El jóven mulato se hallaba á la puerta, fumando con la mayor indiferencia.

Me acerqué y entablé con él el siguiente diálogo:

—Buenos dias, compañero, le dije.

Miróme el mulato, como buscando en mi rostro alguna línea conocida, y no encontrándola sin duda, me dijo:

—¿Qué se ofrece?

—Dispense usted; pero quisiera saber si es en esta casa donde sirve, en calidad de cochero, Atanasio Lozano. Este nombre solo era un pretesto para dar principio á la conversacion que deseaba entablar con aquel hombre.

—No es aquí, me contestó.

—¡Diantre! repuse, dandole á mis palabras la entonacion mas natural que me fué posible. Pues ó yo debo de haber tomado mal las señas, ó el bueno de Atanasio me las ha dado equivocadas.

—Puede ser.

—El caso es que he tenido una carta urgente del pueblo, en la que me dice que su madre está enferma y su hermano ha caido soldado.

—Pues no vive aquí.

—Lo siento; pero como me dijo calle de Leganitos, número 100, en casa de unos señores que acaban de venir de no sé qué parte de América...

—Los dueños de esta casa, se apresuró á contestarme el mulato, que nada sospechaba, son efectivamente americanos.

—Pues entonces, aquí será, repuse yo, con una pesadez que hizo sonreir al mulato.

—Amigo mio, me dijo: creo que ha trabucado usted las señas, y voy viendo que le será difícil encontrar al hombre que busca. Los dueños de esta casa son efectivamente americanos; pero no tienen á su servicio ningun criado que se llame Atanasio Lozano.

Y dando media vuelta, despues de saludarme ligeramente con la cabeza, se entró en la portería.

Iba ya á retirarme, bastante mal humorado en vista del

mal éxito de mi empresa, cuando ví salir á un mozo de cuadra cargado con una silla de montar al hombro. El semblante bonachon de aquel hombre reanimó mis esperanzas, y abandoné el portal de la citada casa, con el objeto de entablar conversacion con él. Seguí sus pasos, y cuando tomó la calle de los Reyes, me apresuré un poco, y adelantándome, le detuve, diciéndole:

—¡Hola, buen amigo! ¿adónde se vá?

—A casa del guarnicionero, me contestó ingénuamente.

—Hombre, quisiera hacerte una pregunta; porque, á la verdad, nosotros los que hemos nacido para servir, debemos ayudarnos.

—Es claro... Pregunta lo que quieras, que como yo pueda satisfacerte...

—Gracias... Pero estás cargado, y este no es el mejor sitio para hablar. ¿Quieres que entremos á echar una copa?

Y le indiqué una taberna situada en la acera de enfrente.

El pobre hombre no tuvo ninguna dificultad, y ambos entramos en el despacho de vinos, posesionándonos de una de sus mesas.



CAPITULO III.

Continúa hablando Samuel de Marsan.

—La taberna se hallaba desierta. El mozo de cuadra, por su semblante estúpido y su carácter bonachon, me inspiraba suma confianza. Pedí una botella de vino, llené los vasos, y le dije:

—¡A tu salud!

—¡A la tuya, y buen provecho! me contestó, apurando de un solo trago el contenido del vaso.

—Pues sí, amigo mio, le dije: has de saber que yo estoy en la actualidad desempeñando la plaza de picador en la casa de un grande de España, del señor conde de Potes... Pero, á la verdad, no me gusta mucho el carácter del señor, y deseo buscarme otro acomodo.

El mozo de cuadra, que se llama Serafin, llenó de nuevo el vaso, escuchándome con la mayor atencion.

—He sabido, continué, que tus amos no están todavía arreglados con toda la servidumbre que les hace falta, y me he dicho: ¡qué diantre! puede que necesiten un hombre como yo. Y sin andarme con rodeos, te ví salir, y te abordé para que me ayudases; porque hoy por tí y mañana por mí; que los pobres debemos tendernos las manos.

—Hombre, me contestó con admirable franqueza Serafin: como puedes suponer, yo soy en casa de mis amos, como quien dice, el último mono... Porque el que tiene vara alta para la servidumbre de escalera abajo, es el señor Francisco, el morenito, como le llamamos nosotros.

—¡Calla! ¿era el jóven que estaba hace poco á la puerta?

—El mismo.

—Si lo hubiera sabido, le hubiera hablado.

—Pues como él diga bien, la señora firma al momento.

—Y dime: ¿qué clase de gente son los amos?

—¡Bah! ¿quién pregunta eso? ¿Hay en el mundo amos buenos? Yo creo que no. La señora es exigente y despótica; todo lo quiere al relój. Pide el coche, supongamos, á las doce, y quiere que tres minutos despues se halle dispuesto al pié de la escalera. En cuanto al amo, ese ni pincha ni corta. No tiene voluntad propia. Yo creo que es lelo. Solo se rie y mira á la señora, y la sigue como un palomino atontado. Por lo demás, pagan bien, pues deben tener mucho dinero.

—¡Toma! ¡serán americanos!

—Creo que sí. El señor Francisco me dijo un dia que venian del Brasil. Eso debe estar mas lejos que Galicia.

Serafin pronunció con tal ingenuidad las últimas palabras, que tuve que violentarme para no reirme.

Conocí que aquel hombre me diria todo cuanto supiera, y deseando indagar mas, volví á preguntarle:

—¿Y hace mucho que sirves en la casa?

—Unos quince dias.

—Eso es poco para saber de qué pié cojean los amos.

—Los señores hace muy poco que llegaron á Madrid.

—¿Es jóven tu ama?

—Ya lo creo, y muy bonita... Parece imposible que tenga un marido tan feo y tan viejo.

—¡Toma! cuando se tiene dinero, se tiene hermosura, le dije.

—Tienes razon; el que tiene dinero, lo tiene todo.

—¿Sabes que voy á probar si desean utilizar mis servicios?

—Y harás muy bien, porque el hombre que necesita, debe buscar.

—¿Cómo se llama tu señora?

—Tiene un nombre que está reñido con la oscuridad; se llama doña Luz.

—Es un nombre muy claro.

—Además, creo que es baronesa de no sé qué.

—¡Hola!

—¡Toma! ¿Qué es lo que tú te pensabas?

—Yo, nada.

—¡Como parece que te admiras!

Continuamos unos segundos mas la conversacion; pero comprendiendo que ningun partido podria sacar del sencillo Serafin, pagué la botella de vino que se habia bebido, y nos separamos, ofreciéndonos ser en lo sucesivo dos buenos amigos.

Terminada, aunque con poco provecho, la primera tentati-

va, regresé á casa á cambiar de traje, y fuí á situarme en un portal que da frente por frente del de la rica desconocida.

A eso de las nueve de la noche, ví salir una berlina, y apoderándome de un coche simon que pasaba en aquel momento, le dije:

—Sigue á ese carruaje; tendrás buena propina.

Poco despues, se detenian los dos coches.

Nos hallábamos delante del teatro del Príncipe.

Bajé precipitadamente antes que los que ocupaban la berlina que seguia, y ví bajar á una jóven cubierta de blondas y brillantes, y á un anciano, que me pareció un autómata, pues el susodicho mulato le condujo del brazo hasta uno de los palcos bajos.

Yo, que habia tomado una butaca á un revendedor, mientras bajaba el caballero anciano, fuí á ocupar mi localidad, desde donde pude ver lo que deseaba.

Saulo de Tebaida se detuvo para tomar aliento.

El conde de Potes y Nilo de Sádaba se hallaban vivamente interesados en la narracion.

Samuel era un hombre activo.

Su arrepentimiento, sumamente provechoso.

Su celo, incansable cuando se trataba de hacer bien.

Luego de una corta pausa, que nadie interrumpió, dijo de esta manera:

—Confieso que al fijar mis ojos en la jóven del palco, me estremecí. Nunca he visto un parecido mas exacto al pronto; pero luego, mas sereno, busqué á Herminia entre los recuerdos de mi memoria y comparé.

—¿Y la encontró usted, dijo Nilo, exactamente igual?

—Sí, efectivamente se parece mucho; con la única diferencia de que Herminia era blanca, y esta es morena y un poco mas gruesa. Eso sin contar que la una era rubia, y la otra tiene el pelo negro.

—Pero debe usted tener en cuenta que Herminia puede haber engruesado en tres años, y que el color del pelo se cambia con bastante facilidad, gracias á las pomadas que diariamente están inventando los peluqueros.

—No lo niego... y así mismo confieso con ingenuidad que estoy admirado, porque me parece Herminia.

—A mí no me cabe duda, repuso Nilo.

—En ese caso, viene con algun fin no muy lícito, dijo el conde.

—Debemos tener en cuenta que Herminia, si es la que nos ocupa, ha cambiado hasta de nombre.

—Doble razon en abono de mis sospechas, dijo Roberto.

Aquí reinó un momento de silencio.

Habian visto el relámpago, y esperaban que descargara el trueno. La cuestion se reducia á evitar el golpe.

Era indudable que si Herminia tornaba á Madrid, procurando desfigurarse para no ser conocida, lo haria con siniestra intencion.

Samuel, dispuesto á arrancar nuevamente la máscara á la Perla de San Lázaro, meditaba la manera.

—Señores, dijo: la noche es buena consejera. Suplico á ustede que se aplace para mañana lo que debemos resolver en este asunto.

Todos convinieron en que no era oportuno precipitarse, y resueltos á meditar, se retiraron.

Saulo se encaminaba á su habitacion, cuando pensó lo siguiente:

—¿Y si Serafin viene á verme, puesto que yo le he dicho que era el picador del conde de Potes?

Se detuvo un momento para reflexionar sobre esta idea.

Por fin, resolvió enterar al portero de lo que debia hacer, caso que á Serafin, agradecido al convite, se le ocurriera visitarle.

Despues se dirigió á su habitacion y se acostó.

Cuando se quedó dormido, su sueño fué Herminia.

Samuel de Marsan veia en la hermosa aventurera un enemigo terrible.

CAPITULO IV.

Poder de la hermosura.

Mientras duerme el ex-marqués de Marsan, penetremos nosotros en la casa de la calle de Leganitos.

La hermosa de los cabellos negros que tanto preocupaba á los amigos del conde de Potes, acababa de llegar del teatro.

Nuestros lectores habrán comprendido que no era otra que la Perla de San Lázaro; así como el viejo que hemos visto con ella, era ni mas ni menos que Santiago el marino.

En un elegante gabinete, donde el gusto, la moda y el arte se encontraban reunidos, Herminia y Santiago se hallaban sentados junto á una pequeña mesa, tomando unas pastas inglesas y té.

Pancho, el mulato, de pié, detrás de ellos, como si fuera una estátua, esperaba sus órdenes.

Reinaba el mayor silencio.

Solo de vez en cuando, el viejo marino, volviendo la cabeza y mirado al mulato, le decia:

—Pon mas té. Ya sabes que me gusta que se sienta el gusto del aguardiente.

El mulato llenaba la taza, vertiendo de una botella algunas gotas de aguardiente.

Durante esta operacion, miraba á su ama como si esperara una órden.

—Basta, le decia la Perla de San Lázaro.

Pancho entonces, dejando la botella sobre la mesa, se quedaba grave, inmóvil, y con los brazos cruzados detrás de sus amos.

Cuando Santiago apuró la tercer taza de té, Herminia, mirando al mulato, dijo:

—Vamos, querido, ya sabes que el té, bebiéndolo con esceso, debilita: no quiero que tomes mas esta noche.

—Bien, no tomaré, dijo Santiago, con la docilidad de un niño, mirando á su esposa; pero está tan bueno...

Pancho quitó el servicio de la mesa y salió de la habitacion, volviendo á entrar á los pocos momentos.

—Es muy tarde, Santiago, dijo Herminia: debes acostarte.

—Quisiera estar un rato mas contigo.

—Vamos, no seas niño; ya sabes que no estás muy bueno, y sin embargo te permito que vengas al teatro, á pesar de que el médico tiene mandado que no salgas de casa por las noches.

—¡Bah! ¿Y qué haria yo en casa... sobre todo sin tí?

—Es que yo me puedo quedar á hacerte compañía.

—¡Qué buena eres!

—Soy justa; soy tu esposa, y nada en el mundo debe importarme tanto como tu felicidad.

Santiago miró á Herminia con la misma vaguedad que pudiera haberlo hecho un idiota.

Tres años antes, Santiago era un atleta, un hombre lleno de vigor, de robustez, de vida.

En la época que vuelve á aparecer en escena, era un especie de autómata, sin mas voluntad que la de su jóven esposa.

Además, habia envejecido de un modo inesplicable.

Hasta su fisonomía habia sufrido un cambio radical.

Si uno de los tripulantes del brik *Trinidad* hubiera encontrado á su antiguo capitan, á buen seguro que no le hubiera conocido.

¿Qué habia hecho Herminia para trasformar á aquel hombre?

El amor rejuvenece, y Santiago habia envejecido.

Misterio impenetrable del corazon, que no siempre exhibe su repugnante faz al público, porque el público entonces le escupiria con desprecio.

Pero tornemos á reanudar el diálogo, interrumpido por los anteriores detalles.

—Mira, Herminia...

—Cuidado con lo que dices, Santiago; ya sabes que yo no me llamo Herminia en España, y sin embargo, te complaces en repetir ese nombre.

—Es verdad, lo habia olvidado; además, ese nombre suena muy bien en mis oidos.

—Pues procura olvidarle.

—Pues bien, Her... digo Luz. ¡Oh! me parece feo el nom-

bre que has adoptado... Y luego... no comprendo á qué viene ese cambio.

—Tengo enemigos poderosos.

—¡Oh! ¡por qué he perdido la fuerza de otro tiempo!

Y Santiago pronunció esta frase con una entonacion verdaderàmente dolorosa.

—Para destruir á los que quieren destruirnos, no basta la fuerza; son auxiliares mas poderosos el ingenio, la astucia, la intencion.

—¡Bah! ¡bah! A mí siempre me ha ido bien dando el primer golpe. Cuando yo iba por el mar... ¡oh! entonces... nada me arredraba... pero ahora soy un vejete inútil... Yo no sé como tú, tan hermosa... con tanto talento, me quieres... No es poca suerte.

Santiago miró á Herminia con verdadero éxtasis.

Los ojos brilladores de aquella mujer le tenian fascinado.

En este momento, Herminia, dirigiendo una mirada á Pancho el mulato, le dijo:

—Acompaña al señor á la habitacion, y ven luego á recibir órdenes para mañana.

—Un rato mas, Her... digo Luz; un rato mas... ¡Estoy tan bien á tu lado!...

—Eres un niño.

—Sí, todo lo que quieras; pero no me digas que me vaya.

—Vamos, Santiago; son mas de las doce; vete á dormir.

—Pero... articuló el marino con voz suplicante.

—Véte, repuso Herminia con imperio.

El marinero ahogó un suspiro, y levantándose de la butaca, dijo:

—Vamos, pues que así lo quieres.

Herminia presentó la frente para que su esposo la besara.

—Buenas noches, hija mia, dijo.

—Buenas noches.

Herminia se quedó sola.

Trascurrió como media hora, y Pancho el mulato volvió á entrar en la habitacion.

—Siéntate y cuéntame lo que has indagado, le dijo Herminia.

Pancho, en vez de sentarse, se apoyó en el respaldo de una silla, y dijo:

—Esta noche tengo muchas noticias que trasmitir á la señora.

—Veo que me sirves con lealtad y celo: no he de olvidarlo.

—Jamás he pensado en la recompensa que pueden proporcionarme los servicios que presto á mi ama.

—Sin embargo, tú eres un servidor leal: yo lo debo tener presente.

—Bien; será como la señora quiera.

—Es verdad; vamos al caso.

—Creo que un hombre nos espía.

—¡Ah! ¡tan pronto!...

—La señora habia sospechado con razon del hombre del chaleco encarnado y la corbata blanca.

—¿Es Samuel de Marsan?

—Creo que sí, aunque nada puedo asegurar. Serafin, el mozo de cuadra, es un muchacho muy listo, que tiene todo el aspecto de un tonto: esto siempre es una ventaja para vivir en el mundo.

—Tíenes razon; pero continúa.

—El mismo hombre que siguió nuestro carruaje desde las carreras de caballos, que vino luego con el traje de criado á hacerme preguntas, que no supe contestar, convidó á Serafin á beber una botella de vino. Serafin parece que se ha hecho amigo suyo, y segun él dice, es palafrenero del señor conde de Potes.

Herminia, despues de un momento de meditacion, dijo:

—¿Estás seguro que el lacayo, el hombre de las carreras, y el señor de las butacas del teatro, son una misma persona?

—No me cabe duda.

—Entonces es Samuel de Marsan; mas esta vez los disfraces le han servido de poco: le reconocí en la Casa de Campo. ¡Oh! segun parece, trata de perseguirme con el mismo encarnizamiento de siempre... pero ahora la lucha es mas igual y confio vencer... Dime lo que sepas de Claudio de San Vicente.

—Poca cosa, señora; que se ocupa de sus negocios, que ama con todo el corazon á su mujer, y con toda el alma á su hija.

—Sí, sí, lo comprendo, dijo Herminia con precipitacion. Pero ¿y su esposa le ama?

—De lo que he podido indagar, se deduce que son una pareja verdaderamente feliz.

Herminia se sonrió de un modo infernal.

—¡Felices!... Palabra que para mí no existe. Pero yo destruiré esa felicidad: yo romperé el lazo que une á esos dos corazones.

Y Herminia se pasó la mano por la frente para separarse

uno de sus hermosos bucles, descompuesto por los precipitados y nerviosos movimientos de cabeza que durante su conversacion ejecutaba.

De pronto, una sonrisa partió de sus labios

—Pancho, es preciso que entre á nuestro servicio ese fingido palafrenero del conde de Potes.

El mulato miró á su ama, como si no la comprendiese.

—Tengo una idea muy divertida. Además, á los enemigos me gusta verles cara á cara y cerca de mi persona. Mañana, que le ofrezca una plaza de picador Serafin, y le admites.

—Está bien.

—Luego, allá veremos lo que se hace. En cuanto á Claudio y Rosa, creo que lo mas conveniente es que...

Herminia se detuvo.

Luego de una corta pausa, dijo con rapidez, como si un pensamiento le asaltara:

—No, no. Para herir en medio del corazon á una madre amorosa, es necesario que el golpe le reciba la hija de sus entrañas. Yo no he sido madre, pero comprendo el efecto que puede producir. Escucha, Pancho: es preciso que antes de tres dias la hija de Claudio y Rosa se halle en mi poder. Ahora, véte á dormir: déjame; quiero estar sola; es muy tarde.

Pancho salió sin desplegar los labios.

Herminia, al verse sola, como si tuviera vergüenza de sí misma ó la inspirara miedo el pensamiento terrible que la preocupaba, esclamó, cubriéndose el rostro con las manos:

—¡Oh, sí, me vengaré, me vengaré, aunque mi venganza caiga como el fuego del cielo sobre mi frente! ¿Para qué soporto las caricias de un anciano decrépito?... ¿Por qué finjo lo que

no siento hace tres años? Por la venganza... por el placer de contemplar á mis piés á esos enemigos de mi felicidad, que han jugado conmigo como juega el huracan con la débil arista.

Y Herminia cerró los ojos, quedándose dormida.

Poco despues, se sonreia en sueños.

Sin duda le halagaba el terrible sueño de la venganza.

CAPITULO V.

Un protector.

Serian como las nueve de la mañana del dia siguiente, cuando Serafin, el mozo de cuadra de Herminia, se presentó en la portería de la casa del conde de Potes, con las manos en los bolsillos de su chaqueta, y su pipa de barro en la boca.

Como hemos dicho antes, Serafin tenia todo el aspecto de un bienaventurado.

Nada tan rústicamente franco, nada tan marcadamente estúpido como su semblante.

Solo sus pequeños y grises ojos, mirados con detencion, indicaban por los relámpagos que á intervalos despedian, que aquel hombre tenia un fondo de malicia perfectamente oculto bajo una corteza de rusticidad admirable.

—Buenos dias, portero, dijo Serafin, encarándose con el celoso guardian.

La facha de Serafin predisponia en su favor, y el portero, cuadrándose delante de él, como el que pone un obstáculo al paso, le respondió:

—Buenos dias tengas. ¿Qué se ofrece?

—¿No es esta la casa del señor conde de Potes?

—Sí.

—Pues entonces, aquí es.

—Pero bien, ¿qué es?... repuso el portero, dominándose para no reirse.

—¡Toma! dijo: que aquí es donde vive el que yo busco.

El portero se echó á reir, desechando escrúpulos.

Serafin se rió tambien, sin saber por qué se reia.

—¿Por quién preguntas? repuso el portero, dando tregua á la hilaridad.

—¡Toma! pues es verdad que aún no lo he dicho.

—De modo que te has olvidado lo principal.

—Tiene usted razon. Por quien pregunto es por el picador de esta casa.

—¡Ah! ¿tú buscas á Valentin?

—Sí, á uno que me convidó ayer á una copa.

—Eso no lo sabia; pero si quieres verle, le iré á llamar. Está en la cuadra.

—Si usted me hace ese favor... porque ayer me encargó una cosa, y hoy vengo á darle la respuesta, que estoy seguro que se alegrará de saberla.

—Pues entonces, ten la bondad de esperarme; porque, como te he dicho, se halla en la cuadra.

—Yo iré, si usted no quiere molestarse.

—Nada de eso; voy al momento.

El portero se encaminó á la cuadra, volviendo á los pocos momentos.

—Dice que al instante viene, que le esperes.

—No tengo prisa: mis amos no quieren salir hoy hasta la tarde, y el carruaje y los caballos están limpios como una plata.

Apenas habria trascurrido un cuarto de hora, cuando Saulo de Tebáida, vestido con el traje del dia anterior, se presentó en la portería.

—¡Hola, campañero! le dijo. ¿Qué hay?

—Hombre, venia á decirte que...

Y Serafin se quedó mirando al portero, como dudando si debia hablar delante de él.

Saulo, que así lo comprendió, le dijo:

—Habla lo que quieras; es mi amigo de confianza.

—Pues nada, lo que aquí me trae es que en casa falta un picador, y el señor Francisco, á quien le hablé de tí, me dijo que fueras, y si os arreglábais en el precio, le hablaria al ama para que te admitiera.

Samuel se quedó mirando con fijeza á Serafin.

Nada le revelaba su semblante que pudiera infundirle sospechas.

—Mira, Serafin, dijo Samuel, despues de un segundo de pausa: tú sabes muy bien que no se puede servir en todas las casas...

—¡Toma! no me digas á mí nada de eso: los que nacemos pobres, tenemos bastante desgracia.

—Pues por lo mismo... creyéndote un buen amigo mio, aunque hace poco que nos conocemos, quisiera que me infor-

maras de las particularidades de la casa, porque si salgo de los *guardias* y me encuentro con los *metedores*, no me hará mucha gracia.

—Hombre... la casa no es mala, sobre todo teniendo cuidado de contentar al morenito señor Francisco, que es el que lo mangonea todo... Pero tú no vas á firmar con ellos una escritura para toda la vida: y quiere decir, que si no te acomoda el trato y la soldada, te largas con la música á otra parte.

—Veo que tienes razon... Nada cuesta probar; porque, hablando en confianza, aquí no estoy muy bien.

—¿Qué quieres que le diga al señor Francisco?

—Que iré á verle dentro de una hora.

—Bien. ¿Te se ofrece algo mas?

—No.

—Vaya, pues entonces hasta luego.

—Hasta luego.

—¿Quieres tomar una copa de aguardiente?

—No... Ahora no puedo, tengo que hacer; pero esta tarde...

—Bien, esta tarde celebraremos tu entrada.

—Veo, querido Serafin, que eres un buen amigo.

Y Saulo estrechó la mano del mozo de cuadra, con la misma voluntad que si se tratara de un marqués.

—No olvides que te espero, repitió Serafin.

—No faltaré.

Serafin y Samuel se separaron.

El primero fué á participarle á Pancho el mulato que el nuevo picador iria al momento.

En cuanto á Saulo, subió las escaleras, y sin mudarse de traje, llamó á la puerta del despacho del conde.

—¡Adelante! le dijo este.

Samuel empujó la puerta, que solo estaba entornada, y entró.

Roberto escribia en su mesa de despacho.

———————

* * *

CAPITULO VI.

Un paseo.

—¡Ah! ¿es usted, Saulo? ¿Qué ocurre?

—Una buena noticia que tengo que dar al señor conde.

—Entonces sea usted bien venido, y siéntese; porque viéndole con ese traje, supongo de lo que se trata.

—Sí, se trata, dijo, de la Perla de San Lázaro.

—¿Qué hay?

—La casualidad nos favorece.

—¡Hola! Veo que esa pobre chica nos odia con razon.

—Acaban de venir á proponerme la plaza de picador, que está vacante, en casa de esa jóven que se parece á la Perla de San Lázaro como se parecen dos gotas de agua.

La fisonomía de Roberto sufrió un ligero cambio, y dijo:

—¿Qué opina usted de esa casualidad inesperada?

—Absolutamente nada que no sea favorable para nuestros planes.

—Sin embargo, esa colocacion...

—Puede sacarnos de dudas; porque si verdaderamente es Herminia, cuanto mas cerca me halle, menos temible puede sernos... Si no es... entonces, tanto mejor.

—¿Pero no teme usted que le haya reconocido?

—Si me ha reconocido, no me admitirá á su servicio.

Roberto guardó silencio.

Parecia que no le agradaba todo aquello.

Saulo, para tranquilizarle, dijo:

—Serafin, el mozo de cuadra de que hablé á usted, ha sido en esta ocasion el que me ha proporcionado este nuevo empleo. Bien dice el refran: que donde menos se piensa, salta la liebre.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Creo, señor conde, que debo admitir la plaza.

—Debemos desconfiar de esa mujer... porque si fuera Herminia... Si Serafin, á quien usted cree un buen muchacho, fuera uno de sus cómplices...

—Serafin es un imbécil; lleva escrita en la cara la rústica simplicidad de su corazon.

—Saulo, no conviene ser confiado.

—Señor conde, agradezco con toda mi alma el interés que le inspiro... pero se me presenta ocasion de ser útil á mis semejantes, y no debo desaprovecharla.

—La conducta de usted es digna de elogio; mas el hombre debe ser precavido.

—¿Qué peligro puede amenazarme, admitiendo la plaza de picador?

—Lo ignoro; pero temo algo.

Los labios de Saulo dibujaron una sonrisa desdeñosa.

—Si es Herminia, se apresurará á despedirme... Si, como deseo, nos hemos sobresaltado sin motivo, yo buscaré un pretesto para dejar la casa.

. . . .

. . . .

Una hora despues, Saulo de Tebaida se presentó en la casa de la calle de Leganitos, y se hizo anunciar con el nombre de Valentin García.

Un criado le condujo á una habitacion del cuarto bajo.

—¿Es usted el recomendado de Serafin? preguntó Pancho.

Saulo se inclinó ligeramente en señal de asentimiento.

—Me ha dicho que es usted un buen caballista.

—Monto regularmente, y tengo alguna paciencia para la educacion de los caballos.

—¿Qué escuela es la que usted monta?

—Todas.

—¡Hola!... eso es mucho.

—No me ocupo de otra cosa desde que tenia doce años.

—¿Posee usted la inglesa?

—Sí señor.

—¿Y qué sueldo se propone usted ganar?

—Seis mil reales al año.

—Mucho es.

Saulo se encogió de hombros y dijo:

—Eso me da el señor conde de Potes.

—¿Come usted en casa?

—No, como por cuenta mia.

—Tendrá usted traje decente para acompañar á la señora...

—Por supuesto.

—¿Tiene usted algun inconveniente de vivir en la misma casa?

—Ninguno; pero debo advertir que solo me ocupo de los trabajos que corresponden á mi empleo de picador.

—Quedamos convenidos. Esta tarde á las tres sale la señora, montada. Estará usted en la cuadra á esa hora, y se le señalará su habitacion.

Cuando Saulo de Tebaida salió del cuarto de Pancho el mulato, abrióse una puerta de cristales, y se presentó Herminia.

—No me cabe duda; es él, dijo.

Y una sonrisa llena de satisfaccion apareció en sus labios.

—Ahora veremos, señor Isidro Roquete, si paga usted todas las que debe, repitió Herminia.

Y alzando la mirada, continuó:

—Creo que voy á vengarte como mereces, querido papá Mateo.

Pancho no desplegaba los labios durante estas esclamaciones.

La Perla de San Lázaro, apoyando una mano en la mesa y dirigiendo una mirada á su leal servidor, dijo:

—¿Cuándo traen los potros?

—Dentro de tres dias.

—¿Son tal como los deseamos?

—Así me lo ha ofrecido el gitano con quien hice el trato.

—Está bien.

Y Herminia salió de la habitacion.

Sigamos sus pasos.

Al final de un corredor se hallaba una puerta, y Herminia, sacando una llave del bolsillo de su vestido, la abrió.

Era una habitacion bastante reducida, con una ventana á un jardin.

Unas anchas cortinas de damasco amarillo cubrian por completo el hueco de la alcoba.

Herminia levantó la cortina, y entró en ella.

Santiago el marino se hallaba en su lecho.

Al ver á su esposa, la recibió con una sonrisa.

—Hoy has tardado mucho, querida; son las diez dadas, y tengo mucha gana de levantarme.

—Antes es preciso que tomes la medicina.

—Tomaré lo que quieras; pero pronto, para que me permitas levantarme.

Herminia se dirigió á una pequeña mesa de mármol que habia en la sala, sobre la cual se hallaban unas botellas.

Vertió agua en un vaso, sacó un pequeño frasco del bolsillo, y derramó tres gotas de un líquido en el agua. Luego puso en este agua parte del contenido de una de las botellas que se hallaban en la mesa, y despues fué á dar el vaso á Santiago.

Este lo apuró de un solo trago.

Entonces Herminia tiró del cordon de la campanilla.

Se presentó un criado.

—Ayude usted al señor baron á vestirse.

Y dirigiendo la palabra á Santiago, continuó:

—Te espero en mi gabinete: hoy almorzaremos allí.

Luego salió.

. . . .

Aquella misma tarde, á eso de las tres, Herminia, Santiago y Saulo de Tebaida paseaban por la Fuente Castellana en la mayor armonía.

La tranquilidad de la Perla de San Lázaro era tanta, que hablaba con Samuel de caballos, de la buena ó mala facha de los que cruzaban por su lado, de todas esas cosas, en fin, tan propias de una mujer que se pasea sobre un hermoso caballo árabe por la Fuente Castellana.

Samuel necesitó de toda su fuerza de voluntad para no desorientarse.

—Si es Herminia, como creo, se decia Saulo, hablando consigo mismo, preciso es confesar que tiene una fuerza de voluntad admirable para fingir.

La Perla de San Lázaro caminaba en medio, es decir, entre Saulo y Santiago, cuando acertó á pasar Claudio de San Vicente, que montaba un magnífico caballo andaluz, negro como una noche de tempestad.

Claudio cabalgaba junto á la portezuela de un carruaje descubierto, en el cual iban Consuelo, Adela y doña María.

Herminia dirigió una mirada hácia el coche, y dijo:

—¡Hermoso caballo!... Y monta bien ese jóven. ¿Le conoce usted, Valentin?

Este es el nombre que habia tomado Saulo, que no pudo menos de admirar la sangre fria de Herminia.

—Sí, dijo; es un jóven muy rico: se llama Claudio de San Vicente.

Herminia, al oir este nombre, no se conmovió.

Samuel, que no apartaba de ella los ojos, llegó á dudar de que fuera Herminia.

Al dar la vuelta, la casualidad hizo que Herminia pasara tan cerca de la carretela, que Claudio tuvo que apartarse para dejarle sitio.

Claudio, maquinalmente, detuvo su caballo como si hubiera visto una aparicion.

Herminia le dirigió una mirada.

Saulo, que no perdia ni el menor de los movimientos de su ama, leyó en aquella mirada un poema...

—Sí; es Herminia, se dijo: ahora ya no tengo duda; acaba de venderse... y Claudio la ha reconocido. ¡Oh! ¡si estaré destinado á matar del segundo golpe á mi enemigo!

Pasado este incidente, Herminia puso al trote á su caballo, y los que la acompañaban, se vieron en la necesidad de seguirla.

CAPITULO VII.

El cuaderno de Kiusiú.

Aquella misma noche, cuando Herminia se retiró á su dormitorio, despues de despedir á su doncella, al quedarse sola, se dejó caer en una butaca.

Tenia á su lado una pequeña mesa de palo de rosa: sobre la mesa un candelabro de dos mecheros.

Las dos bujías, de un color azul de cielo, con pequeñas pantallas de porcelana del mismo color, daban á la habitacion un tinte poético.

Sobre la mesa tenia la Perla de San Lázaro un cuaderno manuscrito con letra redonda y clara.

Era el que Kiusiú, el médico japonés, le habia vendido en el Brasil, especie de *buscapié* indispensable para la caja de elixires que poseia.

Arma fatal era por cierto para una mujer del temple de

Herminia, aquel botiquin de la muerte, estraido de las raras plantas que fecundiza el abrasador sol de la India.

La Perla de San Lázaro estudiaba con profunda atencion todas las noches el cuaderno de Kiusiú

Los resultados habian sido hasta entonces maravillosos.

Veamos lo que decia el autógrafo del médico japonés:

«Letra *R*. Esencia maravillosa estraida de flores silvestres de las orillas del Gánges. Se vierten seis gotas en una palancana de agua, se empapa en este agua una franela blanca, y se estiende esta por el rostro, conservándola media hora.

»Si esta operacion se hace cada quince dias, la mujer blanca trocará insensiblemente el color de su cútis por un moreno agradable, cien veces mas hermoso que la misma nieve.

»Tambien se emplea el mismo método para trasformar el pelo mas rubio en negro de azabache.»

Esta botella, que era una de las mas grandes de la caja, solo contenia una mitad del apreciado líquido, lo cual demostraba que se habia hecho bastante uso de él.

«Letra *N*. Elixir de la voluntad. Tres gotas al dia, suministradas en cualquier líquido, bastan para que, al mediarse el frasco, la persona á quien se le suministre no tenga fuerza de voluntad.

»Sus efectos son pausados, pero seguros y maravillosos; se pierde la fuerza física y la moral, desaparece por completo la voluntad, llegando á ser por espacio de algunos años un especie de autómata, hasta que al fin termina la vida de languidez.

»No deja rastro alguno en el cuerpo humano.»

Este frasco tambien se hallaba casi vacío.

Herminia, al mirarle, se sonrió, y se dijo, colocando sobre el tapon su linda mano:

—Verdaderamente, Kiusiú es un gran hombre. Hé aquí un líquido que no tiene precio. Por él Santiago es mio, como el pobre jilguero del dueño que le aprisiona en la jaula. ¡Bah! él es feliz, ¿qué mas quiere? Dentro de poco llegará á la gran condicion de los idiotas, y entonces... se procurará tenerle muchas consideraciones... Bien caro paga el amor que le he fingido; pero era preciso. ¡Oh! mi venganza antes que todo.

Herminia continuaba leyendo el cuaderno, y dedicando alguna mirada á los frascos que contenia el botiquin.

Cuando llegó á la letra *M*, sus labios se entreabrieron para producir una sonrisa, cuya definicion es un problema; pero que, sin esplicarnos la causa, enfria la sangre de nuestras venas.

Decia así:

«Letra *M*. Veneno. Desde el dia que se toma hasta su efecto final ó la muerte, tiene tres períodos estraordinarios y desconocidos por la farmacopea.

»Primer mes: se siente una alegría infinita, un placer inesplicable, un deseo vehemente de gozar de la vida; todo sonrie, todo contenta en derredor del infeliz que lo siente circular por sus venas.

»Segundo mes: insomnios, inapetencia, deseos vivísimos de vivir; comienza á caerse el cabello; irritacion en los párpados bastante molesta.

»Tercer mes: la alegría aumenta; se rie por las cosas mas pequeñas; muchas veces hasta los asuntos mas serios producen la hilaridad; raptos de locura; la muerte producida por un ataque fulminante al cerebro.

»No se encuentra rastro alguno, aunque se haga la autopsia al cadáver.

»Los facultativos podrán engañarse, creyendo la muerte producida por otras causas.»

Herminia se decia para sí, mientras hojeaba el cuaderno:

—¡Oh! ¡si pudiera reunirlos á todos, darles un banquete, y hacerles apurar esta botella!... ¡Qué placer tan inmenso, qué horrible concierto habian de formar sus carcajadas de muerte y las mias de venganza!

Aquí llegaban las reflexiones de Herminia, cuando llamaron muy quedo á la puerta de su habitacion.

Antes de responder, volvió la cabeza para mirar la esfera de un elegante relój de sobremesa.

La saeta marcaba las once en punto.

—Será Pancho, se dijo Herminia.

Y alzando la voz, continuó:

—¡Adelante quien sea!

Efectivamente, era Francisco el mulato.

—Entra, cierra, y siéntate.

Este laconismo que empleó Herminia fué obedecido.

—¿Le viste? preguntó la Perla de San Lázaro.

—Sí.

—¿Estaba en la embajada?

—Sí.

—¿Leyó mi carta?

—Con profunda detencion, y por dos veces.

—¿Y qué dijo?

—Es hombre de pocas palabras, segun he comprendido, pues me contestó: di á tu ama que iré.

—Está bien; puedes retirarte.

—¿No tiene la señora órdenes que comunicarme para mañana?

—No; pero deseo saber en qué estado se encuentra el asunto del gitano.

—Me ha ofrecido que los potros llegarán dentro de breves dias.

—¿Pero qué opinas?

—Dice que el que los monte, pagará bastante caro su atrevimiento.

—Eso necesitamos. ¿Qué hace Serafin?

—Se ocupa en la cuestion de la niña.

—¿Crees tú que es hombre capaz de llevar á feliz término mi pensamiento?

—Ya he tenido ocasion de decir varias veces á la señora, que Serafin es uno de aquellos hombres que poseen la doble ventaja de parecer tontos, cuando precisamente son todo lo contrario. Además, tiene bastante apego al oro, y lo que se le ha ofrecido le hará aguzar el ingenio: dejémosle, pues, que trabaje á su manera, y tengamos esperanza en el éxito de su empresa.

—Ya sabes que si terminamos bien, la dádiva será digna de una reina.

—Repito nuevamente, señora, que no me ocupo de esa cuestion.

—Sin embargo, los que nos ayudan á llevar á cabo mis planes, indudablemente no piensan del mismo modo que tú.

Pancho se encogió de hombros.

—A esos se les paga, y se les despide luego.

Francisco pronunció con cierto desprecio la frase anterior.

—Veo que te inspiran desprecio los que se venden, querido Pancho. Pero debo advertirte que sobre la tierra no hay enemigos pequeños. Cuando se rompe la cadena, nunca es por el eslabon mas bueno, sino por el mas malo... No lo olvides.

—La señora no debe temer á nadie; porque, en último caso, la responsabilidad caeria sobre mí.

—Ya sé que eres un servidor leal, que nada te importa arriesgar tu existencia. Sin embargo, es preciso ser muy prudente. España no tiene pueblos salvajes ni selvas vírgenes donde el hombre de corazon puede refugiarse, huyendo de la justicia.

—Procuraré seguir los consejos de la señora, repuso Pancho humildemente.

—Eso deseo. Ahora, puedes retirarte.

Pancho saludó, y salió del dormitorio de su ama.

En cuanto á Herminia, continuó leyendo por espacio de una hora el cuaderno del doctor Kiusiú.

Cuando el relój marcó la una, se levantó de la butaca y encaminóse hácia la alcoba.

. . . .

. . . .

Mientras tenia lugar la escena que acabamos de referir, en casa del conde de Potes se hallaban reunidos Roberto, Nilo y Samuel.

—No me cabe duda, decia Saulo: es Herminia. Si nos interesa la tranquilidad de Rosa, es preciso que con cualquier pretesto salga Claudio de Madrid. Esta tarde, al encontrarse en la Fuente Castellana, la ha reconocido, y le he visto es-

tremecerse. Él ama á su esposa, adora á su hija; pero Herminia puede destruir la felicidad de ese matrimonio.

—Claudio desprecia á Herminia, dijo Nilo, que no podia comprender que la Perla de San Lázaro inspirara amor.

—Jóven, repuso Saulo: Claudio ha amado á esa mujer. Muchas veces, cuando se cree el hombre que en su corazon solo quedan cenizas, queda una chispa de fuego que se inflama por una palabra, por una mirada... Evitemos mas desgracias separando á Claudio de Madrid, mientras nosotros destruimos de raiz la mala semilla que nos amenaza.

Roberto nada habia dicho.

Meditaba sin dar su parecer.

Por último, levantó la cabeza, y dijo con acento grave y pausado:

—Claudio debe partir.

Los tres amigos convinieron en que era preciso que Herminia y Claudio de San Vicente no volvieran á encontrarse.

CAPITULO VIII.

Recuerdo desagradable.

Sir Jorge Sponcer, jóven inglés agregado á la embajada, á quien sin duda no han olvidado nuestros lectores, habia recibido una carta concebida en estos términos:

«Una señora que desea vindicarse á los ojos de sir Jorge »Sponcer, le suplica que acuda mañana de tres á cuatro de la »tarde á la calle de la Luna, número 100, cuarto 4.°

»Con la seguridad de que se dirige á un caballero, espera »que no faltará á la cita.»

El jóven isleño, frio como siempre, leyó las anteriores líneas, y contestó al portador lo siguiente:

—Iré.

Hé aquí la razon por qué sir Jorge entraba á la citada hora en la casa número 100 de la calle de la Luna, y subiendo noventa y siete escalones, se detuvo delante de la modesta puerta de un sotabanco.

Sin vacilar cogió el llamador de la campanilla, abrieron la puerta, y se presentó una mujer anciana.

—Dispense usted, señora, dijo el inglés. No sé si cometeré una imprudencia, ó si habré sido víctima de mi buena fé. En el primer caso usted me perdonará; en el segundo, adquiriré fama de pedante.

—No se ha engañado usted, caballero, dijo la vieja. La señora está esperando.

—Tenga usted la bondad de conducirme á su presencia.

—Sígame usted.

La mujer, despues de atravesar un pasillo tan largo como modesto, se detuvo delante de una puerta.

Estaba entornada.

—Puede usted entrar, dijo la vieja, enviando una sonrisa á sir Jorge Sponcer.

El jóven inglés entró en la habitacion.

Una mujer jóven, elegante, se hallaba muellemente sentada en un sofá.

Tenia el velo de una linda capota echado sobre el rostro.

Sir Jorge se inclinó para saludarla.

—Es usted puntual, caballero.

El inglés, creyendo reconocer la voz de aquella mujer, hizo un movimiento, y fijó la mirada, como si quisiera ver el rostro á través del velo.

—Verdaderamente, continuó Herminia, pues no era otra la jóven del velo, parecerá estraña la conducta de una mujer que se atreve á citar á un caballero.

—Nada me estraña, señora. Lo único que ha hecho en mí una ligera impresion, ha sido el recuerdo de una jóven que

conocí en otro tiempo, y que, al oir la voz de usted, he creido reconocer.

—Lo cual dice que usted no ha podido borrarla aún de su memoria.

—Sí; tan profundamente grabados quedan los recuerdos gratos como los... que nos son molestos.

—¿Seria una indiscrecion preguntar al caballero sir Jorge á cuál de las dos cosas pertenece el recuerdo que acaba de evocar?

—Al desagradable, señora.

—¿Y es mi voz el que lo ha traido á la memoria?

—Sí.

—Es usted franco.

—Me envanece poseer esa cualidad.

Herminia guardó silencio por un segundo, como si quisiera prepararse para la batalla que iba á tener lugar.

Sir Jorge, cuyo carácter frio y sereno no se conmovia por nada, esperó que la incógnita le dirigiera por segunda vez la palabra.

—Veo, caballero, dijo Herminia, que no ha cambiado usted de carácter.

Esta frase estaba un poco fuera de tono; pero la frialdad del inglés disculpaba la inconveniencia de Herminia.

Nuestros lectores recordarán los apuntes consignados en la *Gaceta de los Tribunales franceses.*

Entre Herminia y sir Jorge existia un drama.

El jóven inglés habia sido la primera, la única pasion de la Perla de San Lázaro; pero la Perla de San Lázaro era rubia como el oro, y por una de esas escentricidades tan peculiares

en los hijos de la Gran Bretaña, Jorge odiaba á las mujeres rubias.

La herida mas profunda, mas cruel, mas sangrienta, que recibe una mujer hermosa, es el desprecio de un hombre, sobre todo cuando arrancando de su rostro el velo del pudor, le dice:

—Yo te amo; haz de mí lo que quieras: seré tu esclava, si así te place.

Jorge habia rechazado el ofrecimiento de Herminia.

Mujeres como la Perla de San Lázaro se vengan siempre; pero hay dos maneras de venganza que las satisface igualmente: ó la conquista absoluta del corazon que ha tenido el atrevimiento de resistir á sus encantos, ó el odio mas terrible; ese odio que no respeta nada, que conduce hasta el crímen.

En circunstancias como la presente, las pausas prolongadas son embarazosas.

Sir Jorge Sponcer contestó de esta manera á la frase que acababa de dirigirle Herminia:

—Señora, puesto que, segun parece, nos conocemos, creo que está de más que usted continúe con el velo echado sobre el rostro.

Herminia se llevó la mano á la cara, y levantando el velo con un movimiento nervioso, dijo de esta manera:

—Tiene usted razon, caballero; nosotros debemos mirarnos cara á cara, frente á frente.

Jorge saludó á Herminia con una ligera inclinacion de cabeza, y dijo:

—No me habia engañado. Cuando usted me dirigió la primera palabra, reconocí en su voz á Herminia. Si yo tuviera

la fortuna de esperimentar emociones, indudablemente la sola idea de encontrar á usted por segunda vez en mi camino, me hubiera estremecido.

—¿Tan mal efecto le causa mi presencia?

—Yo no sabré definir con exactitud lo que siento; pero seré franco, aunque peque de rudo. Usted me parece la reaparicion en el mundo de un sér borrado del gran libro de los vivos.

Herminia, que se hallaba poseida de ese despecho terrible de la mujer, queriendo disimular los encontrados efectos que esperimentaba su corazon, prorumpió en una carcajada, y dijo:

—Desearia saber, caballero, cómo me encuentra usted despues de mi resurreccion.

—Encantadora como siempre.

—¿Nada mas, caballero?

—Observo tambien una cosa admirable.

—¿Y seria una indiscrecion preguntar qué cosa es esa?

—El cambio radical que noto en el color de su rostro y de su pelo.

—Lo que no deja de ser una garantía para usted; porque si mal no recuerdo, me dijo hace algunos años en París que odiaba á las mujeres rubias.

—Y sigo con ese mismo odio.

—¿Es posible, señor Sponcer?

—¿Y por qué no? Usted misma, no hace mucho, acaba de juzgar mis escentricidades. Los ingleses, señora, casi todos pertenecemos á la categoría de los tipos. Hay una frase en España, que dice: «cosas de Fulano;» hay una frase en el mundo, que dice: «al fin inglés.» Hé aquí la razon por qué los hijos de

San Jorge pueden hacer todo cuanto les dé la gana, sin que se comenten sus hechos con demasiada severidad. Pero aunque no es mi fuerte la curiosidad, confesaré, señora, que en este instante la siento germinar dentro de mi sér. Yo la creia á usted muerta, y la encuentro viva: la recordaba á usted blanca como la nieve, rubia como el oro, y la estoy viendo con el cabello negro y las mejillas trigueñas, como nos cuenta la Biblia que las tenia Ester, la savaldora del pueblo de Israel.

—¿No cree usted en los milagros del amor?

—Pregúnteme usted antes, señora, si creo en el amor, ó por mejor decir, si creemos ambos en el amor; porque para los dos, me perece que es una frase hueca y sin sentido.

—Jorge, acaba usted de blasfemar.

El inglés se encogió de hombros con la mayor indiferencia.

Herminia detuvo una mirada llena de amorosa compasion en el hermoso rostro de aquel jóven, que mucho antes de cumplir los treinta años, hacia alarde de su escepticismo, que no proporciona á los hombres mas que una vida estéril, azotada por el terrible viento de la desgracia.

El que pierde la fé, esa hermosa luz del alma; el que no da abrigo en su corazon á las ilusiones, ese sueño encantador de la vida; el que rechaza las creencias, ese bello sol de la existencia, es digno de lástima.

El mundo para él es un desierto, donde de vez en cuando se encuentra un árbol seco, sin sombra, donde detiene por algunos momentos el paso para reponer las fatigadas fuerzas; porque la esperanza es el sosten mas poderoso del hombre, la flor que perfuma el árido desierto de la vida.

Herminia aún no habia esplicado el motivo de aquella cita.

Jorge, por otra parte, se daba poca prisa en saberlo.

La situacion era por lo tanto algo embarazosa para la Perla de San Lázaro.

Entrar en materia, como suele decirse, es en estos casos bastante difícil, ó mas propiamente dicho, bastante violento.

La mujer, por degradada que sea, tiene siempre un resto de pudor en el alma.

Algunos hombres no se lo conceden; pero, preciso es decirlo, los que así piensan, ó no son justos, ó hablan aconsejados por el despecho.

Al hombre no le falta nunca ocasion para herir á la mujer.

Muchas veces sueña lo que no existe, y se abroga un derecho que no le corresponde.

Cree una sonrisa, una concesion, una mirada, una cita, una palabra de benevolencia, una esperanza.

Muchas veces, esto basta para que se crean dueños de lo que verdaderamente no les pertenece.

En estos casos, la mujer debe y el hombre espera cobrar.

Si no paga, creemos que nos hace un robo.

Si este robo nos conduce á la desesperacion, si esta esperanza soñada no se realiza, y el despecho coloca una pistola en nuestra mano, entonces la opinion pública, *esa quisicosa* terrible, esa bola de nieve hecha con la honra de la mujer por la lengua de algunos tontos, esclama:

—¿No la veis? Pues esa es una coqueta, una mujer sin corazon que ha causado la muerte de un hombre lleno de talento, de virtudes, de nobleza, etc., etc.

¡Pobres mujeres! Por algunos pecadillos que cometeis por los hombres y con los hombres, el sexo feo, que tanto os ne-

cesita, y no podria vivir sin vosotras, os calumnia, os maltrata, y lo que es mas, olvida que vosotras sois las madres de la humanidad.

Pero basta de digresiones y continuemos en el capítulo siguiente la interrumpida escena que tuvo lugar entre la Perla de San Lázaro y sir Jorge Sponcer.

CAPITULO IX.

Nuevos desaires.

Sir Jorge habia dicho: el amor es para los dos una frase hueca, sin sentido.

Herminia le contestó: Jorge, acaba usted de blasfemar.

—Señora, repuso el inglés, creo que si blasfemo, no es usted la que tiene derecho á reconvenirme. Recuerde usted lo pasado.

—Es usted muy cruel; pero no importa: puede usted juzgarme como le plazca. Despues de esta entrevista, todo habrá terminado entre los dos.

Jorge se mantenia de pié.

Herminia le suplicó que se sentara, pues tenia que hablarle.

El inglés tomó asiento en una silla inmediata al sofá que ocupaba la Perla de San Lázaro.

—Yo he sido citado, y vengo. Espero, pues, señora, me digais el motivo de esta cita.

La situacion de Herminia era lastimosa.

Sir Jorge se convertia en un tirano.

La Perla de San Lázaro ahogó un suspiro, y dijo:

—Hace algunos años, ambos nos hallábamos en París. ¿Recuerda usted lo que pasó entre nosotros? ¿Recuerda usted que nunca mujer alguna fué tan cruelmente burlada como yo? Pues bien, Jorge, el tiempo borró el mal efecto que su conducta produjo á mi corazon; pero ¡ay! el tiempo no ha podido borrar...

Herminia se detuvo, porque los labios de la mujer siempre vacilan cuando van á entreabrirse para revelar los efectos de su alma.

Como el inglés permanecia impasible, la Perla de San Lázaro continuó:

—Jorge: como entonces, siento ahora una pasion que me domina. Conozco que mi vida tiene algunas manchas, que soy lo que el mundo llama una aventurera; pero puede purificarme el amor. Hé aquí el motivo de esta cita.

Jorge dirigió una mirada compasiva á aquella mujer que acababa de revelarle lo que él, por poca vanidad que tuviera, habia comprendido.

—Señora, dijo, no he abusado nunca de la debilidad de la mujer. Mi respuesta, sin embargo, parecerá á usted grosera, cruel; pero es forzoso que brote de mi boca. Amo á una jóven, á quien hubiera llevado al altar, si no se opusieran asuntos de familia. En mi corazon solo hay cabida para un amor.

Jorge se puso en pié.

Herminia, ahogando un grito de despecho, se cubrió el rostro con las manos.

—Está bien, dijo. Por dos veces se han teñido mis mejillas con los rojos colores de la vergüenza. Está bien, caballero. Invoqué el amor en otro tiempo, buscando en él la salvacion, y fuí rechazada; lo invoco ahora, y lo soy asimismo. Hemos terminado.

Sir Jorge se inclinó, y dirigióse hácia la puerta sin desplegar los labios.

Herminia, al quedarse sola, prorumpió en un lloro, hijo del despecho, de la rabia.

—Sí, hace bien, se dijo hablando consigo misma; la mujer que se humilla, debe ser despreciada, como yo lo soy. Si ese hombre me hubiese amado, entonces un nuevo porvenir comenzaba para mí. ¡Sea!... ¡Guerra cruel, esterminio! ¿Qué me importa lo que pueda suceder dentro de poco? Santiago dejará de existir; yo podré levantarme amenazadora como la terrible imágen de la muerte.

Herminia se puso en pié, y cogiendo con nerviosa mano el llamador de la campanilla, tiró con fuerza.

Una mujer entrada en años se presentó en la puerta de la habitacion.

—¿Está Francisco? preguntó Herminia.

—Acaba de llegar.

—Que entre.

Poco despues, el mulato se hallaba delante de su ama.

—Cierra esa puerta, le dijo.

El mulato obedeció.

Herminia, fijando la mirada en el rostro sereno de Pancho, le preguntó:

—Dime: ¿estás firmemente resuelto á obedecerme?

—En todo, señora.

—Medítalo bien.

—Lo he meditado.

—Sentiria ejercer sobre tí la menor violencia.

—Obedeceré en todo, repuso el mulato.

—¿Y si yo pusiera un puñal en tus manos, y te dijera, señalándote las víctimas, mata?

—Mataria.

Herminia miró nuevamente al mulato, pero esta vez con una marcada espresion de gozo.

—¿Conocerias, repuso la Perla de San Lázaro, al hombre que acaba de salir de esta sala?

—¿A sir Jorge Sponcer?

—Sí.

—No temeria equivocarle.

—Entonces, sígueme.

Herminia se puso en pié, y avanzó unos pasos hácia la puerta.

Luego, volviendo á retroceder, se sentó de nuevo.

—Soy una aturdida, pues tomo con demasiada precipitacion los asuntos que reclaman mas cachaza. Siéntate.

Pancho se sentó.

—Hablemos ahora del asunto de Samuel de Marsan. ¿Viste al gitano?

—Mañana estarán los dos potros en la casa.

—Entonces, mañana debe ser.

—Será.

—Espero que tan pronto como Samuel pierda el conocimiento ó se vea imposibilitado, será conducido á casa.

—Está bien, señora.

—Eso nos conviene sobremanera; de lo contrario, todos mis planes se desbaratarian.

Pancho hizo un movimiento con la cabeza, aprobando las palabras que le dirigia su ama.

—Supongo, repuso la Perla de San Lázaro, que no se habrá adelantado nada con la hija de Claudio.

—Serafin no se ocupa de otra cosa; pero hace dos dias que espera la ocasion.

—¡Bah! los hombres de ingenio, cuando no se les presenta, la buscan.

—La señora me dispensará si le digo que no sucede así siempre.

—Pancho, ya sabes que me disgusta se tropiece con obstáculos para cumplir mis órdenes. Pide dinero; pero no te opongas á mis planes.

—No sé si me atreva á advertir á la señora que la niña no ha salido de casa en dos dias.

—¿Es ese el obstáculo?

—Bastante poderoso, señora.

—¡Ah! procurar vencerle.

Pancho conoció que su ama estaba irritada, y no quiso contradecirla.

Herminia nuevamente se levantó de su butaca, y dijo:

—Vamos.

Al llegar á la calle, pasaba una berlina de alquiler. Pancho y Herminia subieron á ella.



CAPITULO X.

¡Hermosos caballos!

Dos dias despues, cuando Saulo de Tebaida ó Valentin Garcia, como quieran nuestros lectores, entró en el portal de la casa de Herminia, uno de los criados le dijo:

—La señora ha dado órden para que suba usted así que llegue.

Samuel no se hizo repetir la órden, y poco despues se hallaba en el gabinete de la hermosa americana doña Luz.

—Buenas tardes, Valentin, le dijo Herminia con refinada amabilidad. ¿Sabe usted que he comprado dos hermosos caballos de pura raza cordobesa?

—Buenos serán cuando así le parecen á la señora, dijo Samuel, imitando perfectamente ese servilismo tan peculiar en la gente de escalera abajo.

—Creo que no habrá dos como ellos en Madrid.

—¿Son para un nuevo tronco?

—Son caballos de silla.

—¡Ah! eso es otra cosa, y me alegro doblemente.

—Ahora quisiera pedir á usted un favor.

—Pues está concedido.

—Quisiera que los sacara usted esta tarde, para decirme luego qué opina de sus condiciones.

—Se hará la prueba.

—Tentada estoy por montar yo uno de los dos, repuso Herminia.

—¿Tú? ¡Pues no faltaba otra cosa! dijo Santiago, que hasta entonces no se habia mezclado en la conversacion.

—Sí, yo. ¿Qué tiene eso de particular?

—Seria una locura que de ninguna manera te la aconsejaria; pero...

—Si la señora me permite dar mi opinion...

—¿Y por qué no?

—Entonces debe esperar á otro dia, pues esta tarde montaré uno, y mañana temprano el otro.

—Sea como ustedes gusten; porque, al fin, siempre soy yo la que cede.

—¿Qué te parece, amigo Pancho? esclamó Santiago con acento alegre. Dice que es ella la que cede. ¡Oh! creo que nos calumnia.

Y Santiago se rió de tan buena gana y con tanto estrépito, que Herminia tuvo que suplicarle que callara.

—Saldrá usted solo esta tarde, señor Valentin, le dijo. Tengo vehementes deseos de ver domado uno de los potros que nos han remitido hoy de Córdoba.

—Creo que los tenemos ya en la cuadra.

—Sí, puede usted verlos.

—Bajaré ahora mismo.

—Ponga usted todo su esmero en el potro negro. Creo que con paciencia haremos de él un buen caballo de silla.

—Lo tendré presente, señora.

—Saldrá usted acompañado de Francisco.

—Como la señora disponga, dijo Samuel con humildad.

—Quiero que pasee mi querido Malek: el pobre se aburre el dia que no sale de la cuadra.

Samuel se despidió de Herminia, y bajó á la cuadra.

El ex-marqués de Marsan era inteligente en caballos.

Examinó con detencion los dos potros que, segun el deseo de su ama, era preciso amaestrar.

La estrechez de una cuadra les disgustaba: mucho mas debia de molestarles el yugo del bocado y de la silla.

Samuel lo comprendió así.

Por espacio de un cuarto de hora, Samuel estuvo acariciando á los potros, los que se hacian poco sensibles á las caricias.

Cuando salió de la cuadra, encontró á Serafin.

—¿Con que esta tarde vas á montar el potro negro? le dijo.

—Sí; procura tenerlo ensillado: vendré á las cinco.

—Te recomiendo que no te descuides, porque me parece algo arisco.

Samuel, aconsejado por la vanidad, respondió:

—¡Bah! una vez sienta mis piernas sobre su vientre, perderá la bravura.

—Me alegraré que salgas airoso en tu empresa.

Samuel se encogió de hombros, y salió de la cuadra, diciendo:

—Hasta las cinco, querido Serafin.

Mientras esto pasaba en la cuadra, en el gabinete de Herminia tuvo lugar este diálogo entre la Perla de San Lázaro y Pancho el mulato.

—Tú le acompañarás esta tarde, decia Herminia. Si, como es de esperar, sucede lo que creemos, procura que le conduzcan á casa... pues de ese modo será mas fácil...

—Valentin es muy buen ginete.

—¡Bah! no hay buen ginete para un caballo loco que nunca ha sentido la silla sobre su lomo.

—Mis deseos son los de la señora.

—Lo sé, Francisco; por eso tú eres el único hombre que me inspira confianza.

Pancho se inclinó, demostrando su agradecimiento.

—Pues retírate, y disponerlo todo, volvió á decir la Perla de San Lázaro.

Pancho salió.

Herminia, al quedarse sola, apoyando la frente en las manos, se quedó en actitud meditabunda.

Veamos nosotros los pensamientos que preocupaban su mente.

—Jorge, se decia, sigue despreciándome... Yo le he amado con todo mi corazon, tal vez le amo todavía; pero me he convencido de que nunca se realizarán mis ensueños de amor... En cambio, llevaré á cabo los de venganza... ¡Oh! verdaderamente las mujeres somos bien dignas de lástima...

Un hombre puede vencer á su enemigo... insultarle, abofetearle, si es preciso, y batirse con él... ¡pero una mujer!... ¡Oh! una mujer, para vengar las injurias que recibe, no tiene otras armas que su impotencia... necesita cómplices que tomen parte en su empresa. Esto es una desgracia.

Herminia, despues de reflexionar algunos segundos sobre este asunto, cambiando de personajes, se decia:

—Jorge sufrirá el castigo que merece por los desprecios que de él he recibido... Marsan es digno tambien de mi venganza. En cuanto á Claudio, creo que aún tengo cierto predominio sobre él. Bastará que se aproxime á mí para ser dueño de su voluntad. Eso no es difícil.

Herminia fué interrumpida en sus meditaciones por la presencia de su esposo, que entró con una carta en la mano, diciendo:

—Buenos dias, querida... ¿Sabes que estoy muy enojado contigo?

—En ese caso, será sin razon.

—Al contrario, tengo mucha.

—Pues yo no puedo comprender...

—Me tienes abandonado.

—¡Ah! ¿con que te vuelves egoista como todos los maridos?

—Yo no sé lo que me vuelvo; pero estoy mal, no teniéndote á mi lado.

—Eso es una galantería.

—Te he dicho la verdad; ya sabes que no sé mentir.

—¿Pero qué carta es esa que traes en la mano?

—¡Ah! me olvidaba... y precisamente vengo á hablarte de ella... Me escribe un buen amigo desde Cádiz.

—¿Quién es?

—No le conoces... Navegamos juntos en nuestra juventud; pero él tomó un rumbo bien diferente al mio... es decir, se dejó el buque, y se dedicó al comercio de cueros en Buenos Aires, donde hizo una fortuna considerable.

—Y bien, ¿qué te dice?

—Vaya, veo que estás impaciente: toma, y lee.

Herminia leyó en voz alta lo que sigue:

«Querido Santiago: Los amigos son para las ocasiones. Hoy »que te necesito, hoy te escribo, recordando que en otro tiem»po fuimos camaradas inseparables.

»Vamos al grano, como dice la gente llana.

»Mi hijo Saturnino pasa á estudiar leyes á Madrid; y como »necesita una persona que le suministre fondos, he pensado »en tí, pues me dijiste, á tu paso por Cádiz, que ibas á esta»blecerte en esa, y posteriormente tuviste la amabilidad de »escribirme, ofreciéndome tu casa.

»Pues hablándote con la ruda franqueza que es peculiar á un »marino, debo decirte que mi chico es un calaverilla, capaz de »comerse en un año todo lo que á mí me ha costado treinta »de reunir.

»Soy rico, como sabes, y quiero que no falte nada á mi »querido Saturnino. Sin embargo, conviene con los jóvenes no »abrir demasiado la mano.

»Así, pues, te encargo que le entregues todos los meses tres »mil reales, que yo te abonaré en cuenta y satisfaré del modo »que mas te convenga.

»Si tú conoces que el chico, además de los ciento cincuenta »pesos, necesita alguna que otra friolerilla, no soy tan mez-

»quino que vaya á negársela, pues conozco que en la córte »todo muchacho jóven tiene á veces compromisos que no pue- »de evitar.

»Este es mi deseo, querido Santiago; y espero que no deja- »rás de complacerme en esta ocasion.

»Sin mas, ponme á los piés de tu esposa, y manda como »gustes á tu antiguo y leal amigo que te quiere, *Aniceto* »*Ruiz*.»

Herminia devolvió la carta á su esposo con la mayor indiferencia.

¿Qué le importaba á ella aquel jóven?

Saturnino por entonces era una persona indiferente para la Perla de San Lázaro.

Pero pronto veremos que Herminia se equivocaba.

CAPITULO XI.

Un jóven calavera.

Samuel de Marsan habia admitido el destino de picador en casa de Herminia con el objeto de satisfacer la duda. Una vez aclarado que doña Luz era la Perla de San Lázaro, Samuel dejaba su destino, y así sucedió.

A las cuatro de la tarde, cuando Serafin se dispuso á ensillar el potro, el señor Francisco recibió una carta, en la cual el picador Valentin se despedia de la casa.

El plan de Herminia quedaba desbaratado por esta parte.

Ella se habia dicho:

—El potro despedirá de la silla á Marsan; este será conducido á mi casa en un estado deplorable, y entonces yo le asistiré, y la terrible caja del médico Kiusiú hará lo demás.

Si el potro le mata, tanto mejor: un enemigo menos y ninguna responsabilidad.

Pero la carta de Samuel, dándose por despedido, dejaba sin efecto toda su combinacion.

Recibió con disgusto aquel contratiempo; pero vino, en pos de un desengaño, una esperanza á reanimarla.

Por otra parte, Samuel se habia dicho:

—Yo sé que es Herminia... Conozco que la conduce á España la idea de venganza: ¿qué necesidad tengo de arriesgar la vida domando un potro, comprado tal vez sin otro objeto que el de que me estrelle?... Despidámonos, pues, y espiemos á esa mujer fatal.

Entonces escribió la carta.

Dos dias despues, Herminia se hallaba en su gabinete, pensando, como siempre, en su venganza.

Una fatalidad parecia perseguirla.

Contrariada por el destino en todo aquello que mas grato le era á su corazon, preguntábase una y mil veces por qué todo se complacia en atormentarla.

Su esposo habia salido con Pancho el mulato.

Se hallaba, pues, sola, cuando entró una doncella con una tarjeta, colocada sobre una bandeja de plata.

Herminia leyó la tarjeta, que decia: *Saturnino Ruiz.*

—Este es, se dijo, el jóven recomendado. Pero no está mi marido en casa... Sin embargo, dígale usted que pase.

Poco despues se presentó Saturnino en el elegante gabinete de la hermosa Herminia.

Saturnino tendria á lo mas veinte años.

Era alto, bien formado, aunque algo flaco.

Su frente altiva y su mirada atrevida le daban cierto aire de perdonavidas, que le hacia antipático á primera vista.

Por lo demás, Saturnino era un buen mozo, que llevaba muy bien puesta la corbata y tenia unas hermosas patillas negras como el azabache.

Saturnino y Herminia se contemplaron por espacio de un segundo.

Un fisonomista hubiera dicho al estudiar aquella mirada:

—A Saturnino no le ha disgustado la esposa del amigo de su padre, y Herminia ha visto en este estudiante un jóven atrevido, un calavera fácil de esplotarse.

La Perla de San Lázaro, despues de recibir al estudiante con una de sus mas encantadoras sonrisas, le dijo:

—Mi esposo no está en casa, caballero; pero he tenido el gusto de leer la carta que su señor padre de usted le ha escrito, dándonos una comision.

—Sí, repuso Saturnino con cierto desembarazo. Mi querido padre me recomienda, segun parece, á ustedes, con el objeto de que me entreguen la modesta pension de tres mil reales.

—Esa es la suma, si mal no recuerdo.

—Bien modesta, por cierto, para vivir en la córte. ¿No es verdad, señora?

—No es tan poco para un jóven, repuso Herminia sonriendo.

—Cierto. Otros estudiantes tendrán, sin duda, la sétima parte que yo; pero esos pobres mártires se ven en la precision de ganarse algo durante las horas que les dejan libres los estudios, ó en una peluquería, ó en un colegio... Yo, señora, confieso que para ser barbero no tengo habilidad, y para ser pasante de una escuela me falta paciencia; por lo cual, los tres mil reales que mi querido padre me asegura, van á venir tan justos, que no será estraño que algun dia venga á pedir-

le á usted me conceda un sitio en su mesa, pues de lo contrario las economías de mi padre me pueden conducir á la mas deplorable de las calamidades: al hambre.

Herminia prorumpió en una de esas carcajadas suaves que halagan, que seducen, y sobre todo, que establecen la confianza entre un hombre jóven y una mujer bonita.

—Es usted exagerado, le dijo.

—Nada de eso, señora; me precio de franco... Cuando un estudiante tiene la evidencia de que su padre es millonario, cree morirse de hambre en Madrid con una pension de tres mil reales al mes. Digo... al menos, este es mi parecer.

—Entonces es muy probable que se salga usted con la suya; pero no olvide nunca que en esta casa se almuerza á las doce y se come á las seis.

—Lo tendré presente... ¡Quién sabe si algun dia habré de recurrir á la compasion de mis amigos!

Este ligero diálogo iba acompañado, por parte de Saturnino, de ciertas miradas que tenian un poco de atrevidas y mucho de impertinentes.

Bien es verdad, que el estudiante andaluz tenia veinte años, y Herminia era hermosa como puede soñarse la imágen del primer amor en la primavera de la vida.

Y además: ¿qué jóven no se toma algo, cuando una mujer bonita se sonrie y tiene una conversacion llena de encantos, de amabilidad?

Reasumiendo: cuando Saturnino salió del gabinete de Herminia, se dijo para sí:

—¡Diablo! La esposa del viejo Santiago es una perla... Será preciso menudear las visitas... porque he oido decir que el tra-

to engendra las simpatías, y de las simpatías al amor solo media un paso de hormiga.

En cuanto á Herminia, se dijo tambien:

—Este muchacho puede serme útil. Una mujer como yo puede tener cómplices de dos géneros; es decir, por dinero y por amor. Saturnino puede ser de los segundos.

Aquella misma noche tornó Saturnino á visitar á Herminia; pero no se hallaba sola.

Sin embargo, este era por entonces un ligero contratiempo, y se vió precisado á jugar una partida de tresillo con los esposos.

Para conquistar á una mujer casada, el amante se ve muchas veces en la precision de hacer la córte al marido.

Esto comprendió el estudiante andaluz, y durante la velada, estuvo estremadamente amable y obsequioso con Santiago el marino.

—Es un muchacho muy fino, dijo Santiago á su mujer cuando sê quedaron solos. Me alegraré que nos haga la tertulia de vez en cuando.

Herminia, ni apoyó ni contradijo la opinion de su esposo. Esta es una táctica muy general en las mujeres, y que suele dar buenos resultados.

Bien es verdad que Herminia dominaba por completo á su esposo, especie de máquina viviente, sin mas voluntad que la de su consorte.

Pero nuestra novela toca ya á su desenlace, y es preciso sintetizar los acontecimientos.

Aquella misma noche, como siempre, Pancho el mulato, entró en el gabinete de su ama á recibir órdenes.

—¿Con que, segun parece, le dijo Herminia, Valentin el picador, rehusa domar el potro?

—Le tiene miedo, dijo Pancho, y por eso se ha despedido de casa.

—Entonces le buscaremos fuera. Es preciso que un hombre se encargue de dar el golpe.

—Serafin.

—Mucho confias en ese jóven.

—Tiene apego al oro y desconoce la conciencia.

—Dos buenas cualidades.

—Bellísimas para llegar á ser un criminal afamado.

—Disponlo todo.

—¿Cuánto le ofrezco?

—Lo dejo á tu eleccion. Lo que deseo es librarme de mis enemigos lo mas pronto posible... La tranquilidad de mi espíritu es antes que todo.

Herminia temia ser descubierta.

Una causa criminal la amenazaba.

Sus enemigos, como ella decia, podian denunciarla á los tribunales.

Era preciso, pues, librarse de ellos á toda costa.

Por cualquier medio... por cualquier precio queria esterminarlos; mas los cómplices elegidos para llevar á cabo su empresa, no eran de su confianza.

Contaba con brazos que hirieran; pero no tenia inteligencias que pensaran el modo mas seguro, menos arriesgado para ella.

La venganza ciega la luz de la razon, y así le sucedió á Herminia.

Por eso, al ver por la vez primera á Saturnino, creyó ver un aliado poderoso.

Por eso, tres dias despues de los acontecimientos que acabamos de narrar, tuvo lugar el diálogo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.



CAPITULO XII.

Un aliado mas.

La escena pasaba en un palco del teatro de la Cruz, durante la representacion de la *Semíramis*.

Los interlocutores eran Herminia y Saturnino, el estudiante andaluz.

Santiago el marino no se hallaba en el palco. El pobre viejo, agobiado bajo el peso de su eterna *alegría*, apenas salia de casa.

Pero dejémosle por ahora, pues pronto le veremos levantarse terrible, amenazador, como la imágen de la venganza.

—¿Quién es aquel jóven rubio, que viste á la inglesa y que de vez en cuando dirige los gemelos á este palco?

Esto preguntaba Saturnino á Herminia.

—Es un inglés, respondió la Perla de San Lázaro con indiferencia.

—¡Ah! ¡vamos! Entonces, ya no me estraña la antipatía que me inspira.

Herminia se sonrió de esa manera que suelen hacerlo las mujeres cuando tienen algo que decir.

—¿Le conoce usted? le preguntó el estudiante.

—Un poco, repuso la Perla de San Lázaro con marcada intencion.

—¿Será un tipo?

—Sí, es un tipo; pero terrible para las pobres mujeres.

—¡Hola! Desearia saber alguna particularidad de ese señor.

—Se dice por ahí que no hay hermosura que se resista á sus miradas.

—¡Necio!

—No es eso solo, sino que tiene tambien la habilidad de inventar conquistas.

—¡Ah! Entonces es una alhaja el inglés.

—Me aseguraron que hace algunas noches afirmaba en el Casino que la conquista de mi corazon era una cosa estremadamente fácil.

—¿De veras?

—Yo me he reido grandemente de ese señor Jorge Sponcer.

—¿Se llama así el inglés?

—Sí; está agregado á la embajada. Segun he podido saber, es hijo de un lord inmensamente rico. ¡Pobre muchacho!

—Veo que mira usted con indiferencia una conducta de todo punto reprochable, digna del enojo de toda persona honrada.

—¿Qué quiere usted que haga una pobre mujer como yo? Si mi esposo no se hallara enfermo, si tuviera un hermano,

les hubiera dicho: «sir Jorge Sponcer lleva mi honra, que es la vuestra, en sus labios; arrancadle la lengua.» Pero ¡qué remedio! Cuando una mujer se encuentra en la condicion que yo, debe sufrir y dejar al tiempo el encargo de vindicarla.

—Sin embargo, usted tiene amigos leales.

—No lo dudo, dijo Herminia, dedicando una mirada llena de agradecimiento á Saturnino. Pero para que un amigo salga á la defensa de una mujer jóven, se necesitan dos cosas algo difíciles.

—¿Y qué cosas son esas?

—Mucha abnegacion y mucha prudencia. Un hermano, un esposo, pueden decir: «usted ha infamado la honra de mi mujer; yo vengo á arrancarle el corazon...» Pero un amigo no puede decir eso, porque entonces el remedio seria peor que la enfermedad, como suele decirse.

Saturnino escuchó con profunda atencion todo lo que Herminia acababa de decirle.

El jóven estudiante, dominado por la irresistible hermosura de aquella mujer, se hallaba en ese estado en que el hombre, ó por mejor decir, el amigo, desea hacer méritos para llegar á la condicion de amante.

Mientras Herminia le hablaba, él pensaba que, castigando al impertinente inglés, haria méritos para la conquista de un corazon que comenzaba á quitarle el sueño.

Herminia conoció el buen efecto que acababa de producir en el impresionable andaluz.

La conversacion no podia girar sobre el mismo tema sin hacerse sospechosa.

Era preciso darla otro giro.

Este comenzó por una mirada, que penetró hasta lo mas profundo del alma de Saturnino.

En el palco de enfrente se hallaban dos jóvenes: un hombre y una mujer.

Eran Julio de Alcaraz y Adela de Altamira.

—¿Conoce usted á los que ocupan el palco de enfrente? preguntó Herminia.

—Sí, contestó distraidamente el estudiante.

—He oido decir que son esposos modelos. ¡Oh! verdaderamente es una felicidad... ¡Tan jóvenes!... ¡Tan hermosos!...

Herminia ahogó un suspiro.

En aquel suspiro, el estudiante creyó ver la repugnancia que á Herminia le inspiraba su viejo é inútil esposo.

Hubo un momento de pausa.

La Perla de San Lázaro estaba triste.

Saturnino no se atrevia á interrumpirla.

De pronto Herminia se llevó una mano á los ojos como para enjugarse una lágrima, y levantándose bruscamente, dijo:

—¡Vamos!

—¿Pero adónde?

—Aquí me ahogo... necesito estar sola... tengo gana de llorar.

Saturnino se estremeció, y dijo:

—Luz, usted no es franca conmigo.

—¡Soy muy desgraciada!

Y levantándose del sitio que ocupaba, fué á sentarse detrás de la cortina que cubria el antepalco.

Saturnino tomó asiento, casi aturdido, cerca de Herminia.

Aquel sitio se hallaba oscuro, nadie podia verles.

Herminia lloraba, y los débiles y tiernos sollozos que se escapaban de su pecho, estremecian el corazon del estudiante andaluz.

Cuando los ojos de una mujer hermosa se humedecen con esas preciosas lágrimas del sentimiento, el hombre, si no tiene el corazon de granito, se rinde siempre ante tan dulce y tierna debilidad.

Saturnino, vivamente interesado en el dolor de Herminia, se apoderó de una de sus manos, y le dijo:

—¿No le inspiro á usted confianza?

Herminia contestó á esta pregunta con una mirada imposible de definir.

Además, los hermosos ojos de la Perla de San Lázaro se hallaban humedecidos por las lágrimas, y nada es tan poético como ese rocío del alma cuando asoma á las pupilas de una mujer encantadora.

El jóven andaluz retenia entre las suyas la linda mano de Herminia, acariciándola con toda la ternura de una pasion en los preludios de su vida.

Como la pausa se prolongaba, Saturnino tornó á repetir la pregunta.

Herminia se vió precisada á contestar.

—Desde el primer momento que ví á usted, le dijo, le creí un jóven leal, sincero, franco; pero he sufrido mucho... Los hombres, por lo general egoistas, se han complacido en atormentarme... Además, los odios políticos acabaron con el autor de mis dias. Sola, abandonada, acepté la proteccion que me ofreció el noble anciano que hoy se llama mi esposo... Mas ¡ay! ni aun así me veo libre de las asechanzas de mis enemi-

gos. ¿Qué les importa á ellos mi tranquilidad, mi honra?... Nada.

—Pero no todos los hombres son iguales, señora. ¿Duda usted, acaso, que existan corazones generosos, capaces de sacrificarse por una mujer?

Herminia solo exhaló un suspiro á esta pregunta.

—Señora, ese silencio me hace daño, esclamó Saturnino con el acento de la pasion. Antes de dudar de mí, ponga á prueba mi amistad. Dígnese usted señalar á los que tanto daño le han causado; y ¡ay de ellos! me sobra corazon para esterminarlos.

—¡Oh! ¡nunca! ¡nunca! esclamó Herminia, fingiendo un terror que estaba muy lejos de sentir. ¡Guárdese usted bien de defenderme... porque le matarian como á mi padre, como tal vez desean matar á mi esposo, como han querido matarme á mí!...

Por los labios del estudiante cruzó una sonrisa de desden, porque Saturnino era valiente, y sentia una de esas grandes pasiones por aquella mujer.

Al comenzar el tercer acto de la ópera, Herminia manifestó deseos de retirarse.

—Me siento indispuesta, dijo. ¿Quiere usted acompañarme hasta el coche?

Saturnino le dió el brazo y la acompañó hasta el carruaje. Luego se encaminó al café de Levante, y desde allí, despues de cenar con unos condiscípulos, se dirigió al Casino, donde, segun sus noticias, debia hallar á sir Jorge Sponcer.

El estudiante andaluz estaba resuelto á romper lanzas con el jóven inglés.

Sentóse en una butaca en la sala de juego, porque allí acudia todas las noches sir Jorge.

Cuando se levantaba el portier para dar paso á un socio, Saturnino dirigia la mirada hacia la puerta.

En aquella mirada habia algo de provocativo.

Por fin, sir Jorge Sponcer se presentó en la sala de juego.

CAPITULO XIII

A rio revuelto...

Cuando Herminia llegó á su casa, contaba con un aliado poderoso.

El amor llega á un grado mas alto de abnegacion que el interés. Un partidario por amor es mas útil que cuatro por dinero. El primero es un esclavo dispuesto al martirio; los segundos, satélites dispuestos á eclipsarse ante los rayos de oro del mismo planeta que quieren esterminar.

Esto se dijo Herminia.

Llegó, pues, á su casa, contenta de haber empleado tan bien la noche.

Preguntó por su esposo, y le dijeron que se habia acostado á las diez, encargando no se le despertara, pues tenia mucho sueño.

Herminia se alegró, porque se violentaba para mostrarse amable con su marido.

Además, deseaba estar sola; tenia dos cosas importantes en que ocuparse.

Para la Perla de San Lázaro la venganza era una necesidad.

Por eso solia decirse:

—Mientras existan los poseedores de mi historia, mi tranquilidad es imposible. Estoy en sus manos, y pueden entregarme á la justicia. ¿De qué me sirven los millones, si tengo el espíritu sobresaltado de los criminales?...

Durante una parte de aquella noche, pensó mucho en su situacion.

El estudiante andaluz ocupó su pensamiento mas de una vez.

—El pobre muchacho, se decia, me ama, segun parece, con todo su corazon. Preciso será concederle algo, pero no mucho. Los hombres comprenden mejor la abnegacion cuando pretenden que cuando poseen. ¡Oh! creo que, bien dirigido, podrá servirme el jóven estudiante.

Poco despues, Herminia lo habia olvidado todo. Dormia profundamente.

Retrocedamos nosotros algunas horas.

Serian poco mas de las nueve de la noche.

La Perla de San Lázaro acababa de marcharse al teatro. Aún se escuchaba á lo lejos el ruido del carruaje, cuando Santiago el marino, que se hallaba en su habitacion, envuelto en su bata de abrigo y pegado á la chimenea, al oir el ruido del coche, tiró del llamador de la campanilla.

Se nos olvidaba decir que Serafin habia subido de la cuadra á la antesala; es decir, habia dejado su destino por el de criado

de escalera arriba, pues Pancho el mulato, depositando en él su confianza, le habia elegido como uno de los instrumentos para los planes de su ama.

Serafin, pues, entró en la habitacion de su amo.

—Supongo, preguntó el marino, que ese coche que acabo de oir es el de la señorita.

—Sí señor, respondió, inclinándose, Serafin.

—¿Sabes tú adónde va?

—Al teatro, segun creo.

—¿Sola?...

—Sí, sola.

Santiago fijó una mirada en Serafin, que permanecia delante de su amo, mudo y grave como una estátua.

—Está bien. Puedes retirarte.

Serafin habia comenzado á girar sobre sus talones cuando Santiago volvió á decir:

—No te vayas... siéntate.

Serafin no se atrevió á obedecer á su amo.

—Siéntate, repuso el anciano, alzando la voz: no quiero estar solo; quiero que me hagas compañía. ¿Sabes jugar á las damas?

—No señor.

—¿Y al dominó?

—Tampoco.

—¿Pues á qué diablo sabes jugar?

—A nada, señor.

—Es bien poco; pero no importa: siéntate; tengo ganas de hablar: ya que me dejan solo como á un perro rabioso, hablaremos de cualquier cosa... te contaré mis viajes... ¿Has visto el mar?

—Solo he visto los montes de mi tierra y las calles de Madrid.

—Veo que eres un desgraciado, repuso el marino. Toma.

Y le alargó un cigarro, que Serafin tomó, no sin demostrar alguna estrañeza, pues no podia comprender la amabilidad que su amo le demostraba.

Trascurrió un momento, durante el cual encendieron los cigarros.

—La señorita, volvió á decir Santiago, segun parece, está muy contenta de tí.

—La señorita es demasiado buena para con sus criados.

—No digo que no; pero en tal caso, lo será para los criados que lo merezcan.

—Yo, señor, no tengo otro patrimonio que el sueldo que recibo de mis amos, y procuro tenerlos contentos.

—¡Vamos, Serafin! repuso Santiago, marcando las palabras. Ya sabemos aquí que eres un muchacho de disposicion.

Serafin se quedó mirando á su amo como si quisiera descubrir el motivo de todas aquellas preguntas inesperadas.

Hombre prevenido, creyó que lo mas conveniente era ver venir aquella cuestion, y se sonrió; especie de respuesta que á nada le comprometia.

Santiago, mientras tanto, continuaba fumando y sin apartar sus miradas del rostro de Serafin.

De pronto despidió una bocanada de humo, y dijo:

—¿Tienes apego al oro?

Esta pregunta desorientó á Serafin, y en el momento no supo qué responder; pero conociendo que era preciso decir algo, contestó:

—¡Bah! señor, el oro es muy bonito; gusta por lo general á todos.

—Sí, es cierto; pero á unos mas que á otros, y lo que yo he querido preguntarte, es si tú eres de esos.

—¿De cuáles, señor?

—De los que les gusta mucho.

—Eso, segun y conforme.

Santiago se levantó de la butaca, y llegándose á un pupitre, abrió uno de los cajones, cogió de él una bolsa llena de monedas de oro y un rewolver.

Luego fué á sentarse en la misma butaca, y dejando los objetos indicados sobre la piedra de la chimenea, dijo:

—Pues sí, querido Serafin: yo, antes de ser un viejo inútil y achacoso como ahora, hé sido uno de esos hombres á quienes vulgarmente se llama de pelo en pecho; y aquí donde tú me ves, he mandado al otro mundo á mas de un prójimo. Pero ¿qué quieres, hijo mio? las cosas cambian y los hombres tambien; por lo que resulta que el leon de los mares se ha vuelto un perrillo faldero que solo sirve para ladrar, pero que todos se rien de él porque no tiene colmillos para morder.

—El señor me permitirá que le diga que no le comprendo.

—Pues, hijo, es muy claro todo lo que voy diciendo; pero como el contacto del oro acuñado aclara la vista, ten la bondad de pasarte este par de onzas por encima de los párpados para que veas mas claro.

Santiago sacó las dos monedas citadas de la bolsa y las puso en la mano de Serafin, que, insensiblemente, las hizo pasar al bolsillo de su pantalon.

—El señor sabe, dijo Serafin, que me tiene á sus órdenes para todo lo que se le ocurra.

—Vamos, veo que nos vamos entendiendo, y me alegro infinito.

—¿Qué tengo que hacer? volvió á decir Serafin, como si hubieran convenido de antemano.

—¿Sabes á qué teatro ha ido la señorita?

—Señor, al de la Cruz.

—Perfectamente; pues tú irás tambien.

—¡Yo, señor! ¿y á qué?

—¡Toma! á ver la ópera.

—Me gustan mas las comedias de magia.

—Lo creo; pero bueno es verlo todo.

—Iré, puesto que el señor lo quiere.

—Estamos conformes; toma.

Y Santiago le dió una ochentina de oro, diciendo:

—Con este dinero compras una localidad desde la cual puedas ver los palcos sin que te vean á tí.

—Así lo haré.

—Procura saber quién visita el palco de la señorita.

—¡Ah! ¡vamos! esclamó Serafin, sonriéndose maliciosamente.

—Anda, hijo mio, anda, y abre bien los ojos. Torna pronto, pues deseo acostarme.

Serafin salió de la habitacion de su amo.

Poco despues se dijo, hablando para sí:

—Veo que en esta casa me haré rico; por una parte el ama, por otra el amo; bien dice el refran: que á rio revuelto, ganancia de pescadores.

Serafin tornó á casa al terminarse el acto segundo de la ópera que se representaba aquella noche.

Mas adelante sabremos qué es lo que vió, ó por mejor decir, qué es lo que contó á su amo, para que este se acostara sin esperar á Herminia, como tenia por costumbre.

LIBRO VIGESIMOCUARTO.

DESENLACE.

CAPITULO I.

Una imprudencia.

Nuestros lectores recordarán que Claudio de San Vicente detuvo su caballo en el paseo de la Castellana para dejar paso á Herminia.

Su primer impulso fué seguir á la elegante amazona que como un relámpago acababa de cruzar por delante de sus ojos, trayéndole á la memoria la imágen de una mujer á quien habia amado con todo su corazon.

Sin embargo, se detuvo, y se dijo:

—Cuando vuelva á pasar, la miraré con mas detenimiento; y si es Herminia, tiempo me queda para satisfacer la natural curiosidad que me inspira su aparicion en Madrid.

Esto pensó Claudio.

Además, creyó reconocer á Samuel de Marsan en uno de los caballeros que acompañaban á la amazona.

Todo esto era estraño.

¡Samuel cabalgando al lado de Herminia! Era verdaderamente un absurdo.

Todas estas ideas, ó por mejor decir, todas estas contradicciones inverosímiles, le preocupaban hasta el punto de no ver lo que ocurria á su lado.

Claudio dejó á su caballo que galopara, y esperó en vano ver de nuevo á la hermosa jóven.

Herminia, como recordarán nuestros lectores, dejó el paseo.

Claudio no pudo verla.

Desde este momento, tuvo una idea fija: encontrar á la amazona.

¿Mas cómo? Madrid no es una aldea, donde todo se sabe, donde se encuentra todo.

Aquella misma tarde, Rosa, que amaba cada dia mas á Claudio como esposo y como padre de sus hijos, notó que estuvo distraido durante la comida.

Como era natural, le preguntó la causa de aquella distraccion.

Claudio le dijo:

—No hagas caso. Tengo un negocio algo dudoso que me abstrae.

—¿Qué necesidad tienes tú de ocuparte de negocios? respondió Rosa. ¿No eres bastante rico?

—El dinero no estorba, sobre todo cuando se tienen hijos. Además, soy jóven... es preciso trabajar.

Despues, Claudio besó en la frente á su mujer, y salió.

¿Adónde iba?

Él mismo lo ignoraba.

Su objeto era separarse de Rosa, cuya mirada dulce tenia para él algo de reconvencion.

La casualidad, muchas veces fatal, hizo que encontrara á Saulo de Tebaida en la Carrera de San Gerónimo.

Claudio se apoderó del brazo del ex-marqués, y le dijo:

—Tenia vehementes deseos de ver á usted.

—Pues ¿qué ocurre?

—Hacerle una pregunta: ¿quién era aquella amazona que acompañaba usted ayer?

Samuel dudó un momento; pero creyendo á Claudio curado de su antigua pasion, no tuvo inconveniente en decirle la la verdad.

—Eso no es posible, esclamó San Vicente cuando Marsan hubo terminado el relato.

—Lo mismo he dicho yo al concebir la primera sospecha; pero no me cabe duda de que esa mujer es la Perla de San Lázaro.

Claúdio comprendió que demostrar interés por Hermínia delante de Saulo, era poner en guardia á todos sus amigos.

Procuró, pues, hacerse el indiferente, y cambió de conversacion.

Samuel no sospechó nada.

Cuando se separaron, Claudio sabia todo lo que deseaba.

Por un momento permaneció indeciso.

Sintió que su corazon latia con mas violencia que de costumbre.

Queria rechazar el recuerdo de Herminia; pensaba en Rosa, en su hija... pero maquinalmente se encontró paseando por la acera de la casa que ocupaba la Perla de San Lázaro.

De vez en cuando levantaba los ojos para fijarlos en los balcones simétricamente cerrados.

Preguntábase á sí mismo, como si quisiera reconvenirse, por qué paseaba aquella calle, por qué miraba aquellos balcones.

¿Era curiosidad ó amor?

¿Qué le importaba aquella aventurera?

Lo cierto es que Claudio no abandonaba la calle, esperando una y otra hora, sin poderse esplicar él mismo lo que sentia.

Una voz secreta, terrible, amenazadora, esa voz de la conciencia que reprende las acciones de la criatura, le decia: ¿qué haces aquí?...

Claudio, sin saber qué contestarle, sin poderse librar de ella, continuaba sus paseos.

Hubo un momento en que, haciendo un esfuerzo supremo, iba á abandonar la calle, cuando la fatalidad hizo que se abriera uno de los balcones.

Claudio vió salir á Herminia, y olvidándose que podia llamar la atencion, casi de un salto fué á ocultarse en el portal de enfrente.

Desde allí pudo ver sin ser visto.

No le quedaba duda... era ella... era Herminia; pero notablemente trasformada: mas hermosa, mas provocativa que nunca.

Claudio, dominado á pesar suyo por la curiosidad, permaneció oculto en el portal por espacio de un cuarto de hora, con la mirada fija en los balcones de Herminia.

De pronto advirtió que la Perla de San Lázaro saludaba con la mano, sonriendo al mismo tiempo.

Asomó la cabeza, y vió á un elegante jóven que correspondia desde la calle á aquellas muestras de amistoso cariño.

Este jóven entró en casa de Herminia, y Herminia desapareció del balcon.

Era indudable que iba á recibir aquella visita.

Claudio sintió cierto malestar, que podia atribuirse á un principio de celos.

Trascurrió una hora, y ni el elegante jóven salia de la casa, ni Herminia se asomaba al balcon.

Claudio pasó un mal rato.

Toda imaginacion tiene indudablemente un cristal de aumento que abulta las cosas.

Por fin, San Vicente abandonó su atalaya.

—Ese jóven, se dijo, será su nuevo amante: soy un insensato.

En este momento pensó en su mujer, en su hija, y se avergonzó de sí mismo.

Sin embargo, no se encaminó á su casa... Y sin saber cómo, encontróse delante de la puerta del teatro de la Cruz.

Se estrenaba una ópera.

Un revendedor se acercó á ofrecerle una butaca.

Claudio compró la butaca, y entró en el teatro.

—Veré un acto, se dijo, y luego iré á reunirme con mi querida Rosa... con ese ángel que Dios me ha dado por compañera.

Apenas se sentó en su localidad, notó que desde un palco bajo una señora elegante le dirigia los gemelos.

Claudio no podia ver el rostro de aquella mujer. Sin embargo, le chocó la tenacidad con que le dirigia los cristales.

Por fin, la mano y los geme'os se separaron del rostro de la señora del palco, y Claudio reconoció á Herminia.

Jamás le habia parecido tan hermosa.

Las mujeres de historia tienen cierto atractivo, cierta seduccion irresistible para la generalidad de los hombres.

Herminia era objeto de la mas viva curiosidad para Claudio.

Por tener una conferencia con ella, por saber lo que le habia acontecido desde su embarque en Lisboa, hubiera dado cualquier cosa.

Esta curiosidad, casi disculpable, era una imprudencia que podia costarle cara.

Claudio, en este momento, se olvidó de Rosa y de su hija, pensando solamente en Herminia, que le dirigia de vez en cuando los gemelos, dando muestras de haberle reconocido.

Entre los antiguos amantes parecia haberse establecido cierta comunicacion, cierto fluido eléctrico.

Claudio tuvo un pensamiento, hijo de la vanidad.

—Esa mujer puede ser mi querida. Afortunadamente soy rico y casado.

Este pensamiento era un puñal asestado á la felicidad de Rosa, un veneno para la *salud* de su hogar doméstico.

Pero no todos los hombres se ocupan de estas *bagatelas*. Un capricho, una hora de placer, bien valen la felicidad de muchos años.

¡Pobres insensatos!



CAPITULO II.

Provocacion.

Al terminarse el primer acto, Claudio vió con disgusto entrar en el palco de Herminia al jóven que habia visto por la tarde.

Era Saturnino, el estudiante andaluz.

Todo el acto segundo se quedó en el palco.

Hablaban mucho, y sin ocuparse de la ejecucion de la ópera.

Claudio sufrió bastante.

El tercer acto fué para San Vicente un horrible tormento.

Herminia y el jóven que la visitaba desaparecieron del palco.

Claudio corrió á la puerta para verles salir; pero pasó media hora, y no bajaban.

Entonces tomó una resolucion inconveniente.

Subió á los palcos, con el objeto de enterarse de si lo habian abandonado.

Preguntó á un acomodador, y supo que se hallaban aún los señores en el palco.

Volvió á ocupar su butaca.

Poco antes de terminarse el último acto, abandonó el teatro, y se dirigió hácia su casa.

Rosa le esperaba como todas las noches.

Al verle entrar, notó que su marido estaba distraido y pálido, pero nada lepreguntó.

Claudio tenia la costumbre de tomar una taza de té con leche al acostarse.

Rosa sirvió por sí misma la taza de té, y habló á su esposo de todas las travesuras que durante la velada habia hecho su hija.

Durante la noche, Rosa no pudo dormir.

Sin poderse dar una razon lógica, estaba intranquila, sobresaltada.

Amaba tanto á su esposo, que la sola idea de perder su amor le asustaba.

A la mañana siguiente, Claudio se levantó muy temprano, y propuso á su esposa ir á pasar el dia á la casa de campo que poseian.

Rosa acogió este pensamiento con marcadas muestras de placer. Vistió á su hija, y apenas habia trascurrido media hora, se presentó, diciendo:

—Hoy no me tacharás de pesada. Ya ves qué pronto me he vestido. Estoy á tus órdenes.

Rosa lo habia dispuesto todo con una rapidez prodigiosa.

El coche esperaba á la puerta, y partieron.

Durante el dia, Claudio estuvo tan obsequioso con su mujer, como puede estarlo un amante.

La luna de miel, tan llena de encantos para Rosa, no tuvo horas tan gratas como las que disfrutó aquel dia.

Cuando el sol comenzó á hundirse en el ocaso, marcando la hora del regreso, Rosa no pudo menos de decir:

—¡Qué dia tan corto!

Habia sido tan feliz, que las pequeñas nubes que en la noche del dia anterior turbaron su sueño, habian desaparecido.

Pero dejemos por algunos instantes á los esposos, y retrocediendo algunas horas, traslademonos al Casino.

Estamos en la sala de juego.

El portier acababa de levantarse, y sir Jorge Sponcer entró en la habitacion.

Allí estaba el estudiante andaluz, que dirigió una mirada escudriñadora al inglés.

Jorge no se apercibió de que un hombre le miraba de un modo harto inconveniente.

Sentóse en un divan con otros amigos, entre los que se encontraba Nilo de Sádaba.

Saturnino fué á ocupar una butaca mas próxima al divan.

Desde allí continuó sus miradas impertinentes.

Nilo fué el primero que se apercibió de aquellos ojos tenaces, y dijo:

—Querido Jorge, ruego á usted se fije un momento en el jóven del gaban blanco.

Jorge miró disimuladamente hácia el sitio que ocupaba Saturnino, y dijo:

—Me es simpático ese jóven.

—Pues á mí me sucede lo contrario; ¿no observa usted cómo nos mira?

—No me habia fijado en semejante cosa.

Jorge, maquinalmente se puso los lentes y miró con mas detencion á Saturnino.

Entonces, el estudiante, que no esperaba mas que un momento oportuno para provocar una cuestion, ocultando el verdadero orígen, llamó á uno de los camareros, y le dijo en voz alta, para que pudieran oirlo todos los que rodeaban el divan donde se hallaban Jorge y Nilo.

—Dile á ese señor, que, segun calculo es inglés, que cuando se canse de mirarme de frente, me pondré de perfil para que vea de qué modo le hago mas efecto.

Jorge se levantó como movido por un resorte.

Nilo hizo lo mismo; y por un momento se suspendieron las conversaciones para fijarse en lo que indudablemente iba á pasar.

Sponcer, grave, pero sin afectacion, se acercó á Saturnino.

Nilo iba á su lado.

—Caballero, le dijo: si mal no he oido, acaba usted de enviarme un recado algo inconveniente por un mozo de la casa. Me llamo sir Jorge Sponcer, estoy agregado á la embajada inglesa, y me hallo siempre á las órdenes de todo aquel que me busca.

Saturnino escuchó las palabras de Jorge con una sonrisa burlona en los labios.

—¿Ha terminado usted, sir Jorge? le dijo.

—Sí; pero aguardo una contestacion.

—Por ahora solo puedo darle á usted mi nombre impreso en una elegante tarjeta; mañana mandaré á usted dos amigos de confianza para que tengan el honor de invitar á usted á una escursion matinal.

Saturnino entregó una tarjeta, y levantándose de la butaca, salió de la sala, despues de saludar á todos los que le rodeaban.

Nilo, que no habia desplegado los labios durante las lacónicas contestaciones de Jorge y el estudiante, hizo una seña á sir Jorge para que le siguiera, conduciéndole á un salon de descanso.

—Lo que acaba de sucedernos es bastante estraño, dijo el vizconde.

—Efectivamente; hé aquí un desafío que me cae de las nubes. Sin embargo, no me importa: eso me distraerá algunas horas. Supongo, querido vizconde, que se encargará usted de este negocio.

—Con doble motivo, pues pienso, si usted no lo hace, castigar la insolencia de ese caballerete que tan ligero se muestra para buscar un lance.

—¡Bah! contestó el inglés: ese jóven es un instrumento de una mano que se oculta.

—¿Cómo?

—¿No lo ha conocido usted? Desde el momento que entramos en la sala de juego, sospeché que trataba de buscar una cuestion conmigo.

—Eso no es posible...

—Querido vizconde: esta noche he visto en el teatro de la Cruz al jóven que acaba de provocarme, haciendo el amor á

una mujer terrible, y cuya historia escandalosa se enlaza un tanto con la mia.

Nilo miró á sir Jorge con estrañeza. Parecia pedirle con aquella mirada una esplicacion de las palabras que acababa de decirle.

Sponcer, que así lo entendió, le dijo:

—Ese jóven es indudablemente el nuevo amante de Herminia.

Nilo escuchaba con interés las palabras de Jorge, y no se atrevia á interrumpirle.

—Lo siento, porque aunque nunca he rehusado los lances que me ha presentado la casualidad, siempre que me bato sin un motivo poderoso, lo hago de mala gana.

—Luego usted cree que esa jóven tan parecida á la Perla de San Lázaro puede haber influido...

—¡Toma! Esa jóven es Herminia, y esa muchacha es un enemigo temible.

Sir Jorge contó entonces á Nilo la escena que habia mediado pocos dias antes entre él y la heroina de los folletines franceses.

—Entonces, no debe usted batirse, dijo el vizconde.

—¿Y por qué, amigo mio? ¿No arriesga como yo su vida ese jóven, á quien compadezco de todo corazon, pues solo será el instrumento de esa mujer?

—Pero esa mujer tiene una causa pendiente, y si queremos esterminarla...

—¡Bah! dejemos á la Providencia que le dé el castigo que mas le cuadre. En cuanto á ese señor que se dispone á romper lanzas por una mujer que indudablemente no conoce, solo debe inspirarnos compasion.

Nilo trató de persuadir al inglés, pero todo fué en vano.

A las dos de la madrugada abandonaban el Casino.

Cuando sir Jorge llegó á su casa, le dijo al ayuda de cámara, mientras se desnudaba:

—Procurad tener corriente para mañana las pistolas de tiro.

—¿Piensa el señor emprender algun viaje? preguntó el ayuda de cámara.

—Sí; tal vez sea el último, pues me bato con un jóven.

—¡Ah!

Y siguió tirándole de las botas, con la indiferencia de un buen inglés.



CAPITULO III.

Comer á dos carrillos

Cuando Saturnino llegó á su casa, se puso á escribir dos cartas.

Una era citando á un amigo para que le sirviera de padrino, y buscara otro segundo.

La otra, para Herminia, concebida en estos términos:

«El asunto del inglés salió á gusto de nuestro deseo. Creo »que me bato con él pasado mañana.

»No dudo que saldré airoso del lance; pero me inspiraria »mucho valor si usted me concediera antes una cita sin »testigos.»

Despues de esto, el estudiante firmaba la carta con todas sus letras.

A las siete de la mañana no habia podido dormirse. Se levantó y salió á la calle, con la carta en el bolsillo.

Tenia la esperanza de encontrar algun criado de Herminia que se encargara de la comision mediante algunos reales.

Y así sucedió, porque al cruzar el estudiante la puerta de la casa de Herminia, vió á Serafin, que se hallaba fumando en el portal.

Le hizo una seña significativa, y siguió andando.

Como era de esperar, Serafin, comprendiendo lo que aquella mímica queria decirle, le siguió.

Cuando el estudiante dió la vuelta á la esquina, se detuvo y esperó al criado.

—Escucha, Serafin, le dijo: yo sé que tú eres un muchacho muy listo, y que además posees la confianza de tu señora.

Serafin se sonrió de la manera mas cándida.

—Esto, volvió á decir el estudiante, me hace tener en tí una ciega confianza.

Serafin se inclinó, como dando las gracias.

—Es preciso que me prestes hoy un favor, repuso Saturnino.

—El señorito me honra mucho utilizando mi humilde persona, dijo por fin el criado. ¿En qué puedo servirle?

—Necesito que le entregues á tu señora una carta.

—¿Cuándo? preguntó Serafin, como si fuera negocio convenido.

—Apenas se levante.

—Se la entregaré.

—Yo te quedaré agradecido. Toma.

Y Saturnino puso dos napoleones en la mano de Serafin.

—Es probable que esta carta tenga contestacion. No olvides que te espero en mi casa hasta la una de la tarde.

—No faltaré, en ese caso.

—Entonces, recibirás otra propina.

—El señorito es demasiado generoso conmigo.

Y Serafin, despues de guardarse el dinero en el bolsillo, preguntó:

—¿Por supuesto que esta carta debo entregarla á la señorita sin que se entere el viejo?

—Es claro.

—Ya lo habia yo pensado así. Los viejos no deben saber las calaveradas de los jóvenes.

Saturnino se sonrió.

Serafin hizo lo mismo, y los dos se separaron.

Cuando Serafin llegó á casa de sus amos, lo primero que hizo fué dirigirse á su cuarto.

Una vez allí, se sentó en una silla, y por espacio de algunos minutos estuvo contemplando el sobre de la carta.

—Indudablemente, se dijo hablando consigo mismo, esta carta encierra algun secreto que yo no conozco, y que puedo vender caro al viejo marido... Hé aquí una situacion difícil. A pesar de mi esperiencia en estos asuntos, no sé qué hacer, si entregar la carta al amo, ó al ama.

Serafin dió dos vueltas á la carta mientras daba alguna mas á su imaginacion.

Por fin, se dijo:

—¡Bah! el amo es mas esplotable que el ama; y despues, si se la doy primero al viejo y despues á la jóven, tal vez gane por dos partes. Sí, es lo mejor.

Y se levantó de la silla, subió algunos escalones y llamó quedo en la habitacion del viejo marino.

—¡Adelante! dijo este.

Y al ver á Serafin, continuó:

—¡Ah! eres tú: ¿qué traes de nuevo?

—Una carta, dijo sencillamente Serafin.

—¿Para mí?

—No señor: es para la señorita; pero creo que debe importar algo al señor su contenido, porque me la ha dado con mucha reserva el caballerete de marras.

—¡Ah! ¡vamos!... ya comprendo: esa carta es del señorito Saturnino.

—Sí, del señorito Saturnino para la señorita doña Luz.

—Trae, dijo el viejo conteniéndose.

Y al coger la carta, Serafin le oyó murmurar esta frase:

—Esa infame me cree incapaz de vengarme, y se ha propuesto ponerme en ridículo... ¡Pobre de ella!

Santiago el marino iba á romper el sobre, cuando Serafin le cogió suavemente por el brazo.

—Señor, esa carta espera una contestacion, y convendria que se abriera sin romperla y que fuera á su destino.

—Tienes razon, dijo el viejo: veo que eres mas previsor que yo; es preciso abrirla sin estropearla. Mira tú cómo se hace eso.

Serafin indicó con la mano que volvia al momento, y así lo hizo.

Cuando entró de nuevo en la habitacion de su amo, traia una cafetera de agua hirviendo en la mano.

—¿Para qué es eso? le preguntó el marino.

—¡Toma! para abrir la carta sin romper el sobre. Afortunadamente el señorito Saturnino lo ha pegado con goma; si fuera lacre, seria mas difícil.

Santiago entregó la carta á Serafin, y este la tuvo algunos minutos colocada sobre el vaho que despedia la cafetera.

La carta se abrió sin estropearse, y Santiago pudo leer el contenido.

El lobo marino apretó los puños con rabia.

—¡Oh! ¡pobres de ellos! dijo, cerrando de nuevo la carta. Toma, llévala á la señorita, y tráeme la respuesta.

Media hora despues, Serafin volvió á entrar en la habitacion de su amo.

—Aquí está, señor, dijo; pero esta no la podemos leer sin infundir sospechas.

—Sí, tienes razon, contestó el marino, mirando la carta; mi mujer tiene un sello especial y emplea el lacre... pero yo necesito saber qué le dice.

—Tenemos un medio.

—Habla.

—Romper el sello y esperar que la señorita salga de casa, y entonces la sellamos nosotros nuevamente.

—Tienes razon.

Y Santiago, sin esperar mas, rompió el sello de la carta.

Decia así:

«Esta noche venga usted al teatro; me acompañará á casa, »y tal vez podré concederle lo que me pide.»

La carta no estaba firmada.

—¡Ah! esclamó el anciano; mi mujer es mas precavida que su amante.

Y Santiago soltó una carcajada.

Luego leyó por segunda vez la carta, y entregándola á Serafin, continuó:

—Puedes llevarla á su destino, y procura que no sospechen nada.

Despues se levantó, y abriendo el cajon de un pupitre, sacó de él una moneda de oro, y se la entregó á Serafin.

—¡Toma! le dijo: esto es á buena cuenta de lo mucho que aún espero darte si me sirves bien. Ahora puedes irte; pero te encargo que no los pierdas de vista.

Serafin, como no tenia nada que hacer en la habitacion de su amo, salió, saludándole respetuosamente.

Dos horas despues, Saturnino recibia la carta de Herminia.

El estudiante rompió el sobre con tanta precipitacion, que ni siquiera se apercibió de nada.

Es verdad que Serafin la habia cerrado perfectamente.

—Si tienes ocasion, dile á tu señora que no faltaré.

Esto dijo el estudiante, que volvió á dar otra propina al ingenioso Serafin.

Nada tan generoso como un amante que comienza viento en popa hácia el logro de sus deseos.



CAPITULO IV.

Palabras dulces.

A las siete de la noche, Herminia y su esposo comian tranquilamente.

—Vamos, querido Santiago, decia la Perla de San Lázaro: hoy parece que te hallas mejor, y espero que me acompañes al teatro.

—Tú eres muy buena, querida Herminia, y permitirás á tu viejo esposo que no te dé gusto por esta noche.

—¡Cómo! ¿tampoco hoy?

—Qué quieres, hija mia; despues de comer, se apodera de mí un sueño horrible: ya ves que no es muy conveniente que me quede dormido en el palco.

—Sea como gustes; pero siento que te quedes solo durante la velada.

—Por eso no debes disgustarte. En cuanto tú te marches

me dormiré, y hasta mañana no hay hombre. Afortunadamente, Dios ha querido que gozara de un sueño profundo, y á fé que se lo agradezco. Así, pues, diviértete mucho, puesto que tienes las dos grandes condiciones para ello: juventud y dinero.

Continuó la comida, y nunca los dos esposos habian estado mas amables.

Cuando Herminia se dirigió á su tocador para vestirse, Santiago llamó á su ayuda de cámara, y se acostó.

Herminia, antes de salir, fué al dormitorio de su esposo.

Reinaba un silencio profundo.

Se acercó á la alcoba con una luz en la mano.

Santiago parecia dormir profundamente.

La Perla de San Lázaro le estuvo contemplando por espacio de un minuto.

—¡Santiago! le dijo en voz baja.

El marino siguió durmiendo.

Por dos veces repitió el nombre de su marido; pero el sueño del marino era tan profundo, que no despertó.

Entonces pudo verse una sonrisa diabólica en los hermosos labios de la jóven; y sacando un frasco del bolsillo, derramó una gota del líquido que contenia, en el vaso de agua que se hallaba sobre la mesa de noche.

Terminada esta operacion, repitió por tercera vez el nombre de Santiago, pero en voz mas alta.

Entonces el marino abrió los ojos.

—¡Ah! ¿eres tú, querida? le dijo.

—Sí, vengo á despedirme.

Santiago se incorporó en la cama.

—¿Sabes, hija mia, que te sienta de un modo maravilloso ese adorno de flores?

—¿Es de tu gusto?

—¡Ya lo creo!... Nunca me has parecido mas hermosa.

Y Santiago exhaló un suspiro.

—¿Por qué suspiras? le preguntó Herminia con cierta coquetería.

Santiago se sonrió; y cogiendo una de las preciosas manos de su esposa, le dijo:

—¿Qué quieres que haga un pobre viejo como yo, sino suspirar?... ¡Eres tan hermosa!...

—¿Luego te pesa mi hermosura?

—Nada de eso... Pero siento verte sacrificada á un viejo inútil y achacoso como yo.

Herminia se acercó al lecho de su marido, y dándole un beso en la frente, le dijo:

—Cuando los viejos saben hacerse amar, los achaques y las canas se convierten en otros tantos lunares de hermosura.

—¿Dices de veras eso, Herminia? esclamó Santiago, apoderándose de las manos de su esposa.

Herminia creyó menos costoso dar un segundo beso á su marido, que decirle una nueva mentira.

—Sí, sí, te creo, hija mia, te creo... porque de lo contrario, seria el hombre mas desgraciado del mundo... Véte... véte, y diviértete mucho... ¡Ah! ¡Si yo tuviera treinta años!...

—Tal vez te amaria menos que teniendo sesenta.

Santiago se estremecia oyendo la voz de su esposa.

Un conocedor del corazon humano, hubiera dicho que aquel anciano sufria una lucha violenta, terrible.

Cuando Herminia le abrazó en señal de despedida, no pudo menos de notar el estremecimiento de Santiago.

—¿Qué tienes? le preguntó.

—Nada... sin duda un poco de frio.

—Pues entonces me quedo contigo; no quiero separarme de tí, si te sientes malo.

Y La Perla de San Lázaro hizo el ademan de quitarse la manteleta.

—No... no... esclamó con precipitacion Santiago: esto no es nada. Además, tengo ganas de dormir... Te aburririas durante la noche. Véte... véte...

—En fin, como tú quieras. Pero ¿por qué no tomas el refresco que tanto te recomienda el médico?

Y Herminia presentó al marino el vaso donde poco antes habia vertido las gotas del líquido fatal.

Un relámpago de rabia cruzó por los ojos del anciano.

Herminia se hallaba casualmente de espaldas, y no pudo verlo.

Como le presentase el vaso á su esposo, este le dijo:

—Aún es temprano. Ya sabes que lo tomo á las diez.

Herminia dejó el vaso sobre la mesa de cabecera, dió un beso á su esposo, y salió.

Cuando el ruido de sus pasos se perdió en las habitaciones inmediatas, Santiago, levantando los cerrados puños en son de amenaza, y despidiendo de las pupilas chispas de ira, esclamó, dejándose caer en la cama:

—¡Infame!... ¡infame!... ¡infame!...

Luego permaneció como un cuarto de hora con la cabeza cogida entre las manos.

Aquel hombre rudo lloraba como un niño.

Santiago amaba con todo su corazon á Herminia; pero al saber que era el juguete de aquella á cuyos piés habia rendido hasta la voluntad, sintió un infierno en el alma y lágrimas de fuego en los ojos.

Además, cuando Herminia entró en su alcoba, el marino no dormia, y pudo ver la operacion practicada en el vaso que encerraba el refresco.

Esto le hizo concebir una sospecha.

Rápidamente se agolparon en su cerebro mil ideas en monton.

—Yo, se dijo hablando consigo mismo, he disfrutado siempre de una salud envidiable; ahora me siento débil y enfermo: ¿me habrá dado á beber alguna pócima esa miserable?

En vano procuró rechazar esta sospecha.

La habitacion se hallaba alumbrada por la débil luz de una lámpara de porcelana.

Los tibios resplandores caian sobre la mesa de noche, reflejando sobre el bruñido vaso.

Santiago creyó ver sobre el fondo del cristal bogar la espantosa imágen de la muerte.

Así, desesperado por la lucha que mantenia consigo mismo, trascurrió una hora.

Por fin, no pudiendo resistir mas, se deslizó de la cama, y envolviéndose en una bata, cogió una bujía, y tomando todas las precauciones posibles, se encaminó á la habitacion de su esposa, que solo la separaba de la suya un corredor y una puerta de escape.

A nadie encontró.

El corazon de Santiago latia como si fuera á cometer un crímen.

Cuando llegó al *santuario* de la aventurera, se dejó caer sobre una silla.

Le faltaba el aliento; se sentia fatigado.

¿Qué iba á hacer Santiago en la habitacion de su esposa? Lo ignoraba.

Los celosos no se dan nunca razon de sus acciones; porque los celos, especie de dogal que oprime la razon, lo dominan todo, lo atropellan todo.

Un celoso llega hasta el crímen; nunca retrocede.

Una vez en el dormitorio de Herminia, Santiago procuró serenarse.

Sin poderse él mismo dar razon, fijó los ojos con tenacidad en una pequeña mesa de palo de rosa, sobre la que se veian dos candelabros con bujías azules.

De vez en cuando dirigia una mirada en derredor, como si buscara algo; pero pronto sus ojos tornaban á detenerse en el elegante mueble que acabamos de indicar.

Parecia que una voz secreta le gritaba al oido:

—En esa mesa se halla lo que buscas.

Santiago estendió el brazo, y su mano cayó sobre la fina madera de la mesa.

Creyó que quemaba.

Detuvo su mirada en el pequeño cajon, y maquinalmente intentó abrirle.

Estaba cerrado.

Este obstáculo fué un nuevo deseo.

Buscó la llave por toda la habitacion; pero fué en vano.

Entonces se le ocurrió recurrir á la violencia.

—Será preciso que rompa esta cerradura.

Y buscó en derredor suyo algun instrumento que sirviera para el caso.

En todas estas operaciones habia trascurrido media hora.

De pronto, una idea luminosa asaltó su mente, y corriendo hácia la alcoba, se apoderó de una elegante bata de tisú de lana que se veia sobre una silla.

Santiago registró los bolsillos de aquella bata.

Al introducir la mano en uno de ellos, no pudo contener un grito de gozo.

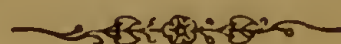
Habia encontrado una llave.

—¿Será esta? se dijo.

Y fué á probarla.

La cerradura cedió.

Santiago, antes de examinar el fondo del cajon, se detuvo como para tomar aliento.



CAPITULO V.

Las letras N y M.

Santiago dirigió una mirada codiciosa al cajon.

Solo le ocupaban dos objetos: una caja de metal y un cuaderno manuscrito.

Introdujo la mano, y sacó el cuaderno.

Decia así: *Cuaderno de Kiusiú.*

Este nombre no le era desconocido á Santiago.

Buscó en la memoria adónde lo habia oido, y pronto recordó que en el Brasil.

—¡Ah! se dijo: este es el nombre del médico que me visitaba en mi ingenio. ¿Qué será esto?

Y comenzó á leer el manuscrito.

Cuando llegó á la letra *N*, leyó por dos veces el párrafo que decía así:

«Letra *N*. Elixir de la voluntad. Tres gotas al dia, mez-

cladas con cualquier líquido, bastan para que, al mediarse el frasco, la persona á quien se le suministre no tenga fuerza de voluntad.

»Sus efectos son pausados, pero seguros y maravillosos: se pierde la fuerza física, desaparece por completo la voluntad, llegando á ser por espacio de algunos años un especie de autómata, hasta que al fin termina la vida de languidez.

»No deja rastro alguno en el cuerpo humano.»

Santiago se pasó dos ó tres véces las manos por los ojos.

Creia estar soñando.

—¡Es verdad lo que leo!... se dijo con asombro. ¡Luego esa mujer es una envenenadora!... ¡Luego yo, no dando crédito á la historia que me contó el hombre de Lisboa, le salvé la vida, y ella me ha envenenado!... porque, indudablemente, todos los efectos que indica este párrafo son los que yo siento. ¡Sí! ¡sí! yo la he visto esta noche sacar un frasco del bolsillo, verter tres gotas en un vaso de refresco, y luego... brindarme con él con una sangre fria increible, y con la sonrisa mas candorosa del mundo en los labios.

Santiago terminó su monólogo exhalando un rugido de rabia.

Luego abrió la caja, y buscó el frasco marcado con la letra *N*.

Estaba casi vacío.

Un segundo grito se escapó de su pecho.

Tenia la evidencia de que su mujer le habia envenenado.

Por fin, logró serenarse, y dijo:

—Esto es hecho; pero aún me queda fuerza para vengarme.

Y continuó leyendo el cuaderno.

«Letra *M.* Veneno: desde el dia que se toma hasta el de su efecto final ó muerte, tiene tres períodos estraordinarios y desconocidos por la farmacopea.

«Primer mes: se siente una alegría infinita, un placer inesplicable, un deseo vehemente de gozar de la vida; todo sonrie todo canta en derredor del infeliz que le siente circular por sus venas.

»Segundo mes: insomnios, inapetencia, deseos vivísimos de vivir; comienza á caerse el cabello; irritacion en los párpados, bastante malestar.

»Tercer mes: la alegría aumenta; se rie por las cosas mas pequeñas: muchas veces los asuntos mas serios producen la hilaridad; raptos de locura; la muerte producida por un ataque fulminante al cerebro.

»No se encuentra rastro alguno, aunque se haga la autop-»sia al cadáver.»

Santiago, al terminar le lectura de este párrafo, exhaló un grito de gozo.

—¡Ojo por ojo! ¡diente por diente! dijo, apoderándose de la pequeña botella rotulada con la letra *M.*

Pero de pronto se detuvo.

—Si ella, como es probable, examina esta caja, echará de menos este frasco, y entonces...

Santiago reflexionó, y cogiendo la bujía, salió del gabinete de su mujer.

Al poco tiempo volvió con una botellita de cristal en la mano.

El veneno fatal era un líquido del mismo color y trasparencia que el agua.

Santiago vertió el veneno en la botella que él trajo, y llenó de agua el frasco rotulado con la letra *M*.

Despues, volvió á dejar las cosas tal como las habia encontrado, y salió de la habitacion de su esposa.

Una vez en su dormitorio, abrió un cajon del pupitre y dejó en él la botella, diciendo:

—¡Esto es un tesoro!

Y soltó una carcajada.

Al meterse en la cama, el péndulo daba las once de la noche.

Poco despues, se escuchó el ruido de un carruaje que entraba en el portal.

Santiago se incorporó, fijando su atencion.

Herminia, para dirigirse á su dormitorio, tenia precision de pasar por el pasillo inmediato á su alcoba.

Trascurrieron dos minutos.

—¿Qué hará que no sube? se preguntó.

De repente, Santiago vió que el vaso de refresco permanecia intacto sobre el mármol de la mesa de noche.

Con una rapidez increible, atendido sus años y sus achaques, se deslizó de la cama y fué á verter el líquido del vaso en una palancana.

Luego volvió á acostarse.

Santiago escuchó los pasos de su mujer, y cerró los ojos.

Herminia entró en el dormitorio de su esposo con una luz en la mano.

Acercóse al lecho, y se quedó contemplándole.

Luego dirigió una mirada al vaso.

Al encontrarle vacío, dejó ver una sonrisa llena de criminal satisfaccion.

Indudablemente, un fisonomista, uno de estos hombres que tienen el don de leer lo que oculta el alma á través de las miradas, hubiera podido leer en las de Herminia la infinita complacencia que le causaba el profundo sueño de su marido.

La Perla de San Lázaro salió de la alcoba de su esposo y se dirigió á su dormitorio.

Cuando se perdió el ruido de sus pasos en el corredor, volvió á incorporarse.

Santiago permaneció un momento indeciso.

Varias veces se llevó la mano á la frente como si quisiera ahuyentar algun pensamiento terrible.

—¡No, no! se dijo, hablando consigo mismo. Matarla de un solo golpe, seria demasiado generoso... ¡Ah! puesto que los dos se burlan de este pobre viejo, él se levantará para hundirles en el momento oportuno.

Luego se envolvió en la bata, y saliendo de su habitacion, encaminóse al dormitorio de su mujer.

Cuando llegó á la puerta, aplicó un ojo al agujero de la cerradura.

Herminia se hallaba sentada junto á la elegante mesa de palo de rosa.

Tenia delante el cuaderno de Kiusiú y la terrible caja de los elixires.

Santiago, con el corazon palpitante, y despidiendo fuego por los ojos, permaneció un largo rato inmóvil, sin respirar.

Por fin, el péndulo dió una campanada.

Herminia dirigió una mirada al relój y se puso en pié.

El viejo marino creyó que iba á acostarse; pero Herminia

se colocó delante del espejo y se arregló el adorno que hermoseaba sus abundosos cabellos.

Despues se dirigió á una puerta de escape, apagando antes la luz.

En este momento de ansiedad, el viejo marino creyó oir la voz de un hombre, que dijo:

—Gracias, señora.

Santiago reconoció aquella voz.

Era la de Saturnino, el estudiante andaluz.



CAPITULO VI.

Una hora de espera.

El primer pensamiento del viejo marino, al oir la voz de un hombre en el dormitorio de su mujer, fué derribar la puerta y asesinar á los dos culpables; pero afortunadamente se detuvo y prestó atencion.

Nada oia, y creció, como era natural, su malestar.

—¿Dónde habrán ido? se dijo.

Entonces recordó que la puerta de escape de la alcoba de su mujer daba paso á un elegante gabinete, y se dijo:

—Allí estarán.

Esperó un momento, y no oyendo nada, se separó de aquella puerta, y cruzando el pasillo, fué á situarse detrás del portier del citado gabinete.

Pronto se convenció de que no se habia engañado.

Se hallaban allí, el uno sentado enfrente del otro.

Santiago pudo verles desde un estremo de la cortina.

Podia escucharles, porque se hallaban cerca de él; y solo dando algunos pasos, hubiera podido estrangularlos.

Esto último es lo que indudablemente hubiera hecho de mejor gana en otro tiempo; pero el pobre Santiago se encontraba desconocido.

Hé aquí lo que oyó:

—Conozco, Saturnino, que es una imprudencia conceder una cita á estas horas.

—¿Duda usted de mí, señora?

—No, no es eso; pero ¿quién me responde de la fidelidad de la doncella que le ha conducido á usted hasta aquí?

—¡Bah! si el esposo de usted fuera un jóven celoso, comprendo los temores; pero el bueno de don Santiago nada sospechará. Verdaderamente la compadezco á usted.

Herminia exhaló un suspiro, bajando al mismo tiempo los ojos al suelo.

Saturnino volvió á decir:

—Debe usted, por lo tanto, tranquilizarse... pero no sé si me atreva á dirigirle una pregunta.

—Por Dios, no hable usted tan fuerte... pueden oirnos... estoy sobresaltada.

Saturnino acercó su silla unas cuantas pulgadas al sofá donde se hallaba Herminia.

Santiágo el marino se llevó la mano al corazon, temeroso de que los latidos que daba le descubrieran.

Herminia dijo con temeroso acento:

—¿Con que se bate usted, segun me dice en su carta, con el inglés?

—Creo que cuando regrese á mi casa, habrán arreglado el lance mis padrinos.

—Es usted un imprudente.

—¡Bah! casi tengo la persuasion que saldré bien de este asunto, sobre todo siendo del agrado de usted que castigue á un impertinente.

—Pero yo no creia que usted diera tanta importancia á mis palabras.

—No hablemos mas de eso. Cuando se tiene la suerte de ocupar una silla cerca de una mujer tan hermosa como usted, toda conversacion es inoportuna, de mal género, menos una.

Herminia dirigió una mirada á Saturnino, que bien podia tomarse por una pregunta.

El estudiante, que así lo entendió, apoderándose de una de las manos de Herminia, le dijo:

—El amor debe ocupar siempre el sitio de preferencia. Olvidémoslo todo, amiga mia.

Herminia, conociendo que la vehemencia del estudiante tomaba mucha fuerza, retiró sus manos, y esclamó:

—¡Oh! ¡nunca! ¡nunca!

Saturnino habia logrado que se le concediera una cita á la una de la noche.

Herminia era jóven, encantadora, y lo que es mas, casada con un viejo de sesenta años, achacoso é indiferente.

Todo esto le daba valor para ser atrevido; así es que acercándose mas, rodeó uno de sus brazos por la esbelta cintura de Herminia.

Entonces, ella se levantó.

—Caballero, le dijo con inseguro acento: no me haga usted que me arrepienta de mi condescendencia.

—Luz de mi alma, dijo el estudiante, empleando una entonacion melodramática, ¿qué es la vida sin amor? Un camino penoso por donde el pié del hombre va ensangrentándose. La felicidad de los pobres moradores de esta tierra solo se encuentra en estas palabras: amar y ser amado. Desechemos necios escrúpulos, y puesto que un paraíso nos abre las puertas, entremos en él.

Saturnino se detuvo como para calcular el efecto de sus palabras.

Estaba satisfecho de su oratoria, pues creyó observar que los ojos de Herminia se humedecian.

De repente, La Perla de San Lázaro, con la maestría de una gran actriz, se pasó las manos por los ojos, y levantándose como movida por un resorte, esclamó:

—¡Pues bien, sea!

Saturnino lanzó un grito de placer.

Herminia colocó una de sus lindas manos sobre la boca del jóven estudiante.

—Mañana volveremos á vernos, dijo Herminia.

—¡Cómo! esclamó el estudiante.

—Saturnino, por Dios, recuerde usted que debe batirse. Separémonos.

El jóven quiso insistir; pero Herminia puso fin á aquella escena con estas palabras:

—Mañana, todo; hoy, nada.

Despues empleó una ó dos frases cariñosas, suplicándole que la dejara.

Saturnino, fatigado por la lucha, se vió en la precision de separarse sin conseguir nada.

Poco despues, cuando el aire frio de la noche refrescó la frente del estudiante, mientras se dirigia á su casa se decia para sí:

—Por fin, cederá... sus escrúpulos son naturales... apenas hace quince dias que la conozco. En fin, un dia mas no es nada. Solo faltaba que ese inglés me rompiera una pierna.

Cuando el estudiante llegó á su casa, le estaban esperando dos amigos.

—¡Ah! ¡por fin! esclamó uno de ellos.

—¿Dónde diablos te has metido? preguntó el otro.

Saturnino, dejando asomar una mirada impertinente, contestó:

—La víspera de un desafío siempre se tiene un poquillo de trabajo; pero ¿qué hay?

—Te bates mañana, ó por mejor decir, hoy á las ocho de la mañana, respondió uno de los amigos.

—¿A pistola? preguntó Saturnino con serenidad.

—Sí; á veinte pasos.

—¿Dónde?

—En un jardin de las cercanías de Madrid, propiedad de uno de los padrinos del inglés.

—¿Sabeis vosotros dónde está ese jardin?

—No; pero hemos convenido que á las siete y media nos hallaremos en la puerta de Alcalá.

—¿Teneis las pistolas?

—Sí: todo está á punto; solo falta que firmes el acta.

—Venga.

El que habia hablado presentó una hoja de papel, donde se veian algunas líneas escritas.

Saturnino firmó sin leerlas, entregándola á sus padrinos.

—Ahora, haced el favor de dejarme; quiero dormir un par de horas.

—Eso es muy conveniente para tener bueno el pulso.

Poco despues, Saturnino se dejaba caer en la cama, diciéndose para sí:

—Si mato al inglés, la conquista de Luz es segura; pero ¿y si el inglés me mata á mí?

Como esta respuesta era algo dudosa, ó por mejor decir, algo desagradable para el jóven estudiante, se quedó dormido.



CAPITULO VII.

Un hombre que se vende.

A la mañana del dia siguiente, Herminia se encontraba aún en la cama cuando oyó ruido de pasos en su dormitorio.

—¿Quién es? preguntó.

—La señorita me dispensará si vengo á interrumpirla tan temprano, dijo la doncella.

—¿Pues qué ocurre?

Y Herminia se incorporó en la cama.

—El señor, repuso la doncella, me ha encargado preguntara á la señorita si querria recibirle.

—¿Qué hora es? volvió á preguntar la Perla de San Lázaro.

—Las nueve y media acaban de dar.

—Dile á mi esposo que él no necesita mi permiso para venir á verme; que pase cuando quiera.

Mientras la doncella se encaminaba á trasmitir la órden de

su ama, Herminia se puso precipitadamente un peinador de seda blanca, y arregló con cierta coquetería los hermosos bucles que caian sobre sus hombros con el desórden encantador de la noche.

—¿Qué querrá mi marido?

Esta pregunta le preocupó por un momento; pero escuchó los tardos pasos del viejo marino en el corredor inmediato, y alegrando el semblante, buscó una de sus mas seductoras sonrisas para recibirle.

Santiago entró en la habitacion.

Estaba mas pálido que de costumbre.

—Dispensa, hija mia, si vengo á molestarte tan de mañana... Pero qué quieres: los viejos somos muy fastidiosos, y sobre todo yo, que me acuesto á la hora de las gallinas y me levanto tres minutos antes que los gorriones.

Herminia respiró.

La entonacion de su esposo no podia ser mas natural.

Santiago tomó una silla, y fué á sentarse junto al lecho de su mujer.

—Vamos á ver, querida, dijo el marino, dejando descansar familiarmente uno de sus brazos sobre la cama de Herminia: ante todo, dime cómo has pasado la noche.

—Perfectamente. Cuando entró la doncella, dormia con ese sueño envidiable...

—Anoche, dijo Santiago interrumpiéndola, cuando tú llegaste del teatro, dormia yo del mismo modo. Conozco que me vuelvo algo grosero... pero tú me perdonarás los mil y un defectos que me adornan.

Herminia se sonrió, y dijo:

—Supongo, querido Santiago, que tu visita tiene un objeto.

—Sí, he recibido muy temprano una carta de Andalucía: me escribe el padre de Saturnino; de ese calaverilla recomendado por uno de mis mas antiguos amigos.

La Perla de San Lázaro miró á su esposo de un modo indescriptible, como si quisiera leer en el fondo de su alma.

El viejo marino recibió aquella mirada con una indiferencia admirable.

Herminia tornó á tranquilizarse.

—¿Y qué dice ese señor? preguntó.

—Como siempre, me encarga que dé buenos consejos á su hijo.

—Solo falta que él los quiera recibir.

—Tienes razon: la juventud es irreflexiva; nunca dedica una mirada al porvenir; su vida es el presente. Sin embargo, debemos poner de nuestra parte todo lo posible para servir á mi amigo. Así es que vengo á proponerte que convides á Saturnino á comer.

Si en la mente de Herminia hubiera quedado alguna sospecha, el convite que acababa de indicarle su esposo la hubiera disipado.

—Tienes razon, Santiago, le dijo; es preciso que nos interesemos por ese pobre padre...

—Te agradezco en nombre de mi amigo que te unas conmigo para dar un buen consejo á ese calavera. Hoy, cuando venga, convídale para mañana. Pasaremos el dia en la quinta de mi amigo el marqués de M... Ya sabes que la vende, y si te gusta....

—Entonces, voy á disponerlo todo, repuso Herminia con precipitacion.

—Sí, disponlo todo; pero déjame á mí los vinos. ¡Oh! soy muy inteligente. En otro tiempo, cuando tenia el gaznate forrado en cobre, como el casco de mi velero brik Trinidad, llevaba siempre una buena biblioteca á bordo; pero hoy, no sirvo para nada. Esos pícaros médicos me lo prohiben todo. ¡Dios les perdone!

Santiago fingia admirablemente.

Herminia no dudó un instante de que su esposo estuviera contento.

Sin embargo, estaba violenta, ignorando el resultado del desafío que debia haberse efectuado aquella mañana.

Santiago, sin perder su buen humor, permaneció hablando aún media hora en el dormitorio de su mujer.

Por fin se levantó, diciendo:

—Vaya, tú tendrás que dedicarte una hora al tocador; te dejo.

Poco despues, cuando el marino entró en su habitacion, encontró á Serafin, que le estaba esperando.

—¿Qué ocurre? le preguntó el marino.

—Que todos gozan de la mas perfecta salud, respondió Serafin.

—¡Bah! desafíos de farsa... al fin y al cabo, botarate á la moda, repuso con desprecio el marino.

—Poco á poco, señor: el lance ha sido mas formal de lo que usted cree; pero el inglés se conoce que es un hombre muy generoso.

—A ver, cuenta lo que sepas.

—Siguiendo las órdenes del señor, repuso Serafin, me coloqué de acecho y pude seguirles hasta el sitio donde debia, y se efectuó el desafío.

—De modo que llegaron á batirse.

—Sí, á pistola; el señorito Saturnino tiró primero, pero no dió en la carne; y el inglés continuó impávido su marcha hasta colocar la boca de la pistola sobre el pecho de su contrario.

—¡Hola! ¿pero hizo fuego?

—Se detuvo un momento y dijo algunas palabras que yo no pude oir, pues me encontraba bastante lejos. Luego le ví alzar el brazo en alto y disparar al aire.

—¡Imbécil!

—Eso dije yo para mi capote.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Solo pude ver que todos se abrazaban y se apretaban las manos con muestras de alegría y dando por terminado el desafío. Despues que les ví subir en los coches, regresé á casa.

Serafin suspendió su relato.

Santiago quedó un momento pensativo.

De repente, el marino alzó los ojos, y fijándolos en Serafin, le dijo:

—Dime, Serafin: ¿has pensado alguna vez en ser rico?

Esta pregunta hizo sonreir al criado, que contestó con el tono mas natural del mundo:

—¡Ya lo creo, señor! Ese es el pensamiento mas tenaz de los pobres.

—¿Y qué guarismo te presenta tu ambicion para llenar el colmo de tus aspiraciones?

Serafin contestó rápidamente:

—Yo me creeria feliz con ocho mil duros.

—¿Qué harias por lograr esa cantidad?

Serafin se encogió de hombros, y contestó lacónicamente:

—Todo.

—Piénsalo bien.

—Todo, repitió Serafin con energía.

—Cuidado con lo que ofreces, porque el hombre que te diera esa suma podria exigirte mucho.

—Mire usted, señor, dijo Serafin: he cumplido treinta y ocho años y soy pobre hasta el punto que mi único porvenir se reduce á un hospital, y mi presente usted lo sabe como yo. Si un hombre pusiera ocho mil duros en una de mis manos, no le quepa á usted duda, la otra estaria á su disposicion para todo aquello que me mandara.

—Yo puedo ser ese hombre para tí, dijo bajando la voz el marino.

Los ojos de Serafin brillaron con el fulgor de la codicia.

—¿Qué hay que hacer? dijo.

—Obedecerme en todo.

—Desde ahora me convierto en instrumento. Usted piensa, y yo ejecuto.

Santiago se quedó un momento pensativo.

De repente preguntó:

—Dices que Pancho el mulato es el confidente de mi esposa...

—Sí, ó por mejor decir, su brazo: ejecuta todo cuanto la señorita Luz le manda.

—Si no me engaño, tú les inspiras confianza.

—Así lo indica al menos algunas comisiones que me dieron. Ahora, por ejemplo, tengo pendientes dos, y bastante arriesgadas; pero como Pancho paga poco, no me doy mucha prisa en desempeñarlas.

—Dime qué comisiones son esas.

—La una, robar una niña de corta edad; la otra, matar á un hombre.

Santiago se estremeció.

En cuanto á Serafin, estaba sereno.

—¿Soy yo ese hombre? preguntó Santiago.

—No, es el picador Valentin... Pancho habia imaginado un modo mas sencillo de librarse de ese hombre; pero Valentin, sin duda, receló algo, y evitó el peligro que le amenazaba.

—¡Con que es decir, esclamó Santiago, que estoy rodeado de infames!... ¡Con que era cierta la historia de la Perla de San Lázaro que me contó el hombre de Lisboa!...

Serafin, poco ó nada entendió de las esclamaciones de su amo; así es que se concretó á guardar silencio.

El marino se puso á dar paseos por la habitacion, demostrando en todos sus ademanes que alguna idea terrible le preocupaba.

De repente se detuvo, miró con fijeza á Serafin, y le dijo:

—Cierra esa puerta, y escucha lo que te toca hacer para ganarte los ocho mil duros.

Serafin obedeció.

CAPITULO VIII.

Continúa la farsa.

Saturnino fué á visitar á Herminia á las dos de la tarde.

El jóven andaluz estaba pálido.

La Perla de San Lázaro le recibió con una de sus mas amables sonrisas; y bajando la voz, despues de indicarle que se sentara á su lado, le preguntó:

—¿Puedo darle á usted la enhorabuena?

Saturnino exhaló un suspiro, y dijo:

—Mas bien merezco el pésame.

Herminia, que ignoraba el resultado del desafío, preguntó con precipitacion:

—¡Ah! ¿luego el inglés ha muerto?

—El inglés, señora, me ha perdonado la vida, contestó con profundo sentimiento Saturnino.

—¡Cómo!

—Sí, me ha perdonado la vida; se la debo. Soy impotente con ese hombre. Puede usted despreciarme; pero así lo ha querido la suerte.

Saturnino inclinó la frente, agobiado bajo el peso de la generosidad de su contrario.

Jóven irreflexivo, enamorado de Herminia, hubiera querido presentarse á sus ojos como vencedor, para recibir el galardon.

¡Pobre Saturnino! Cuando debia bendecir á la suerte, se lamentaba de su desgracia.

Matar á un hombre, de cualquier modo que sea, es clavarse una espina en el alma, es abrirse una herida en el corazon, que no se cicatriza nunca, que, irritada de continuo por el remordimiento, turba la paz del espíritu, la tranquilidad envidiable del sueño.

Saturnino no pensaba en nada de esto.

Herminia le habia indicado que odiaba á un hombre con todo su corazon, y él hubiera querido borrar el nombre de aquel sér del gran libro de los vivos.

La Perla de San Lázaro procuró dominarse, y calculando que Saturnino era un poderoso auxiliar para sus planes, trató de reanimarle.

—Vamos, amigo mio, creo que no hay motivo para tanto.

—¡Oh! yo buscaré ocasion para matar á ese hombre, esclamó Saturnino, apretando los puños. Le debo la vida, es cierto, pero eso no implica para que sea un miserable calumniador.

Herminia, comprendiendo el orígen de la enérgica esclamacion de Saturnino, se sonrió desdeñosamente, y dijo:

—Apuesto cualquier cosa á que sir Jorge, que tan genero-

samente se ha portado con usted, ha puesto mi nombre á los piés de los caballos, como suele decirse en el lenguaje familiar.

Saturnino guardó silencio.

—Nada me estraña, amigo mio; puede usted contarme todo lo ocurrido sin miedo de que se afecten mis nervios. Hace tanto tiempo que estoy acostumbrada á los bruscos ataques de mis enemigos, que ya recibo los golpes que me dirigen con la frente serena y la sonrisa en los labios.

Saturnino, verdaderamente ciego como buen enamorado, dirigió una mirada llena de ternura á Herminia, y dijo con entonacion sentida:

—Pues bien, señora, ¿para qué ocultarlo? ese hombre, cuando tuvo la boca de su pistola sobre mi pecho, en el momento en que mi vida dependia de su voluntad, me dijo: jóven, usted ha buscado un pretesto fútil para batirse conmigo... pero detrás de este pretesto veo una mujer, hermosa como suelen pintarnos á los ángeles, y con una alma baja y miserable, y levantando el cañon de la pistola, disparó al aire, contándome luego una historia inverosímil, en la que usted representaba el papel de heroina.

La sonrisa no se apagó en los labios de Herminia mientras Saturnino estuvo relatando lo ocurrido en el desafío.

—Verdaderamente, ese señor inglés tiene rarezas inconcebibles; le perdona á usted la vida y asesina mi honra...

Herminia dijo esta frase con sentida entonacion, y dirigiendo una mirada llena de ternura á Suturnino.

—Señora, dijo el estudiante: yo no he dado crédito á las calumnias de ese hombre... Si no hubiera sido tan generoso conmigo, le mataria. Ese es mi sentimiento, esa es mi pena.

La Perla de San Lázaro se pasó la mano por la frente varias veces, como para ahuyentar algun pensamiento que le atormentaba, y cambiando de entonacion, dijo:

—Dejando aparte ese señor que tan malas ausencias tiene para mí, ¿sabe usted que mi querido esposo y yo hemos forjado una conspiracion contra usted?

Saturnino estaba muy lejos de esperar semejante salida; así es que se quedó mirando á Herminia como suplicándole que le aclarara aquellas palabras.

La Perla de San Lázaro repuso:

—¿Le estraña á usted que conspiremos?

—Me confieso vencido, y no comprendo...

—Pues bien; está usted convidado para mañana.

—¡Cómo!

—Vamos de campo, y mi querido esposo ha contado con que usted nos acompañaria.

—¡Ah! ¡quién lo duda!

Herminia enteró á Saturnino del plan dispuesto por su esposo.

—Preciso será, señora, dijo el estudiante, que comenzaba á desechar el mal humor, que yo sea un hijo modelo cuando mi padre elige con tanto tacto los que deben aconsejarme el bien.

—Santiago profesa al padre de usted un cariño casi fraternal, y es escusado repetir el interés que se toma en servirle. Así es que mañana tendrá usted que soportar los consejos que le demos, y luego seguirlos al pié de la letra.

—Juro obedecer en todo.

—Cuidado con lo que se ofrece.

—Lo cumpliré.

Indudablemente, Saturnino iba á cambiar de conversacion cuando se vió obligado á suspender la frase que iba asomar á sus labios, pues levantándose el portier, apareció Santiago el marino.

—¡Hola! ¡hola! dijo: tenemos aquí á este calavera; vaya, me alegro; así me ahorra escribirle una carta.

Saturnino, despues de estrechar la mano á Santiago, le dijo:

—Veo que gozo de no muy buena reputacion en esta casa.

—Amigo mio, en este mundo suelen los hombres muchas veces gozar de la fama que les corresponde.

—No siempre, repuso el estudiante.

—Salvas algunas escepciones.

—Tal vez yo sea una de ellas.

—Mucho lo dudo.

—Ya le oyes, querida Luz; ¿qué te parece?

—Que tal vez tenga razon.

—¡Ah! ¿Luego los dos conspirais contra mí?... Tanto mejor, esclamó Santiago; tanto mejor, pues espero derrotaros. Pero á propósito: ¿le has dicho que mañana queda embargado?

—Sí; precisamente cuando tú entraste, acababa de convidarle.

—Entonces, mañana á las nueve en punto vendrá usted á reunirse con nosotros á esta casa.

—No faltaré.

—Vamos á otra cosa, repuso Santiago.

—Vamos á lo que usted quiera.

—Eso me gusta, que sea usted dócil. Ahora voy á dirigirle una pregunta.

—Escucho con la mas profunda atencion.

—¿Cómo estamos de fondos? He tenido carta de su padre de usted.

—Nada necesito por hoy.

—¿De veras?

—No veo la razon para mentir.

—Sea enhorabuena.

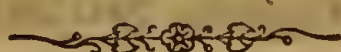
Santiago continuó hablando por espacio de una hora de cosas que poco ó nada importan para el desenlace del presente libro.

Basta saber que quedó convidado para la espedicion que debia efectuarse al dia siguiente.

Cuando el jóven estudiante salió de casa de Herminia, se llevaba una esperanza mas en el alma.

—¡Bah! se dijo, hablando consigo mismo. El malhadado asunto del inglés no ha salido como yo hubiera querido; pero parece que Luz se halla resignada... Verdaderamente inspira lástima un marido tan confiado como el señor Santiago... Bien es verdad que muchos maridos tienen ojos en la cara solo por adorno.

Y Saturnino, dejando asomar á sus labios una sonrisa impertinente, se metió las manos en los bolsillos del pantalon, y continuó su camino.



CAPITULO IX.

Un dia de campo.

Mientras tanto, Claudio de San Vicente procuraba borrar de su memoria el recuerdo de una mujer que, ángel del mal, se atravesaba en mitad de su camino para matar su felicidad.

Rosa fingia no comprender las distracciones de su marido; pero sus claros y hermosos ojos se llenaban de lágrimas cuando se encontraba sola.

En cuanto á Saulo de Tebaida, no quedándole duda de que la señora Luz era Herminia, usando de sus disfraces, se dedicó á espiarla.

Nada mas fácil que denunciar á los tribunales aquella mujer temible; pero doña María se opuso firmemente.

—Dejadla que siga su camino... dia ha de venir en que Dios ilumine su corazon, y entonces el arrepentimiento lo borrará todo.

Por otra parte, el vizconde Nilo de Sádaba tenia siempre los ojos fijos en su amigo Claudio, y dispuesto á salvarle del peligro.

Herminia, pues, tenia en guardia á sus enemigos; pero la Perla de San Lázaro era incansable como su maestro Mateo el Galgo.

Además, sus armas eran poderosas: la riqueza, la hermosura, y la terrible caja de Kiusiú el japonés, podian ser fatales á los que odiaba.

Luego contaba con un corazon sereno, valiente, dispuesto á todo, y una sagacidad nada comun.

Herminia estaba casi segura de su triunfo cuando llegó la mañana indicada por su esposo para pasar el dia en la quinta del marqués de M...

Santiago mandó un recado á su esposa á eso de las ocho y media para decirla que todo estaba dispuesto.

Herminia contestó que se hallaba á sus órdenes.

Cuando el relój de una torre vecina daba nueve campanadas, Saturnino cogia el llamador de la puerta de la casa de Santiago el marino.

Un criado anunció la visita.

Los dos esposos se hallaban reunidos y esperándole.

Santiago dijo:

—Vamos, veo que es puntual. Esa es una buena condicion. Que pase, que pase.

Despues de las frases de rutina, se trasladaron los tres del gabinete al atrio de la escalera, donde les esperaba una carretela.

Pancho el mulato y Serafin se hallaban en el pescante.

El carruaje partió.

El dia estaba hermoso. Ni una sola nube empañaba el diáfano azul del cielo.

El sol derramaba sobre los campos la radiosa luz de su frente, embelleciéndolo todo.

Saturnino demostraba en su semblante la inmensa felicidad que poseia su corazon.

Herminia estaba bella como nunca.

Santiago, alegre como en sus mejores tiempos.

Si el espíritu de la discordia hubiera asomado su repugnante cabeza (caso que la tenga) por la portezuela del coche, indudablemente hubiera dicho, retrocediendo:

—Aquí estoy demás... porque estos viajeros son completamente felices.

Sin embargo, toda aquella alegría, todo aquel bienestar era falso, violento, fingido.

Los tres viajeros procuraban demostrar el antítesis de lo que sentian.

Misterios del corazon humano, nunca bastante claro á los ojos de los profanos.

Continuó la carretela rodando suavemente por el camino de Francia, y despues de tres cuartos de hora de marcha, se detuvo delante deuna hermosa casa de campo.

—Ya hemos llegado, dijo Santiago.

Herminia y el estudiante asomaron las cabezas por la portezuela del coche con cierta curiosidad.

—¡Magnífico aspecto! dijo Saturnino.

—¡Muy elegante! repuso Herminia.

—Ya sabia yo que os habia de agradar. Podeis calcular

lo que esto se embellecerá cuando llegue la estacion de las flores.

Despues de echar pié á tierra, Herminia y Saturnino se dirigieron á una de las elegantes estufas que encerraban una cantidad inmensa de preciosas flores.

—Con vuestro permiso, dijo Santiago, mientras examinais la rica coleccion de plantas, yo voy á dar las órdenes necesarias para que no falte nada.

Los jóvenes se quedaron solos.

Saturnino pensó que en el orbe no se encontraria otro marido mas condescendiente que el de Herminia.

Mientras los dos jóvenes se ocupan en examinar las flores y recorrer el jardin, sigamos nosotros al viejo marino.

Encaminóse Santiago á uno de los pabellones de la casa donde debia celebrarse la comida, de tanto interés para él como verá el curioso lector.

Una vez allí, llamó á Serafin.

—Escucha con atencion lo que voy á decirte, Serafin, le dijo, si es que quieres ganarte los ocho mil duros.

Serafin, avanzando unos tres pasos, se volvió al lado de su amo, demostrando el interés que le inspiraban aquellas palabras.

—Tú, continuó el marino, vas á servirnos á la mesa, en particular los vinos; hoy mas que nunca, necesito una persona inteligente.

Los ojos de Santiago brillaron de un modo siniestro, y una sonrisa diabólica partió sus delgados labios.

En cuanto á Serafin, se inclinó, demostrando que estaba dispuesto á obedecer.

Santiago, sacando un pequeño frasco del bolsillo del gaban, se lo entregó á Serafin, diciendo:

—Verterás doce ó veinte gotas de este líquido en la copa de mi mujer; y el sobrante, en esta botella de Ginebra.

Y Santiago indicó un tarro del citado licor, que se hallaba sobre una mesa.

Luego continuó:

—Quiero brindar con mi leal criado Pancho el mulato. ¿No es verdad que los amos deben ser agradecidos á los fieles servidores?

Serafin inclinó la cabeza, aprobando la pregunta de su señor.

—Ahora, Serafin, repuso el anciano, si tienes apego al oro, no te olvides de mi encargo.

—Si el señor me lo permite, le haré una pregunta, dijo Serafin, rompiendo el silencio.

—Habla.

—¿Pongo tambien algunas gotas de este líquido en la copa del señorito Saturnino?

Santiago permaneció un momento indeciso.

Por fin, dijo:

—¡Bah! ¿qué culpa tiene ese pobre muchacho? Con darle un susto para que no vuelva á burlarse de las canas, bastará. De ese modo le presento un ejemplo en vez de consejos, como pide su padre; esto siempre ha de serle mas provechoso.

—Está bien, dijo Serafin.

—Si me sirves con lealtad, sabré demostrarte que no soy un ingrato.

—Procuraré tener contento al señor.

—Eso deseo. Ahora bien: ¿te gustaria á tí viajar?

—Soy solo en el mundo, respondió Serafin, encogiéndose de hombros.

—Lo tendré presente, pues tal vez mañana te proponga abandonar á España.

—Estoy siempre á las órdenes de mi señor.

—Gracias, Serafin. Vamos á otra cosa: Pancho el mulato, si mal no recuerdo, te dió algunas comisiones que tú no has desempeñado.

—Desde que estoy al servicio del señor, no me ocupo de otra cosa que de complacerle.

—No te arrepentirás de ello; pero Pancho es indudable que te pregunte por el estado en que se hallan las comisiones que te confió.

—Cuando veníamos á esta quinta, como sabe el señor, los dos íbamos en el pescante, y me dijo que procurara verle luego, pues tenia que hablarme.

—Entonces, ve á buscarle y vuelve á decirme lo que él te participe.

Serafin salió.

—Es un muchacho que en esta ocasion no tiene precio, dijo Santiago, cuando se quedó solo. ¡Oh! desgraciadamente esa infame ha emponzoñado mi sangre, y mi vida es corta... pero no tanto que no pueda gozarme en mi venganza.

Santiago dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Tristes pensamientos cruzaron por su mente, y hondos suspiros se escaparon de su pecho.

De tan triste situacion vino á distraerle la voz de su esposa, que entró en la sala seguida de Saturnino, diciendo:

—Santiago, son las once y media: ¿tratas de matarnos de hambre?

—¡Ah! ¡diantre! esclamó el marino, restregándose los ojos como si acabara de despertarse. ¡Pues no me habia dormido!... Vaya, vaya, cuando uno se vuelve viejo, no sirve para nada. ¡Eh, Pancho! ¡Serafin! ¡el almuerzo! ¿Quereis matarnos de hambre?

A estas voces se abrió una puerta, y pudo verse una mesa preparada para el almuerzo.

Entraron en el comedor.



CAPITULO X.

El bríndis.

Al principio de la comida solo *se comió;* es decir, los que rodeaban la mesa hablaban poco, satisfaciendo esas prosáicas exigencias del estómago que tan abiertamente se rebelan en el campo.

Bien es verdad, que cuando se respira el aire libre, se despierta el apetito.

Herminia, Saturnino y Santiago, comieron bien.

Además, el almuerzo, encargado á una de las mejores fondas de la córte, era escelente.

En el grato vapor que despedian los humeantes platos, podia verse ondear el pabellon francés.

Cuando un gloton, uno de esos sibaritas modernos, desea satisfacer todas las caprichosas exigencias de la gula, su sueño constante se reduce á un francés vestido de blanco.

Porque Francia tiene una cocina tan poderosa como su ejército.

Italia, que durante algun tiempo echó en el arte culinario su cuarto á espadas, hace años que rindió sus cacerolas ante el formidable *Consumé* de los franceses.

Pero dejando los fogones y las ollas, diremos que nuestros personajes comieron bien, y el buen humor comenzó al principiar los vinos generosos.

Serafin, detrás de la silla de Herminia, dirigia de vez en cuando una mirada indiferente á su amo.

—Es preciso beber hasta que las piernas se nieguen á sostenernos, dijo Santiago, apurando una copa de vino del Rhin.

—¡Por Dios, Santiago! esclamó la Perla de San Lázaro.

—A los viejos, repuso el marino, nos gusta de vez en cuando echar una cana al aire... Qué quieres, hija mia: cuando uno pasa de los sesenta años, no quiere dejar escapar una ocasion. ¡Vino, Serafin, vino! y llena la copa de ese señorito, que no le disgusta, segun parece... En cuanto á la señora, nada de vinos secos y ásperos; sírvela una copa del rico amontillado de Jerez, del sabroso Málaga ó de aniseta de Burdeos; eso es grato al paladar.

—¡Pero Santiago! esclamó Herminia. ¿Te has propuesto embriagarme?

—¡Bah! durante la comida apenas has bebido una copa de Medoc, de ese vino inocente que no se sube á la cabeza, que no sirve de nada. ¡Oh! Saturnino es otra cosa: ha hecho honor á mi biblioteca, y por eso le brillan los ojos como al leon que contempla la presa, ó como diria un literato, como al poeta que siente brotar la inspiracion.

Santiago suspendió su verbosidad para beber una segunda copa de vino del Rhin.

—¡Bravo! ¡bravo! esclamó Saturnino, viendo á Santiago apurar la copa de un solo trago.

El marino hizo una mueca con los labios á la manera de bebedor esperimentado, y dijo:

—En otro tiempo no me hacia pestañear un frasco de Ginebra. Bien es verdad que entonces los médicos no habian ensuciado mi estómago con sus medicamentos; pero ahora, ¡oh! ahora no sirvo para nada. Si me vieran mis antiguos camaradas, no me conocerian, estoy seguro de ello.

Y Santiago, dirigiendo una mirada á Serafin, continuó:

—Pero ¿qué diablos haces? Sirve, sirve á la señorita el vino que mas le plazca. Quiero que sus hermosos ojos se animen, que sus sonrosadas mejillas adquieran el color brillante de las guindas de Aragon.

Saturnino soltó una carcajada.

Herminia se rió mucho tambien.

Serafin presentó tres botellas lacradas, y dijo:

—La señorita me hará el favor de indicarme de cuál de estos vinos debo servirla.

—Puesto que se empeña mi esposo, rompa usted el lacre del Málaga.

Santiago aplaudió la eleccion de su esposa.

Serafin, apoyando la botella en la misma mesa y á la vista de su ama, levantó el tapon, llenando una elegante copa.

Herminia la cogió con la mano, é iba á beber, cuando Santiago, cuyos ojos brillaban como los del gato en la oscuridad, le dijo:

—Un momento.

Herminia suspendió la copa que iba á llevar á sus labios.

Saturnino hizo lo mismo.

—Brindemos, dijo Santiago, poniéndose en pié con el vaso en la mano.

Saturnino le imitó.

Herminia permaneció en su sitio mirando á su esposo.

—Brindo porque nuestra alegría en el trascurso de nuestros dias, sea incesante. Brindo porque cuando nos sorprenda la muerte, sea con la risa en los labios. Brindo, en fin, porque no se apague ni en la hora de la muerte el buen humor, que es el sol que lo embellece todo.

Santiago apuró la copa. .

Herminia y Saturnino hicieron lo mismo.

Cuando el marino vió vacía la copa que su esposa aún conservaba en la mano, se dejó caer en su silla, soltando una carcajada que, aunque algo inconveniente, nadie reparó en ella.

—¿Qué tal te ha parecido el Málaga? preguntó Santiago, terminado que hubo su carcajada.

—Delicioso, respondió Herminia.

—Serafin, repuso el marino, sirve á la señorita otra copa de vino.

—No, no quiero mas, dijo precipitadamente Herminia, colocando una de sus lindas manos sobre el borde de la copa.

—¡Cómo se entiende! esclamó el marino. ¿Te atreverías á desairar á una botella que tiene el privilegio de hacerse valer á ochenta reales, y que el mismo Czar de la Rusia se quitaria la corona para saludarla? Sirve vino, Serafin, sirve vino: no quiero respetar en este dia escrúpulos de monja.

Serafin obedeció á su amo.

Herminia bebió hasta mediar la copa, y Santiago prorumpió en una segunda carcajada.

—Reclamo un vaso de ese vino tan ponderado, dijo Saturnino.

—Ese vino está prohibido á los hombres, esclamó Santiago.

—Eso es una tiranía, repuso el estudiante. Serafin, llena mi copa.

Y estendió el brazo.

Serafin miró á su amo.

Santiago se levantó, y cogiendo la botella de las manos de Serafin, esclamó:

—¡No, no! esto que queda es para mí... ¡para mí solo!... Quiero emborracharme con el mismo vino que mi mujer.

Y salió corriendo del comedor.

Saturnino no pudo menos de tener lástima á aquel pobre marido que con tanta oportunidad abandonaba la mesa, dejándole solo con su mujer.

CAPITULO XI.

El resto de la botella.

Santiago llegó á una habitacion situada al estremo opuesto del comedor, y se dejó caer sobre una butaca, esclamando:

—¡Imbécil!... ¡queria beber una copa de Málaga!... ¡queria morir como ella!... Pero no... no... ¿qué culpa tiene él?... Es jóven... que viva... por su padre al menos, que en otro tiempo me dió pruebas de ser un buen amigo.

Santiago oprimió la botella entre sus manos, poseido de un temblor nervioso.

Despues de un momento de silencio, volvió á decir hablando consigo mismo:

—Ahora solo falta castigar la ingratitud de su cómplice. ¡Oh! en cuanto á ese, le dejaré beber tanto como quiera.

Y diciendo esto, tiró del cordon de la campanilla, dejando la botella sobre una mesa, donde se veian dos copas sobre una bandeja.

Poco despues entró Serafin.

—¿Y la señora? preguntó Santiago.

—Sigue en el comedor, conversando con el señorito Saturnino.

—¿Cuántas gotas contenia la botella de Málaga?

—He dividido todo lo que encerraba el frasco entre las tres.

—Está bien. ¿Qué has hecho del amontillado y de la aniseta.

—Siguiendo las órdenes de usted, las he roto, vertiendo los vinos.

—Di á Pancho que quiero hablarle, y luego no pierdas de vista á mi esposa y el estudiante.

Algunos minutos despues, se presentó Pancho el mulato.

—Siéntate, le dijo Santiago, apenas le vió entrar.

El mulato dudó un momento.

—Siéntate á mi lado, volvió á decir el marino. Cuando se tiene la suerte de tropezar con un hombre de tus condiciones, bueno es dispensarle alguna deferencia.

Pancho se sentó, pero mirando á su amo con recelo.

El marino, sin demostrar que habia comprendido aquella mirada, llenó las copas que habia sobre la bandeja, y sacando su petaca, presentó un habano al mulato.

—Francisco, le dijo despues de encender el cigarro: yo voy siendo muy viejo, y quiero arreglar en este mundo perfectamente mis cuentas para que luego no me las pida el diablo allá en el otro.

Santiago se detuvo para ofrecer fuego al mulato.

Luego continuó:

—Tú naciste en mi ingenio de Rio Janeiro, y eres hijo de

una negra tan leal como hacendosa, y de un criado *cuarteron* que me prestó muy buenos servicios en su juventud. Tus padres, al morir, te dejaron recomendado de un modo eficaz. Hora es ya de que nos ocupemos de tu porvenir.

—Señor, dijo el mulato: desde mis cortos años estoy recibiendo favores de usted. ¿Qué mayor recompensa puedo esperar que la benevolencia con que se me trata, á mí, un pobre esclavo?

—Sí, sí; pero yo puedo morirme, soy muy viejo, y quiero dejarte un buen recuerdo de mí.

Pancho se inclinó.

—Pues sí, hijo mio, repuso el viejo. Yo he comprado esta casa y quiero nombrarte administrador... tú tienes cerca de veintiocho años... ya debes pensar en lo porvenir. Mañana querrás casarte, y tu posicion es en la actualidad muy ambígua.

—No tengo ambicion, repuso el mulato.

—No importa, no importa. Yo quiero que recibas lo que mereces.

—Estoy contento con mi suerte.

—Dale. Ya sé yo que te contentas con cualquier cosa, que nunca has pecado por la avaricia; pero los buenos servicios que me prestas, aunque sean en agradecimiento de los favores que de vez en cuando te he hecho, bien merecen una recompensa. Así, pues, serás administrador general de mis bienes, y no he de olvidarte en mi testamento.

Pancho demostró con un ademan la gratitud que aquellas bondadosas palabras le inspiraban.

Santiago cogió una copa, y presentó otra al mulato.

—Vamos, hijo mio, ya sabes que no me gusta celebrar mis contratos á palo seco. Ya te acordarás que allá en el Brasil, cuando vendíamos algun cargamento de azúcar ó tabaco, se destapaban siempre algunas botellas del rico Jamáica que tanto se saborea en Europa, y que tan pocos europeos lo prueban. Con que, vamos, apura esa copa de Málaga y luego cuéntate administrador.

Nada mas natural que el lenguaje de Santiago.

Pancho, á pesar de su sutil perspicacia, nada pudo sospechar.

Cogió la copa, y sin observar que su amo no bebia, la apuró de un solo trago.

El vengativo marino dejó asomar á sus labios una sonrisa llena de satisfaccion, y con una calma terrible llenó de nuevo la copa.

—¿El señor no bebe? preguntó el mulato.

—Sí; pero prefiero una copa de rom: dame aquella botella... Los vinos dulces me estropean el estómago. Además, hoy he bebido mucho.

Pancho obedeció á su amo, y como este le instara para que bebiera la segunda copa, así lo hizo sin sospechar nada.

—Ahora, le dijo el marino, puedes retirarte, y no temas por tu porvenir, pues está completamente asegurado.

Pancho salió de la habitacion, complacido del comportamiento de su amo.

El mulato estaba muy lejos de prever el terrible sarcasmo que encerraban las últimas palabras que le dirigió Santiago el marino.

Cuando el anciano se quedó solo, exhaló un suspiro de esos

que dilatan el pecho, que derraman una cantidad de vida por nuestro sér, mayor que la que comunmente se posee.

—¡Ah! dijo. ¡Verdaderamente la venganza es un placer de dioses! ¡Imbéciles!... ¡Ellos pensaban que el lobo marino no tenía ya uñas para despedazarles!... Cuando sepan la terrible verdad, caerán á mis piés anonadados como las tímidas ovejas que sienten caer el crujido del rayo sobre el frágil cobertizo que las guarece durante la noche.

Santiago soltó una carcajada, y apretando los puños con rabia, volvió á decir:

—Yo era feliz... sí, muy feliz... ¡Maldita... maldita sea la mujer que vino á turbar esa felicidad!

En este momento entró Serafin.

El semblante de Santiago se contrajo de un modo notable, como si la presencia de aquel hombre le repugnara.

—¡Ah! ¿eres tú? le dijo. ¿Vendrás por la recompensa ofrecida?

Serafin guardó silencio.

—Es justo, repuso el marino. Las copas están vacías; tú has cumplido: ahora me toca á mí.

Y tirando una cartera sobre la mesa, continuó:

—En esa cartera tienes los ocho mil duros ofrecidos, en buenos billetes del Banco, mas buenos que tú.

—No corria tanta prisa, señor, dijo Serafin, apoderándose de la cartera con codicia.

Santiago dirigió una mirada de desprecio á su cómplice, y luego dijo:

—Ahora, Serafin, voy á darte un consejo. Cuando regresemos á Madrid, procura despedirte de mi casa con cualquier

pretesto. Líbrame de tu presencia. El hombre que por dinero comete la infamia que tú acabas de cometer, merece una horca. Haz, pués, de modo que no te encuentre en mi camino... De lo contrario, tal vez me veria en la precision de denunciarte á los tribunales...

Serafin palideció.

Estaba muy lejos de esperar aquella dura reconvencion de su amo; así es que tuvo miedo de que realizara sus palabras.

—Que un hombre se vengue de sus enemigos, repuso Santiago, se comprende muy bien; pero que asesine friamente á los que ningun daño le han hecho, es inconcebible. Así, pues, no lo olvides: no quiero verte; véte: líbrame de tu presencia, que me repugna.

Serafin no se atrevió á desplegar los labios.

El acento, la gravedad de aquel viejo, su misma conducta le daban miedo.

Salió de la habitacion.

. . . .

. . . .

A esa hora en que el sol, tocando el término de su viaje diario, comienza á hundir sus rayos tras las elevadas lomas de los montes; á esa hora poética, bañada por la tibia luz del crepúsculo vespertino, en que comienzan á confundirse en lontananza los objetos y el cielo se une con la tierra para recibir las sombras misteriosas de la noche, una elegante carretela rodaba al trote de dos poderosas yeguas normandas, en direccion á Madrid, por el camino llamado de Francia.

Dos hombres se veian en el pescante.

Uno de ellos, grave, taciturno, como si llevara impreso en

la frente el terrible sello del remordimiento, no desplegaba los labios.

El otro, por el contrario, parecia gozar de una alegría infinita, y no dejaba ocasion para soltar una carcajada.

Este contraste causaba sin duda un profundo malestar al primero de estos dos individuos, que no eran otros que Serafin y Pancho el mulato.

A las alegres carcajadas que daba desde el pescante Pancho, parecian corresponder otras que se escuchaban en el interior de la carretela.

Era Herminia, por cuyas venas circulaba una alegría que pudiera llamarse de la muerte.

Al cerrar la noche, la carretela entró en Madrid.

Dos horas despues, Serafin, con el cofre al hombro, abandonaba la casa de Santiago el marino, siguiendo el consejo que poco antes le habia dado.

CAPITULO XII.

La última cita.

Algunos dias despues, una noche fria y lluviosa, de esas tan frecuentes en Madrid durante la temporada de los hielos, doña María, Nilo de Sádaba y Roberto de Alcaraz se hallaban reunidos alrededor de la chimenea en el despacho del conde, cuando entró Saulo de Tebaida.

—Buenas noches, señores, dijo Samuel.

—Apuesto cualquier cosa á que Saulo nos trae alguna buena noticia, dijo la condesa.

—Si la señora, repuso Samuel, desea noticias de pobres, nunca faltan en Madrid; pero hoy me ocupa otro acontecimiento mas estraño.

—¿Y qué es ello? preguntó el conde.

—Una carta que he recibido esta tarde.

—¿De quién?

—La firma un tal Santiago.

—No le conozco, dijo la condesa.

—Ni yo, dijeron á la vez Nilo y Roberto.

—En cuanto á eso no me hallo yo en el mismo caso, pues conozco perfectamente á Santiago el marino, que es nada menos que el esposo de La Perla de San Lázaro.

Este nombre produjo un momento de disgusto á la condesa.

Saulo sacó la carta, y despues de pasear una mirada en derredor suyo, viendo que nadie tomaba la palabra, continuó:

—Hé aquí lo que me escribe.

«Señor don Saulo de Tebaida: Hace algunos dias que procu-»ro indagar la historia de mi esposa. Creo que nadie mejor que »usted puede enterarme. Usted, que hace tres años me la en-»tregó en el puerto de Lisboa con el espreso encargo de que la »arrojara al mar.

»Si entonces hubiera seguido sus consejos, otra seria en la »actualidad mi suerte.

»Ruego á usted encarecidamente que venga á verme, ó me »conceda una hora para que pase á su casa.

»Se lo ruega un hombre acosado por los remordimientos y »próximo á entregar su alma á Dios.—Suyo, *Santiago el ma-»rino.*»

A la lectura de esta carta siguió una pausa general.

Nadie se atrevia á romper el silencio.

Las cortas líneas de Santiago el marino, respiraban verdadero dolor.

Por fin, doña María, cuyo corazon caritativo se interesaba siempre por los desgraciados, dijo de esta manera:

—¿Y ha visto usted á ese hombre?

—Vengo de su casa.

La curiosidad se pintó en todos los semblantes.

Saulo volvió á decir:

—Herminia habia combinado un plan terrible que amenazaba la felicidad y la existencia de alguno de nuestros mejores amigos; pero Dios sin duda no ha querido que se realizaran tan infames deseos.

—¿Ha muerto? preguntó con precipitacion la condesa.

—Aún vive; pero su última hora no está lejos.

Las palabras de Saulo aumentaban el interés.

Se trataba nada menos que de la Perla de San Lázaro, de una mujer terrible, de uno de esos enemigos entre los cuales no cabe la reconciliacion.

Saulo, viendo que su auditorio guardaba silencio, volvió á decir:

—Herminia se encuentra en la actualidad impotente para el mal. Sus padecimientos son terribles. Yo la he visto postrada en una cama, pálida, trasformada. Para reconocerla, he tenido necesidad de fijarme mucho.

—Pero ¡Dios mio! ¿qué es lo que tiene esa infeliz? preguntó con interés la condesa.

—Lo ignoro, señora; pero comprendo que su enfermedad es terrible. He permanecido por espacio de una hora observándola. Ella no podia verme. Su esposo empleó todo este misterio, que entonces no pude esplicarme, Herminia debe sufrir dolores horribles, porque se retuerce en el lecho de un modo convulsivo; pero estos dolores no le arrancan lágrimas á los ojos, y sí carcajadas de alegría, de placer.

—¿Está loca? preguntó el conde.

—No; mas bien creeré que le han hecho beber algun veneno estraño.

Todos se miraron como preguntándose quién podria tener interés en envenenarla.

Saulo, que así lo comprendió, dijo de este modo:

—Cuando llegué á casa de Santiago el marino, accediendo á los ruegos de su carta, me introdujo en un gabinete, donde, pidiéndome permiso, cerró la puerta con el pretesto de que nadie nos interrumpiera.

—Caballero, me dijo: yo he cambiado mucho en tres años. Antes era un marino robusto, lleno de vida, de vigor; y hoy, ya me ve usted, soy un pobre anciano que inclina la frente hácia la tierra. Sin embargo, ¿no me conoce usted?

—Sí, le contesté; nos vimos por la vez primera en una taberna de Lisboa.

—¿Recuerda usted, me dijo, el encargo que me hizo, al entregarme una jóven, una noche que nos hallábamos á bordo del brik *Trinidad?*

—Sí; pero usted, segun veo, no cumplió mi encargo, pues la Perla de San Lázaro aún vive.

Entonces el viejo marino se sonrió de un modo triste, y me dijo:

—Es verdad... Yo creí entonces que un rostro de ángel no podia abrigar un corazon de cieno, un alma impura, perversa, infame. Fijé mis ojos en los de aquella jóven, que eran entonces bellos y radiantes como un cielo sin nubes, como una de esas mañanas que solo se ven en medio del Océano: tenia próximamente sesenta años; no habia amado nunca, y caí en las

redes de sus miradas, y me declaré cautivo de sus dulces y engañosas palabras. En fin, caballero, la hice mi esposa, la entregué mi voluntad, mi corazon y mi fortuna. Siguiendo sus consejos, vendí mis plantaciones del Brasil, y vine á España... ¡He sido un estúpido!

El marino suspendió su relato.

Parecia fatigado.

Yo guardé silencio, esperando que continuara, pues no habia terminado su narracion.

Efectivamente, así lo hizo.

Hé aquí su palabras:

—Usted tenia razon al decirme: «Las víboras deben aplastarse para que no envenenen á nadie con su asquerosa baba.» Yo creí entonces que usted la calumniaba, y ahora comprendo mi error... pero ya es tarde.

El marino estendió el brazo, y cogiendo un cuaderno manuscrito que se hallaba sobre la mesa, volvió á decir:

—Antes que continúe esplicando el motivo de esta cita, tenga usted la bondad de leer estas páginas, que ellas le pondrán en claro, mas que cuanto yo le diga, por qué Herminia deseaba con tanto afan regresar á España... por qué esa mujer vengativa aceptó la mano de un viejo millonario.

Cogí el cuaderno que me presentaba, que no era otra cosa que una esplicacion terminante, escrita por un médico japonés llamado Kiusiú, del efecto y modo de administrar algunos venenos desconocidos.

Herminia habia comprado una caja de pócimas con el objeto de vengarse; y para que se comprenda la perversidad de su corazon, habia elegido como primer víctima á su esposo.

Desde este punto, Saulo comenzó á esplicar á sus oyentes todo lo que saben ya nuestros lectores.

El asombro, el terror de la noble condesa de Potes, llegó á un grado superlativo cuando supo que la Perla de San Lázaro trataba de envenenar á Rosa y robarle la hija; pero cuando Saulo le dijo que Santiago el marino, descubriendo á tiempo tan infame plan, habia envenenado á su mujer, vengándose de este modo de todo el daño que le habia hecho, no pudo evitar una lágrima de compasion, tributada á aquella jóven descarriada.

—Ahora, señores, continuó Saulo, que ustedes están enterados del terrible drama, solo me resta, en nombre del pobre Santiago el marino, pedir á ustedes un favor.

—¿Qué desea? preguntó Roberto.

—Acosado por los remordimientos... viendo la terrible agonía de su esposa, débil enfermo, sin esperanza de salvacion, pues circula la muerte por sus venas, desea que aquellos á quien tanto ha ofendido y odiado su mujer, la perdonen en su última hora.

—Perdonada está de todo corazon, dijo la condesa; y así Dios le abra las puertas del paraíso y perdone tambien sus culpas.

—Santiago el marino, repuso Marsan, desearia ver á ustedes alrededor del lecho de la moribunda.

La condesa se puso en pié, movida por su espíritu caritativo.

—¿Dónde vas, María? le preguntó Roberto.

—A asistir en su última hora á esa desgraciada. Yo debo cerrar sus párpados cuando los deje yertos el frio de la muerte. ¡Feliz yo si logro aún inculcar en su alma descarriada un

solo átomo de contricion, una sola chispa de fé, un solo rayo de esa divina luz que desde el Calvario iluminó las tinieblas del universo!

De los ojos de la condesa se desprendian dos lágrimas; su frente serena, brillaba majestuosa como la de la matrona que nos representa la caridad cristiana.

Sus labios, ligeramente entreabiertos por la compasion, tenian esos rasgos sublimes que los pintores de genio trasmiten á las piadosas mujeres de Jerusalen cuando el Mártir del Gólgota les dijo: *No lloreis por mí; llorad por vosotras, por vuestros hijos.*

Doña María en aquel instante se levantaba, como siempre que era necesario perdonar ó hacer bien, como el ángel de la clemencia.

Sobre su cabeza brillaba una aureola de virtud, de respetabilidad que todos admiraban.

Como á los ángeles, se le adoraba; como á los justos, se le tenia ese religioso respeto que inspira un corazon sin mancha, un alma sin pecado.

El infortunio y la prosperidad no habian podido turbar su espíritu.

Doña María dirigió una mirada llena de ternura, y dijo con ese acento solemne de los corazones nobles:

—¡Roberto! ¡Nilo! ¿me dejareis ir sola, cuando nos espera á todos una criatura desgraciada?... ¿Podeis vosotros dudar ni un solo instante de la clemencia infinita de Dios?... Vamos, amigos mios, vamos á agruparnos todos en derredor del lecho de muerte de esa infeliz. Ni una sola hoja se mueve en el universo sin que el ojo del Sér Supremo la vea agitarse, sin

que le otorgue su permiso para ello. ¡Vamos! ¡Dichosos de aquellos que pueden emplear en favor de sus semejantes el gérmen del bien que toda criatura tiene en el alma!

Era imposible resistir.

Necesario era obedecer.

Aquella misma noche, á esa hora en que Madrid ve por sus calles agitarse la gente en todas direcciones; á esa hora en que los hijos del trabajo dejan sus herramientas y buscan el descanso indispensable, María, Roberto, Nilo, Claudio y Rosa entraban, seguidos de Saulo de Tebaida, en casa de Santiago el marino.



CAPITULO XIII.

Carcajadas.

Penetremos nosotros, antes que la familia de Roberto, en la habitacion de Herminia.

La Perla de San Lázaro se hallaba en su elegante lecho.

Una riquísima lámpara de barro de Egipto vertia una ténue luz por la habitacion.

Sobre una mesa veíase un candelabro con dos bujías.

Santiago se hallaba sentado en una butaca cerca del lecho de su esposa.

Si nos detenemos á examinar á la Perla de San Lázaro, apenas la reconcceremos.

Todo en aquella hermosa cabeza habia perdido el encanto, el brillo.

Sus ojos, que parecian haberse agrandado á causa de la demacracion de las mejillas, se rebullian con estremada vivacidad dentro de sus órbitas.

Su palidez era tanta, que brillaban sus salientes pómulos de un modo repugnante.

En el momento que penetramos en la habitacion, Herminia, con un brazo colocado debajo de su cabeza, la mirada vaga, y los labios entreabiertos, secos y descoloridos, tarareaba un aire de *La Sonámbula*.

Santiago agitaba maquinalmente la cabeza, como si llevara el compás.

De vez en cuando Herminia suspendia su monótona cantata, y se llevaba la mano á la cabeza como para arreglarse los revueltos y enmarañados bucles que caian en desórden por sus hombros.

Siempre que Herminia hacia lo que acabamos de indicar, sus descarnados y trasparentes dedos salian adornados de cabellos.

Entonces dedicaba una mirada á aquellas hermosas hebras de pelo que la abandonaban para siempre, y decia:

—¡Qué lástima!... ¡Se me cae el pelo!... ¡Qué lástima!...

Y sacudiendo la mano como si le molestara, tornaba á continuar su canto.

Así trascurria á veces una hora.

Santiago pasaba los dias enteros junto al lecho de su esposa.

El vengativo viejo parecia gozarse en la terrible agonía de su víctima.

De repente Herminia, soltando una carcajada, dijo:

—¡Ah! ¡qué contenta estoy!... Creo que en la tierra no se encuentra una criatura mas feliz que yo. ¿No es verdad, Santiago?

En este momento, y antes que el marino tuviera tiempo para dar una respuesta, escuchóse en la habitacion inmediata una segunda carcajada bastante parecida por lo histérica á la que acababa de producir Herminia, si bien podia notarse que era un hombre el que tan intempestivamente se reia.

—Creo que te engañas, querida Herminia, dijo el marino, dejando asomar á sus labios una de esas sonrisas que el célebre pintor Eugenio Lúcas pone con tanta verdad en sus fantásticos cuadros. Pancho es tan feliz como tú.

Herminia abrió los ojos, como si recordara algo.

—¡Pancho!... repuso. ¡Pancho!... Efectivamente, hace muchos dias que no le veo.

—Pero le oyes reir; lo cual prueba, por lo menos, que tiene buen humor.

—¿Por qué no viene á verme como antes?

—¡Tonta! ¿No sabes que la felicidad es egoista?

—¡Ah! tienes razon. Yo tampoco me acuerdo de nadie.

—Sin embargo, esta noche vendrán á verte algunos amigos. Saben que te hallas indispuesta, y desean ofrecerte sus servicios.

—¡Amigos! ¿Y qué amigos son esos? preguntó la enferma, fijando una mirada vaga en su esposo.

—Ya los verás... ya los verás... no pueden tardar.

—¿Pero son un misterio sus nombres?

—Tal vez sí, y tal vez no.

Herminia se pasó la mano por la frente, y prorumpió de nuevo en otra carcajada.

—¡Qué buen humor tienes! dijo.

—Sí, estoy alegre como tú; únicamente que mi alegría

no es tan ruidosa... Pero ya verás qué sorpresa te preparo.

Por las palabras de Santiago se deducia que no era el arrepentimiento, sino la venganza, por lo que habia suplicado á Saulo de Tebaida que los enemigos de Herminia rodearan su lecho de muerte.

—Santiago, ¿sabes que es una crueldad jugar con la curiosidad de una mujer? Vamos, dime los nombres de esos amigos.

—Si te empeñas, no tengo inconveniente.

—Sí, te lo ruego, te lo suplico.

—Pues bien; uno de ellos se llama Claudio de San Vicente.

—¡Claudio! repitió Herminia, incorporándose en la cama.

—Sí, Claudio, y Rosa, su mujer, repuso con cruel calma el marino. ¡Oh! es un matrimonio tan feliz, que causa envidia. Despues, el cielo quiso concederles una hija, hermosa como uno de esos ángeles que nos pintan los émulos de Apeles... ¡Ah!... me olvidaba, hablando de este matrimonio, decirte que tambien espero al ilustre conde de Potes, á su noble esposa, al generoso vizconde Nilo de Sádaba, á Samuel de Marsan y al escéntrico inglés, señor Jorge Sponcer.

Cuando la última palabra se escapó de los labios de Santiago, Herminia exhaló un grito terrible, espantoso, como si se le hubiera roto en pedazos el corazon.

Despues de este grito, en el cual parecia haber gastado todas sus fuerzas, se dejó caer en el lecho casi sin sentido.

Santiago no se inmutó.

Unicamente los ojos se dignaron dirigir una mirada fria, cruel, hácia el lecho donde temblaba su esposa.

—Veo, querida, dijo el marino despues de una corta pausa, que los nombres que acabo de pronunciar te producen buen

efecto... Es natural... No esperaba yo menos... Todos ellos son antiguos y leales amigos; y cumpliendo con un sagrado deber, vienen á tributarte sus consuelos junto al lecho de muerte.

Herminia, al oir esta segunda frase, se incorporó de nuevo, repitiendo:

—¡Lecho de muerte!... ¿Qué dice este hombre?...

Santiago, con imperturbable calma, sacó el cuaderno del curandero Kiusiú del bolsillo de su gaban, y colocando el candelabro de las bujías sobre la mesa de noche, leyó con pausado acento lo que sigue:

«Letra *M*. Veneno: desde el dia que se toma hasta el de su efecto final ó muerte, tiene tres períodos estraordinarios y desconocidos por la farmacopea.

»Primer mes: se siente una alegría infinita, un placer inesplicable, un deseo vehemente de gozar de la vida, todo sonrie todo canta en derredor del infeliz que le siente circular por sus venas.

»Segundo mes: insomnios, inapetencia, deseos vivísimos de vivir; comienza á caerse el cabello; irritacion en los párpados, bastante malestar.

»Tercer mes: la alegría aumenta; se rie por las cosas mas pequeñas: muchas veces los asuntos mas serios producen la hilaridad; raptos de locura; la muerte producida por un ataque fulminante al cerebro. No se encuentra rastro alguno, aunque se haga la autopsia al cadáver.»

Al terminar Santiago, la venda habia caido de los ojos de la enferma, y ¡contraste estraño! en vez de lamentarse de la terrible suerte que le tocaba, prorumpió en una carcajada mas ruidosa, mas espontánea que las anteriores.

Como si hubiera un eco en la habitacion inmediata, resonó de un modo desgarrador la histérica carcajada de Pancho el mulato. Santiago se rió tambien, pero sin estruendo.

En cuanto á Herminia, habia enmudecido. Tal fué el efecto que le causó la revelacion que su marido acababa de hacerle.

—¡Ah, pobre hija mia! dijo Santiago, despues de una suspension. Tú pensabas vestirte de luto por tu pobre esposo, y va á ser precisamente al contrario. Pero tranquilízate; no será por mucho tiempo... Antes de mucho nos encontraremos ante el inapelable tribunal del Sér Supremo. ¡Oh! será admirable cuando te pida á tí cuenta de mi vida, y á mí de la tuya.

En este instante, el semblante del marino parecia el de un condenado. Herminia, anonadada hasta entonces, recobró de repente su espíritu indomable, y deslizándose del lecho, dijo:

—Puesto que así estaba escrito... recibamos como es debido á nuestros enemigos.

Y La Perla de San Lázaro, como un cadáver evocado de las tumbas, dió algunos pasos, llegó á un ropero de nogal, lo abrió, y sacó de su fondo un traje de cachemir blanco.

Entonces Santiago parecia anonadado ante la resolucion de su esposa. Nada dijo, nada hizo para detenerla.

Herminia cogió con nerviosa mano el llamador de una campanilla, y tiró con fuerza. Se presentó una doncella.

—Venid, le dijo, á vestirme con mis mejores galas... Venid á ataviar á la desposada de la muerte.

Y faltándole las fuerzas, cayó en brazos de su doncella.

En este momento, un criado entró á anunciar la llegada de varias personas.



CAPITULO XIV.

Consumatum est.

Roberto y los que le acompañaban fueron introducidos en el salon.

Allí encontraron á sir Jorge Sponcer, que, como ellos, habia sido citado.

Rosa y Claudio se hallaban pálidos, conmovidos; Nilo, Marsan y Roberto, serenos; doña María, lloraba.

El silencio que reinaba en la habitacion era profundo, imponente, como si presintieran el frio glacial de la muerte, como si adivinaran que en su presencia un alma descarriada iba á abandonar la impura materia.

Allí eran llamados á perdonar á una mujer criminal que se hallaba al borde de la tumba. La impresion que recibieron fué grande, al ver que se abria una puerta, y que Herminia, sencilla pero elegantemente vestida de blanco, se presentó en el salon, sostenida por dos de sus doncellas.

Al verla, todos se pusieron en pié.

Doña María corrió al encuentro de la moribunda, y le dió un beso en la frente, diciendo:

—Hija mia, yo te recibo, dándote el ósculo de paz.

Aquel rasgo de bondad hizo estremecer á la Perla de San Lázaro; pero pronto se repuso, y enviando una sonrisa de desprecio á los que le rodeaban, dijo con entrecortado y débil acento:

—Buenas noches, señores. Yo agradezco á ustedes que vengan á presenciar mi agonía... Mi esposo es un cobarde... No se ha atrevido á acompañarme... Pobre viejo, tuvo valor para envenenarme, y no lo tiene para verme morir; como si la muerte fuera otra cosa que el principio de la vida.

Y Herminia se detuvo para tomar aliento.

Nadie se atrevió á hablar. Solo doña María, conociendo que el corazon rebelde de aquella jóven latia henchido de vanidad, le acercó un sillon y la obligó á que se sentara, prodigándole dulces y consoladoras frases.

—¡Ah! volvió á decir. Allí veo á sir Jorge... No le creo bastante infame para gozarse en mi agonía... aunque me conoce lo suficiente para creer que si mi vida estuviera en sus manos no se la pediria.

Y Herminia, apartando con desprecio los ojos del inglés, los fijó en Samuel de Marsan.

—A tí te desprecio, dijo. Pudiste esterminarme, y no lo hiciste; eres un enemigo poco temible.

Y la enferma soltó una carcajada.

—Dios no me perdone, volvió á decir, si en este instante no teneis todos mas miedo que yo.

La condesa, espantada al escuchar las palabras de aquella infeliz que al borde de la tumba daba cabida en su pecho al necio orgullo de la criatura, cayó de rodillas á los piés del sillon, y apoderándose de una de las manos de la enferma, la llenó de besos y lágrimas, esclamando:

—Hija mia, aparta tus ojos de la tierra, elévalos al cielo. Olvida á los hombres, piensa en Dios, desecha de tu corazon el resto de vanidad que te atormenta en tu última hora... ¡Por tu madre!... ¡por aquella madre universal que llora al pié del Calvario lágrimas de sangre! Si hemos venido á esta casa, ha sido, no para escarnecerte, sino para consolarte. Pues qué, ¿serias capaz de creer lo contrario? Yo te lo juro por la felicidad de mis hijos; yo te lo juro por la salvacion de mi alma. ¡Herminia!... ¡Herminia!... ¡No desconozcas mis súplicas!... ¡Salva tu espíritu del lodo eterno adonde van los réprobos!... ¡Dios te espera, Dios te mira, Dios te escucha!...

El acento de doña María respiraba la mas esquisita ternura. Era la voz de la madre que suplica á una hija, viéndola al borde de un abismo.

Herminia, que nunca habia oido tan dulces frases, se estremeció, y dejando caer una mano sobre la cabeza de aquella mujer que lloraba á sus piés, le dijo:

—¿Eres tú un ángel, ó una mujer?

Esta pregunta llenó de dulce esperanza el corazon de la condesa..

Era indudable que el arrepentimiento brotaba en el alma de la jóven.

—¡Dejadme todos! ¡Salid! dijo la condesa. Quiero quedarme sola con Herminia.

Todos obedecieron.

Cuando doña María y La Perla de San Lázaro se quedaron solas, esta dijo:

—¡Oh! ¡qué buena es usted, señora!... ¡Qué mala he sido yo!...

Y exhalando un suspiro, inclinó la cabeza.

Habia dejado de existir.

En cuanto la condesa se persuadió de que el alma de La Perla de San Lázaro volaba hácia las regiones de lo infinito en busca de su recompensa, abrió la puerta del salon, y dijo:

—¡Herminia ha muerto! Entrad y arrodillaos en derredor de su cadáver. Las oraciones de los vivos son siempre provechosas á los muertos.

Todos se arrodillaron.

EPILOGO.

Tres meses despues, Santiago el marino, arrepentido de su doble asesinato, escribió en la última hora de su existencia, con mano trémula, las siguientes líneas:

«Señora condesa de Potes: Usted consoló los últimos momentos »de Herminia y Pancho el mulato, ambos víctimas de mi ce»guedad. Usted, durante mi penosa enfermedad, ha venido »una y otra y otra vez á endulzar las amarguras de este pobre »viejo. ¡Dios se lo tome en cuenta!

»Yo, como muchos hombres, he cruzado por este valle de »lágrimas dudando de todo. Ignoraba, señora, que existieran »ángeles en la tierra. Usted es uno de esos ángeles que Dios »envia para consuelo de los desgraciados. ¡Benditos sean los »que obran bien!

«He nombrado á usted heredera universal de todos mis bie»nes. No tengo parientes. Soy solo en el mundo; pero usted »distribuirá estos bienes entre los pobres, para que ellos ben»digan con labios agradecidos los nombres de Herminia, San»tiago y Pancho el mulato.

»Rogad por nosotros, señora.»

Inútil es decir que la condesa cumplió fielmente la última voluntad de Santiago el marino.

Saulo de Tebaida era el agente mas activo de la condesa. Su celo no se limitaba precisamente al socorro de los pobres de

Madrid, sino que de vez en cuando montaba á caballo, recorriendo algunos pueblos de la provincia.

Una tarde, Saulo caminaba por una angosta barrancada de las cercanías de Galapagar, cuando detuvo el paso de su caballo, y echando pié á tierra, entró en una especie de agujero practicado en una roca, de donde salian lamentos de un sér humano. En efecto, Saulo vió un hombre que se revolcaba por el suelo. Era un mendigo. Al ver á Saulo, exhaló un grito.

—¿Qué tiene usted, buen hombre? le preguntó Saulo.

—¿No eres tú Valentin, el picador? repuso el mendigo.

Saulo fijó su mirada en aquel hombre y le reconoció.

Era Serafin, el miserable cómplice de Santiago el marino.

Saulo abandonó la cueva, corrió al pueblo inmediato, é hizo que dos hombres condujeran al mendigo á una casa.

Pero Serafin estaba herido de muerte; tenia un cáncer en el estómago: los ocho mil duros, tan infamemente ganados, fueron su muerte, porque, acosado por el remordimiento, buscaba en las bebidas alcohólicas y en el juego un lenitivo para calmar los gritos de su conciencia.

Cuando Saulo regresó á Madrid, y refirió á la condesa el fin horrible de aquel hombre, doña María contestó:

—Dios es justo. Los malos, no solo reciben su castigo despues de la muerte: tambien les llega en vida. ¡Dichosos aquellos que practican sobre la tierra de los hombres *Las Obras de Misericordia!*

FIN DE LA NOVELA.

INDICE

DEL TOMO TERCERO.

LIBRO XVI.

REDIMIR AL CAUTIVO.

LIBRO XVII.

CONSOLAR AL TRISTE.

LIBRO XVIII.

DAR POSADA AL PEREGRINO.

LIBRO XIX.

EN PORTUGAL.

LIBRO XX.

A LA LUZ DE LA LUNA.

LIBRO XXI.

ENTERRAR A LOS MUERTOS.

LIBRO XXII.

A BORDO DEL BRIK TRINIDAD.

LIBRO XXIII.

TRES AÑOS DESPUES.

LIBRO XXIV.

DESENLACE.



COLOCACION DE LAS LAMINAS.

TOMO PRIMERO.

TOMO SEGUNDO.

TOMO TERCERO.



